Todos los caminos al paraíso

Silvia Sánchez Rog

Table of Contents

PARTE I - LA OTRA FAMILIA
UN PRINCIPIO
LA MADRE
NOCHEBUENA
LO IMPOSIBLE
EL OLOR DE PEDRO
LO QUE SABES
ENTRE EL MUNDO Y ELLA
NO HABLES DE MÍ
LA CORDURA
EL PERDÓN
EL MUNDO ES GIGANTE EN ESE PISO
LA REUNIÓN
DESEOS PROFUNDOS
ÉL
CICATRIZ
HOGAR
DOS
TODO ESTÁ CONECTADO
HACER LO QUE PUEDAS
LA LIGEREZA
LIMBO
LA HOJA DE UN PLATANERO
MÚSICA
PEQUEÑAS GRANDES LUCHAS
LOS BUENOS SE IBAN
EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO
CAMINOS AL PARAÍSO
CUATRO DÍAS
LLEGANDO AL FINAL
PARTE II - EL ALEMÁN
VEINTE
LA CULPA
LA POSIBILIDAD DE SER NÓMADA
EL FUNERAL
CURRYWURST

LA VUELTA
PUDOR
CRUZAR LA OSCURIDAD
EL HOMBRE AL OTRO LADO DE LA PUERTA
NIEBLA
AQUELLA POSIBILIDAD
EL MOTIVO DE TODO
CONSTRUIR EL PASADO
LA LLEGADA DEL VERANO
PARTE III - MIEDO
ANTES DEL SILENCIO
EL PRINCIPIO DEL FIN
COMPRENDER
LA FAMILIA DEBE PERMANECER UNIDA
UNO POR CIENTO
DENTRO
EN LA ORILLA
NADA
ADRENALINA
¿PARA QUÉ?
EL SECRETO

Silvia Sánchez Rog

Todos los caminos al paraíso

Copyright © 2022 Silvia Sánchez Rog

Título original: Todos los caminos al paraíso

Autor: Silvia Sánchez Rog

Diseño de la portada: Carla Saleta Esteban

Este libro apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de la obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a la autora y permitiendo que continúe publicando libros.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni trasmitida por cualquier medio electrónico o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso de la autora.

ISBN: 978-84-09-46204-9

[image]

PARTE I - LA OTRA FAMILIA

UN PRINCIPIO

2004

Viven juntos como un matrimonio y todos los días se acuestan en el mismo colchón, pero no se conocen de nada.

Cuando Paula está cerca de él, siente algo parecido al vértigo. Él le resulta tan raro, tan reservado, pero ahora le gusta, le excita, le sorprende. Al principio, le evitaba. También percibe en ocasiones su rigidez y entonces procura que se sienta cómodo.

Pasan las horas y las semanas en el reloj digital de la mesilla de noche y cuando Paula cierra los ojos, él siempre dice:

—No te duermas todavía.

Su voz es serena. Sus ojos grises son un remolino.

—No te duermas, Paula.

Ella sonríe y murmura:

—Solo un poco.

Por las mañanas llega cansada a la oficina, con un café que ha comprado en la cafetería de la estación, y se sienta frente al escritorio, frente al ordenador, pendiente de la centralita de la agencia y de la puerta. Al mediodía, el gimnasio, antes de comer con otras trabajadoras, y luego unas horas más sentada al ordenador y ya se marcha. Sale corriendo hacia casa. Piensa que nunca ha querido tener un trabajo como este, de recepcionista, ni en una oficina, pero necesita el dinero. Después piensa en Pedro, en su piel, y se olvida de lo demás.

Pasan las horas juntos en el piso, escriben poemas sobre las paredes de mármol del baño, inventan letras de canciones en hojas que pegan en cualquier cuarto, se miran desnudos, se hacen fotos de sus cuerpos, las imprimen en blanco y negro. Forman un gran *collage* de él y otro de ella. Los cuelgan en su alcoba, en cualquier habitación. La música suena por toda la casa.

Paula nunca ha experimentado algo como esto ni la vida le ha parecido tan ligera como ahora. Antes no encontraba el tiempo para divertirse, para relajarse. Le pesaban las responsabilidades, las luchas

diarias, tener que hacer tan a menudo lo que no quería.

Cuando sus amigas vienen a verla se quedan contemplando los *collages*, los textos en las paredes, y dicen, pero qué raros sois.

Y, cuando están solos, Paula le enseña los escritos que esbozó hace tiempo en otros lugares y que guarda en el viejo cuaderno que tiene escondido. Son frases poéticas, impresiones, algún relato que se le ha ocurrido.

—Me gusta cómo escribes —dice él.

Ella le mira. Están tumbados en la cama. Después baja la vista hasta los piercings de él; Pedro lleva dos en un pezón.

—Un día te vas a enganchar con algo y te vas a desgarrar la piel —le dice.

Pedro le cuenta que no tiene miedo de hacerse daño porque le cuesta sentir dolor, que los agujeros para los *piercings* se los hizo él mismo con veintiún años. Con una aguja se atravesó el pezón sin hielo ni otra anestesia.

—Estaba seguro de que no podía sentir, de que mi cuerpo era incapaz de percibir ningún estímulo. Por eso me hice los *piercings* yo mismo. Eso sí dolió —le sale esa voz acartonada y grave, tan desacostumbrado a usarla.

—Yo también he tenido problemas con mis emociones —responde Paula. Hay algo en él que la atrapa, y no es solo que normalmente sea tan esquivo, es otra cosa; a su lado no se siente tan culpable.

—Incluso ahora —continúa divagando él—, cuando estamos juntos, a veces me eres tan ajena, y pienso ¿pero, qué es esto? Vivimos juntos como un matrimonio y no sé ni quién eres, pero en otros momentos lo que siento contigo es irrompible, Paula —hace una pausa, sus ojos ahora como si miraran hacia dentro, pensativo. Después, añade—. Qué extraño, a veces me parece como si las palabras tuvieran la capacidad de separarme de mis sentimientos. Cuando hablo no suena igual, suena artificial, falso, como si te estuviera mintiendo, pero no lo hago, es verdad.

Es cierto que él tiene una extraña relación con el lenguaje; siempre tan callado y cuando habla parece un jeroglífico. Eso Paula lo percibió desde el principio. También podría decirse lo mismo de ella, aunque de otro modo; a Paula le fascina la lengua, de algunas palabras le deslumbra su sonido. De pequeña elegía un término cualquiera y empezaba a repetirlo: Leotardos, leotardos, leotardos, hasta que le resultaba tan ajeno, tan irreal, que se asustaba o se

quedaba perpleja. Lograba desposeer las palabras de todo significado y eso las volvía mágicas y del mismo modo inquietantes.

Se quedan en silencio, tumbados de perfil sobre la cama, mirándose. Es su manera de ser sincero lo que le cautiva de él. Eso es lo que ella necesita, se dice mientras le contempla. Está harta de que la gente no se muestre como es, de las palabras que solo se dicen para conseguir algo a cambio. Ella le puede entender. Es verdad, piensa, no siempre sentimos lo mismo por una persona, no a todas horas. La mayoría de la gente puede tener sentimientos encontrados pero nadie los pronuncia en voz alta. Las apariencias son más importantes que la verdad y Pedro sin embargo no teme decirle que a veces la ama así y otras solo le parece una desconocida, porque las dos cosas son verdad y ahora Paula quiere verdades, aunque den vértigo. Es tan pronto, apenas se están conociendo y, sin embargo, también es como si se conocieran desde hace años. A su lado siente como si empezara de cero, como si tuviera otra oportunidad. A su lado, el vértigo es una aspiradora que lo absorbe todo, pero otras veces los prejuicios y la alerta se desvanecen.

Con Otto nada era así.

En los conciertos, Pedro toca varios instrumentos, a veces el piano, a veces la guitarra, en ocasiones un trombón o una trompeta. Él puede estar en el escenario frente a mil personas y olvidarse de que hay alguien contemplándole, o eso piensa Paula mientras le mira entre bastidores, porque apenas le ve interactuar con la multitud. A veces casi parece un autómata, con el rostro tan inexpresivo y los movimientos casi inexistentes. Va siempre muy estirado y abrocha sus camisas hasta el último botón, hasta el cuello. Tiene una belleza fría, como plateada. Es muy alto, de piel pálida y constitución ligera. Viste pantalones vaqueros y otras veces de *tweed*. La camisa remetida por los pantalones. Tiene la mirada recelosa y es tan parco que resulta sorprendente ver cómo logra traspasar a la gente con su música.

Pasan las semanas a toda velocidad y, día a día, él parece relajarse un poco más. Cuando ella le acompaña a los conciertos, después se marchan juntos a casa y en casa Pedro se transforma, sus cuerpos se deshacen, se vuelven líquidos, los silencios y las palabras salen sin pensar, las cabezas rumian música y mundos imposibles. Se contemplan con los ojos limpios, o expectantes. Absortos, cómplices. No siempre pero a veces, a menudo, es así.

—Contigo me siento real —dice Pedro un día y ella le mira confusa. ¿Cómo que real? Entonces piensa que es la timidez de él.

Que, además, es posible que él tenga algo de pánico escénico. Ella también se ha vuelto seca o lacónica en algunos momentos, cuando ha tenido que hablar ante un grupo grande. A veces cree reconocerse en Pedro. Quizá sea por eso por lo que al principio le evitaba. Quizá es por ese motivo por lo que ahora le siente tan cerca, porque de algún modo se vislumbra en él.

Cada mañana, Paula se viste con su ropa más formal para ir al trabajo que no le gusta, sin haber descansado apenas, con el olor de Pedro en las manos. Luego, se quedan solos los dos, las noches ardiendo hasta el amanecer.

Escuchan tanta música. Hacía tiempo que ella no oía ya apenas melodías, había olvidado los discos que una vez le habían puesto los pelos de punta o la habían dejado sin respiración. Y tampoco se había empeñado en conocer otros nuevos.

Una tarde, Pedro dice.

—Me parezco a tu antiguo novio, a Otto. Me refiero, físicamente. En la foto que he visto suya, en ese álbum, nos parecemos —y lo señala, sobre el escritorio de Paula. Ella lo cogió el otro día para enseñarle unas fotografías de un viaje y había una de Otto, traspapelada entre las hojas.

—No os parecéis en nada.

Luego ella piensa que quizá la nariz recta, la forma de los pómulos, pero Otto no era tan alto, Otto tenía los ojos y el pelo oscuros, con Otto se pasaba la vida discutiendo y con Otto no se corría cuando hacían el amor, solo cuando la tocaba con la mano. Pedro no se parece a nadie, es diferente a todo lo que ella ha conocido.

Y otra tarde, Pedro está tumbado en el sofá, la cabeza en el regazo de ella. Paula leyendo en voz alta un relato de un escritor desconocido que ha encontrado en una revista. La historia está ambientada en un pueblo ficticio donde ninguno de los personajes es capaz de oír a nadie, todos están sordos.

Más tarde, Pedro dice.

—No me imagino una vida sin música, sin poder oír, sin ser capaz de componer.

Paula le mira y piensa que es afortunado; cuando él se despierta hay algo que le mantiene a flote y no es solo algo de fuera, no es el dinero ni una mujer que le guste, ni una posición social. Lo que le mueve, está dentro de él.

—Eres libre —le dice.

—Tú también eres libre, Paula.

Ella no está tan segura, pero no replica.

Entonces, él se queda mirando un cuadro en la pared.

—Me gusta —dice—. ¿Quién lo ha pintado?

—No sé, un amigo que tuvo mi madre.

—Es bonito, ese azul.

Ella se gira, ladea la cabeza, contempla también el cuadro. Recuerda aquel día a los quince años, la primera vez que vio esa pintura. La tarde anterior había llegado a casa del instituto e intentó entrar en el piso pero la cerradura estaba atascada. Eso pasaba cuando la llave se encontraba puesta por dentro.

Llamó al timbre y a la puerta durante mucho tiempo. Le había dicho a su madre que esa tarde se retrasaría pero finalmente llegó pronto. La mujer abrió la puerta al cabo de media hora, tras la insistencia de la hija. Salió cabreada, Paula ya se había sentado a esperar en la escalera y la madre dijo que se largara, que ni siquiera podía pasar una tarde agradable con un hombre, que no regresara hasta las once.

Su madre nunca se traía a nadie a dormir a casa, ni siquiera a Antonio, su primera pareja tras separarse del padre de Paula. Ni siquiera se besaba en la boca con Antonio delante de Paula. Por eso a la hija le resultaba tan extraño aquello.

Aquel día a los quince años, Paula caminó toda la tarde por las calles. A las once regresó al piso y llamó una sola vez al timbre. La madre abrió y no se dijeron nada. Paula se fue a su cuarto y después, al día siguiente, la mujer sonreía.

—Paula, ven aquí, cariño.

La hija se acercó a ella.

—Hija, yo también quiero tener una vida, soy mujer aparte de madre.

Para Paula, su madre podía hacer lo que quisiera, a ella no le importaba, lo que le importaba era que la hubiera gritado, que la hubiera tratado mal.

—¿Sabes quién era el tipo de anoche? —Dijo entonces la mujer —, el pintor que ha hecho este cuadro. ¿No es precioso? Ese hombre me gusta —reía. Y, al final, a Paula se le contagió el buen humor.

Ahora rememora aquello delante del cuadro, delante de Pedro y se muerde los labios.

Entonces, como para olvidar rápidamente ese recuerdo, hace algo que en ningún otro momento se había atrevido a hacer delante de Pedro. Se sienta frente al piano digital de él y comienza a tocar una

pieza que compuso años atrás. En realidad, hace mucho tiempo que ella no se sienta a un piano, y se percibe un poco como una impostora, pero a la vez quiere compartir eso con él. Ya le había dicho que tocaba pero nunca se había atrevido a hacerlo delante de él, delante de casi nadie.

Pedro la contempla curioso. Ella procura que no note su temblor de manos. Después, conecta una grabadora y le muestra esas canciones que compuso y grabó en el pasado. Él está muy quieto, escuchando.

—A los dieciséis —dice Paula—, un amigo del instituto que además era mi vecino, me regaló un piano. Él tenía uno nuevo y ya no lo necesitaba. Llevaba un par de años enseñándome a tocar, por las tardes, después del instituto, mientras mi madre trabajaba. Ensayábamos en el piso de él. Luego mi vecino me quiso regalar el piano, a él le habían regalado uno nuevo sus padres.

Le cuenta a Pedro que cuando llegó el piano, ella aprovechaba para tocar a todas horas, cuando su madre no estaba en casa. Al principio la mujer se puso tremenda porque no sabía nada de las clases y se negó a aceptar el instrumento, pero finalmente lo consintió.

—No es que mi madre tenga nada en contra de la música —recalca—, pero por aquel tiempo nuestra relación era un infierno. Entonces la música era mi compañía, la escuchaba incluso en mi mente cuando todo quedaba en silencio. Practicaba continuamente las escalas, los acordes y un montón de piezas clásicas.

—Luego —continúa diciendo—, mi vecino se mudó a Galicia y yo seguí tocando. Hasta que mi madre lo vendió.

—¿Vendió el piano?

—Sí. Aunque después me compré un teclado.

—Cuéntame más cosas de ti —dice Pedro.

Paula le habla de sus aventuras por otros países, de Berlín, de Liverpool. Edulcora los recuerdos, como hace también cuando se habla a sí misma.

Se quedan en silencio, tumbados.

Después, le pregunta.

—¿Y tú? ¿Por qué nunca has vivido por tu cuenta? ¿Por qué ahora?

Surca con el dedo el rostro de él; sus cejas, el borde de sus ojeras, forma un círculo en torno a sus ojos.

Él se deja hacer, parpadea, dice:

—Ahora tengo dinero. De todas formas, aunque vivía con mis

padres, hacía mi vida. Ellos siempre estaban en la planta baja del dúplex y yo ocupaba la de arriba. Pero cuéntame más cosas de ti.

Parece muy atento a sus palabras, muy interesado. Sin embargo cuando le toca hablar a él, se le va la voz. Apenas dice nada o responde con monosílabos. También cuenta que él apenas ha vivido.

Ella no entiende eso, cómo un músico como él, puede decir que no ha vivido. También le resulta hasta exagerado que él la escuche así, medio fascinado, pero le gusta. La gente normalmente le demuestra interés para el sexo, para salir a fiestas, pero no por esos otros asuntos.

Piensa en Otto. A Otto todo le parecía una broma o cuestiones sin importancia.

Más tarde, contempla la lluvia chocando contra el cristal. Pedro escucha de nuevo esas melodías que compuso ella en el pasado. Parece concentrado y absorto. Paula vuelve a acariciarle. Las manos de él se enredan en su pelo. Sus formas se deshacen, los brazos, las espaldas, las piernas. Con Pedro siempre tiene ganas, desde la primera vez. Paula, que pensaba que no era una mujer tan sexual, estaría todo el tiempo así con él, no iría a trabajar, ni a hacer la compra, solo así. Con Pedro casi parece otra persona, casi se ve como una desconocida.

Podrían mantenerse en esa burbuja, como en una de esas bolas de cristal con copos de nieve en su interior y paisajes miniaturizados; espacios únicos y sometidos a sus propias leyes. Allí podrían existir hasta el infinito, o hasta que explotara, pero a veces las obligaciones, el trabajo, la familia, el entorno, se imponen.

LA MADRE

El día de Nochebuena, Paula compra los regalos familiares a toda prisa y vuelve a casa. Pedro está en su habitación, vistiéndose, o quizá liado todavía con la música, con el ordenador. Ella se sienta en el salón con las bolsas para envolverlos. No ha querido perder tiempo en las tiendas para eso, hacer más colas.

Cuando era pequeña, ocho, nueve años, y llegaban las Navidades, pasaba las horas en este mismo piso, en este mismo salón, modelando arcilla y haciendo dibujos para su madre. Luego, de adolescente, ya no fabricaba cuencos ni figuras ni pintaba, lo que le gustaba entonces era hacerle enormes regalos, así que, cuando se acercaba la Navidad o el cumpleaños de su madre, Paula quedaba con una amiga en alguna zona comercial del centro, entraban en El Corte Inglés y en otras tiendas y, mientras su amiga quinceañera robaba bisutería, sombras de ojos y vestidos para sí misma, Paula quinceañera robaba ropa cara y joyas para su madre. Adoraba ver su cara de felicidad cuando le entregaba esos regalos, adoraba hacerla feliz. Salía con su amiga de las tiendas, con cara de disimulo y el cuerpo rígido por si habían olvidado quitar todas las alarmas, y luego echaban a correr por las calles.

Solo las pillaron una vez y fue con baratijas. Los guardas de seguridad las llevaron a un cuartucho, intentaron meterles un poco de miedo con frases como “voy a llamar a vuestros padres” o “estamos guardando vuestros datos en una lista negra”, y Paula solo pensaba, no importa, mamá me comprenderá, sabrá que lo he hecho por ella. Luego, al cabo de una hora, las dejaron marchar.

En casa, su madre nunca preguntaba cómo había conseguido el dinero para comprar esos regalos, su madre hablaba de los esfuerzos que había hecho en el pasado para que las dos vivieran mejor, de su infancia humilde en una buhardilla sin ducha de la calle Toledo, en los años cincuenta, en un Madrid muy distinto a este, empobrecido y represivo tras la guerra, de sus padres, que ya eran mayores cuando nació, hija única igual que Paula, de que a los dieciséis comenzó a trabajar como secretaria como muchas otras chicas, cuando aún vivía Franco, de su matrimonio infernal. Todo eso fue antes de que consiguiera el gran empleo como ayudante de un empresario francés.

Y Paula la escuchaba atenta, la amaba por encima de todo y sentía la necesidad de protegerla siempre, a la mujer adulta, Paula sentía desde los cinco años que debía cuidar y proteger a su madre del mundo.

—Estamos solas —solía decir la mujer por aquel entonces—, solas las dos, hija, no tenemos a nadie más —luego, insertaba algún disco y bailaba por la casa. Su melena rubia ondeaba suave, su rostro hermoso, como su ropa, como sus vestidos, y Paula, todavía una niña, la miraba con los ojos enormes. La música a veces era melancólica, a veces llena de pasión. La mujer solía poner melodías francesas porque su padre, el abuelo de Paula, era francés. Por eso tenía también aquel nombre; Alizée.

Otras veces, Alizée decía:

—Hija, juntas tú y yo, somos invencibles. No necesitamos a nadie.

No necesitaban a nadie, eso era verdad.

Junto a Alizée la vida era como una película. A su lado siempre había emoción, era imposible aburrirse. Estaban unidas, madre e hija, como si fueran una sola, la niña y la mujer contra el mundo. Aunque también había otros momentos muy diferentes, discusiones terribles entre las dos que Paula no comprendía y enseguida olvidaba.

Pedro entra en el salón. Paula, sentada en el sofá, terminando de envolver los regalos, levanta los ojos, le mira.

—Había mucha gente en la calle. Los he podido comprar todos de milagro.

Saca una pulsera muy fina de su cajita. Se le escurre entre los dedos como una serpiente de oro. La agarra. Pedro mira las uñas cortas de ella, pintadas de negro. Su vestido también es negro, como sus botas.

—¿Te gusta? —Le dice.

La pequeña cadena no se puede comparar con los regalos robados que le hacía antes a Alizée, pero aún así.

La suelta en la palma de la mano.

Él se encoje de hombros.

A Paula todavía le choca la parquedad de él, pero también le produce intriga, también le gusta, Pedro es un misterio. Y añade, para sí.

—A mi madre le va a gustar.

El primer recuerdo nítido que tiene Paula de su infancia es de sus cinco años. Alizée acababa de convencer a su marido para que

aceptara un empleo en Canarias y así fue como se mudaron los tres a las islas. Cerraron el piso de Madrid, vivieron unos meses en Tenerife y, al cabo de ese tiempo, Alizée hizo de nuevo las maletas, cogió a su hija y regresó con ella a Madrid, a casa, las dos solas.

Allí dejaron a su padre, o allí se quedó él.

Después de la separación, Paula dijo.

—Mamá, quizá, a lo mejor, podrías reconciliarte con papá.

Se lo dijo con mucho cuidado (procurando no llorar), y muchos condicionales (quizá, a lo mejor, puede que), porque conocía el carácter fuerte de su madre. Pero Alizée no dudó, enseguida zanjó la cuestión, diciendo:

—Mira, hija. Si tu padre no nos hubiera dejado finalmente en paz, le habría envenenado. Te lo juro, cariño.

Así que la hija apenas volvió a tener relación con él. Su padre se quedó en Tenerife y con el paso del tiempo se convirtió en una figura incierta, borrosa. Paula acabó acostumbrándose a esa falta, como si el hombre nunca hubiera sido real.

Pedro, de pie en el salón, ya no mira la pulsera que le ha comprado ella a Alizée. Paula, sentada en el sofá, rodeada de paquetes a medio envolver, la guarda en su caja.

—Yo no he comprado nada para mis padres —dice él. Le sale esa voz tiesa, el cuerpo rígido y alerta, como si no durmieran juntos todas las noches.

—Pues ya te vale. ¿A qué hora vas a salir? ¿Vas a coger el cercanías?

—Mi padre viene a buscarme. Hoy está en el centro.

Los padres de él viven en Torrelodones, un municipio acomodado, a 30 kilómetros de Madrid. Pedro pasará con ellos la Nochebuena.

Cuando Paula tenía quince años y ya llevaban mucho tiempo viviendo Alizée y ella solas, a veces Alizée se marchaba temprano del trabajo y la recogía a la salida de clase, en ese tiempo acababa de conseguir el empleo importante como ayudante de un empresario y jurista francés de renombre. Las compañeras de instituto de Paula contemplaban a la mujer llegar en el deportivo rojo, la veían salir del coche con su ropa elegante y la bonita melena rubia cuidada. Alizée las saludaba, las escuchaba con interés, las invitaba a casa, les daba un refresco. Las chicas se sentaban embelesadas en torno suyo, Alizée era tan cercana y guapa, y les hablaba sin tapujos de su juventud difícil,

de la valentía, acerca de los hombres, del compromiso, de la honradez, de la traición. Tenía tantos temas de conversación, y en aquellos tiempos resultaba extraordinario que una madre dialogara tan abiertamente de asuntos como esos. Se metía a todo el mundo en el bolsillo.

Miraba a las adolescentes y decía cosas como:

—Vosotras sois muy jóvenes aún, solo unas crías, pero algún día os daréis cuenta de que la vida es muy perra. Mi hija y yo tuvimos que sobrevivir a muchas penalidades pero yo la saqué adelante. Luché por ella, lo hice todo por Paula, pero hubo una época en la que pensé que no lo íbamos a lograr. Si no me lancé a los raíles del metro fue únicamente por mi hija, porque no quería dejarla sola en el mundo, ella solo me tiene a mí. Lo he hecho todo por mi hija.

Decía ese tipo de cosas y las chicas la miraban fascinadas. Otras veces no paraban de reír con ella, o bailaban por la casa con la música que ponía. En realidad, a ojos de Paula, su madre no había sido tan infeliz ni su vida tan ardua como relataba en ocasiones. Paula la percibía siempre radiante y mantenían un nivel de vida acomodado, aunque también era cierto que todo lo que consiguieron sucedió gracias a Alizée. Alizée se había hecho a sí misma y a los treinta había alzado la voz en una época, tras la dictadura franquista, en la que los matrimonios en España todavía no se separaban y las mujeres solo poseían una cuenta bancaria si el marido también figuraba como titular. Por eso pensaba Paula que su madre se volvía en otras ocasiones tan estricta, tan diferente y dura, porque no lo había tenido fácil, porque había vivido en una época complicada, en una sociedad represiva, pobre, de autocensura y conformismo, con miedo todavía en los años setenta y ochenta a otra guerra y a otra posguerra. Porque era una mujer sola y debía mantenerse firme y alerta para salir adelante.

Eso se decía la hija cuando la madre se volvía tan sórdida. Porque, sí, Alizée también podía ser mordaz, podía herir como nadie.

En una ocasión, cuando Paula tenía dieciséis años y al parecer había hecho algo que disgustó enormemente a su madre, como pasaba a veces, ya no recuerda qué fue pero Alizée le hizo saber lo distanciada que se sentía de ella y comenzó a decir unas cosas tremendas que a la hija le resultaban tan dolorosas. No paraba, la madre aquel día no paró durante más de una hora, parecía de hielo y Paula como de cera líquida, llorando y pidiendo perdón. Y fue esa tarde, durante aquella discusión y no otra, cuando la hija sintió de

pronto como si su propio cuerpo se rompiera, un dolor que le resultaba insoportable, un hueco que se agrandó en su pecho hasta el precipicio. Era de verdad imposible seguir viviendo en aquel sentimiento, en aquel vacío. A partir de ese día, Paula no volvió a confiar del todo en nadie. Su madre fue la primera persona que le rompió el corazón, no fue un chico, fue Alizée. A partir de aquel día, Paula vivió, habló y rió pero casi siempre desde un segundo plano, mientras en el primero se encontraba vigilante, precavida, desconfiada, en cualquier lugar.

Por eso comprende ahora a Pedro; su artificialidad a veces, su inquietud fuera de lugar, su manera de ser distante. Le parece reconocer en él también una cicatriz.

—Qué exagerada eres, Paula —le había dicho a los dieciséis años una amiga del instituto, la única persona a la que se lo contó—. Una bronca con tu madre. A todas nos ha pasado eso alguna vez, pero luego se olvida. Son nuestros padres, ellos solo quieren lo mejor para nosotras. Y tu madre es una pasada de guay.

Esa chica tenía razón. Paula se veía a sí misma como una persona demasiado débil, demasiado sensible. Poseía un fallo en su interior. Su sensibilidad era anormal. Y además podía fallar a las personas sin darse siquiera cuenta, había fallado a su madre, Alizée no se había portado mal, Paula se había portado mal, la había decepcionado.

Se volvió miedosa y precavida. Si había llegado a experimentar aquello ante su madre, aquel agujero, qué no sería capaz de percibir ante cualquier otra persona en el mundo.

La vida con Alizée estuvo llena de altibajos. Y luego estaba su abuela, que no se parecía en nada a Alizée. Eran una familia pequeña, de tres mujeres. La abuela no vivía con ellas, sino en la residencia de mayores, que era cómoda y bonita, como un hotel de lujo, no como las de ahora. Pero todos los años pasaba unas semanas con ellas en el piso de la calle Madrazo, en este mismo piso. Y cuando la abuela y la nieta se quedaban a solas, tenían su propio mundo y su propia manera de conectar, como dos hermanas que se llevaran muchos años. Cocinaban entre las dos, limpiaban la vivienda, Paula le leía los libros de texto, los deberes. A veces la abuela reía como una cría con las bromas de Paula y algunas noches le pedía a su nieta que le leyera en voz alta. Había descubierto los libros con la niña y desde entonces le pedía que le leyera novelas de García Márquez, porque ella ya no veía bien. Después, cuando Alizée llegaba del trabajo, las dos la hacían caso en todo sin rechistar.

Ahora es distinto, ahora Paula tiene veintinueve años y Alizée vive con Gabriel, su nuevo marido, en Majadahonda, un municipio acomodado a quince kilómetros de Madrid. Ahora Paula agarra las bolsas con los regalos, se despide de Pedro y toma el transporte público para pasar la Nochebuena con su madre, su marido y las dos hijas de él en el chalet que ha comprado la pareja en Majadahonda.

Ahora encienden entre todos la chimenea artificial y moderna del salón, brindan frente al árbol navideño, intentan bromear aunque sus sentidos del humor sean tan distintos. Ahora Paula no roba los regalos y ahora su abuela ya no está.

Ahora, nada parece presagiar lo que está a punto de suceder. Lo que es imposible. Lo que solo ocurre en las noticias, en los periódicos, a otros. Lo que nunca se imagina ni se comprende.

Ahora, todavía, algo así resultaría inimaginable.

NOCHEBUENA

Al llegar al chalet con los regalos, Paula ve los coches de las dos hijas de Gabriel aparcados en la entrada. Alizée la recibe con los brazos abiertos. Paula se quita el abrigo negro. Debajo, el vestido negro, corto, las botas negras, las piernas sin embargo tan pálidas como su rostro. El cuerpo delgado como el de una adolescente, la melena castaña, ondulada y larga, despeinada o secada al aire. La madre al revés, rubia y elegante, el peinado de peluquería, envuelta en un vestido de color crema y mangas tostadas, menos alta que la hija y más fuerte, con una bonita figura.

Paula observa el salón de Majadahonda con los adornos navideños, los farolillos afuera, tras la cristalera que da al jardín y a la piscina. No le gustan los lugares ostentosos, más bien le incomodan, aunque sea la casa de su madre.

Gabriel sale de la cocina para saludarla, le acerca una copa de vino blanco y vuelve a lo que andaba haciendo; él se está encargando de preparar los platos principales. Las hijas de Gabriel entran riendo en el salón, vienen de otra sala, han sacado de unas bolsas los gorros de Papa Noel y están jugando con ellos, con las serpentinas y los matasuegras. Paula sonríe, intenta ponerse uno de esos gorros pero se siente ridícula, lo deja sobre la mesa y sale al jardín. Después de dos años, todavía se siente extraña en las reuniones familiares.

Se enciende un cigarrillo frente a la piscina. Alizée se acerca a ella. Le pide fuego. Son las únicas que fuman en esa familia aunque Paula solo lo hace de manera ocasional.

—¿Qué tal, cariño? Cuánto me alegro de que estés aquí.

—Bien, mamá.

Alizée cambia el gesto. Dice.

—No las aguanto, hija. Las dos son igual de bobas —después sonríe con expresión lastimera, de actriz. Toma una larga calada. Al soltarla, el humo se revuelve en el aire—. Nunca te cases con un hombre que tenga hijos.

Paula no dice nada. A veces todavía le sorprende el desparpajo de su madre cuando están a solas, Alizée bromeando como si nada importara, pero la hija se siente afortunada porque Alizée a ella sí la acepta, Alizée y ella forman parte de lo mismo, son un clan. Ama a su

madre y la teme casi con la misma ansia.

Después, la mujer tira el cigarrillo, lo apaga en el suelo pisándolo con el zapato de tacón, altiva, y concluye:

—Venga, cielo, vamos dentro, vamos al infierno —y vuelve a reír como si todo fuera una broma solamente. Coge cariñosa a su hija del brazo, lo aprieta.

Al entrar de nuevo en el salón, Paula mira a Sandra, la hija mayor de Gabriel. La chica tiene una sonrisa generosa y ese brillo en el rostro que posee la gente alegre y optimista. A su lado está Samu, su novio, vestido de traje. Paula observa la mesa, Clara ya se ha sentado.

—¿Tu novio no ha venido? —le pregunta acomodándose a su lado. No recuerda el nombre de él ni le interesa especialmente la vida de esas dos chicas, que le parece que habitan en un mundo paralelo.

Clara niega con la cabeza.

—Se ha quedado con sus padres. No nos vemos mucho desde que comencé a trabajar.

—¿Y qué tal va tu empleo? —Paula intenta mostrar interés. Intenta parecer accesible. A veces, se pregunta por qué le cuesta tanto relacionarse, de dónde viene ese desapego, o la inquietud. Es una sensación que le embarga a menudo, no solo con esa familia nueva, sino también con otras personas.

—Bien, me encanta, aunque aún estoy de prácticas —responde Clara con voz dulce pero no débil—. Espero que después me contraten.

Las dos hermanas trabajan en diferentes departamentos de la misma multinacional.

Clara tiene veinticinco años. Sandra y Paula apenas se llevan cinco meses.

—Alizée, cariño, ven ya a la mesa. —dice Gabriel dispuesto a sentarse.

Alizée sale de la cocina con las bandejas con los entrantes, se ha esmerado preparándolos y los ha decorado con mucha delicadeza.

Paula mira de nuevo a Clara, que sigue hablando de su empleo. La chica lleva los párpados maquillados y un vestido formal y elegante pero para Paula ni el maquillaje ni el vestido la favorecen, como si no los hubiera elegido una chica de su edad ni de su tiempo. Y piensa en eso, en que las dos hermanas se arreglan del mismo modo impersonal y aburrido, como si ser joven no fuera emocionante.

Es verdad que Paula siempre va de negro, o lleva algo negro, y que usa vaqueros con los bajos descosidos, o bolsos rotos, y quizá eso

tampoco parezca muy emocionante, pero es rebelde, Paula se rebela, no le gustan los adultos; el mundo de los adultos. Tampoco el mundo de los ricos. Y, aunque esas chicas no sean tan ricas como para no tener que trabajar, y aunque Alizée también tenga dinero, a sus ojos ellos pertenecen a otra clase de gente, a un mundo que Paula considera ajeno al suyo. No se trata tanto de una determinada posición social o económica, porque Gabriel también se crió en un barrio modesto y también se hizo a sí mismo, sino de esa sensación de haber vivido existencias completamente diferentes. La sensación de Paula es que ellos no conocen la verdadera angustia de vivir, el dolor insoportable, en el alma, y ella sin embargo, sí. Pero, en realidad, Paula apenas conoce a esa familia. En realidad, eso solo son juicios, limitados y superficiales, prejuicios. En realidad, a quien verdaderamente ve a través de ellos, es a Alizée. En realidad, lo que percibe Paula en ellos, es esa parte de Alizée que no logra comprender y que le resulta tan ajena e inaccesible. Porque además su madre puede adaptarse a cualquier ambiente y ella no.

Se sientan todos a la mesa. Gabriel apoya los codos sobre el mantel navideño y moderno. Es un tipo grande, de ojos risueños y, como dice Alizée, tiene buena planta.

El hombre alza la voz, baja el mentón, dice.

—Gracias por esta nueva familia. Por la segunda oportunidad que nos has concedido a todos.

Paula contempla de reojo a su padrastro; su expresión sentida y sólida. Solo se relaciona con él cuando Alizée está delante y nunca han hablado demasiado, pero le parece un hombre tierno.

Pronto también ellos conocerán el dolor inhumano, en el alma, pero ahora, todavía, la existencia parece solo algo más o menos agradable, algo que merece la pena vivir.

—¿Qué tal la convivencia con tu nuevo compañero de piso? —dice Gabriel en cierto momento durante la cena.

Alizée se dirige enseguida a las hijas de él:

—Paula le ha alquilado una habitación a un amigo suyo.

En realidad, Pedro no es su amigo. Hace ya cinco meses que vive con ella, aunque su acercamiento ha sido más reciente. Al principio Paula solo necesitaba un inquilino, compartir gastos, y Pedro era conocido de unos conocidos y buscaba casa o una habitación en el centro. Al principio, cada uno habitaba una alcoba del piso, y a Paula él ni siquiera le gustaba, le inquietaba su hermetismo.

—Bien, Gabriel, todo va bien con él. Nos adaptamos.

No dice más. Sus respuestas normalmente son así de escuetas. Con Pedro puede pasar horas hablándole de cualquier asunto y sin embargo con su familia apenas alza la voz y cuando lo hace se siente artificial y extraña.

Entonces, Alizée se interesa por ese trabajo que le han ofrecido a Samu, el novio de Sandra, en Canadá.

—Si yo fuera tú, Samuel, aceptaría ese empleo en Ottawa —le dice Alizée con voz cercana y modesta—. También para ti, Sandra, es una buena oportunidad. Si no hacéis algo así ahora que sois jóvenes, ¿cuándo lo vais a hacer? Mirad a mi hija, no es porque sea mi hija pero Paula fue a estudiar al extranjero, aprendió idiomas y aprendió de otras culturas, todas esas vivencias la han convertido en una mujer más abierta y más fuerte. Por no decir que ahora es trilingüe. Yo la animé y la apoyé en todo, y estuvo bien que se separara del nido esos años, porque ella sabe que yo siempre estaré ahí cuando me necesite, para eso estamos los padres, y hay que dejar que los jóvenes se conviertan en adultos fuertes e independientes. Estoy orgullosa de ella.

Paula la contempla absorta. Le alucina que Alizée cuente esas mentiras, o esas verdades a medias. Paula no se fue al extranjero para estudiar, la realidad fue muy distinta, pero de boca de su madre todo suena diferente, mejor. Alizée tergiversando el pasado para que no parezca que la relación entre ellas dos fue a veces un infierno. Esa familia piensa que siempre se llevaron bien, que siempre han tenido una buena relación, que las cosas no fueron como realmente fueron, y Paula no se atreve a llevarle la contraria a su madre delante de ellos.

Alizée continúa:

—Si no os va bien en Canadá, siempre podéis volver a Madrid. No tengáis miedo de vivir, el miedo nos vuelve pequeños. En Ottawa viviréis experiencias increíbles y ganareis mucho más dinero, superareis los momentos difíciles, se os ve en la cara que os mantendréis unidos, tenéis esa fuerza —luego, añade—. Gabriel y yo, vuestro padre y yo, también fuimos ambiciosos, quisimos vivir bien y lo conseguimos, cada uno por su lado, antes de conocernos. Éramos unos luchadores —contempla a Gabriel con complicidad. Él la observa orgulloso. Después vuelve a buscar los ojos de Sandra mientras la chica coge la mano de su novio por encima de la mesa y le contempla pensativa, como meditando las palabras de Alizée.

La otra hermana dice.

—Tortolitos. Yo no quiero influir en vuestra decisión pero

decidáis lo que decidáis, ¡no dejéis de amaros! ¡Quiero un hijo vuestro! ¡Quiero un sobrino de estos dos insoportables!

Paula mira a Clara y piensa de ella lo mismo que de Sandra, que son unas cursis. Se siente lejos de allí, de su nueva familia, casi como una farsante.

Tras los postres, abren los paquetes con bestsellers, bufandas de Stradivarius, bolsos de Misaco, la pulserita para Alizée. Unas semanas antes, Alizée les hizo saber a todos que en Navidad los regalos tenían que ser sencillos, cosas básicas. Después, coge del brazo a Paula y a escondidas le entrega "el regalo de verdad". A veces es una joya, o lencería de Dior, o zapatos de Fendi. Hoy se trata de un traje de chaqueta azul marino de Hugo Boss que ha guardado en el maletero del coche.

—Toma, cariño, para que lo disfrutes ahora que eres joven. Es bueno tener algo de ropa como esta en el armario. Sabes que a mí las marcas me importan poco, pero este traje te durará, y es muy estiloso.

Las dos hijas de Gabriel se marchan con Samu en sus coches. Viven en los alrededores, así que no pueden acercar a Paula a Madrid. Es Alizée quien la va a llevar a casa. A estas horas no circula ningún autobús.

Madre e hija salen de la urbanización. La carretera se despliega desierta hacia la ciudad. Paula mira por la ventanilla el paisaje plagado de urbanizaciones y concesionarios de lujo. Alizée conduce a toda velocidad.

—Bueno, ¿qué te ha parecido la cena? —Dice al volante.

—Bien, ha sido agradable —la voz de Paula es sobria.

—Si tú lo dices —repone la madre burlona.

—Nunca te había visto hablar de ese modo a sus hijas.

Alizée cambia el gesto, adopta una expresión más afectuosa.

—Bueno, todo el mundo se merece una oportunidad, hija. A pesar de que Gabriel las quiera proteger como si todavía tuvieran doce años.

Paula apenas conoce a esas chicas, nunca se encuentra con ellas más que en Navidades o en algún cumpleaños, se juntan en ese tipo de celebraciones desde hace un par de años, y es verdad que tienen intereses antagónicos, sus maneras de hablar o de divertirse le resultan tan ajenas, pero hay algo que admira de las dos y es que cuando se les murió la madre después de una larga enfermedad, en menos de un año su padre empezó a salir con Alizée y ellas nunca la rechazaron, si no que hicieron por acogerla. Paula también aceptó a

Gabriel enseguida, pero eso le parece diferente porque él no ha suplantado a nadie, o quizá la ha suplantado un poco a ella, pero eso, a Paula, en todo caso le resulta liberador.

A veces se siente culpable por querer alejarse de su madre.

LO IMPOSIBLE

2013

Aquí te detienes. Levantas los ojos del ordenador y contemplas el pequeño calendario sobre el escritorio. Un taco de papelitos cogido por dos anillas que muestra el mes de febrero de 2013, el año en curso. Ahora lo Imposible ya ha sucedido.

Ahora hace siete años que ocurrió todo. Han tenido que pasar siete años y aun así, de momento, solo puedes contar la historia en tercera persona.

La primera vez que procuraste escribir sobre lo que ocurrió, intentaste narrarlo desde el Yo, a modo de un diario personal, pero no pasaste de la quinta página. Pensaste y comenzaste también un relato de ficción con solo algunos pasajes reales. Lo tiraste todo a la basura. Y ahora estás aquí de nuevo, frente a la pantalla. La inquietud te mantiene alerta y a veces todavía te paraliza. Pero tienes que hablar porque tu vida ya no puede seguir si no lo cuentas todo.

A veces buscas excusas para alejarte del escritorio, pero siempre vuelves a casa con la misma sensación; no hay otra manera de continuar, más que contando todo lo que sucedió.

Hay días en los que recordar resulta más difícil, o más agotador, pero es la única manera de seguir, o de empezar a construir de una vez una nueva vida.

Hoy la excusa es la llamada de una amiga (de una de las pocas personas que conocen esta historia). Quedáis en un café y pides una copa de ron, tú solo quieres evadirte, pero esta vez decides contarle a ella, a tu amiga, que estás escribiendo sobre lo que sucedió, que lo estás intentando por tercera vez.

—Lo voy a convertir en una especie de novela —dices en el café mientras la miras. La observas casi como pidiendo su aprobación, o su aliento. Te serviría en realidad el aliento de cualquiera.

Y tu amiga te mira seria y responde.

—¿Vas a publicarlo? No sé, Paula, si la gente podrá sentirse reflejada en esta historia. A casi nadie le ocurre una cosa así —parece realmente sorprendida.

La contemplas impotente y piensas, ¿cómo que no? ¿Acaso no vemos

las noticias? ¿Acaso no vemos en los telediarios lo que sucede a nuestro lado continuamente? ¿A unos y a otros diciendo que jamás se habrían imaginado lo que les sucedió?

Aunque, en realidad, sabes que la mayoría piensa como tu amiga. Que la gente cree que esas cosas no le pasan a casi nadie. Que tú misma creías eso antes. Que, en mayor o menor medida, todos hemos sucumbido en algún momento de nuestras vidas a la ceguera.

—No sé si lo publicaré —respondes incómoda—. Ni siquiera sé si lograré terminarlo. Esto solo lo hago por mí. Además, también puede servirme como un modo de protección. Si me sucede algo, esta es la historia, aquí está la verdad.

Apenas has sido capaz de hablar de lo que ocurrió, con dos o tres personas a lo largo de todos estos años. ¿Por qué enmudeciste? ¿Por qué tenías que mantener el tipo? ¿Qué habría pasado si lo hubieras contado todo entonces? Pero era imposible que abrieras la boca, era imposible, no podías, no había manera de sacarte eso de dentro. Te disociabas, procurabas vivir desde la normalidad, seguías adelante, te hacías la fuerte, te comportabas ante los demás como si no hubiera sucedido nada, eso se te ha dado siempre bien.

Hace siete años ocurrió lo Imposible. Lo que detuvo tu vida. Lo que arrasó con todo. Hace un mes te dijiste que era el momento de intentar escribir sobre ello. Acabas de perder tu trabajo y tienes tiempo, es el momento de hacerlo. Así que te has encerrado en casa. Vas a por provisiones al supermercado. Has aparcado tu vida para hacer esto. A veces, dudas. Pero hay una fuerza que viene del estómago y te impulsa a escribir. Ahora la escritura es el único modo de seguir adelante. Ahora, de vuelta en casa, te sientas de nuevo frente a la página, frente a este documento, y piensas: si alguien lee estas hojas algún día, debe saber que cada palabra aquí escrita es real, que todo esto que vas a contar lo has vivido tú, una simple persona, una de las millones de personas que pueblan este mundo, una gota en el océano, una gota en el océano que busca que alguien le diga, yo también he vivido lo mismo, no eres la única.

A veces, solo tienes cabeza para escribir frases sueltas. Por eso ahora cuando relees las primeras páginas, te parecen como desordenadas. A veces no sabes ni cómo narrar lo que solo son sensaciones subjetivas de una veinteañera. Porque tu vida, ahora, queda muy lejos de aquella que fuiste.

Pero hay algo que sí sabes, y es que, una vez, el mundo fue solo de una manera posible, igual que la realidad solo fue una y tú la conocías. No cuestionabas lo que vivías, ni a quienes amabas. Podías cuestionarte todo lo demás pero no eso ni a ellos. Tus cimientos eran firmes. O así lo

percibías. Tú no veías que el barco estaba roto. Tus cimientos te mantenían en pie. Todavía no sabías nada, tan joven e ingenua, y luchabas por entender y por aprender a vivir, como el resto del mundo. Y quizá por eso ahora estás aquí. Porque en realidad todavía no te has dado por vencida, aunque a veces pienses que sí, que te has rendido.

EL OLOR DE PEDRO

En la entrada a Madrid las luces navideñas forman dibujos de campanas, de coronas, de pinos. Alizée apoya la mano en la palanca de cambios y vuelve a reducir la marcha mientras sigue hablando de las hijas de Gabriel. El coche se adentra en la calle Princesa. Paula contempla por la ventanilla a varios jóvenes que corren, ríen y gritan por la acera, a la altura de Argüelles, envueltos en sus abrigos, buscando pubs donde resguardarse del frío y sacudirse el aburrimiento, y piensa que seguramente habrán salido todos escopeteados de sus casas familiares tras la cena de Nochebuena.

Alizée habla ahora de que Gabriel quiere traspasar una generosa cantidad de dinero a sus hijas para ayudarlas a comprar un piso propio.

—¡Que el alquiler les cuesta un dinero, me dice! Pues, como a todo el mundo. No voy a permitirle eso. Sus hijas tienen que espabilar.

Paula la mira. Hace tiempo que no le dice lo que piensa a su madre, no es que su mente se encuentre en blanco mientras la escucha ni que apoye sin objeción todo lo que dice Alizée, sino que está cavilando que el comportamiento de Gabriel no es tan raro, que solo es un hombre que quiere ayudar a sus hijas, pero sabe que Alizée interpretaría cualquier comentario de ese tipo como un ataque personal.

Poco después están llegando a la calle Madrazo, junto al Paseo del Prado. Es un distrito de edificios señoriales en el centro de Madrid. Aquí se crió Paula, en una vivienda que se revalorizó poco después de que Alizée y el padre de Paula se casaran y la compraran. La adquirieron con una hipoteca y no necesitaron más aval que sus contratos de trabajo fijos e indefinidos, contratos que en aquellos tiempos nadie dudaba que durarían para siempre; como secretaria ella y él como técnico de desarrollo de productos electrónicos.

Después, se separaron y desde entonces vivieron allí Alizée y Paula solas, hasta que la hija cumplió los dieciocho y se marchó. La casa ya llevaba años pagada, el padre de Paula le había cedido su parte a Alizée hacía mucho tiempo y, hace unos meses, Alizée, se la ha alquilado a su hija por la mitad del precio que les cobraba a los anteriores inquilinos.

Alizée cuenta a menudo que no se les puede regalar nada a los hijos. Que, los hijos, para aprender, deben buscarse la vida por su cuenta. Luego, otras veces, le regala a Paula ropa de Burberrys y Ralph Lauren que Paula casi nunca se pone porque no es de su estilo, pero que mantiene durante años en el armario porque le da cargo de conciencia deshacerse de ella.

El coche se detiene frente al portal.

—Hija, te quiero. Recuerda que siempre seremos tú y yo. A veces pienso que no debería haberme casado de nuevo.

—Yo me alegro de que te hayas vuelto a casar, mamá.

—A veces me parece que estás celosa. Quiero que sepas que para mí tú eres lo único.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo puedes pensar eso? Yo no soy celosa.

Alizée sonríe, condescendiente.

—Todavía recuerdo cuando eras pequeña, estabas en la guardería aún, o en infantil, y cada vez que te preparaba una fiesta de cumpleaños no parabas de llorar durante toda la tarde. Tenías tantos celos. No dejabas que ninguna niña se acercara a mí.

Paula la contempla atónita.

—¡Qué tontería, mamá! Era tímida. Supongo que me agobiaba ver a tanta gente en casa de pronto.

—Claro, seguro que era eso —dice Alizée burlona.

—Qué manía tenéis todos con poner etiquetas a los demás — frunce el ceño, mira el botón encendido de las luces de posición del coche y abre la puerta.

—¿Está ese chico en casa? —Dice Alizée.

—No lo sé. Gracias por el viaje.

—Buenas noches, mi vida.

Entra en el ascensor. No sabe por qué se siente tan inquieta. Seguramente Pedro esté arriba pero no es eso, la inquietud viene de otro lugar.

En el piso, ve luz en la habitación de él, la puerta está abierta, se detiene en el umbral y le encuentra sentado en el sillón de rayas con la guitarra eléctrica y los cascos puestos. Le ve tocando en silencio, escuchándose por los auriculares. Pedro levanta la cabeza, se quita los cascos, sonríe con la boca cerrada, esa sonrisa corta pero no apocada que ella ya conoce. Apoya la guitarra en la pared.

Él también ha cenado con su familia, y tampoco tiene coche, su padre le ha traído de vuelta. Pedro dice que detesta conducir y que en Madrid no lo necesita, que nunca llegó a sacarse el carnet.

Paula le mira abstraída, sin traspasar el umbral, con las bolsas colgando, rozando el suelo.

—Voy a dejar los regalos.

Sigue caminando hasta su habitación. Suelta las bolsas con las bufandas, los guantes y los bestsellers sobre el escritorio. Cuelga en el armario el traje que le ha regalado Alizée.

No ha encendido la luz. La iluminación que sube de la calle, de las farolas, es suficiente.

Anda un rato merodeando por la alcoba, despistada, sin saber qué hacer. Su cabeza no está allí, sigue pensando en su madre.

Pedro llama a la puerta entreabierta.

—Pasa.

—¿Tienes un cigarro?

—Sí. Espera.

Lo saca del bolso.

—Toma, quédate con el paquete, no fumaré más esta noche.

Normalmente le habría invitado a pasar pero hoy le embarga una agitación que le distancia de Pedro. Sin embargo, al darle el paquete de tabaco, percibe un pequeño temblor en la mano de él. Eso la sorprende, la devuelve al presente.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta.

—¿Me puedo sentar en tu cama? —Dice él.

Ella asiente.

Se tumban. Se extienden boca arriba uno al lado del otro. El silencio se alarga y les mece como un mar tranquilo. Se escuchan las respiraciones. Pedro ha cogido la mano de ella sobre la cama. No se miran, no hablan. Tumbados boca arriba solo sienten al otro a su lado, el calor que irradian sus cuerpos.

Más tarde, sin moverse todavía, él dice.

—¿Tú también sientes el abismo a veces?

Ella le mira absorta. ¿Qué abismo? ¿Así llama él a ese hueco, a la angustia que a veces la embarga sin ninguna razón?

Al amanecer Paula piensa en lo acostumbrada que está a obviar su cuerpo, a hacerse la fuerte y seguir para delante, porque no se encuentra bien pero no lo dice. A disimular. Él, sin embargo, no teme expresar su fragilidad. Le sorprende y le parece admirable eso de él. Ella nunca se permite mostrarse débil, y suele decirse que nada es tan importante como para tiritar. Siempre ha pensado que la gente más frágil, es la que aparenta ser más fuerte. Los que, como le pasa a ella y como le pasa a su madre, no pueden permitirse el lujo de vacilar.

Le mira dormir y se llena de preguntas. Se pregunta sobre él. Necesita interpretarle, no le deja en blanco. Eso la alivia. Necesita sentir que tiene el control.

LO QUE SABES

Hoy te levantas más temprano que de costumbre. Todavía es de noche. Holgazaneas unos minutos, el tiempo ralentizado, tú una zombi. Sin desayunar abres el ordenador, estás en una nube, aún no has terminado de despertarte mientras vuelves a estas páginas.

Cuando escribes desde este estado somnoliento te parece que las palabras salen más libres, más espontáneas, no las bloqueas. Escribir desde este duermevela es, quizá, el único modo de volver a esa época.

Al cabo de un rato, te quedas contemplando el amanecer. A veces, los días nublados y fríos como este, bajas a la calle, coges el coche y solo conduces por la ciudad con la radio puesta, mirando los peatones, los escaparates, los pasos de cebra. Es como un video musical, conducir es lo único que te despeja la mente.

Pero hoy no te apetece salir de casa, ni siquiera para eso, ni siquiera para airearte. Hoy solo te preguntas si serás capaz de hacerlo, de contar aquí lo que sucedió.

Relees las últimas hojas y sientes que a pesar de estar narrando una historia verídica, no eres capaz de abrirte realmente, aunque tampoco sabrías cómo hacerlo. Estás fría, helada por dentro. Quizá solo quieres escribir para recordarte quién fuiste, o para intentar descubrir quién eres. Pero, ¿deseas realmente recordarte quién fuiste?

Pasas unos días extraños, decides parar, guardas el ordenador y comienzas a pintar el baño. Piensas en pequeñas reformas, se te ocurre cambiar el mueble del lavabo porque el que hay es muy viejo, te acercas a Bricomart, desechas la idea. Vuelves a pensar en hacer algún cambio en la casa, esta vez en el salón, pero no consigues concentrarte. Alizée invade tu mente noche y día, no te da respiro. Te asaltan una y otra vez todos los recuerdos de lo que vino después.

No pretendes crear aquí ninguna intriga en torno a qué fue aquello que sucedió hace siete años. Si no has hablado aún de ello es porque estás procurando rememorar aquella época desde la Paula que eras entonces, no desde la que eres ahora, no desde lo que ya conoces y desde lo que ya ha sucedido.

Además, adentrándote de nuevo en aquel tiempo anterior a lo Imposible, quizá salga a la luz algo que se te escapó entonces y que puede

que te acerque a algún otro tipo de comprensión.

Tampoco estás segura de si la escritura de este libro te ayudará en algún modo. Si merece la pena o no, todo el esfuerzo.

En realidad, si lo piensas, ¿para qué puede servir dedicar meses o incluso años de tu vida a escribir sobre tu vida, a hablar sobre ese pasado del que quieres deshacerte?

Lo único que sabes es que no puedes evitar hacerlo, y que, mientras tecleas las palabras en el ordenador, a veces tienes la sensación de caminar a tientas. Conoces, o crees que conoces, el camino ya recorrido, sin embargo no sabes adonde te llevará volver a él.

Además, te das cuenta del poder que tiene el acto de relatar el pasado y lo fácil que resulta inventar, aunque no quieras, porque tú no estás en posesión de la realidad absoluta, ojalá fuera tan fácil. ¿Acaso lo que narras es todo lo que sucedió? ¿Acaso sabes lo que sucedió verdaderamente en tu vida y a tu alrededor, desde todas las perspectivas? Tú solo puedes hablar desde ti, ni siquiera desde los otros. Y, desde ti, únicamente puedes hacerlo con todas tus cegueras y tus idealismos y tus sueños y creencias y juicios de entonces y de ahora. Solo contar tu versión. Cada uno tendrá la suya.

Sin embargo, y pese a esa dificultad obvia o incluso imposibilidad para lograr transcribir fielmente lo vivido, los hechos no mienten, lo que sucedió ocurrió en este y todos los planos de la realidad, desde tu visión y desde todas las demás visiones, porque los hechos son tangibles y cuantificables y palpables.

Lo Imposible tuvo lugar, y eso no se puede refutar.

Ahora sin embargo, hablando aquí sobre los meses previos a lo Inimaginable, y sobre cómo veías tú por aquel entonces tu vida y a quienes te rodeaban, te das cuenta de que en realidad aún no sabes casi nada, y algunas cosas no llegarás a conocerlas nunca, o quizá las descubras por primera vez mientras escribes este manuscrito, quién sabe. Pero lo importante, lo que debe importarte a ti, lo único que es fundamental, ya lo conoces, los hechos no mienten. Igual que conoces (y sientes) lo que debes y lo que no debes hacer a partir de ahora.

Frente al ordenador, tu pasado se levanta ante tus ojos como un ser muy difuso, lleno de niebla, torpe y grande, falto de nitidez. Esas cosas que no puedes casi ni discernir, ni recordar, tan difícil acceder a toda la realidad, a la verdad. Tan ciega tú todavía, así te sientes aún a veces.

ENTRE EL MUNDO Y ELLA

Cuando Paula tenía dieciocho años, un domingo invitó a casa a un amigo de su edad, apoyaron sobre la mesa de su cuarto los *croissants* que habían comprado para desayunar y prepararon chocolate caliente.

Paula no le había pedido permiso a su madre porque estaba durmiendo y a Alizée no solía molestarle que vinieran sus amigos mientras ella se encontrara en la vivienda. Era un domingo de primavera y la brisa suave entraba por la ventana.

Los dos jóvenes se turnaban para poner música en el cuarto mientras charlaban. Habían dejado las tazas vacías sobre la mesa, junto a los envoltorios de los *croissants* y hablaban de conciertos, de empleos y países a donde viajar en el futuro.

A Paula él le gustaba y, a pesar del vértigo que le embargaba a menudo cuando se encontraba demasiado cerca de otra persona (tan tímida y miedosa, tan reservada), a pesar de los precipicios que se desplegaban a sus pies en momentos así, esa mañana en su cuarto besó a Rodrigo y en ese instante experimentó como si de golpe toda su energía fuera líquida y desbordara su cuerpo. Había conseguido traspasar la barrera que la separaba de los otros y a partir de ese instante se relajó, se encontraba mucho mejor a su lado, como si le conociera más. Continuaron hablando en la alcoba, poniendo música a un volumen más bien bajo. No escuchó a su madre despertarse ni trajinar por la vivienda. Alizée apareció en el umbral del cuarto, la puerta se encontraba entornada y la terminó de abrir de par en par, les contempló rígida un instante, con el rostro congelado, y acto seguido le dijo a Rodrigo que se largara en ese mismo momento.

El chico no abrió la boca, tan solo se levantó con la cabeza baja y se marchó.

Alizée le siguió por la casa hasta la entrada. Cerró la puerta tras él. Paula iba detrás de su madre. Alizée se dio la vuelta y la miró vehemente.

—No entiendo cómo has sido capaz de subir a nadie a casa sin mi permiso —tenía los rasgos endurecidos.

Paula la contemplaba y su sensación era que no había hecho nada malo. Su madre solía animarla para que le presentara a sus amistades,

se involucraba en su vida y aunque Paula también conocía el carácter fuerte y estricto de Alizée, a sus ojos su madre era comprensiva, Alizée era su cordón, el lazo que la sujetaba a la tierra. Su madre formaba parte de ella, era todavía un pedazo de Paula, o al revés, Paula era un pedazo de su madre; como si aún fueran una sola. Pero la mujer fue tajante y le hizo saber que el viernes siguiente le daría una noticia importante, le diría qué iba a hacer con ella.

—Pero, ¿qué he hecho? ¿Qué vas a hacer?

Paula la seguía por el piso intentando explicarse.

—Otros días mis amigos han subido a casa, a comer, o a charlar, y tú te has sentado con ellos. ¡Ellos te adoran, mamá!

—¿Te crees que soy idiota? Paula, me he despertado un domingo por la mañana y te he encontrado en tu habitación con ese chico que no sé ni quién es.

Sus palabras resultaban tan coherentes, Paula se puso colorada.

—No pensaba que fuera a molestarte. Y quería que le conocieras.

—¿Cuándo vas a respetar mis normas? Permito que vengan tus amigos cuando estoy en casa, pero no mientras estoy durmiendo.

Después, la madre añadió en el mismo tono crispado una frase que solía decir:

—Es muy difícil criar a una adolescente yo sola. He tenido que hacer de padre y madre a la vez durante todos estos años y es agotador.

Nadie podía quitarle razón, pero Paula seguía sintiendo que no había querido molestarla ni faltarle al respeto. De haber sabido que la visita de Rodrigo supondría un problema, se habría ido con él a un parque o a otro lugar, no era tan tonta.

La madre concluyó:

—No confío en ti.

Paula sintió a sus pies un hueco que se agrandó hasta el precipicio. Y ahí terminó la conversación.

Alizée no volvió a dirigirse a su hija en los siguientes días. Paula la veía hablar por teléfono con quien fuera; hablaba seria o comprensiva o bromeaba y se reía al teléfono, luego colgaba, se hacía el silencio y solo volvía a mirar a su hija con esa frialdad. Eso dejaba a Paula temblando.

Durante esa semana, esperó cada día escuchar aquello que Alizée tenía que decirle. Hasta que llegó el viernes y su madre la llevó a un café frente a El Retiro, se sentaron a una mesa junto a un ventanal. Al otro lado del cristal asomaba la calle limpia, la reja alta y señorial del

parque, los árboles esbeltos. Alizée adoptó ese tono serio y ceremonial que la hija ya conocía.

—No respetas mis normas, Paula. Tienes un mes para organizarte y marcharte de casa, ya eres mayor de edad. Así que vete planificándolo todo. De este modo aprenderás a buscarte la vida, a darte cuenta de que todos tus actos tienen consecuencias. Y también aprenderás a apagar las luces del piso cuando no las uses, a fregar los platos sin que yo te lo diga, a vivir como una adulta y a ser responsable. Puedes vender tu teclado si no tienes dinero, eso te ayudará a empezar.

Mientras Alizée hablaba, toqueteaba el paquete de tabaco, lo levantaba de la mesa y lo dejaba caer. Era un gesto que hacía a menudo cuando se ponía seria.

Paula se había quedado petrificada y lo único que logró decir fue:

—No voy a vender mi teclado. Ni loca.

Estaba tan aturdida que no lograba reaccionar. Siempre se había dejado llevar por las decisiones de su madre pero ahora Alizée estaba diciendo aquello y la hija ya era mayor, ya no era una cría, y era hora de vivir por su cuenta. Pero el motivo, ese motivo para Paula tan poco importante y por el que su madre la juzgaba de aquel modo, haber invitado a desayunar a Rodrigo a casa, ese motivo la ahogaba.

Enseguida pensó que Alizée la quería y se lo había demostrado mil veces, y si ella había salido adelante había sido gracias a su madre, si Paula era la chica que era ahora, había sido gracias al apoyo de Alizée, por eso sabía que lo había hecho mal, que no debería haber llevado a casa a Rodrigo sin su permiso, no mientras Alizée estuviera durmiendo, y no volvería a hacerlo, ahora ya lo sabía, aunque fuera tarde, aunque le pareciera que no tenía tanta importancia. Los adultos concedían importancia a cosas que los adolescentes no entendían, el mundo de los adultos y el de los adolescentes estaba separado por un muro insalvable, a años luz uno del otro.

No logró volver a abrir la boca. Tiritaba en aquel café pero no era consciente de ello, igual que tampoco era tan consciente de las otras sensaciones que la embargaban, como de esa en la garganta, como si se le hubiera hinchado por dentro y fuera por eso por lo que no podía respirar.

Solo percibió con claridad otra sensación que apareció de pronto en su cuerpo y se asentó en ella; una suerte de anestesia que la amodorró durante meses.

Comenzó a vivir por su cuenta. Comenzó a buscar la compañía de

los que eran como ella, otros expulsados de sus hogares, otros rebeldes, marginados. A esa edad, los hijos nunca hablaban de los padres, solo se hacían compañía, se juntaban para sobrevivir, para escuchar música, para dormir, hacían planes, no pensaban en seguir estudiando sino en buscarse la vida, estaban comenzando a ser adultos y se rebelaban llenos de energía, de rabia, de ideas y creencias importantes, y eso les salvaba.

El motivo por el que su madre la había alejado de ella, la traición o las traiciones que Alizée veía en su hija, le parecían a Paula incongruentes e injustas, y la desazón de la hija se mezclaba en ciertos instantes con una percepción de libertad desconcertante. Pero esos instantes eran escasos y sobre todo se apoderó de ella un dolor agudo por haber traicionado a la persona más importante de su vida.

Podía haberse aferrado a lo otro; ahora era libre, ahora podría hacer lo que le viniera en gana, dejar atrás la adolescencia y el pasado, mirar hacia delante solamente, pero la culpa lo invadía todo, la culpa la paralizaba, y también sentía como si nada fuera real ahí fuera, o como si entre el mundo y ella hubiera un muro.

Todo transcurría muy deprisa.

Otras veces la rabia se apoderaba de Paula y le daba fuerza, pero cuando ese sentimiento se desvanecía, volvía a tiritar.

Fue una época brutal, pesaba cuarenta y siete kilos y medía un metro setenta, no era bulímica ni sufría anorexia, era que siempre estaba nerviosa.

Dormía en cualquier lugar, deambulaba de casa en casa, y, al cabo de unas semanas, se fue a vivir con Rodrigo.

El chico vivía con su madre, una mujer mayor, viuda de un bedel, que la trataba como a una hija. La mujer preparaba unos platos deliciosos. Habitaban en la tercera planta de un edificio común de los años setenta, con muebles tradicionales, en el barrio de Hortaleza. Su estofado de carne con salsa de zanahoria y puerros era el preferido de Paula, y la madre de Rodrigo lo preparaba cada vez más a menudo. Paula apenas hablaba con ella, le daba las gracias y comenzaba a fregar los platos. La mujer la apartaba, deja, hija, yo lo hago. Paula se ponía entonces a limpiar con Rodrigo el resto de la cocina y después regresaban los dos al cuarto del chico. No sabía cómo relacionarse con los adultos.

En aquella época, Alizée y Paula no hablaban. La hija intentaba no pensar en su madre y, aunque a veces se quedaba alelada durante

horas o se le llenaban los ojos de lágrimas en los momentos más insospechados o recordaba solo los buenos tiempos con su madre o creía percibir el olor de su perfume en cualquier lugar, enseguida buscaba la distracción en cualquier otra cosa.

Escuchaba un montón de discos con Rodrigo. Pasaban tardes enteras tumbados en el cuarto de él reproduciendo música una vez y otra. Un día, se les ocurrió la idea de serigrafiar camisetas para la gira de un conocido grupo británico y venderlas en los conciertos y en mercadillos por toda España. Las diseñaron entre los dos y las estamparon en una tienda en la parte alta de Lavapiés. Pasaron el verano viajando por el país en el viejo Seat de Rodrigo, extendían las camisetas en los paseos marítimos de los pueblos y ciudades de la costa y alternaban las noches en hostales con otras en los asientos reclinables de su coche. Era una vida extraña, la que hasta hacía solo unos meses no habría imaginado llevar, como si no fuera su vida del todo o como si estuviera atrapada en un sueño.

Se bañaban en pequeñas calas recónditas en el océano atlántico y en el mediterráneo, pero Paula no siempre veía el mar ni los paisajes hermosos que la rodeaban; a veces sentía un velo invisible aprisionando su cuerpo y su mente. Era una sensación de la que procuraba escapar pero que a menudo acababa asfixiándola.

Había otros días en los que todo iba mejor y entonces disfrutaba de un paisaje, de la risa de Rodrigo, del dinero que habían conseguido esa tarde con la venta de camisetas.

Se pusieron morenos. Tomaron éxtasis y se abrazaron durante horas en un hostal. Luego volvía a embargarle la tristeza, la desconfianza, la apatía.

De vuelta en Madrid, alquilaron un piso bajo para los dos solos junto al parque de la Fuente del Berro; un jardín por donde se paseaban bellos pavos reales con las colas desplegadas. Era un apartamento con dos ventanas enrejadas a pie de calle, pero el piso era oscuro y las paredes tenían humedad.

Paula sentía a menudo esa asfixia, su mente a punto de incendiarse, hasta el punto en que una vez, tumbados en la cama, le dijo a Rodrigo, vamos a abrir el gas y a quedarnos dormidos para siempre, así, como estamos ahora. Y lo dijo en serio. Deseaba profundamente hacer eso. Se encontraban tendidos sobre el colchón, los cuerpos adolescentes, ella apretándole la mano, los ojos cerrados, rendida.

Más adelante, cuando ha pensado en ese momento, no ha logrado

recordar si él contestó algo, si respondió o preguntó, ni qué sucedió los días siguientes ni los anteriores, solo que en aquella época ella se quería morir, solo que si Rodrigo le hubiera respondido, vale Paula, vamos a hacerlo, abre el gas, ella lo habría hecho.

Por aquel entonces, Antonio iba de vez en cuando a visitarla, le traía bolsas con comida y alguna vez le dio dinero.

Antonio fue el primer novio que tuvo Alizée tras separarse del padre de Paula. Él ya no se hablaba con Alizée pero Paula y él seguían relacionándose y para ella él era importante, casi como un padre, o lo más parecido a lo que Paula suponía podía ser un padre.

Se veían de vez en cuando, habían compartido el gusto por el cine y los libros desde que Paula era una cría y después de muchos años él todavía se preocupaba por saber cómo estaba ella. Antonio era un buen hombre, cálido y afable, adicto al trabajo, sin hijos ni familia.

Durante el año que Paula vivió con Rodrigo, habitaba en una especie de nebulosa y funcionaba como una autómata. Trabajaba por las tardes cogiendo el teléfono en una mensajería, pegaba carteles publicitarios por las mañanas en las fachadas de los edificios del centro, servía copas los sábados en un pub en la zona de Moncloa. Su sentido de la responsabilidad —ir a trabajar, no llegar tarde, dejarlo todo terminado— la mantenía en pie. Se había convertido en un fantasma que se movía y se desplazaba por la ciudad y por el piso casi en un plano paralelo. No se acercaba demasiado a Rodrigo, no reían a menudo ni sentía complicidad con él, con nadie en realidad. Tampoco tocaba el teclado. Salía a veces con Rodrigo a algún pub, o con sus amigas de la adolescencia, Sofía, Ruth, a las que percibía en unas vidas muy distintas a la suya, infinitamente mejores. Y su madre ahora no estaba, no la hablaba, así que nada era nada.

Eso duró más o menos un año.

Después, la madre llamó por teléfono a Antonio y, a pesar de no tener ya ninguna relación con él, sabía que Paula y él habían seguido manteniendo el contacto y le convenció para ir juntos a visitarla.

Tras tanto tiempo sin noticias de su madre, ese día a los diecinueve Paula se encontraba especialmente nerviosa mientras esperaba su visita. Pasó la mañana limpiando el apartamento con Rodrigo, y los adultos llegaron por la tarde. Preparó café para ellos y colocó sobre un plato las pastas que había traído Alizée, mientras Rodrigo les daba conversación.

Alizée estaba muy guapa y se mostraba simpática y divertida y

amable. El olor de su perfume de Loewe flotaba en el salón y la mujer se movía por el apartamento con esa ropa elegante, la blusa de seda, la falda entallada, los gestos vibrantes y contenidos a la vez. Antonio le entregó a Paula un regalo para la casa, una olla a presión que debía ser la más cara del mercado, y Paula casi no podía abrir el paquete con su temblor de manos.

—Para que cocinéis platos saludables —dijo el hombre. Pero Paula solo miraba a su madre. La sentía tan cerca, como si no hubiera pasado el tiempo. Cada risa de la madre, cada gesto cariñoso, avivaban su cuerpo. Al fin había llegado la reconciliación.

La hija no había dudado que Alizée la quería, como le había demostrado mil veces, no lo había dudado. La inquietud venía de lo otro, de saberse ella misma tan difícil.

Permanecieron unas horas los cuatro en el salón del pequeño apartamento. Incluso se hicieron una foto con el regalo que le había traído Antonio.

A la mañana siguiente, Alizée volvió a visitarla en la pequeña vivienda. Esta vez venía sola. Rodrigo acababa de marcharse a trabajar, y Paula no la esperaba.

Alizée entró en el piso, contempló a su hija y tomó sus manos.

—Cariño, te veo muy mal. Mi vida.

Su mirada profunda y su expresión desolada tambalearon a Paula, que se echó a llorar.

La madre la abrazó conmovida.

Paula siempre la había percibido como una mujer muy fuerte, y estaba segura de que a Alizée le sucedía lo que a ella, que si un día se permitía la fragilidad no volvería a levantar cabeza. Por esa misma razón también ella intentaba ser fuerte y no pensar, para no derrumbarse.

—Cariño —repetía Alizée—, estabas muy descontrolada, la convivencia contigo ha sido infernal durante los últimos años. No sabía de qué manera podía hacerte entrar en razón. Ya no me hacías caso. Eres una cría que quiere comportarse como una adulta pero, a la hora de la verdad, no eres una adulta, mírate, no puedes vivir así.

Era un drama, pero Paula no se preguntaba por qué tenía que resultar todo tan difícil, tan apoteósico. Solo quería borrar ciertos recuerdos, que todo volviera a estar bien entre ellas, porque cuando las cosas entre las dos estaban bien, Paula se convertía en una persona más fuerte y más alegre.

Alizée seguía diciendo:

—Cariño, puedes volver a casa. Puedes regresar pero con una condición, tendrás que ir a un psicólogo.

Paula la miró. A pesar de lo severa que le resultaba a veces Alizée, su sensación era que al final siempre estaba ahí para ayudarla, para echarle una mano en el último momento. No puso ninguna objeción a eso del terapeuta, aunque no le apetecía tener que visitar a ningún desconocido. ¿Qué iba a decirle a ese hombre, a quien fuera? Pero en aquellos momentos sabía que nadie, ni siquiera ella misma, conocía mejor que su madre lo que necesitaba.

Asintió. Después, Alizée hizo una broma sobre las viejas puertas del apartamento que la hizo reír.

Al día siguiente cargaron las maletas en el coche.

Pasaron las semanas y Rodrigo se convirtió en un tiempo que solo había existido en sueños.

No era tanto el hecho de vivir por su cuenta y de buscarse la vida, de madurar deprisa, lo que la había dejado exangüe, sino lo otro, la conciencia de haber decepcionado a su madre en el pasado, y su silencio.

Regresar a casa fue una fiesta. Entre ellas existía de nuevo esa complicidad y ambas se esforzaban por que todo fuera bien.

Los vecinos decían al verlas salir de casa sonrientes y divertidas:

—Paula, qué flacucha, ¿dónde has estado todo este año?

—No te hemos visto por aquí.

La madre y la hija transmitían cercanía y calidez.

—Ha estado estudiando fuera —decía Alizée. Y los vecinos asentían y bromeaban con ellas como siempre, de cualquier asunto. Paula no decía nada del apartamento junto al parque de la Fuente del Berro. Ni de que había estado en Madrid todo este tiempo. Solo hablaba animada y risueña de nuevo y ellos siempre las contemplaban admirados.

—Ahí van la madre y la hija, tan guapas, parecen dos hermanas, y tan independientes.

Respecto a la condición para volver a vivir con su madre, visitar a un psicólogo, Paula sabía que debía intentarlo, que probablemente lo necesitara, pero la sola idea le daba vértigo.

Aun así, se armó de valor.

Durante la primera sesión, sentados uno frente al otro al escritorio, el terapeuta dijo:

—Me gustaría que escribieras para el miércoles siguiente un relato sobre cómo ha transcurrido tu vida desde tu infancia hasta este momento.

Valentín era un hombre de unos cincuenta años, grande y alto, con gafas metálicas y los ojos serenos, de aspecto serio pero accesible.

En el despacho había un diván y varias litografías, réplicas de una serie de dibujos de Miró alineadas en una de las paredes.

Esa misma noche, Paula escribió un relato de cuatro páginas sobre la vida extraordinaria que había llevado con su madre, cuando no tenían mucho dinero y Alizée la sacó adelante, sobre cómo luchó por Paula y cómo a veces habían discutido como todas las familias pero al final la madre siempre había estado ahí para ayudarla.

Llenó las hojas con los recuerdos que le venían a la mente; una imagen de cuando tenía siete años y Alizée decía apenada que no tenían dinero para regalos en Navidad y, al final, contemplando con su hija un puesto callejero en Sol, compró un pequeño rompecabezas hecho con alambres y se lo entregó a su hija. Paula se puso tan contenta, y eso que el artilugio en cuestión no le gustaba tanto pero su madre siempre conseguía que cualquier cosa corriente se convirtiera en la mejor del mundo.

Otra imagen de esa misma edad, seis o siete años. Alizée conduciendo el viejo Renault y Paula en el asiento trasero admirando su melena rubia, su cuello hermoso, el brazo esbelto y bronceado apoyado en la ventanilla. La otra mano decidida, cambiando las marchas. La madre solía pedirle que se sentara detrás del asiento del copiloto, en lugar de tras el suyo, porque aquel era el lugar más seguro del coche si alguna vez tenían un accidente. Su madre se ponía pesada con eso y lo que Paula sentía entonces era todo lo que Alizée la quería.

Igual que cuando la pillaba desprevenida en la cama, el cuerpecito de Paula tan pequeño, y le hacía pedorretas en la tripa. Eso hacía reír tanto a la niña que casi no podía ni respirar y luego tenía agujetas en el estómago de tantas carcajadas.

Otras veces, también sobre esa misma edad, a Paula le dolían los oídos y pasaba noches enteras en vela, llorando, mientras Alizée le ponía paños calientes y en ocasiones el oído acababa supurando. Esas noches la madre se levantaba medio sonámbula y le ponía esos paños que calentaba con la plancha para aliviar su dolor, hasta que la hija se dormía.

Escribió también en el relato para el psicólogo, sobre esos otros

días en los que entraban juntas en las boutiques y salían llenas de bolsas. Paula era todavía una niña, diez u once años, y Alizée ya trabajaba como ejecutiva, como ayudante del empresario francés, y le encantaba arreglarse y todo le quedaba bien. Elegía las prendas, se las probaba, le pedía opinión a su hija en el probador. También pasaba el rato bromeando con las dependientas. Paula callada porque era más tímida.

Las mujeres y los hombres las miraban con los ojos grandes y siempre eran bienvenidas, en cualquier lugar.

Luego estaban las amistades de Alizée, cuando Paula era ya una adolescente; hombres y mujeres ejecutivos que a veces venían a comer a casa o Alizée iba a las fiestas en otras casas. Era una mujer divertida, comprometida y cercana, y tenía también algunas amigas más sencillas y campechanas, que iban y venían, y a las que Alizée siempre ayudaba de algún modo.

En casa, las dos solas, ponía música y bailaban, cada una a su aire. Algunos fines de semana desayunaban en el barrio de La Latina, en la calle Toledo, donde Alizée se crió.

Paula escribió todos aquellos recuerdos en unas hojas para el terapeuta.

Sin embargo, no narró en esas páginas nada sobre esas otras ocasiones en el pasado, en las que Alizée se enfadaba y le escondía el equipo de música y desconectaba el teléfono fijo (en esa época aún no había móviles) o le retiraba la palabra. Pero la sensación de confusión o de impotencia que le embargaba a la hija cuando discutían, siempre estuvo ahí. Y a veces sentía una rabia atroz mientras Alizée le decía que no podía tener ese carácter tan tremendo.

A sus ojos, su madre era incomprensible; todos esos momentos en los que Paula no entendía dónde estaba el problema, no lo veía, como si estuviera ciega, como si no pudiera ver sus propios errores hasta que Alizée se los mostraba y entones se daba cuenta de todo, de que se había excedido, de que mamá tenía razón.

Había llorado mucho cuando se encerraba a solas en el baño, de llorar nunca se cansó, y había llegado a desear huir de aquella casa muchas veces, de Alizée. Aunque eso tampoco quiso relatarlo en las páginas para el psicólogo porque, a ojos de Paula, ese tipo de problemas no eran tan infrecuentes entre padres e hijos y porque sabía dónde se hallaba la solución. Sabía que, si cambiaba, si se esforzaba por ser mejor o lo que para la madre significaba ser mejor, es decir, llevarle la corriente en todo, desaparecerían. Su madre había luchado

por ella, eso lo tenía claro.

Tras entregarle el relato a Valentín, comenzó a visitarle todas las semanas.

Más que las conversaciones que mantenían durante las sesiones, a Paula le abrumaba la sensación de ligereza y bienestar que le invadía en aquel despacho y que continuaba dentro de ella al salir.

Alizée también le visitaba, se acercaba en coche hasta la consulta después del trabajo para preguntarle por las confidencias de su hija y narrarle —entre cliente y cliente, cuando Valentín tenía un hueco— esas vivencias que seguramente Paula no se atrevería a contarle a él pero que era importante que el hombre conociera; asuntos como su divorcio o la rebeldía y los problemas de concentración de Paula, lo mal que le había ido a la chica en el instituto, su carácter difícil.

Cuando Alizée iba a ver al psicólogo de la hija, el hombre la escuchaba observador y después esquivaba sus preguntas.

Era verdad que la mujer siempre se quejaba a Paula de su hermetismo.

—Nunca sé lo que tienes en la cabeza, hija —solía decir—. Acceder a ti es imposible, cariño, siempre tan esquiva, siempre cerrándote en banda. Nunca me cuentas tus problemas ni tus preocupaciones, y yo no soy adivina, sabes.

Pero a la hija ya no le salía expresarle ciertas cosas a su madre, aunque se tratara de asuntos sin importancia. Y otras veces lo que sucedía era que no entendía en realidad qué quería su madre que le contara. Porque esa sensación sí la conocía bien, Alizée interrogándola como un policía y ella con la mente en blanco, pensando en qué podía decirle, en qué querría su madre escuchar, y sin comprenderla, sin encontrar respuestas, sin entender sus preguntas.

NO HABLES DE MÍ

Al comenzar este manuscrito, la mayoría de los recuerdos referidos a tu convivencia con Alizée cuando eras una niña o una adolescente, estaban profundamente enterrados. Algunos vienen a tu mente por primera vez desde que sucedieron. Otros, los reinterpretas sabiendo ya lo que antes no sabías.

En tu juventud tenías unos cuadernos, del tamaño de una cuartilla, en los que escribías sobre tu vida entonces y también sobre lo que te pasaba con mamá. Algunos están guardados en una maleta, junto con viejas fotografías y negativos y cartas y recuerdos de tus viajes, de Otto, de tus amigos.

Otros, los que hablaban de tu relación con Alizée, los tiraste poco después de escribirlos porque te daba vergüenza que alguien pudiera leerlos algún día y ver lo mal que hablabas de ella, cómo te enfadabas a veces.

Ahora te gustaría haber conservado aquellos, los que hablaban de Alizée.

Ahora piensas que, si algún día tienes el valor de publicar este texto, de contar lo que pasó cuando tenías treinta y un años, Alizée lo leerá, sabrá que has publicado un libro, lo leerá y se verá a ella en estas páginas.

Alizée siempre decía:

—No hables de mí cuando yo no esté delante. ¿Me oyes? Eso sería una traición.

Así que daba igual lo que ella te hiciera, que tú no debías abrir la boca. Y eras obediente de un modo que ya no entiendes. Así que aquella frase acabó convirtiéndose en un mantra para ti.

Tu madre odiaba a Truman Capote porque el tipo había escrito algunos relatos sobre las vidas de sus amistades.

Tu madre decía que no había peor defecto que ese, aparte de mentir. (Y, cuando ella mentía, no contaba).

No es que Alizée leyera a Capote, ella prefería los bestseller ligeros del momento, sino que había visto aquello en una película sobre la vida del escritor.

Llamas a una amiga y tomáis una copa en un pub, aún es de día y te sientes un poco crápula con tu pinta de ron en la mano a las cuatro de la tarde. El pub huele a lejía y a alcohol. Estáis solas allí. El camarero, al

fondo, ordenando unas cajas de refrescos y entrando a cada tanto en el almacén, no os hace ni caso.

Hablas de esto con tu amiga. Te encuentras inquieta, atorada. Entonces, ella, te dice.

—Tienes todo el derecho a contarlo, Paula, a contar lo que quieras. Todo el derecho.

Esa frase te noquea.

Todo el derecho.

Tienes todo el derecho.

Es verdad. Lo tienes.

Días después, piensas en los problemas de oídos que tenías de pequeña, y en que tu madre se levantaba por las noches para aliviarte el dolor con esos paños calientes que te ponía sobre el oído, calmándote, hablándote con dulzura, tranquilizándote. Tu cabeza sobre la almohada o un cojín, las lágrimas de dolor surcando tu rostro, cruzándolo, y Alizée enérgica, protectora, planchando esos paños, aliviándote la otitis.

Pero entonces se te ocurre algo que nunca habías pensado antes, y es que nunca te llevó al otorrino. Tampoco tomaste medicación para el dolor o para las infecciones de oído. Solo unas gotas, a veces, que tu madre compraba en la farmacia.

Que eso fuera extraño no lo pensaste nunca, hasta ahora. Que tu madre no te hubiera llevado al médico de familia o mejor aún al especialista, al otorrinolaringólogo, sino solo muchos años después y únicamente para comprobar tu capacidad auditiva, eso es raro.

Alizée se pasaba la noche en vela a tu lado ayudándote, pero no te llevaba al doctor. ¿Qué sentido tiene eso?

Sin embargo, esas noches en vela acompañándote, existieron, Alizée planchando aquellos paños, igual que existieron las cosquillas mientras os moríais de la risa juntas. Ella se reía al verte a ti reírte. Eso también sucedió.

Te sientas en la mecedora. A veces te da por balancearte mientras contemplas el cielo por la ventana. Estás nerviosa, casi temblando, quizá un poco borracha todavía. No es tan tarde pero empezaste a beber a las cuatro con tu amiga. No sueles beber, o no tanto. Y entonces piensas en Gabriel y en sus hijas. Giras la cabeza sin dejar de apoyarla en la mecedora, sin dejar de mecerte en el balancín, hasta posar los ojos en el escritorio, en el ordenador.

Qué ignorante eras entonces.

Y qué poco te interesaba la gente, la mayoría del mundo. Incluso

ellos, Gabriel y sus hijas. Creías que esa era tu naturaleza, que esa eras tú, huraña, desconfiada, siempre alerta. Que habías nacido así.

Recuerdas aquella nochebuena a los veintinueve en casa de Alizée y Gabriel, después el novio de Sandra decidió irse a Canadá, aceptar el trabajo, y tú no volviste a ver a las hijas de Gabriel hasta la primavera.

Cierras los ojos, el sueño te vence, mañana retomarás la escritura.

Lo último que recuerdas pensar antes de dormirte, es:

Si pudieras volver atrás sabiendo lo que ya sabes, ¿qué harías?

LA CORDURA

Los monólogos de Paula en la consulta, en el diván, cuando tenía diecinueve años, trataban normalmente de su infancia con Alizée, de todos esos momentos buenos que vivieron juntas, de la valentía de su madre, de cuando hablaban y reían como las mejores amigas o la madre le enseñaba cosas realmente buenas, cosas que servían para la vida, para salir adelante, o iban en el coche a toda velocidad cuando apenas había nadie en la carretera, o esas tardes de domingo en las que tostaban *croissants* en la cocina, los rellenaban con jamón y queso y se los tomaban frente a una película en el salón y luego ponían otra cinta y otra y se acostaban a las tantas. A la madre no le importaba que la niña se acostara tarde entre semana y Paula se sentía una privilegiada y hablaba orgullosa de ello en clase al día siguiente. Le encantaban las películas, igual que a Alizée. Además, su madre siempre adivinaba los finales de las historias, tan inteligente, nunca fallaba, podría haber sido guionista de cine, pero Alizée prefería trabajar con el empresario francés que aparecía a veces en los medios.

Sin embargo, después de unos meses de terapia, los problemas entre la madre y la hija volvieron a aparecer. Asuntos que Paula no entendía, malentendidos, cosas sin importancia para Paula pero que a Alizée la enervaban, o al revés, palabras y pequeños actos que herían a la hija y que la madre banalizaba. Pero Paula ya había comenzado a sentir los efectos de la terapia y se encontraba más fuerte cuando discutían. Ahora entendía mejor que toda forma de relación debía llevar implícitos ciertos límites y, aunque nunca se había callado ante su madre, aunque a menudo se rebeló, ahora las tácticas de Alizée para hacerla cambiar de opinión surtían menos efecto.

Entonces sucedió algo tremendo.

Uno de los días en que Alizée se acercó a la consulta para saber más acerca de las sesiones de Paula, el psicólogo dijo:

—Alizée, lo que hablo con tu hija en la terapia es confidencial, incluso para ti, aunque seas su madre.

La mujer le miraba perpleja.

Valentín seguía diciendo:

—Puedo atenderte para cualquier otro asunto que no tenga que

ver con tu hija. Y, si quieres, también podría recomendarte algún psicólogo si deseas comenzar tú misma una terapia.

De ese modo zanjó Valentín la cuestión de las visitas. Pero, tras aquello, Alizée echaba chispas, y quizá por eso hizo lo que hizo poco después. Lo tremendo.

Fue el día que Paula lavó una camiseta y la tendió en el baño grande para que se secara allí, porque afuera llovía. Al día siguiente, fue a preguntarle a su madre si había visto la camiseta.

—¿Qué dices, qué camiseta?

—La negra con letras amarillas.

—Tú no tienes ninguna prenda así, Paula.

—Claro que sí.

—Mira, hija, ¡ese psicólogo te está volviendo loca! No voy a seguir pagándote las sesiones.

—¿Pero, por qué?

—Ya me has oído. Si sigues así vas a acabar en un psiquiátrico.

Por esa época, Paula tenía unas pequeñas erupciones en los brazos, en forma de círculo, y comenzó a rascarse mientras decía.

—¡Claro que tengo esa camiseta, mamá! Qué tontería, lo sabré yo.

—Me arrepiento de haberte llevado a ese terapeuta.

La hija insistió. Le dijo que Valentín la estaba ayudando.

—Qué ingenua eres, hija.

—Mamá, esa camiseta sí existe.

—Paula, cuando te obsesionas con algo, me superas. ¡No sé de qué camisa me hablas!

Después, dejó de hablar.

Paula insistía.

—¿Pero por qué vas a dejar de pagarme el psicólogo? Si fuiste tú quien se empeñó en que fuera a verle.

—Me he equivocado con él.

Pero la hija quería ir al menos a la siguiente sesión, que tenía lugar ese miércoles. Así que cuando llegó el día, se acercó nerviosa a la consulta.

—Mi madre no quiere que vuelva. Va a dejar de pagarme las sesiones.

No se había tumbado en el diván como las otras veces, sino que se había sentado frente a él. Pero no le miraba, tenía los ojos fijos en la mesa y los pellejos levantados alrededor de las uñas.

Entonces, Valentín le contó la cosa más inverosímil que Paula

había escuchado jamás. Lo dijo en un tono firme y cuidadoso, pero su voz tenía además un matiz seco y categórico. Debía advertirla, debía saber que su madre le había amenazado ayer —a él— con denunciarle a la policía porque según Alizée, sus sesiones estaban volviendo loca a su hija.

Paula le miró atónita.

Finalmente, el hombre añadió:

—Paula, deberías marcharte de esa casa. Tu madre es peligrosa.

Ella no dijo nada, solo se había quedado sin respiración. No le entendía. Sabía todo lo que Alizée había hecho siempre por ella. Paula vivía tantos días normales con su madre e incluso mejores que los que pudieran vivir la mayoría de adolescentes con sus padres, la vida resultaba tan corriente entre las dos por lo general, incluso tan divertida, que aquellos otros instantes se convertían en una especie de incongruencia que simplemente era mejor pasar por alto. Además, su madre era, sin ninguna duda, una mujer cuerda. La gente la admiraba, tenía amistades, mantenía ese trabajo como ayudante de un conocido jurista francés desde hacía varios años. Pero también era verdad que, a ojos de Paula, la terapia con Valentín la estaba ayudando, eso no lo dudaba. Tampoco dudaba de su madre, y a la vez le creía a él.

En el futuro, aquella semana será un agujero negro al que apenas volverá a asomarse. En el futuro solo recordará que, durante aquellos días, no paró de buscar obsesivamente su camiseta y una novela de Hermann Hesse que tampoco localizaba, y cada noche volvía a preguntarle a su madre si las había cogido. La miraba por las noches en el salón —cuando Alizée volvía de trabajar o del supermercado o de cualquier lugar— y le repetía a su madre que esas cosas sí existían, que no se las había inventado. Se le humedecían los ojos y tenía miedo, aunque no de Alizée.

Alizée, inmóvil, sentada en el sofá, no hablaba, observaba a su hija con fijeza, la contemplaba como si quisiera meterse dentro de Paula para descubrir todo lo terrible que la hija pudiera haber hecho jamás y castigarla por ello. Observaba a Paula y después contemplaba la tele, de forma intermitente, impasible, como si Paula estuviera también dentro de una pantalla.

Paula creía que debía haber algo más fuerte entre ellas que lograra romper ese hielo. Tenía que haber sentimientos de amor o de compasión que pudieran echar abajo la barrera que había a veces entre las dos. Quería abrazar a su madre, que regresara la paz, las risas, preparar juntas unos *croissants* con jamón y queso, irse con ella

de tiendas, distraerse, poner la música al máximo volumen, olvidarlo todo. Pero no sucedía nada de eso.

Así, llegó el sábado.

Aquel día, de pronto, Alizée se había levantado de buen humor y le había dicho a su hija que la invitaba a desayunar en una cafetería del barrio, frente a El Retiro. Paula volvió a contemplarla y, como una obsesiva compulsiva porque no se podía sacar eso de la cabeza, volvió a insistir.

—Mamá, esa camiseta sí existe, yo no estoy loca.

Tenía legañas en los ojos, pero ya no lloraba.

Alizée soltó una risa relajada, afectuosa, como si la hija hubiera dicho algo gracioso, como si los días anteriores no hubieran existido. Estaban en la habitación de Alizée, y entonces la mujer abrió el armario empotrado, ese que siempre cerraba con llave, y sacó la camiseta de Paula y sacó el libro y algo más, mientras decía.

—Mira que eres pesada, Paula. Mira que eres pesada.

En el futuro la hija intentará comprender no solo por qué su madre escondió aquellas cosas, sino también por qué al final abrió el armario y se lo mostró todo, riendo, como si nada.

Quizá pensaba que Paula se iba a reír con ella, o quién sabe qué cosa se le pasaría por la cabeza en esos instantes a la mujer, Paula normalmente acaba acostumbrándose y adaptándose a todo lo que le sucedía con su madre, pero esa vez no podía respirar.

Años después, un terapeuta, no Valentín sino otro, que la atendió después de lo Imposible, durante un tiempo, le diría que su madre había hecho aquello (no solo esconderle sus cosas, sino también enseñárselas al cabo de los días), para desestabilizarla. Que eso tenía un nombre en la jerga psiquiátrica: “Luz de Gas” o “Gaslighting”. Y que, dicho nombre, venía a raíz de una película con ese título que narraba las artimañas de un hombre para hacer creer a su mujer que estaba loca, con el propósito de quedarse al mando de sus finanzas.

Según le contaría a Paula años después aquel psicólogo, la acción de Alizée había sido una estrategia para intentar trastornarla. Alizée no había abierto el armario para mostrarle la camiseta en un arrebato inconsciente o alocado, sino con premeditación, de manera intencionada, para perturbar a su hija.

Pero, ¿por qué motivo?

Eso se preguntaría Paula al cabo de los años pero no aquel día. Aquel día en la habitación de su madre se apoyó en la cómoda, la cabeza le daba vueltas y, en algún momento, logró decir:

—Pero si tú siempre dices que la mentira es el peor defecto que existe.

Durante toda su vida había creído a su madre. La creyó hasta ese instante, hasta que Alizée abrió el armario y le enseñó las pruebas que le devolvieron a Paula la cordura.

Entonces se extendió otro precipicio a sus pies y recordó las palabras de Valentín: Deberías irte de esa casa.

Le invadió un sentimiento de indignación insoportable, y gritó:

—¿Por qué has hecho eso, mamá? ¿Por qué me has escondido esas cosas? ¡Has estado toda la semana sin hablarme mientras yo me sentía desesperada y tú me llamabas loca!

La expresión de Alizée cambió. Ahora contemplaba a su hija con el gesto de hielo, y decía:

—Estás cabreándome mucho, Paula. Hemos quedado para comer con unos amigos míos, así que tengamos la fiesta en paz.

Por dentro la hija ardía. En esos momentos ni siquiera lograba aferrarse al hecho de que aquella mujer era su madre, de que Alizée la quería, de que su unión era tan fuerte, biológica, innegable, sagrada, que nada, nada, podía ser capaz de separarlas de ese modo.

Paula, como otras veces en el pasado, otras veces que ya había olvidado en realidad, volvía a sentir que caminaba entre la niebla, que luchaba bajo una capa de hielo tan espesa, buscando la superficie, tan perdida, desorientada, a punto de ahogarse. Sus pensamientos se agolpaban en su mente y ya no tenían ni sentido, no eran de este mundo, pertenecían al mundo de los locos y de los desesperados. No lograba respirar. No podía asirse a ningún sitio. Pensaba en sus amigos; sus amigos sí estaban ahí para ella, aunque nunca hablara con ellos de esos asuntos, aunque fueran unos marginados o unos descerebrados que salían por las noches sin freno y que a veces se drogaban. La familia no es la que nos viene dada sino la que elegimos nosotros. A esa frase se aferraba Paula, a esa frase que había oído de alguien, en algún lugar. Sus amigos. Porque a algo necesitaba aferrarse. No podría vivir sola en el mundo, alejada de todo.

Aquel día, mientras Alizée se duchaba, Paula llamó por teléfono a su amiga Sofía y le pidió quedarse en su piso.

Sabía que la madre de su amiga se había mudado con su pareja a las afueras. Sofía vivía sola, iba a la universidad y alquilaba las habitaciones libres para mantenerse.

Después de la llamada, le dijo a su madre en la puerta del baño.

—Me voy de casa. Me voy a vivir con Sofía.

El rostro de Alizée era un muro.

Paula hizo la maleta. Alizée no la miraba, tampoco le dirigió la palabra cuando fue a despedirse. Bajó a la calle con los dos maletones y el teclado electrónico en la funda, y se quedó en la acera esperando un taxi.

El taxi era importante, no podía montarse con todos sus bártulos en un transporte público, así que utilizó parte de sus escasos ahorros mientras pensaba, encontraré trabajo, ya lo he hecho antes, saldré adelante.

El taxista colocó el equipaje en el maletero. Paula se montó en el asiento de atrás con el teclado. La sensación de injusticia, la rabia y la impotencia que la embargaban, habían tomado el mando y la hacían reaccionar. Por la radio sonaba *Hey*, de *The Pixies*, que era una de sus canciones favoritas en ese tiempo, y Paula pensaba que eso tenía que ser buena señal. A eso se aferraba, a esa canción, mientras miraba por las ventanillas la gran ciudad y se le saltaban las lágrimas. Sentía alivio e incomprensión, todo junto, revuelto e inexplicable.

Durante los meses siguientes, meditó a menudo sobre todas las posibles causas de los problemas con su madre sin llegar a ningún puerto. Lo que sucedía entre ellas resultaba para Paula un profundo misterio. Un misterio que la atravesaba. Un dolor que a veces resultaba insoportable.

Respecto a sí misma, no estaba segura de lo que le sucedía. Su percepción le decía que, aunque seguramente su madre tuviera razón a menudo y ella fuera culpable de muchas cosas, sus sentimientos no eran malvados, Paula no actuaba de mala fe, eso sí lo albergaba en su fuero interno como si fuera un tesoro que debía proteger a toda costa: ella no era mala. Porque, si lo fuera, entonces su madre tendría razón, y nadie quiere ser un monstruo.

EL PERDÓN

El hecho de adentrarte en ese pasado, habiendo aparcado tu vida por completo, y con tanto esfuerzo, quizá sea eso lo que te lleve a descubrir qué pasó en realidad más allá de lo Imposible, de lo que ocurrió hace siete años, cuando tenías treinta y uno. Cómo pudo llegar todo hasta ahí. Porque siempre hay un suceso que lo cambia todo, pero a veces ese suceso es solo el último de una larga fila de sucesos que no llegaste a ver, por muy delante tuyo que los tuvieras.

Lo que más te sorprende en estos momentos es tu capacidad para disociarte en aquel tiempo y olvidar lo que no te interesaba, o para disculparlo, o para culparte a ti misma de vuestros problemas.

Que pudieras perdonar algo como que Alizée te escondiera tus cosas y te llamara loca, es algo que, aún ahora, sigues sin entender del todo. Solo sabes que en aquel entonces eso era parte de la niebla y tú estabas acostumbrada a caminar a tientas.

Tú nunca quisiste a nadie tanto como quisiste a tu madre. Nunca llegaste a permitirte de nuevo volver a sentir ese amor. Lo supiste en la adolescencia, que algo se había roto en ti, que habías aprendido demasiado rápido, demasiado pronto, que tu vida no iba a ser exactamente como la del resto, que habías vivido demasiado ya, demasiado mal. Y sin embargo ese sentimiento era algo que no racionalizabas, yacía por debajo, oculto, y no eras consciente de ello.

Nadie a tu alrededor hubiera dicho en aquella época que te pasara algo. Disimulabas. No te dabas cuenta de hacerlo pero la verdad es que te disociabas, y lo hacías muy bien.

El último regalo que le hiciste a Alizée, hace unos ocho años, poco antes de lo Imposible, fue un DVD con una versión especial de la película de Spielberg, "A.I, inteligencia artificial", con escenas inéditas y entrevistas al director. Habías visto esa película meses antes y te había emocionado sobremanera. El film trataba de David, el primer niño robótico programado para poder amar. Fue adoptado a modo de experimento por una pareja. Se convirtió en su hijo pero al poco tiempo el hijo humano de la pareja, un niño que se encontraba en coma en el hospital, despertó milagrosamente y David fue abandonado.

Después del abandono, David pasó años intentando recuperar ese amor de su madre y se obsesionó por convertirse en un niño humano, digno de ese amor.

Ese fue el último regalo que le hiciste a tu madre, sin saber que ya no habría más regalos, más cumpleaños ni más celebraciones.

EL MUNDO ES GIGANTE EN ESE PISO

2005

Hay momentos con Pedro, que la impresionan de tal modo, como cuando se abrazan tumbados, vestidos o sin ropa, da igual, y se dicen, y de verdad lo creen de un modo figurado pero potente, que si encuentran los espacios vacíos en el cuerpo de cada uno; las partes submicroscópicas de sus anatomías que solo son vacío, sin masa, podrían atravesarse, traspasarse el uno al otro.

—Somos un enjambre de átomos en movimiento, y vacío —dice Pedro—. La mayor parte de nuestro cuerpo está vacío.

Otras veces, tumbados frente al otro, se miran durante mucho tiempo y sienten, de una manera hipnótica y casi surrealista, que se caen en los ojos del otro como si estos fueran dos abismos o dos túneles, como si estuvieran colocados. Como si llegaran a tocar algo más poderoso que sus cuerpos. Como si solo fueran ya energía. Como si regresaran a ese lugar de donde vinieron antes de nacer y a donde irán al morir.

Improvisan composiciones ligeras, a cualquier hora del día y de la noche. Otras veces, interpretan música clásica, párrafos de Chopin, de Stravinski, de Mahler, primero Paula tiembla, luego deja de ser ella y se convierte en melodías.

Pasan los días y la música lo inunda todo. El mundo es gigante en ese piso, la inmensidad en un rectángulo de ciento veinte metros cuadrados.

Paula no sabía que este tipo de vida, la que están experimentando juntos, pudiera existir. No sabía que una forma de existencia como esta fuera posible.

A veces siente que está a punto de vivir por primera vez.

Y, sin embargo, el día que Pedro la invita a comer en casa de sus padres, ella se ríe al escuchar su propuesta. Es una risa que quiere demostrar distancia e indiferencia. En realidad la invitación de él le ha gustado, le habría dicho que sí, que iría, pero ¿qué significaría eso en realidad? Además, a veces las emociones son subterráneas y no se comunican con el intelecto, como si pertenecieran a un mundo

paralelo. Están caminando por el Paseo del Prado hacia el Jardín Botánico, con las manos en los bolsillos.

—¡Estás loco! ¡Claro que no voy a ir!

Así que, el domingo, Pedro come solo con sus padres y a última hora regresa al piso de la calle Madrazo. Paula está tendiendo la ropa y aún sucede a veces, que, cuando él entra en casa después de andar varias horas o todo el día fuera, ella le siente rígido, tieso como si fuera de cartón.

Entonces, ella, que ahora sí piensa en que lo ha vuelto a hacer, aparentar que no le importan las cosas, que no le interesa la invitación de él, se acerca y le abraza por detrás. Nota en su frente la clavícula de él, tan alto.

Pedro tarda mucho en hablar, hasta después del sexo.

—Eres como yo, tan esquiva.

Ella le mira absorta. Nadie le ha dicho eso nunca a la cara, salvo su madre, pero Alizée no cuenta porque, sí, con su madre a menudo se muestra evasiva, pero tiene sus razones para ello.

Quiere preguntarle, saber más, verse con los ojos de él, pero no abre la boca. En el fondo, el silencio de Pedro casi le parece una mejor forma de relacionarse. Es un silencio hipnótico y pacífico que queda lejos del resto de su vida, del caos.

Se relaja, percibe solo la piel caliente de él, su propia respiración.

Duerme tres horas. A las siete suena el despertador.

—No te vayas —dice Pedro.

Ella sonríe. Le gusta que él la busque a todas horas.

Entre semana Pedro baila en su estudio, coge el contrabajo, la guitarra, cualquier instrumento. Los compañeros de banda le miran, le acompañan, hacen sonar sus guitarras, los saxos, los sintetizadores. Paula, en la pequeña oficina de la calle Orense, en la agencia de publicidad donde trabaja como recepcionista, esconde su carácter y saca la sonrisa. A veces llega a dolerle la cara a la salida, las mandíbulas, de tanto sonreír. Consiguió ese empleo porque hablaba idiomas. Cuando la contrataron hace unos años, la mayoría de la gente en Madrid no manejaba un inglés fluido y menos alemán.

En la empresa, Paula sirve para preparar las reuniones con los clientes y recibirles. También hace a menudo de secretaria para los directivos. Resuelve por teléfono las averías particulares de los ejecutivos, los problemas de sus electrodomésticos, sus seguros de vida, de hogar, de coche, los aniversarios de boda y otras felicitaciones. Planifica sus vacaciones con sus familias, envía flores a

sus mujeres, escribe notas de felicitaciones, pésames, concierta citas con otros jefes de otras empresas. Cosas así. Y por último se ocupa de algunos asuntos administrativos.

A veces se pregunta si eso es para lo único para lo que sirve, para servir. Pedro en el estudio cierra los ojos mientras compone. A ella su trabajo en la oficina le parece una mierda. Quizá pueda prosperar. Aunque tampoco quiere eso, convertirse en uno de sus jefes. Pero, entonces, ¿qué quiere?

No lo sabe.

Al mediodía va con otras compañeras de trabajo al gimnasio y después suele comprar un bocadillo de pollo con rodajas de tomate y tomárselo de vuelta en su sitio. No llama a Pedro durante el día, desde el trabajo, porque no quiere parecer ansiosa, pero espera impaciente la hora de salida. Luego, ya juntos, pasan el resto de la tarde y la noche inventando melodías, letras de canciones, teniendo sexo, escuchando música.

A ella le gusta imaginar historias y se las narra por las noches.

Escribe relatos.

Los imprime.

Se los lee.

—Me gustan tus cuentos, Paula, son auténticos. Podrías publicarlos.

Ella le mira absorta. No se le pasa por la cabeza publicar nada de lo que tiene escrito, ni siquiera mostrárselo a otras personas, ni siquiera le cuenta a la gente que a veces escribe, que en realidad le gustaría escribir más a menudo, que espera el momento de quedarse a solas para hacerlo, o para tocar el piano. Es algo que siempre oculta. Algo, que, a su juicio, solo está bien visto cuando una ya es una escritora reconocida, o un músico reconocido como Pedro, pero si una es una simple amateur, es decir, si ella dijera que está escribiendo, o tocando el piano, es igual que si dijera que está tirada en el sofá tocándose la barriga, siendo egoísta nada más. Por eso le impresiona que Pedro, no solo no la juzgue, sino que, además, confíe en ella.

Nunca le ha oído criticar en vano a ninguna persona ni vislumbrado en él un atisbo de envidia. Según le ve ella, Pedro puede decir que le gusta algo o que no le gusta, y es muy sincero en sus juicios, pero jamás le ha escuchado criticar algo sin una buena razón. Resulta asombroso oír su visión sobre las cosas, muy clara y original, llena de perspectivas.

La mayoría de la gente se compara con los demás y desde ahí

emite sus juicios, intentando siempre no quedar por debajo de los otros. Pedro no.

A menudo se contemplan ensimismados. Otras veces, él no habla en toda la noche y toda la fluidez desaparece.

Un colega de una amiga le ha dado a Paula un poco de marihuana, el tipo tiene un montón de plantas en su piso y algunas noches ella se lía un porro en la habitación.

Pedro se ha habituado a darle unas caladas.

—Así me relajo—, dice él.

La tensión que experimentan junto al otro, unas veces les une y les excita y, otras, les distancia. Ambas sensaciones son intensas y con la marihuana dicen sentirse más libres y la desazón desaparece.

Así, todos los días tienen más o menos este orden horario. Paula solo alcanza a dormir tres o cuatro horas y sale de casa al amanecer. Él se marcha a ensayar con el grupo a eso de las diez y media de la mañana.

—Nos estamos transformando, como las mariposas —le dice a Pedro una noche en la cama.

—Yo también pienso siempre en imágenes —responde él.

Tienen conversaciones extrañas que a Paula le fascinan. En ocasiones las palabras de Pedro le parecen un jeroglífico, o una tierra aparte en la que a veces falta el puente.

Él dice lo mismo de las suyas.

Con Otto, se veía como una adulta agobiada de responsabilidades a los veinte y, ahora, a los veintinueve, se vislumbra como una cría.

LA REUNIÓN

Es media tarde, un día de tormenta, una de esas tormentas eléctricas de primavera, y la lluvia choca violenta contra el cristal. Sandra, la hija mayor de Gabriel, está contemplando la piscina del chalet de Majadahonda por la cristalera. La piscina ya no tiene el cobertor trasparente y las gotas se clavan como agujas en el agua.

Clara, la hija pequeña, se ha hecho un ovillo en el sofá y tiene la cabeza apoyada en el regazo de su padre, que acaricia su pelo mientras ven la televisión.

Alizée, sentada en el otro sofá, los mira de reojo.

Paula se levanta, se acerca a Sandra, se queda de pie a su lado. No han vuelto a verse ni a hablar desde Nochebuena, desde hace cuatro o cinco meses. Nunca se llaman por teléfono, pero sabe de sus vidas por Alizée.

—Sí que le ha afectado a Clara separarse de su novio. ¿Tú qué tal? ¿Cómo lo lleva Samu en Ottawa?

Intenta parecer natural y no sabe de qué otra cosa podría hablar con esas chicas; con las hermanas del mundo paralelo. Por eso les hace preguntas, por eso nunca cuenta nada de sí misma.

Sandra la mira, sus ojos son amables.

—Está contento en Canadá. Dice que no para en el trabajo. No le queda tiempo para nada más pero está aprendiendo mucho.

—¿Y tú? ¿Vas a mudarte allí?

—Aún no sé qué hacer. No estoy segura de querer dejar mi empleo y mi vida aquí. Cuando nos alentaba tu madre en Navidad, sonaba tan fácil. Pero ahora, con la cabeza fría, es otra cosa.

Sandra vuelve la mirada hacia la piscina. El viento ha desplazado una tumbona.

Alizée se levanta del sofá, se acerca a ellas y coge a su hija por la cintura.

—Estoy pensando en preparar un bizcocho. ¿Por qué no venís a la cocina y me hacéis compañía? —Su voz suena musical. Contempla a Gabriel y a Clara en el sofá y retorna la mirada hacia ellas de nuevo. Su expresión se apaga—. Debe estar cansada si no ha dormido en toda la noche. Vamos a dejarlos solos a ver si Clara descansa un poco.

En la cocina, la mujer prepara café y calienta leche. Coloca el

azucarero sobre la mesa, las cucharillas.

—En realidad, la masa del bizcocho viene ya preparada —dice, y les enseña el paquete—. Ha sido un descubrimiento. Después de dejarlo cocer en el horno, le echo por encima un poco de confitura de frutos rojos y está delicioso.

Se sientan las tres a la mesa y cuando el café está listo, lo sirve.

—Así que el novio de Clara la ha dejado. Pobrecita tu hermana, se ve que lo está pasando mal —continúa diciendo Alizée ahora con voz mohína—. Aunque a mí su novio nunca me gustó, ya puedo decirlo. Al menos Samu es un buen chico —su gesto desprende ternura y con esa expresión coge la mano de Sandra por encima de la mesa y la envuelve en una caricia.

Paula contempla perpleja a su madre. Le resulta tan quejumbrosa su voz, tan ajena, y la escena tan ñoña. ¿Qué le pasa a Alizée?

¿Y a ella, qué le sucede? ¿Acaso está celosa? ¿Tendrá su madre razón? Es verdad que Alizée no suele comportarse de ese modo con las hijas de Gabriel y sin embargo ahí está la mujer, mostrándose encantadora con esa chica. Ahí está Alizée, diciendo:

—Sandra, te voy a decir una cosa que llevo pensando en decirte un tiempo pero no he querido entrometerme en tu vida ni en tus decisiones. Conozco a Samu desde que te conozco a ti, hace casi tres años. Recuerdo el día que me lo presentaste, el chico me encantó desde el primer momento, sobre todo por su manera de comportarse contigo y con nosotros. Se le ve muy maduro a pesar de su edad, y se nota que te quiere. Aunque vosotras todavía sois muy jóvenes para entender lo que te voy a decir, pero un amor como el que tenéis Samu y tú es lo que daría por tener el noventa por ciento de la población. Quizá no seas consciente de ello porque te resulta lo normal, a lo que estás acostumbrada, pero, créeme, tenéis un tesoro maravilloso. Cuídalo. No lo pierdas.

A Sandra se le han mojado los ojos. Paula se revuelve en la silla. No soporta ver así a su madre, como en una obra de teatro. Como si antes Alizée fuera un personaje, siempre el mismo, y ahora de pronto fuera otro. No piensa que quizá su madre solo intenta adaptarse, ser amable con las hijas de Gabriel porque quiere a su marido.

Su propia percepción la revuelve. No le gusta saberse así, tan escéptica, y se siente un poco mezquina.

Sandra dice.

—Gracias, Alizée.

Alizée aprieta cariñosa la mano de la chica.

—Bueno, lo de tu hermana también hay que solucionarlo —dice —. Cuéntame qué ha pasado entre ella y su novio.

Sandra sonríe y comienza a relatar; que el novio de Clara no es mal chico, pero que no está centrado, que le gustan demasiado las mujeres, que es un poco veleta.

Al final explica que al parecer él ha conocido a otra persona y que por eso Clara y él han terminado la relación.

Sandra habla concentrada y sentida, tiene los mismos ojos que su padre, la misma manera de levantar las cejas y fruncir el ceño. Seguramente Paula tenga también los mismos gestos que su madre, una sonrisa parecida, esa expresión contenida, casi sensual, al mostrar sorpresa o desagrado o felicidad.

Algo le conmueve al mirar de nuevo a esa chica. Por primera vez le llega el sentimiento de Sandra y también el sentimiento de Alizée. Entonces se pregunta por qué es ella misma tan dura, tan desconfiada, y por qué le parece banal la conversación. Quiere sentir ese calor, dejarse llevar por la plática melosa, arrimarse a ellas como un perro apaleado. Quiere formar parte de un entorno como el que tiene delante, y que sea real. Un mundo en el que la gente no tenga más preocupaciones que esas, que no existan otras angustias que esas. Que no haya lugares miserables ni agujeros como los que vislumbra ella a sus pies en ocasiones. ¿Por qué se siente a menudo tan perturbada, tan incomprendida, tan irreal todo a su alrededor?

Los problemas deberían reducirse a eso que le sucede a Clara, o a Sandra, a todas las Claras y a todas las Sandras del mundo. Ese tipo de dolores naturales. Y, en ese instante, se da verdadera cuenta de que para algunas personas la vida trata de eso nada más, de ese tipo de asuntos. Que el tejido que conforma la existencia de algunos es más ligero.

Paula nunca se ha sentido conectada a la gente como Clara y como Sandra. Qué extraño es el cerebro, la mente humana. Cómo nos acerca a los que son como nosotros, nos reconoce en ellos, y cómo nos aleja de lo diferente.

Cómo nos permite ver solo una pequeña parte de la realidad, para que podamos seguir caminando.

Vuelve a mirar a su madre y por primera vez le parece percibir algo parecido a la complicidad en esa familia nueva. Y por primera vez desea tener algo así, algo como una gran familia unida.

—Alizée. ¿Tú cuántas veces has visto al novio de Clara? —Continúa Sandra—. Apenas. ¿Verdad? Ni siquiera estoy segura de que

Paula lo conozca.

Paula se yergue en su postura y abre la boca por primera vez.

—Sí le conozco, le vi un día.

—Un día, en dos años —repone la chica.

Paula piensa que en realidad tampoco a ellas las ha frecuentado mucho más. ¿Seis? ¿Siete veces?

Sandra continúa divagando:

—A saber si no habrá estado engañándola con esa mujer desde hace más tiempo del que Clara cree.

—Ese chico es un sinvergüenza —dice Alizée—. Un tipo así solo quita energía, no suma, solo resta. Tiene que estar muy contenta de haberse librado de él.

Clara aparece por la cocina.

—¿De qué habláis? ¿A qué huele?

Alizée sonríe y da unas palmadas en la silla de al lado, animándola a sentarse allí.

—He preparado un bizcocho —dice—. Y hablamos de que te va a venir muy bien irte con tu hermana una temporada a Ottawa. Sandra no debería dejar escapar esa oportunidad y a ti te sentaría de fábula disfrutar de un tiempo en un país nuevo. Dicen que los canadienses son muy guapos.

—Y fieles —añade Paula.

Las dos chicas la miran.

—Eso me dijo una inglesa que conocí hace años en una fiesta en Berlín —continúa Paula—. Su novio la dejó poco antes de la boda y ella decidió tomarse un año sabático para viajar por el mundo. Decía que su último destino sería Canadá porque allí era donde se encontraban los hombres más fieles del planeta, y que de ese país saldría con su futuro marido.

Las hijas de Gabriel sonríen.

Alizée la observa complacida.

Es verdad que una inglesa le contó esa historia en Berlín. Pero, de lo que en estos momentos se da cuenta Paula, es que ha contado la anécdota de la inglesa y los canadienses solo por su madre, porque sabe que a Alizée le satisface que se ponga de su lado, que la ayude a convencerlas de que se marchen.

De nuevo le embarga la inquietud, pero a veces todavía necesita agradar a su madre, esa sensación aún la reconforta de una manera casi hipnótica, no siempre pero en ocasiones todavía es así.

Alizée se levanta en la cocina y sintoniza una canción de Michel

Sardou. Comienza a cantarla en voz baja, en francés, el idioma nativo de su padre, del abuelo de Paula, mientras coloca otra cafetera en el fuego.

Paula contempla a Clara en la mesa, los ojos castaños de la chica, más claros ahora; ha debido pasar horas llorando por su novio. Se fija en ella, nunca le había parecido tan guapa Clara como en estos momentos, ni siquiera un poco bonita.

DESEOS PROFUNDOS

—¿Por qué la gente te llama Kinun? —le dice a Pedro un día—. Nadie conoce tu verdadero nombre.

Él la mira y contesta que es un secreto que se llevará a la tumba. Algo que nunca contará.

—¿En serio? ¿Ni a mí?

Pero él vuelve a su tarea sin responder. Acaba de colgar en el salón de casa un dibujo de unos edificios espigados y futuristas que Paula le vio pintar a lápiz días atrás, y ahora anda trabajando en la terraza con una pieza de contrachapado de un metro cuadrado y unos dos centímetros de grosor. La corta en forma de círculo con una sierra de calar que ha traído de la casa de sus padres. La pinta de negro y sobre ella superpone otra pieza alargada y estrecha. Pinta esta a rayas blancas y negras.

—¿Qué es? —dice Paula.

Él se encoje de hombros y al rato pregunta si la puede colgar en esa pared del salón. La señala. En realidad es el piso de Alizée, aunque Pedro y Paula vivan allí, por eso él pregunta si la puede colgar allí, porque aunque le pagan un alquiler a la madre, él sabe que no es su casa.

Paula se queda mirando la decoración refinada, el ambiente clásico y sofisticado, el estilo de Alizée. Vuelve a mirar a Pedro y asiente.

Desde entonces, tanto el dibujo grande a lápiz, como el armatoste de contrachapado, permanecen ahí.

En ocasiones él le muestra música que ha grabado solo. Con su grupo Pedro crea melodías que fascinan a la gente. Sin embargo, lo que compone en solitario, a veces no parece música. Sonidos de electrodomésticos, de aparatos eléctricos, de aparatos analógicos, de toda clase de dispositivos. Zumbidos cayendo como témpanos de hielo. Algo que a ella le parece como la banda sonora que una lavadora le compondría a un microondas. Y entonces se pregunta qué parte de Pedro puede emocionarse mientras compone eso. Él puede pasar horas y semanas creando algo que nadie va a entender, que a nadie le va a emocionar, o eso piensa ella, y lo hace por puro placer,

porque él sí entiende esos sonidos, a él sí le emocionan, o quizá no sea emoción la palabra adecuada, sino algún otro tipo de sentimiento que en todo caso le complace.

Le mira y medita que a Pedro le da absolutamente lo mismo lo que otros piensen de él, él hace lo que hace porque le gusta nada más.

Últimamente, Paula piensa que lleva estancada toda su vida. Se amoldó a Alizée, a Otto, a sus amigas; actuaba como se esperaba de ella, no como la sociedad esperaba que fuera sino más bien como su madre, sus amigas y Otto (el grupo al que creía pertenecer) esperaban que fuera, y ahora siente que ha vivido otras vidas, no la suya. Que no se ha escuchado lo suficiente, que no ha prestado atención a sus necesidades, a su piel y que solo ahora empieza a hacerlo.

Vuelve a mirar a Pedro. Él sí convive a diario con sus deseos y emociones más profundas, sin censurarse nunca. Le contempla y deduce que Pedro está más cerca de sí mismo, de su propia esencia, que ninguna otra persona que haya conocido. Pedro no teme que le señalen con el dedo, tampoco se esfuerza por formar parte de ningún grupo. Sin embargo, a Paula en ocasiones también le parece que él *es* solo incluso cuando no quiere serlo. Si Pedro ha logrado permanecer intacto a su entorno y eso le ha vuelto más auténtico, al mismo tiempo le asfixia. Como si, aunque quisiera, él no pudiera acercarse realmente a nadie.

Una tarde, Alizée llama por teléfono.

—¿Sabes que se van juntas a Ottawa?—le dice a Paula por el auricular—. Las dos. No sé cómo Clara no se daba cuenta de que eso es lo que mejor le puede venir a ella también.

Alizée ha encargado un catering, invitado a los amigos de las hijas de Gabriel, a Paula, para celebrar la noticia.

En la fiesta, Paula escucha decir a a un corrillo de chicas.

—Qué guapa es la mujer de Gabriel.

Realmente su madre está espectacular, y la tarde es espléndida, de primavera todavía. El jardín del chalet se halla decorado con velas y guirnaldas que cuelgan de las ramas de los árboles. Pronto anochecerá. El agua brilla en la piscina y Alizée coge del brazo a su marido y charla con las amigas de las hijas de él.

Paula se acerca al mostrador que el servicio de catering ha dispuesto en el jardín, la gente coge platos y va sirviéndose la comida de las bandejas, una especie de merienda-cena informal para tomar de pie.

Detrás del mostrador, un camarero con smoking le sirve a Paula

otra copa de vino. Apenas hay nadie alrededor en ese momento.

Clara se coloca de pie a su lado.

—No sabía que tú también te marchas a Ottawa —dice Paula.

—Bueno, mi hermana es la que se va a quedar más tiempo, yo solo voy a pasar unos meses. No me han renovado en el trabajo al acabar las prácticas y voy a aprovechar a mejorar mi inglés y aprender algo de francés en Canadá. Me vendrá bien para encontrar trabajo a la vuelta. Tu madre tiene razón.

El camarero le ofrece a Clara una copa de vino. Paula deja la suya sobre la barra.

—Mi hermana está convencida de mudarse —continúa Clara—, y eso es lo único que le importa ahora. Va a empezar a enseñarle su trabajo de aquí a otra persona y después nos marcharemos. Ella tiene que arreglar antes unos asuntos. Tiene planes de establecerse allí unos años. Además, a Samu ya le han hecho fijo.

Alizée aparece y toma por la cintura a su hija. Va a decirles algo pero entonces ve a una de las camareras y la detiene.

—Quiero sacar la tarta dentro de media hora —le explica a la empleada—, así que avisa al encargado. ¿Ha quedado bien? No he tenido ni tiempo de verla.

La mujer asiente.

—Es muy bonita, señora, muy original. ¿Quiere verla ahora?

Alizée ha encargado un pastel enorme, rojo, con un cuadrado blanco en el centro y una hoja de arce de once puntas hecha con fresas.

—No hace falta. En media hora la sacáis. ¿De acuerdo?

Gabriel habla con unas conocidas de Alizée, que se dirige ahora hacia él.

A la izquierda, cerca del porche, Sandra y sus amigas ríen en otro corrillo.

Clara vuelve a mirar a Paula, que sigue comiendo de pie, sujetando el plato con la mano.

—Qué diferente es tu madre de la mía —dice Clara. Y parece decirlo sin pensar porque enseguida se queda callada, como aturdida.

Paula la contempla y entonces pregunta por primera vez.

—¿Cómo era tu madre?

Nunca han hablado de ella, Paula ni siquiera sabe cómo era físicamente la mujer.

—Era alegre y siempre estaba en casa con nosotras, no trabajaba, bueno, trabajaba en casa. Éramos su mundo, papá y nosotras, se

desvivía por todos.

Pobre mujer, piensa Paula, una esclava.

—Tuvimos una infancia feliz —continúa Clara—. Luego le dieron el diagnostico, la enfermedad era degenerativa y no había cura. Estuvo siete años entrando y saliendo del hospital, y allí murió —hace una pausa. Después mira más allá, hacia el lugar donde se encuentra su padre con Alizée—. Tu madre parece siempre tan llena de energía. Mi padre está hipnotizado.

El tono de voz de Clara es sereno, no es recriminatorio en ningún modo. Es como si le alegrara y a la vez le sorprendiera ver a su padre así. Como si ahora estuviera conociendo a su padre de otra manera y eso no fuese tan malo y ella procurara adaptarse a la nueva situación.

Paula no sabe qué decir. De pronto cae en la cuenta de que nunca ha visto una fotografía de la madre de las chicas. Pero cree que Alizée no permitiría que hubiera ninguna foto de la mujer en casa. Luego piensa en Gabriel, el hombre estuvo siete años cuidando de su mujer enferma, eso le contó una vez Alizée.

Sandra se acerca a ellas y abraza a su hermana.

—¡Clara! ¡En un mes nos vamos a Ottawa!

Paula da una vuelta por el jardín. Se fija en los corrillos buscando algún grupo en el que detenerse. Escucha conversaciones sobre trabajo, sobre vacaciones en el extranjero y, al cabo de una hora, se despide poniendo como excusa los horarios de los autobuses que llevan a Madrid.

Por el camino, piensa en las dos hermanas. El dolor también las secuestró a ellas, cuando murió su madre.

Sigue percibiéndolas muy distintas a ella, casi como habitando en un mundo paralelo, y sabe que en esa familia siempre habrá dos clanes separados por un muro de acero, su madre y ella, y Gabriel y sus hijas. Pero ahora cree que está bien relativizar como parece que relativiza las cosas el resto del mundo. Que no debería tomarse siempre las cosas tan a la tremenda, que la vida puede ser más liviana.

ÉL

Aquí haces una pausa.

Llevas semanas pensando en tu padre. Albergas pocos recuerdos de Roberto, tu padre. Tenías cinco años cuando Alizée y él se separaron y no volviste a verle hasta los ocho, cuando viajaste a Tenerife para pasar dos semanas con él y Mónica, su nueva mujer. Fueron unos días extraños, muy largos, en los que nada sucedía, como en una foto. Él se pasaba las horas arreglando el jardín o los aparatos electrónicos que le traían sus vecinos, porque tu padre ya tenía fama de ser un hombre servicial también en la isla, y Mónica sin embargo tan intransigente, juzgándolo todo. No salíais de casa, y tú pedías permiso para cualquier cosa, ¿puedo coger una toalla, puedo bañarme en la piscina, puedo pintar en este cuaderno, ver la tele, ducharme? Y él solo decía, pregúntale a Mónica. Así que al final casi te parecía que te encontraras sola con esa mujer.

Después, transcurrieron dos años sin verle y cuando tenías diez, una tarde en casa, en Madrid, el cartero te entregó un paquete que venía de las islas Canarias. Te encontrabas en casa con tu abuela, y llegó el cartero y os entregó una caja que venía de Tenerife a tu nombre. Apenas habías hablado por teléfono con él desde tu visita, recuerdas que te daba vergüenza ponerte al teléfono cuando él llamaba porque no sabías qué decir y porque, quizá, ya te parecía que él estaba muy lejos de tu vida con mamá.

La caja contenía un pequeño ordenador, lo había construido él para ti.

Esa tarde, cuando Alizée regresó del trabajo y vio la computadora casera, comenzó a echar pestes sobre su ex marido, como hacía a veces, y tú sabías, o pensabas, que a pesar de la lejanía, de la ausencia de él, tu padre no podía ser tan malo como lo pintaba Alizée. Habíais vivido los tres juntos hasta que cumpliste cinco años y a tus ojos era un hombre bondadoso y tranquilo y sensible.

Normalmente, cuando la oías hablar así, te callabas, te decías para tus adentros, papá no es malo. Alizée había llegado a decirte cosas tremendas sobre él, pero tú recordabas lo sumiso que fue siempre, lo amable, lo apocado, lo manipulable. Y sin embargo cuando mamá te hablaba mal de tu padre, tampoco te enfadabas con ella, no pensabas que fuera una mentirosa, eso ni se te pasaba por la cabeza. Simplemente habías

aprendido a no asimilar cierta información, a que te entrara por un oído y te saliera por el otro. Y a mamá seguías queriéndola del mismo modo, hasta el infinito. Y para ti era la mejor madre del mundo.

Y, Alizée, aquella tarde, diciendo al ver el ordenador:

—Hija, yo lo he hecho todo por ti, tu padre nos ha hecho mucho mal. Se cree que con un regalo va a reparar todo el daño. Me he pasado la vida luchando.

Seguramente él no fuera ni tan bueno como tú lo veías ni tan malo como lo veía Alizée.

Volviste a verle a los once y durante esas segundas vacaciones el hombre parecía tan retraído como durante tu primera visita a su casa. Su mujer, al revés, dominante y severa, una señora que ni siquiera disimuló su alivio por que tus vacaciones llegaran a su fin.

Les visitaste dos veces más, la última a los catorce, y en cada una de esas ocasiones la historia se repitió siempre del mismo modo, como en un bucle. Nunca querías ir allí.

Después, a los quince, llegó la llamada. Tú padre había fallecido de un ataque al corazón en Tenerife.

Nunca has vuelto a tener relación con esa isla, ni noticias de su mujer.

Le recuerdas sumiso y obediente hasta la médula con sus esposas. Muy amable con la gente, esperando caerles bien a los desconocidos. Cuando se casó con Mónica, ella le pidió poner exclusivamente a nombre de ella la casa y él lo hizo sin rechistar y después te lo contó. Tú eras una niña y ya no recuerdas si pensaste algo sobre eso que te decía, aunque te acuerdas de que te lo contó por teléfono.

Ahora, a veces no puedes evitar ponerte de nuevo en el papel de la hija y no de la adulta que eres ya, y desde ahí te preguntas si habría cambiado algo en tu vida si él no hubiera muerto tan joven. Apenas tuviste relación con tu padre mientras vivió, así que te respondes enseguida que lo más probable es que todo habría sido más o menos igual, que nada de lo que te sucedía con Alizée se habría evitado.

¿Pero, por qué él no te ayudó?

CICATRIZ

Hoy, mientras contemplas las montañas al fondo desde tu ventana, te haces la pregunta que se haría un escritor: ¿qué quieres contar aparte de los hechos que lo cambiaron todo, aparte de la locura y de la brutalidad?

No lo sabes. Seguramente deberías saberlo pero no es así.

Esperas que la respuesta surja conforme escribes. No sabes si buscas nuevas respuestas, o solo redención, solo paz.

Has pasado dos semanas sin escribir. Tienes pesadillas por las noches desde hace semanas.

Sentada frente al ordenador, a veces vienen a tu cabeza momentos de tu infancia, de tu niñez junto a tu madre, instantes que no habías vuelto a recordar desde que sucedieron.

Tu madre te contó una vez que, cuando tenías tres años, un día estabas muy enfadada con ella y le dijiste que te querías ir de casa. Estabas, según mamá, muy decidida, muy molesta a tus tres años, y entonces mamá te dijo.

—Vale, te ayudo a hacer la maleta.

Te hizo la maletita mientras tú ya no estabas tan enfadada y solo te habías quedado muda. Te hizo la maleta, te llevó a la puerta y se despidió de ti. Tu padre debía estar trabajando, así que os encontrabais las dos solas. Tu madre se quedó mirando por la mirilla a ver qué hacías. Tú esperando el ascensor y de pronto rompiste a llorar. No sabes durante cuánto tiempo ella se quedaría observándote, si abrió la puerta enseguida o cuánto esperó. Pero te dijo que tú llorabas como una Magdalena.

Después, también según ella, ya no volviste a decir que te ibas de casa.

Desde luego tú no te acuerdas de aquella historia de la maletita, de que aquello sucediera, tenías tres años y eso no quedó grabado en tu mente.

Todo era casi tan normal, una madre escarmentando a su hijita rebelde, es decir, se dan situaciones desconcertantes o difusas entre padres e hijos, actos que pueden resultar comprensibles desde dentro aunque desde fuera lleguen a inquietar. ¿Donde trazar la línea que separa lo normal de lo alarmante? A veces puede ser complicado. Pero tú tenías tres años, ¿no era un poco pronto para escarmentarte de ese modo? No lo sabes, no tienes hijos y, aunque no te imaginas haciéndole la maleta a un niño de tres años

para escarmentarle, no sabes hasta dónde puede llegar la paciencia de un padre o de una madre.

Ahora, en alguna ocasión, has recibido, entre los chistes que a veces se envían por los grupos de Whatsapp, videos de YouTube o de otras aplicaciones, donde los padres hacen perrerías a los hijos y las graban mientras se escucha cómo se ríen. Ahora piensas, menos mal que en aquella época no existían las redes sociales.

Vas al espejo del baño y te acercas al cristal. Tienes una pequeña cicatriz junto a la sien. No recuerdas cómo te la hiciste. Nunca te dieron puntos así que nunca se cerró, mantienes la pequeña señal abierta, ahora ya una cicatriz. Hoy la miras, te contemplas en el espejo del baño y la observas. Te acercas bien al cristal. Tu madre no te pegaba, no es eso. Estás pensando en que Alizée te dijo en una ocasión que te hiciste esa brecha en la guardería, que un niño te dio un martillazo o te dio con una piedra (que a saber de dónde sacó), y la telefonearon de la guardería y tu madre tuvo que salir de la oficina hasta allí para recogerte. En otro momento sin embargo, te contó que tienes esa cicatriz a raíz de un accidente en casa, y que sucedió en uno de tus primeros cumpleaños; ella preparaba las fiestas con todo lujo de detalle y colgaba varias piñatas con caramelos y golosinas en el salón, y en uno de aquellos cumpleaños, no tendrías más de tres o cuatro años según mamá, una compañera de colegio se hallaba con los ojos vendados frente a una de las piñatas y apretaba el martillo en la mano dispuesta a romper la piñata cuando sin darse cuenta te propinó a ti el golpe con el martillo.

Ahora estás contemplándote en el espejo, observando la cicatriz y por primera vez te das cuenta de que tu madre te contó aquellas dos versiones distintas. Nunca lo habías vuelto a pensar. Te habías quedado con la versión de la guardería pero también te había contado en otra ocasión aquella otra historia, la de la piñata.

Te habías acostumbrado a las distintas versiones de las historias que mamá te narraba cada vez y elegías una, cualquiera, y con esa te quedabas.

Podía suceder lo que fuera, cualquier cosa entre vosotras dos, cualquiera, y tú lo habrías comprendido. Para ti no existía otra opción. Tu madre era la tierra por la que caminabas, era tu realidad. Habrías defendido esa tierra y esa realidad ante cualquiera, te habrías arrastrado como un gusano por esa tierra. Podías patalear, gritar al cielo, pero siempre acababas comprendiéndola y albergando esa fe hacia ella. De pequeña, tú no dudabas. Creías en ella con una vehemencia que ahora te pasma. Elegías una de las versiones que te contaba cada vez y con esa te

quedabas. No te preguntabas nada. Confiabas en tu madre ciegamente. La necesitabas. Y pensabas que era la mejor madre del mundo. La amabas por encima de todo, más que a nada, ella era lo más importante para ti.

Eso era así cuando eras una niña, pero, ¿y a los veintinueve? ¿Por qué seguías sin ver, sin darte cuenta de lo que sucedía, cuando ya eras una mujer adulta? ¿Y por qué no habías vuelto a recordar hasta este momento lo que acabas de escribir? En realidad, ahora te das cuenta de que quizá no sepas ni una cuarta parte de lo que te ha sucedido con ella.

HOGAR

Paula contempla a Pedro en la cama, su cuerpo largo, masculino y duro, tremendamente pálido, casi azul, con infinidad de lunares en los brazos, solo en los brazos. Él también la mira. Están tumbados en la habitación de ella, en penumbra.

—Contigo me percibo como una desconocida. Me gusta verme con tus ojos —le dice—. ¿Tú crees que podemos ser otras personas distintas a como creemos ser? Antes de conocerte estaba segura de quién era. Sin embargo, ahora siento que puedo ser muchas otras, otras Paulas, y eso me alivia.

Eso es lo que siente, es una sensación física que experimenta en todo el cuerpo y que le produce vértigo pero también la libera.

—Yo también era distinto antes de conocerte. Nunca me había relacionado tanto con nadie.

Los días transcurren a toda velocidad.

Otras veces Pedro pasa las horas trabajando en su habitación y cuando sale se dirige a ella casi como si fuera una extraña, tan absorto en sus cosas, en su música. Paula bromea sobre su cambio de humor, sobre su hermetismo, quitándole importancia, haciendo como si nada, y él la mira sorprendido, como un niño, procura compensar esos gestos solitarios que tan natural le salen, y dice.

—Voy a hacer la cena, Paula. ¿Qué quieres cenar? Yo me encargo.

Mientras cenan, aunque a ratos hablan y bromean, en ocasiones Paula vuelve a palpar esa distancia, como si él estuviera a kilómetros de ella, o como si fueran dos actores. ¿Es él o es ella quien está tan lejos? O quizá son los dos. Él habla de conciertos y de su banda y a ella ese mundo casi le parece ciencia ficción, nada que ver con su propia vida, y le pica y bromea pero por dentro no se puede quitar la inquietud del cuerpo. ¿Es su propia inseguridad lo que la perturba? ¿O de verdad es tan dependiente que le necesita a cada instante? ¿Es que no puede haber distancias entre ellos? No, no es eso, no lo cree, es otra cosa.

En otros momentos, él la mira con esa hondura y compone música para Paula. Y canta. Él, que nunca cantó, ahora canta a veces y

escribe letras que hablan de amor, de superación, de magia, sin caer en el melodrama, sino desde ese estado aséptico y desafectado que a menudo le envuelve, y quizá por eso resultan más conmovedoras. Crea nuevas melodías con pianos y contrabajos y oboes o cellos, que traspasan a Paula, y luego vuelve a abstraerse, como si ese estado, el de la abstracción, el del ensimismamiento, fuera su ser natural. Como una goma que tras estirarla, recupera su forma cuando la soltamos.

De noche siempre vuelven a encontrarse y el sexo lo ocupa todo.

Hace unos días Alizée le contó a su hija que ha contratado un gestor para que le solucione cierto papeleo a una mendiga y así la sin techo pueda acogerse a alguna ayuda estatal.

Paula admira la generosidad y el altruismo ocasionales de su madre. Alizée le explicó al teléfono que le dio pena la indigente. La vio una noche en la calle, entre cartones, dijo, mientras paseaba con Gabriel, y le embargó la pena. Alizée es capaz de obrar de ese modo con cualquier persona, a Paula también la ha ayudado muchas veces, con sus palabras, con su presencia, y la sacó delante de niña. Alizée es capaz de proceder en ciertos instantes mejor que la mayoría de la gente, por eso Paula se queda tan perpleja cuando en otros momentos resulta tan insensible.

Días después, Alizée sube al piso de la calle Madrazo y abre la puerta con sus llaves. Paula está sola y piensa que es Pedro.

—¿Mamá?

—Hola, hija.

—¿Por qué has entrado sin llamar?

—¿Desde cuándo tengo yo que llamar a mi casa?

—No vivo sola, mamá.

—Pensaba que no estaríais, Paula. ¿Pedro está?

—No, se encuentra trabajando.

—¿Trabajando?

—Sí, con la música.

—¿A eso lo llamas trabajar?

—Se gana la vida así, mamá.

En realidad Pedro no cobra por su trabajo como productor musical. Lo hace para músicos amateurs que quieren grabar un disco para autopublicarlo y no podrían costeárselo. Si a Pedro le gusta su música, los ayuda sin más. Piensa en el talento, en las oportunidades que se les pueden abrir a esas personas. Y, por otro lado, respecto a

sus propios discos, la discográfica de su banda no les paga suficiente, un diez por ciento a repartir entre todo el grupo por cada álbum vendido. Y Paula admira de él que ayude a otros músicos, que sea altruista, que eche una mano a quien no podría costearse una buena producción. Aunque, todo esto, no se lo dice a su madre. Tan solo le cuenta que se gana la vida como músico.

Alizée levanta las cejas y la mira con paciencia.

—Como músico —repite la mujer—. ¿Ves, Paula? Espero que al menos esté pagando su parte del alquiler y no lo pagues tú todo. Porque eres una ingenua. Y una inconsciente, te dejas llevar demasiado, pierdes tu potencial, te descentras y lo dejas esfumarse. A veces me preocupas. Todavía estás perdida, como cuando eras una adolescente y te dio por la vida bohemia y por juntarte con gente rara. O como cuando a los veintitantos te dio por hacer de nómada y te fuiste a vivir a aquella playa con esos hippies, como en una secta.

—Pero qué dices, mamá. ¿De qué narices hablas, para eso has venido?

—Dame un vaso de agua, por favor. Estoy enfadada con Gabriel. No soporto a las hijas de Gabriel, no las aguanto, se pasan el día en el chalet.

Paula la mira. Supone que lo que quiere decir su madre es que las chicas, mientras aún están en Madrid ultimando su viaje a Canadá, se acercan de vez en cuando a ver a su padre.

Alizée continúa.

—¿Te puedes creer que Clara ha conocido a no sé quién, a cualquier idiota, y ya no se va a Ottawa con su hermana?

—Bueno, ¿y qué? Ella sabrá. Es su vida.

—¿Ella sabrá? ¿Eso te parece? Esa chica es tonta, va por la vida sin rumbo, es tan endeble que no la soporto. No aguanto a las mujeres que no pueden estar solas, que necesitan a un hombre a su lado. Yo pasé veinte años sin vivir con ninguno y vivía como una reina. ¿A ti te parece normal que abandone sus planes por el primer tipo que se le cruza por delante?

—¿Y por eso estás así?

Alizée contempla ahora las lámparas de Pedro en el salón. Son unas lámparas pequeñas de magma, los líquidos de colores fluctúan dentro del cristal. Él las colocó sobre los estantes al poco de mudarse aquí.

—Estoy pensando en tener este piso libre para cuando quiera escaparme un rato de Gabriel.

—Pero si aquí vivo yo, mamá. Si te pago un alquiler.

—Cariño, tú puedes alquilar otro piso. Yo no tengo otro sitio a donde ir para despejarme.

—¿Cómo que no? ¿Y el estudio? —se refiere al pequeño apartamento que compró su madre hace años como inversión en la zona de Los Austrias.

—Está alquilado.

—¡Y este piso también, mamá!

Paula siempre olvida que no debería depender de su madre, que este tipo de cosas pueden suceder. Que el viento puede cambiar de dirección en cualquier momento.

Olvida que no debería haber vuelto a esta casa, aunque sea un piso fabuloso, aunque su madre se lo alquile por la mitad del dinero que les cobraba a los anteriores inquilinos.

Por el contrario, contempla a Alizée como si fuera sorprendente que su madre pueda estar diciéndole algo como eso.

Pero, ¿por qué no se aleja de Alizée? Lo ha intentado, varias veces, y al final ha acabado recordando solo los buenos momentos con su madre, echándola de menos.

Ahora la mira. Le gustaría cogerla por los hombros, zarandearla y decirle, ¿por qué no puede ser todo más normal, mamá? ¿Por qué no logro entenderte? ¿Por qué entras en el piso que te he alquilado sin llamar antes a la puerta, o por teléfono, sin avisar? ¿Por qué me estás pidiendo que alquile otro piso ahora, cuando hace solo ocho meses me propusiste mudarme aquí?

En realidad, este es el piso de Alizée y puede cambiar de opinión las veces que le venga en gana, está en su derecho, pero Paula se encuentra agotada porque nunca deja de sorprenderle el carácter de su madre. Porque nunca se espera, o no del todo, que Alizée vaya a reaccionar así. Y porque aún es un apéndice de su madre.

Además, Alizée se comprometió a alquilarle el piso, fue Alizée quien se lo ofreció, por eso Paula la mira atónita mientras la mujer dice.

—Si un día necesito esta casa como segunda vivienda, tendrás que irte por mucho que me duela. Te irás y punto.

Paula aparta la mirada y suelta, como para sus adentros pero también en un tono suficientemente alto como para que la madre la escuche.

—Sí, como siempre.

Vuelven a discutir y la hija abre la puerta del piso y se marcha

dejando allí a su madre. Alizée sale tras ella y va a decirle que no quiere hacerle daño, que quiere que estén bien, que los problemas ya quedaron atrás, que no sea tan sensible, que lo siente si se ha equivocado, ahora y en el pasado, que olvide lo que le ha dicho, que puede quedarse a vivir allí. Pero no alcanza a decirle nada porque Paula echa a correr calle abajo, intentando aguantarse las lágrimas, y se mete en un café.

La madre ya no está por ningún sitio.

Al cabo de un rato, cuando imagina que Alizée ya habrá cogido el coche y se habrá marchado a Majadahonda, vuelve a la vivienda. No quiere ver a su madre ni hablar con ella. Si Alizée llama, no cogerá el teléfono. Solo quiere que la deje en paz.

Por la noche sale con unas amigas y procura distraerse. A veces lo mira todo como desde un plano paralelo, la gente riendo, la gente flirteando, la gente bailando. En momentos así ya sabe que no se va a divertir y entonces intenta disfrutar del modo observación. Pero no disfruta porque no está relajada. Sabe que le pasa algo, ¿es por la visita de su madre? ¿O tiene que ver con Pedro? Quizá no tiene que ver con nadie, quizá sea solo algo biológico o algo químico en su propio cerebro, que no funciona como debería. Puede que tenga tendencia a la depresión o que su visión de la realidad esté un poco distorsionada. No debería quejarse ni sentirse así, se dice, y eso solo hace que se inquiete más.

DOS

¿Por qué no te dabas cuenta de lo crueles que resultaban algunos momentos con tu madre? ¿Acaso no tenías referencias de otras madres? Si, y siempre podía ser peor. Tú te quedabas con los buenos momentos, con todo lo que ella había hecho por ti. Tú te juntabas con gente que también lo había pasado mal, que también había tenido problemas con sus padres, o con algún adulto. Tú te acercabas a otros jóvenes rebeldes, a otras ovejas negras como tú. Y, además, estaba la disociación, una palabra que entonces no conocías pero que te describía muy bien.

Hasta hace poco, ya años después de lo Imposible, no habías oído hablar de la disociación, o de los trastornos disociativos de la personalidad. No sabías que cuando una persona no puede aceptar una realidad difícil, su mente a veces se disocia, se divide en dos; la persona que sufre por el maltrato recibido, y la persona feliz que no sufre porque tiene una buena vida, porque no hay motivos para estar mal. Tú te decías a menudo que tenías una buena vida, que no te había sucedido nada malo, que no había de qué quejarse, que otra gente sí que lo pasaba mal de verdad, no tú, aunque a veces te pesara la vida. Que tu infancia había sido buena y tu madre también. Que habías tenido suerte de tener a Alizée pese a vuestros problemas, que tu vida era afortunada. Sin embargo, la incongruencia sobre cómo veías tú vuestra relación y lo que sucedía en realidad con tu madre, te hacía sentir tan compungida a menudo, insegura, alerta, sin que supieras tú por qué. No entendías qué pasaba dentro de ti, en tu mente, y a veces pensabas que quizá tuvieras tendencia a los altibajos, que eras una persona complicada por naturaleza.

Últimamente, escribir te parece mucho más que divagar y recordar, es entrar en un rincón muy lejano y oscuro de tu mente al que no podrías o no sabes acceder de otra manera. Ahora te das cuenta de ello. Escribir te ayuda a distanciarte de lo vivido, parece que te acerca pero en realidad te distancia y quizá por eso ahora logras acordarte de ciertos momentos junto a tu madre, verlos de otro modo, detenerte en ellos. Has comenzado a vislumbrarlos como lo que realmente fueron y no como algo que no llegabas a asimilar y que por eso desechabas y olvidabas deprisa. No sabes describirlo de otro modo. Es como cuando alguien nos dice una frase que no entendemos pero tampoco le damos importancia porque creemos

comprender el resto del discurso, y como esa frase no la entendemos, la apartamos, no volvemos a pensar en ella y nos quedamos con lo demás, con el resto del discurso.

Boris Cyrulnik, el famoso neurólogo y psiquiatra francés, decía que somos la representación de la realidad que podemos manejar.

Y es verdad.

Si hubieras enfrentado la verdad entonces, pero no fue así, tú te escurrías continuamente. Evitamos ciertas realidades a toda costa, sin ser conscientes de que, no por no verlas, desaparecen, y que, antes o después, tendremos que afrontarlas.

A los quince años, recuerdas que llevaste a casa un gato bebé que te encontraste en la calle, vuestra primera mascota, y, al cabo de un tiempo, el gato se volvió arisco y cada vez más antisocial. Comenzaron a darle unos ataques muy extraños; de pronto se erizaba completamente y empezaba a correr tieso y a estamparse contra las paredes. Eran unos golpes terribles. La primera vez que lo viste así, te temblaron las piernas tanto que te caíste al suelo. Nunca habías creído que aquella expresión "me tiemblan las canillas" pudiera ser tan literal hasta que aquella noche tus piernas dejaron de responder y te desplomaste. Tu madre le ponía unas inyecciones pero no por ello dejaban de sucederse esos ataques.

Ahí tampoco pensaste nada raro.

Ni por un segundo, se te pasó por la cabeza que quizá Alizée tuviera algo que ver.

Luego, al cabo de los años, tu madre tuvo otro gato y ese también comenzó a sufrir problemas extraños de pronto. Un día, mamá te dijo, ya no lo quiero, y adoptó un perro. Tu madre, a quien nunca le habían gustado los perros, adoptó un perro y embadurnó al gato con las pipetas antiparasitarias del perro y te llamó por teléfono. Se marchaba ese día de vacaciones y estaba con alguien mientras te hablaba al teléfono.

—Hija, he dejado al gato en el hospital veterinario, me equivoqué al darle unas pipetas para perro, pobrecito, ve a verle algún día.

Fuiste todos los días a verle al hospital veterinario mientras ella estuvo fuera, y era terrible verle así.

Tu madre nunca se equivocaba, era la persona más perfeccionista que conocías, era cuidadosa hasta la obsesión, y siempre estaba atenta a todo lo que hacía. No podía haberle embadurnado por distracción con una pipeta para perros al gato, una pipeta que un gato de ciudad, uno que vivía en un piso y que nunca salía, no necesitaba. No habría necesitado un antiparasitario aunque hubiera sido uno para gatos.

Los veterinarios te miraban mal, te miraban raro, decían cosas

extrañas sobre lo sucedido al gato.

El animal murió al cabo de unos días. Y del perro no supiste más porque aquello fue poco antes de que vieras a tu madre por última vez.

También recuerdas ahora, muy vagamente, que en alguna ocasión tu madre te contó que cuando ella era una niña, una amiga suya le había hecho algo malo a un animal, no te dijo qué exactamente, o quizá lo has borrado de tu memoria, solo recuerdas que tu madre te lo contó con cara como de sorpresa pero a la vez con una media sonrisa, y aquello te resultó tan extraño que no pudiste ordenarlo en tu cabeza, por eso lo desechaste, lo olvidaste enseguida. Por eso, cuando ahora te quedas aturdida recordándolo, piensas por primera vez que quizá no lo hizo su amiga sino ella misma, y que la cara de tu madre al contártelo era extraña, su expresión, como si no te estuviera diciendo aquello sino algo más como un secreto emocionante e infantil, como; mi amiga se comió una caja entera de bollos cuando éramos pequeñas. Algo así.

Y mientras escribes estas palabras, te parece increíble que entonces no tuvieras miedo de tu madre. Pero así era, tú no la temías a ella, tú temías el mundo pero no a ella. Alizée era quien siempre te salvaba de todos los problemas. Alizée era tu ángel guardián. Ella siempre estaba allí cuando lo necesitabas. Así lo veías antes. Sin embargo ahora estás pensando en los gatos y ahora recuerdas que también te habló en alguna otra ocasión de un gato que tenían tus abuelos en la buhardilla donde vivía ella de pequeña. Según Alizée, tu abuela tenía pánico de los gatos porque aquel animal a veces la atacaba, todo erizado, muy arisco sin venir a cuento cuando la mujer llegaba a casa del trabajo o de la compra y después de que Alizée pasara un tiempo a solas con el gato.

No habías vuelto a rememorar aquellas historias hasta ahora y en este momento lo que te preguntas es por qué. ¿Por qué le pasaban esas cosas a todos esos gatos?

Te vienen a la cabeza otras ocasiones en las que Alizée se enfadaba contigo en la infancia y en la adolescencia y dejaba de dirigirte la palabra. Podían pasar días o semanas hasta que te volviera a hablar y durante ese tiempo se quedaba mirándote cuando tú llorabas y le pedías perdón durante horas, literalmente horas, horas de reloj. No te decía, vale ya, Paula, deja de atormentarte. No te decía, tranquila, no es para tanto, todo está bien. No. Ella no paraba tu sufrimiento de ningún modo, no lo aliviaba. Por el contrario, era como si le gustara. Y tú eras pequeña, para ti tu madre era lo más importante del mundo, la necesitabas, todavía no podías valerte por ti misma, y a ella le reconfortaba tu sufrimiento, quizá

le hacía sentirse importante, o más querida, porque de eso sí te dabas cuenta muchas veces y lo llegaste a naturalizar. Incluso tú misma pensarías en el futuro, que, cuando alguien sufría por ti, eso significaba que te amaba más que nunca y esa sensación te hacía sentirte mejor.

Una vez, cuando eras pequeña, una de esas veces en que tu madre te castigaba y te dejaba sola encerrada en casa (en ocasiones cerraba la puerta con cerrojo al salir, de modo que no pudieras marcharte del piso, aunque tú de todas formas no habrías salido), machacaste unas tizas y te las comiste. Y también te tragaste dos pastillas que te había dado una compañera del colegio y que decía que eran Rohypnoles. Debías tener doce años. Te despertaste embutida en la funda de tu almohada y no recordabas nada absolutamente de lo que habías hecho aquel día sola en casa. Tu madre llegó de noche o a la mañana siguiente, ya no recuerdas cuándo exactamente. Medio te despertaste, medio abriste los ojos, ella te vio en el suelo con la funda de la almohada haciendo de vestido, o haciendo tú de relleno de almohada, se acercó a ti y se puso a hablarte. Estaba contenta y tranquila. Tú te encontrabas aturdida y confusa, avergonzada por llevar esa funda puesta en el cuerpo y por no saber cómo habías despertado así, pero te alegraste de que tu madre ya no estuviera enfadada contigo, y de que todo pareciera haber vuelto a la normalidad.

En otra ocasión, te encontrabas enferma y ella no te creía, te pusiste a llorar, estabas en el suelo, y te dio una patada y se fue de casa. Te dio flojo, sin fuerza, más que nada para que la dejaras pasar. Recuerdas que llevaba un traje elegante de chaqueta y que olía a perfume, el que siempre usaba, uno de Loewe.

Esos momentos eran infernales y enseguida los olvidabas y no volvías a recordarlos, como si no hubieran existido. De verdad desaparecían de tu mente, de tu memoria, por completo, y al día siguiente volvíais a comportaros como si aquellas situaciones no hubiera tenido lugar. Era de veras como si nunca hubieran ocurrido.

Alizée dejaba de hablarse con vecinos con los que se había llevado bien y cuando le preguntaste por qué con Lupe, la del piso de arriba, ni siquiera se saludaba desde hacía años, te dijo:

—Un día en que yo estaba muy enferma y le pedí ayuda para ir al médico, Lupe se negó a ayudarme.

La creíste y dejaste de saludar tú también a Lupe. Ni siquiera se te pasó por la cabeza que eso mismo te lo había hecho mamá a ti alguna vez. Para ti tu madre era más importante que tú, tú podías soportar ciertos tratos pero a ella no podían hacerle daño o desatenderla, tú la defenderías

de todo y ante todos. Ahora te acuerdas de Lupe y te preguntas qué ocurriría en realidad entre ellas dos.

Y, sin embargo, por aquel entonces en ningún momento distinguiste que tu madre te hubiera maltratado alguna vez, ni que hubiera maltratado a nadie en su vida. Tu admiración era ciega, y tu ceguera admirable.

De pequeña, tus vecinos te preguntaban por tu padre ¿Le has visto? ¿Cómo está? ¿Sabes algo de él? Y repetían, ¡con lo majo que era! Con lo buena persona, qué lástima que ya no viva aquí.

Y tú te quedabas sorprendida porque era la primera vez que oías hablar a alguien bien de tu padre. El resto del tiempo solo tenías la cantinela de mamá diciendo lo terrible que era.

A la abuela nunca le preguntaste por papá, y la abuela no te hablaba de él, ni mal ni bien ni de ninguna manera. La abuela nunca hablaba de nada, ni de nadie. Ahora piensas que tu abuela tenía miedo de tu madre pero entonces eso jamás se te pasó por la cabeza, ni por un segundo.

Luego, otras veces, tu madre te decía, Paula, mi vida, eres lo que más quiero en el mundo, y aquellas palabras eran tan poderosas, te volvían tan feliz. Te hacían olvidar por completo todo lo demás, eran medicina para tu corazón, y para tu incomprensión. Y en esos altibajos transcurría tu infancia y tu adolescencia.

Y, ahora, lo que piensas es, ¿por qué apenas habías vuelto a pensar en todo esto?

TODO ESTÁ CONECTADO

Después de la discusión con su madre por el piso de Madrazo, y de permanecer horas en ese pub sin llegar a relajarse, a las cuatro de la mañana Paula sale del local y alza la mano para detener un taxi. El metro no abre hasta las seis y no tiene ganas de volver paseando.

El taxi se adentra por la calle Toledo, pasa por delante del portal donde vivieron sus abuelos. Los imagina de jóvenes, caminando por esa misma calle. O no tan jóvenes, porque se conocieron con más de treinta y cinco. A su abuelo le vislumbra con un abrigo gris holgado y una gorra de estilo francés. A su abuela, con un chaquetón y la media melena morena y ondulada peinada hacia atrás, muy española.

Así los ha visto en una vieja fotografía.

Imagina la infancia de Alizée en esas calles animadas del centro, el día a día cotidiano entre los tres, la escuela de la hija, los empleos modestos de los padres.

Él, según le ha contado Alizée alguna vez, llegó a España desde Normandía porque quería luchar en la guerra civil española y unos años después conoció a la abuela de Paula y tuvieron a Alizée. Alizée nació en 1950. Sus padres tenían casi cuarenta años entonces.

Una vez, la abuela le dijo a Paula que no sabía qué le sucedía a veces a Alizée, que siempre había querido entenderla, ayudarla y que no comprendía qué pasaba en ocasiones por su cabeza. Paula y su abuela nunca hablaban de Alizée cuando no estaba delante pero un día, cuando Paula era pequeña, la abuela parecía consumida mientras se quejaba de su hija en un murmullo desolado, para sí. Eso dejó a la nieta pasmada y el estómago de niña que tenía se le encogió. Miró a su abuela y no supo qué hacer, no la consoló ni hizo nada, nunca ha consolado a su abuela. Ahora le gustaría que siguiera viva, y le gustaría haberla conocido mejor. Por mucho tiempo que pasaran juntas las dos cuando Paula era una niña, solo hablaban del día a día, compartían el presente y Paula apenas le preguntaba por su pasado. Sabía que su abuela había tenido un empleo modesto durante más de cuarenta años, hasta que se jubiló. Sabía que era una mujer cariñosa, sensible e ingenua, eso lo había visto cada vez que la mujer mayor pasaba unas semanas con ellas en el piso de Madrazo.

En alguna ocasión, Paula vio a Alizée tan irritada con la abuela, y

en aquellos momentos se le encogía el estómago al escucharla hablarle con esa dureza, pero callaba porque en esos tiempos era una niña y le parecía imposible que Alizée no tuviera razón siempre, en todo.

Ahora, la calle Toledo ya ha quedado atrás y hay un pequeño atasco en la calle Magdalena, antes de llegar a Atocha.

Entonces piensa en su abuelo. Alizée adoraba a su padre y todavía cuenta cómo él la llevaba a hombros por las calles cuando era una cría, cómo llegaba él de trabajar cada tarde con flores que cortaba del bulevar del Paseo del Prado para Alizée.

Toca con los dedos la ventanilla, apoya la palma de la mano sobre la superficie, nota el leve temblor del motor en sus dedos y presiona el cristal para apaciguarlos. El coche entra en Atocha y continúa por el Paseo del Prado.

En casa, va directa a la alcoba. Se quita las botas. Enciende la luz.

Pedro está adormilado en la cama.

—¿Qué haces aquí? —Le pregunta, aunque imaginaba que él estaría exactamente ahí. Siempre duermen en la alcoba de Paula, hace meses que Pedro no se acuesta en su propio cuarto.

—Me encuentro mal —murmura él entre dientes.

—¿Cómo que te encuentras mal?

—Mareado.

Paula ve los restos de cigarro liado sobre el cenicero, en la mesilla de noche. Ve la cajita de latón abierta con la marihuana dentro. Está inquieta, incómoda. Todavía siente ese malestar debido a la visita de su madre.

—¿Y te mareas por un porro? —Dice con esa voz áspera e indiferente que le brota a veces, cuando parece otra persona.

—No me ha sentado bien.

—¿Por qué has venido a dormir a mi habitación? Sabías que hoy salía con mis amigas.

La luz tenue de la mesita ilumina su silueta.

—No me hables así, Paula.

—Estás como encogido.

—Veo luces. No dejan de cruzarse imágenes en mi mente. Mi cabeza no puede parar.

—Vaya, qué bien —resopla ella.

Se fija mejor y ve que él tiene gotas de sudor debajo de la nariz. Le da la espalda. Piensa que Pedro se lo está inventando, piensa lo mismo que creía su madre cuando Paula se ponía enferma, que se lo inventaba. Luego se revuelve en la cama, nota esa irritación por

dentro y ni siquiera está segura de por qué se encuentra así. Quizá es porque ayer vio a Pedro tan ensimismado, a mil kilómetros de ella, y eso le ha dado miedo. O quizá es por la visita de su madre, porque probablemente tendrá que buscar otro piso de alquiler, o porque nunca termina de entender a Alizée.

Está rabiosa. Se da cuenta de su rayada pero aparta la lucidez. Se queda con otra emoción más fuerte; desea una pelea. Desea y rechaza una pelea con la misma intensidad. Se imagina en esta situación, en este momento, con Otto en lugar de Pedro. Habrían discutido toda la noche. Ni siquiera sabe por qué quiere discutir, solo tiene dentro esa rabia, como le pasa a veces, algo que la quema por dentro.

Le siente revolverse en la cama y permanece inmóvil.

Le oye vomitar en el baño y por la mañana Pedro ya no está.

El sol enciende una esquina del cuarto. Paula entorna los ojos. Palpa el vacío en el colchón. Se levanta, va a la ducha y cuando el agua caliente cae sobre su cabeza y resbala por el cuerpo, tirita, aprieta los puños y vuelve a abrir las manos. Echa la cabeza hacia atrás y se dice: Así que yo también puedo ser terrible, no solo con Otto, también con Pedro.

El chorro cae ahora sobre su frente, se derrama como lava por todo el cuerpo. El baño se ha nublado, lleno de vapor. Su piel también desprende vaho.

El teléfono suena afuera. Vuelve a sonar. Cierra el grifo del agua caliente y abre la fría. Siente la piel erizada, los músculos rígidos y piensa, esto es todo, este chorro de agua helada es todo lo que existe.

Cuando sale del baño, camina por el pasillo. Las gotas de agua resbalan por su piel hasta el suelo, ni siquiera le hacen cosquillas. La ducha ha logrado anestesiarla.

En la alcoba, se tumba boca arriba sobre el colchón. Aparta la camiseta arrugada que Pedro usa para dormir, lo imagina ensayando con su grupo, lo imagina ausente. Ahora le molesta que él se quede a veces tan ensimismado. Las emociones cambian en ella a cada minuto. Mira la cajita abierta con la marihuana, todavía sobre la mesilla de noche.

El móvil vuelve a sonar. Esta vez, responde.

—Hija. Llevo llamándote dos horas —dice Alizée—. ¿Estás ya de camino? Escucha, no tengo mucho tiempo, te estoy llamando a escondidas. Te acuerdas de que habíamos quedado en que vienes hoy a comer, ¿verdad? Lo hablamos hace una semana.

Alizée habla en un tono cariñoso, musical, como si la discusión

de ayer no hubiera existido. Como si ayer Alizée no hubiera ido a verla para decirle que si en algún momento necesita el piso, tendrá que marcharse.

—No voy a subir. No me apetece.

—Vamos, hija. ¿Pero, dónde estás?

—Estoy en casa.

—¿Y qué haces todavía allí? Te estamos esperando. He preparado tu plato preferido.

—Mamá.

—Cariño, hazlo por mí, ven a comer con nosotros. Hazlo por tu madre —continúa la mujer.

Alizée tiene la costumbre de hablar de sí misma en tercera persona. Tu madre te quiere. Tu madre necesita esto. Cómo has podido hacerle eso a tu madre. Ese tipo de frases.

—Además —dice—, he estado pensando en lo del piso. Puedes seguir viviendo allí, cariño. No quería hacerte daño, hija. No quería echarte de casa. Puede que en el pasado no lo hiciera bien.

Durante la comida, los tres solos, sin las hijas de Gabriel cerca (Sandra se marcha a Ottawa en seis días, el viaje se retrasó unas semanas, y Clara seguramente esté con ella o por ahí con su nuevo novio), Alizée no hace más que contar anécdotas divertidas de su pasado. Y Paula, aunque al principio reticente por lo sucedido el día anterior con su madre, después de un rato se le contagia el buen humor, le gusta escuchar de la boca de su madre los recuerdos alegres que han vivido juntas.

Paula aparca lo malo como si nunca hubiera existido. Hace mucho que aprendió este truco: Cuando olvida lo que duele, todo vuelve a ser normal.

En cierto momento, Alizée dice en la mesa dirigiéndose a Gabriel.

—De pequeña Paula era un cielo, nos hacía reír mucho con sus comentarios espontáneos, así, como son las observaciones de los críos a veces. Una vez, recuerdo, Paula, tú no te acordarás, no tendrías más de tres años, recuerdo que unos amigos nuestros —ahora se dirige de nuevo a Gabriel—, de su padre y míos, vinieron a casa y le trajeron un regalo. Era un enorme oso de peluche, casi más grande que ella, envuelto en papel celofán transparente. Paula estaba tan asombrada que no podía dejar de mirarlo con fascinación, sin desenvolverlo, hasta que, al cabo de un rato, me dijo apurada, sin dejar de mirar el peluche, me dijo, mamá, ¿lo puedo pelar? No podíamos parar de reír, ¡Pelarlo! ¡Pensaba que el envoltorio formaba parte del oso! ¡Era tan

tierna!

Paula nunca ha oído esa historia y sonríe.

Gabriel suelta una pequeña risa escopeteada y liviana, casi como un hipo, así como ríe él.

Después, Alizée coge la mano de su marido y la de su hija, sobre la mesa, sobre el mantel, y dice.

—Vosotros sois las dos personas que más quiero en el mundo. Soy tan feliz de teneros.

Ahora todo está bien, piensa Paula, y levanta la vista y la mira con complicidad. Entonces se le ocurre una anécdota para contarle, ahora ella a Alizée, y la menciona en la mesa y vuelven a reír. Entre las dos le describen divertidas a Gabriel todos los detalles, y la madre en cierto momento dice.

—Te quiero, hija —y aprieta su mano sobre el mantel.

Delante de Gabriel nunca hablan de lo otro, de todo lo malo, de las discusiones y los problemas del pasado entre ellas. Delante de Gabriel las dos aparentan haber tenido una convivencia solamente feliz.

Más tarde, al final de la sobremesa, Alizée comienza a relatar:

—El vínculo que tengo con Paula y contigo, Gabriel, son los más importantes que he tenido nunca. Vosotros lo sois todo para mí. A veces he sentido que me hacías de menos, Gabriel, ya lo sabes, y eso me ha dolido en el alma, aunque tú no lo entendieras, pero tus amigos no me valoran, yo sí me he dado cuenta de eso, es como si no quisieran verte feliz. Sus miradas y sus juicios comparándome siempre con tu santa, con la madre de tus hijas. Eso me tenía hundida. He llegado a pensar que estaban celosos de ti —hace una pausa, compungida, como si no pudiera tragar la saliva. Se repone—. Menos mal que anoche recapacitaste, te diste cuenta y tomaste la decisión, hiciste por cambiar las cosas, por mejorarlas. No tenemos que verles más. Si te quisieran bien, te estarían apoyando en estos momentos y aceptarían nuestra relación. Al final me has creído y me has valorado. Eso me ha hecho sentirte cerca de nuevo.

Paula procura entender de qué habla ahora su madre. Gabriel aprieta la mano de Alizée sobre el mantel y aprieta la boca con ese gesto, como embargado de orgullo por haber logrado otra vez que Alizée se sienta mejor. La hija conoce el sentimiento que debe albergar Gabriel ahora, esa sensación reconfortante de haber hecho bien las cosas o, más concretamente, de haberlas hecho como a Alizée le parece que están bien.

Últimamente, cuando Paula escucha hablar así a su madre, a veces le parece formar parte de una secta. Es un sentimiento reciente, algo que experimenta desde que Alizée y Gabriel se casaron, como si al ver a su madre relacionándose íntimamente con otra persona, lograra vislumbrar lo incongruentes o extrañas que eran en el pasado, y que aún son a veces, sus propias discusiones con su madre. Y otras veces, sin embargo, ocurre todo lo contrario, lo que Paula percibe es algo así como si Alizée antes, durante toda su vida, le hubiera mostrado a su hija un personaje y ahora con Gabriel fuera otro personaje distinto, o el mismo personaje pero con valores y juicios diferentes y antagónicos. Algo realmente extraño y perturbador. Como si la realidad se resquebrajara.

Quiero ser mujer aparte de madre, le había dicho Alizée a veces a su hija. Pero no es solo eso, no es solo que Paula ahora esté viendo a la mujer y antes solo a la madre. Va más allá de eso.

De vuelta en el autobús que lleva al intercambiador de Moncloa, apoya la cabeza en el cristal y contempla el cielo apagándose sobre la ciudad contaminada. Su vida también le parece a veces contaminada.

Desde el principio, todo ha llevado hasta ese momento inimaginable que queda cada vez más cerca pero, ahora, aún, ese futuro ni siquiera le resulta a Paula posible en modo alguno.

Sigue contemplando el paisaje por la ventanilla y piensa en Pedro. No ha hablado con él en todo el día. Cada vez que ha pensado en Pedro, ha sacado el teléfono del bolso y tras unos instantes ha vuelto a guardarlo recordando lo de anoche; cuando él vomitaba en el baño y ella se hacía la dormida en la habitación.

Entonces, unos asientos más adelante, un hombre gira la cabeza y a Paula le da un vuelco el estómago. Ese hombre se parece a su padre, a Roberto de joven. Así le recuerda. Luego el hombre se pone en pie para bajarse en la siguiente parada y se da cuenta de que es imposible que sea él. Su padre está muerto. Y su padre era más alto. Y su padre ahora tendría más de sesenta.

Casi nunca piensa en él. Y, cuando alguien le pregunta por la figura de su padre, o de un padre, o dónde está, o si lo extraña, ella solo piensa que no se puede añorar lo que nunca existió. Sabe que él no era un mal hombre como decía su madre, pero a veces llegó a dolerle como si lo fuera, por su distancia y desapego, porque él no parecía tener voz propia, sino solo la voz de sus mujeres, primero Alizée y luego Mónica.

Parece ser que cuando Alizée y Roberto estaban casados, resultaban una pareja ejemplar a ojos de los amigos, los parientes y los conocidos. Daban esa impresión de integridad y encanto ideales y la gente los admiraba. Además, Roberto tenía en un pedestal a Alizée, daba igual lo que sucediera, él siempre se ponía de su parte. No parecía empalagoso, simplemente se le veía como un hombre enamorado, tranquilo y servicial.

Alizée por su lado fascinaba a la gente, por la seguridad que trasmitía, no tenía fisuras, no dudaba, irradiaba fortaleza y elegancia, poseía ese carácter al expresarse, al caminar, al coger una taza de café, al hablar, al mirar.

La hija tenía sin embargo pesadillas en las que a menudo su hogar era el objeto de la pesadilla, no sus padres, sino la casa en sí. A veces se llenaba de leones y de tigres, en otras ocasiones había arañas. Eran sueños de los que despertaba temblando y nadie sabía por qué le sucedía aquello.

—Son *terrores nocturnos* —decía Alizée por aquel entonces—, es algo que le sucede a bastantes críos hasta que un buen día desaparecen sin más.

En aquella época, la gente por lo general hablaba de ese modo, la gente creía que las cosas pasaban porque sí y que del mismo modo un buen día desaparecían sin ninguna razón. Todos a merced de los caprichos de un destino misterioso.

Los recuerdos se deshacen como una nube. Paula sigue mirando por la ventanilla del autobús. Entonces vuelve a pensar en Pedro y en la noche anterior. Vuelve a sacar su teléfono del bolso y tras contemplarlo unos instantes lo guarda de nuevo.

La casa está vacía. Todas las luces apagadas.

Pedro regresa al anochecer.

En la cama, Paula dice.

—Lo siento, lo de anoche. Te oí vomitar en el baño y me hice la dormida. No debería haberte hablado como lo hice, haberte tratado de ese modo. No quiero ser así.

No le ha pedido perdón a nadie desde hace muchos años, y siente cierta vergüenza.

No hablan más. Se juntan. Se mueven despacio, un ligero vaivén irregular, como el de un barco anclado en la costa. El sexo es resurrección.

Más tarde, Pedro dice.

—Yo también he sentido esa rabia a veces, solo que yo me la guardo, la saco únicamente cuando estoy a solas. Sé lo que es, esa impotencia.

Ella le mira absorta, están tan cerca que se estremece. Nunca ha sentido esa intimidad con nadie, ni siquiera con Otto. Se encuentra abrumada, incómoda, aliviada.

Respecto a Otto. A veces, en los momentos más insospechados, la convivencia con Pedro le trae recuerdos de su vida con Otto, y se vislumbra pensando en el alemán. Ahora, desde la distancia, le parece ver a Otto desde otras perspectivas. Ahora, su historia con Otto se redibuja. Desde que está con Pedro sucede así; la relación que mantuvo con Otto se reconstruye desde otros ángulos, como si aún estuviera viva y continuara expandiéndose o rehaciéndose, o modificándose. Igual que el propio Otto. Pero no le echa de menos. No cambiaría lo que tiene ahora, lo que vive ahora, por lo que vivió con el alemán. Por todo lo vivido antes de Pedro. Y aun así, Otto se le aparece a menudo como un fantasma muy vivo. Cuando mira a Pedro, cuando escucha una canción, cuando le llega un olor determinado, o ciertas sensaciones, incluso las palabras de Pedro le resultan a veces parecidas a las de Otto, esas perspectivas masculinas. Y los compara, no lo puede evitar. Y se compara a sí misma con ellos, con Pedro ahora y con Otto antes.

A veces medita que le gustaría hacer las paces con el alemán, hablar algún día con él, saber de él y contarle algunas cosas.

Y aunque todavía no lo sepa, Otto tendrá también mucho que ver en esta historia.

HACER LO QUE PUEDAS

Sacas el pequeño calendario del cajón y vuelves a colocarlo sobre el escritorio.

La gente que te quiere te espera mientras escribes este libro. A veces, haces una pausa y sales de Madrid. Viajas a la montaña. Viajas a la playa. Y, cuando vuelves al ordenador, te dices que ha sido bueno tomarte un respiro, que puedes continuar escribiendo ahora que te has desintoxicado, ahora que vienes de otros aires.

Llegas limpia, o esa es tu sensación porque has logrado desconectar por completo y de este modo puedes tomar una mayor perspectiva, así que te sientas y lees lo que llevas escrito, lo que dejaste reposar, y entonces, solo quieres tirarlo a la basura.

Tienes pesadillas por las noches.

Pasas unos días malos. Lo que escribiste no refleja todo lo sentido, todo lo vivido, todo lo experimentado. No está contado todo. Quieres abarcarlo por completo, que se entienda verdaderamente desde todas sus aristas. Es un intento imposible. Y un par de días después, sin darte cuenta, vuelves a tomar fuerzas y continúas.

—Haré lo que pueda—te dices—, pero no lo voy a dejar a medias.

Decides que, pase lo que pase, lo publicarás. Luego decides que solo se lo enviarás a una amiga y a nadie más. Y otro día piensas de nuevo que sí, que lo publicarás, pero únicamente bajo seudónimo.

Imaginas seudónimos con iniciales como FK o HW, luego imaginas nombres como Salma o Irene. Finalmente piensas que lo mejor será poner solamente: Anónimo.

A veces crees que te has pasado contando detalles truculentos de tu relación con Alizée y entonces los borras casi todos y piensas: con dos o tres vivencias será suficiente para que, si alguien lo lee, lo entienda.

En otro momento, cuando vuelves a releerlo, ves que te has quedado corta, falta tanto por contar, pero decides que mejor ser escueta. Lo que hay en el papel es suficiente. Y luego te dices ¿queda claro lo mucho que amaba a mi madre? ¿Lo habré sabido expresar? ¿Se puede escribir sobre un sentimiento que ya no existe y que refleje verdaderamente todo lo que sentía por ella?

¿Qué quieres realmente con este manuscrito? Te haces esta pregunta a menudo y por primera vez tienes una respuesta.

LA LIGEREZA

Entre el trabajo de Paula y los ensayos de Pedro, pasan mucho tiempo ocupados fuera de casa. Por las noches Pedro le muestra sus nuevas composiciones, o música de otras bandas, o escucha los cuentos que Paula escribe. Son historias que ella se inventa mientras camina, en la oficina cuando no tiene tanto trabajo, junto a la ventana de la cocina mientras se fuma un cigarrillo, en la ducha. Ficción a raíz de cualquier pregunta que se hace, o ante cualquier observación que ha llamado su atención. Le sorprende la creatividad que llega a albergar dentro de sí últimamente.

Él dice.

—Léeme otro.

Ella los imprime. Se los lee en la cama, en el sofá, en la mesa de la cocina.

Solicita vacaciones en la agencia y durante esos días acompaña a Pedro a algunos ensayos. También pasa más tiempo con los conocidos de él. Van a una fiesta y al día siguiente a la inauguración de una exposición. Allí todo el mundo se dirige a Pedro por el apodo de "Kinun".

En la galería hay pintores, escultores, profesores, músicos, poetas. Algunos son famosos y aparecen en los medios. Otros no poseen un centavo y no han vendido aún ninguna de sus creaciones. Unos pocos salen adelante gracias a cualquier mecenas o tienen un padre rico o venden un cuadro y la misma tarde se compran un coche nuevo. Paula se encuentra abrumada, no es que le fascine tanto esa atmósfera; los percibe a kilómetros de ella, hasta este momento no ha conocido a ningún artista aparte de Pedro, tampoco ha tenido deseos especiales de hacerlo, pero ahora le producen curiosidad. En realidad se siente un poco como una impostora en ese tipo de ambientes y entonces se dice que debe ser por la falta de costumbre.

Con Pedro también le ocurre eso a veces, la sensación de sentirse con él como una impostora, como si esa no fuera ella, ni fuera su vida, pero prefiere (elige, procura) dejarse llevar, seguir explorando el mundo que está conociendo a través de él. Quizá algún día este tipo de vida llegue a ser también natural para ella, no la vida de los artistas sino la forma en la que se concibe en los últimos meses; la extrañeza

al percibirse a sí misma ahora y que le gusta porque le muestra el atisbo de todas esas Paulas desconocidas que existen en ella.

—Me ha dicho mi primo que tocas el piano —dice Juan.

—¿Ese es tu primo? —le pregunta Paula después a Pedro.

—Sí. Juan. Los dos hemos salido músicos. Aunque él no soporta la música que yo hago, sobre todo la que compongo en solitario.

Al rato, Paula contempla a un borracho con aspecto de vagabundo. El año pasado el tipo ganó uno de los premios de poesía más reputados en lengua española. Al verla observándole, un hombre a su lado le dice:

—¿Ves ese poeta? Hace un par de meses apareció por mi local, se miró al espejo junto al mostrador y me dijo que ese no era su rostro, luego me dio las llaves de su casa, que según decía tampoco era suya, y se largó sin que pudiera detenerle. Más tarde me enteré de que le ingresaron en un centro, creo que ya no se llaman psiquiátricos, y, mírale, ahí está otra vez y su poesía es espectacular. La mente humana es la cosa más compleja del mundo —después, con aparente desapego, con suficiencia, cita esa frase de Rimbaud—. *Yo es otro*.

Esa misma semana, Paula se encuentra sentada en el gran sótano de un chalet deshabitado. La banda de Pedro suele reunirse aquí para ensayar. Arriba, la entrada es un vestíbulo octogonal, las habitaciones son grandes y los muebles están tapados con sábanas polvorientas. El lugar es una herencia de uno de los del grupo, el músico no vive aquí, necesita una reforma de tejado y de vigas y, según le ha contado Pedro, el tipo no se decide ni a reformar ni a vender.

Fuera del chalet, el jardín privado es una especie de bosque salvaje con esculturas sucias entre la maleza y una fuente seca, de piedra blancuzca, que sobresale entre el paisaje arrebatador y abandonado.

En el sótano, Pedro le pide delante de su banda, de un técnico de sonido, de un fotógrafo y de un periodista inglés ex-manager de un conocido músico británico, que toque esa pieza que compuso ella hace años y que ha interpretado con él a veces en casa.

—No puedo.

—Vamos Paula, quiero enseñársela al grupo desde hace semanas.

Todos la miran ahora.

Pedro insiste. Ella le observa inquieta; él sabe lo que se siente cuando el cuerpo se congela y la mente se queda en blanco.

No puede moverse y tampoco puede quedarse sentada como si nada. No sabe cómo va a poder tocar así, delante de toda esa gente,

pero es mejor no pensarlo, pensar en cada cosa a su tiempo, por el momento solo tiene que levantarse y llegar al piano sin caerse ni tropezar con ningún cable por el camino.

Se dice para sus adentros:

—No hay nadie más aquí, solo Pedro y yo.

Se sienta frente al instrumento. Tararea el principio de la melodía en su mente. Toca una armonía cálida, ligeramente melancólica, suavemente enrevesada. Al cabo de unos minutos, vibra el contrabajo de Pedro. El batería les contempla curioso, se sienta en la banqueta y comienza a tocar el charles con la escobilla, coge las baquetas, hace sonar el bombo, golpea los parches y los platos. La piel de Paula se ha erizado. Es su música, nace de ella y atraviesa su cuerpo. Así empieza todo, en su interior, luego deja de ser su melodía, se transforma, entre los tres la rompen y la vuelven a armar. Así una y otra vez. Se funden con esa casa, con la arquitectura que les rodea. Ella no siente ya su cuerpo, hasta que se levanta y sale con Pedro al jardín desarreglado al atardecer y se da cuenta de que está temblando. No ha sido nada, esa gente está acostumbrada a tocar piezas verdaderamente complejas, a tocar con verdaderos músicos, contempla el jardín, que le parece también otro mundo mientras Pedro le ofrece un cigarrillo y da saltos excitado frente a ella con las manos en los bolsillos.

Se ríen. No pueden parar de reír.

LIMBO

El sol se ha escondido tras el horizonte y el ambiente posee un color azul apagado, como el filtro que poseen ciertas películas poéticas, pero, antes de la puesta de sol, el parque de El Retiro se hallaba impregnado de una bruma como de oro, Pedro se encontraba tumbado boca arriba sobre el césped y Paula, extendida de perfil a su lado, con el codo apoyado en la hierba, contemplaba el cambio de luz en el rostro de él, en sus facciones, en el color de sus ojos, en las líneas de su rostro, en sus venas. Le acariciaba la piel con la yema del dedo, surcaba su frente, su rostro y experimentaba un sentimiento que la quemaba, muy intenso.

Le gusta esa sensación de estar perdiendo el control. Se encuentra excitada, deslumbrada, confusa. No está segura de qué son en realidad todos estos sentimientos que la embargan continuamente al lado de él, de cuál es el verdadero, quizá lo sean todos por igual, solo sabe que resultan tan fuertes que a veces no la dejan respirar.

Hay días, instantes con Pedro, en los que se deja llevar por todas esas emociones. En otros momentos vuelve el vértigo, o cierta parálisis de pronto; ella no es así, esta no es su vida, eso es lo que piensa en esas ocasiones.

Pero tampoco es ya la persona que era antes.

Ahora, Paula flota en el limbo.

A veces, en casa, le enseña a Pedro alguna pieza que ha empezado a componer y entonces él dice que le gusta su sensibilidad, que tiene algo especial, que es auténtica. Y, eso —la percepción de él —, le da aliento a ella. Cada día toca ella mejor. Cada vez que escucha a Pedro hablar de sus composiciones, estas se vuelven mejores y más complejas.

Salen del parque de noche. Caminan hasta Callao y luego por Preciados. Los barrenderos limpian las calles con esas máquinas que pulen el suelo y expulsan agua por los costados. Se detienen para contemplar a un hombre tocando al violín la Partita no.1 en B minor BWV 1002, de Bach. La calle peatonal se encuentra casi desierta a estas horas y la acústica es poderosa. Rodeados de comercios cerrados, no hay vecinos, la luz de las farolas cubre el adoquinado mojado, y a los escasos paseantes. Pedro cierra los ojos, están de pie frente al

violinista y ahora solo existe la música. Paula aprieta su mano, siente un escalofrío. Una flor se abre en su pecho. Una gota de agua cruza su rostro, se queda tiritando en su barbilla, como una pompita, y cae al suelo. Ella tiembla. Esta música tiene casi doscientos años, eso es emocionante. Aquí está el paraíso, es esto, se dice. Aprieta más fuerte la mano de Pedro y siente que esto es la vida, la vida por primera vez en ella. Tiene la impresión de haber mirado a través de un velo siempre, sin traspasarlo, sin dejarse embargar por ninguna emoción así de hermosa, hasta este mismo momento.

Otro día, están en casa, de noche. El concierto de Pedro terminó hace un par de horas. Ella había ido al festival y a la vuelta, en el taxi, él decía, te miraba desde el escenario y eras el sol, Paula, el sol al final del túnel. Siguieron contemplándose en el taxi y, ahora, en el salón de casa, él le ha pedido que se siente a su lado y está diciendo.

—¿Quieres casarte conmigo?

Saca una alianza de oro del bolsillo de su pantalón, dice que pertenece a su madre, que ya no la usa, que le queda pequeña. También ha sacado una grabadora.

—¿Lo estás grabando? —dice ella, absorta.

Los ojos grises de él le parecen a Paula un mar revuelto. Quizá lo que él tiene en la mirada sea solamente ansiedad, o desesperación, pero nadie la ha contemplado jamás con semejante intensidad.

Durante semanas Paula se aferra a ese instante pensando que eso es lo único real. No lo otro. No ella gritando.

—¡Tú no te vas a aprovechar de mí, hace meses que no me pagas el alquiler, tengo que pagarlo yo por ti!

Ni él gritando también.

—¡Paula, no me han ingresado aún los derechos de autor! En cuanto cobre te lo daré.

Ni ella echándole de casa, ni él enfrentándose:

—¡A mí tú no me empujas!

Ni ella saliendo cada noche para no pensar. Ni Pedro llamándola una tarde por teléfono, pidiendo que vaya a verle, ni Paula deprisa hasta esa casa donde se ha marchado él. Ni Pedro tumbado en la cama de una habitación, un perro negro a los pies, ni ella abrazándole y diciendo que vuelvan a estar juntos, ni él contando que ya ha pasado, que ha sido solamente ansiedad, que hace un rato sus músculos se encogieron de pronto, que quería gritar para sacarse la tormenta de dentro y no podía moverse.

Es el piso de Natalia. Es la habitación de Natalia, que ocupa

ahora Pedro. Ella se la ha alquilado. Natalia es una antigua conocida de él. También es colega de una conocida de Paula.

—¿Y qué va a hacer Natalia en Perú? —Le pregunta.

Él se encoje de hombros.

—Creo que buscar trabajo. Dice que quiere trabajar en una ONG.

—¿Y te ha dejado a ti el perro?

—No. A los otros dos chicos que viven aquí.

—¿Cuánto pagas de alquiler?

—Doscientos cincuenta euros.

—Qué barato —le coge la mano—. Pedro, volvamos a vivir juntos. Voy a ser mejor, lo sé.

—No es culpa tuya, Paula.

—Sí lo es.

—Siempre te echas la culpa de todo — vuelve los ojos hacia la pared. Luego, añade—. Hay algo que no sabes, algo que no te he contado, Paula.

Ella espera mientras él se queda en silencio. Tiene miedo de lo que él pueda decir.

Él parece buscar las palabras y no encontrarlas.

—Cuéntamelo, Pedro.

Él rehace su postura, las piernas estiradas a lo largo del colchón, apoya la cabeza contra el cabecero. Ella aparta la vista porque cree que eso le hará sentir más cómodo.

—De pequeño los doctores me diagnosticaron un tipo de autismo.

Paula le mira atónita.

Él continúa.

—Nos cuesta mucho expresar lo que sentimos. Saber lo que sentimos.

—Pero si tú hablas. ¿Cómo vas a ser autista?

Al rato, insiste.

—Pedro, a mí también me cuesta a veces saber lo que siento.

Se da cuenta de que él ya no quiere hablar más.

—¿Pero cómo vas a ser autista? Si hablas conmigo y razonas y...

—Paula, nunca había hablado tanto con nadie como contigo.

—Bueno, quizá no seas muy charlatán pero puedes hacerlo, ¿no?

—Nunca me había involucrado así con nadie, Paula. Yo no siento igual que tú, no siento de la misma manera.

—Nadie siente igual y eso no quiere decir nada.

—Se llama síndrome de Asperger. Forma parte del espectro autista.

Ella traga saliva.

—Pero, Pedro, los autistas están siempre en su mundo y tú no. Nosotros estamos conectados.

—No es tan sencillo.

Él tiene los ojos fijos en la pared. A menudo, cuando hablan, Pedro esquiva su mirada, pero ella no ha sido tan consciente de ese gesto hasta este momento, porque otras veces se contemplan en silencio durante minutos y la mirada de él entonces es intensa y es profunda.

—Del autismo, Paula, la mayoría de la gente no sabe nada, no tienen ni idea de lo que es y además hay distintos grados.

No hablan más, se quedan así, primero con los ojos abiertos, hasta que a él le vence el sueño.

Paula le da la espalda y mira hacia el ventanal, la luz de las farolas ilumina el edificio de enfrente en ese tono como de cielo apocalíptico.

Se levanta al amanecer. Pasa el día en la oficina, envía un email a quien no debe, calienta un yogur en el microondas y por la tarde, cuando está entrando en el portal de la calle Madrazo, aunque siente ese cansancio, cambia de idea y comienza a pasear calle abajo. Llega a Atocha, se adentra por la Ronda hasta Acacias y después baja hasta el río Manzanares. Se queda contemplando desde un banco las obras de renovación. Van a empezar el soterramiento del arco oeste de la M-30 en la zona del río.

Siente el corazón acelerado, los latidos en la garganta. Regresa a casa en autobús, agitada. Se sienta en el sofá. Se queda mirando la pared de enfrente, el vacío que han dejado en el estante las pequeñas lámparas de magma de Pedro. Lo imagina durmiendo en la habitación de Natalia, con el perro de Natalia a los pies. Intenta imaginar la vida de Natalia en Perú.

Piensa que el amor es un acto de fe y que solo depende de uno mismo. La vida también le parece un acto de fe.

Además, hay otra cosa; ella sola no sabe dónde está todo lo bueno que tiene ella dentro, lo que está descubriendo con Pedro, porque la costumbre puede ser algo tremendo, porque ahí ha estado ella cada día durante tantos años juzgándose de la misma manera siempre, con esa dureza, sin siquiera preguntarse o asomarse a otra parte de sí, con el miedo anclado tan antiguo que ni lo reconoce ya, que piensa, o cree, que este peso que lleva es parte de sí, igual que un pulmón o una pierna.

—¿Qué tal son los dos chicos que viven aquí? —Le pregunta a Pedro otro día en el piso de Natalia.

Él se encoje de hombros. Después, dice.

—Parecen majos. Aunque apenas hablo con ellos.

—Acabo de ver a uno, estaba fregando los platos. Siempre está fregando los platos.

—A Manuel le da por fregar cuando se encuentra nervioso. Oscar no ha vuelto aún a casa, son pareja y Oscar salió anoche y todavía no ha regresado —dice mientras pone música.

—¿Y ha llamado a la policía?

Pedro sonríe.

—Paula, solo estará de fiesta.

Al escuchar su respuesta despreocupada, Paula se alegra tanto de que el mundo esté lleno de personas distintas a ella, con mentes, preocupaciones y divagaciones tan diferentes a las suyas. Llamar a la policía, a los hospitales, a los tanatorios, es otra de las obsesiones de su madre cuando alguien se retrasa. Alizée siempre está imaginando catástrofes y Paula a veces adopta esas preocupaciones. Es algo que detesta pero que no puede evitar pensar.

—¿Y no avisa a su novio cuando no llega a dormir a casa?

—Oscar se enreda y se olvida de todo.

—¿También se olvida de llamar por teléfono?

—Se habrá quedado sin batería, Paula.

—Puede llamar desde el teléfono de alguien.

—No recordará el número de Manuel. Yo tampoco me sé el tuyo de memoria.

—¿Tú no me llamarías si volviéramos a vivir juntos y no volvieras a casa por la noche? ¿Y si te quedaras sin batería, buscarías la forma de avisarme?

Entonces se da cuenta de lo que está haciendo, está valorando si Pedro le conviene, y entonces levanta la mano y le tapa la boca; no quiere saber la respuesta, quiere estar incondicional con él. Porque, quizá, el amor trate de eso, de aceptar al otro como quiera que sea, de estar incondicional. No sabe cómo amarle, nadie le ha enseñado eso, se siente perdida como si tuviera cinco años.

LA HOJA DE UN PLATANERO

El perro negro yace espatarrado a los pies de la cama, Paula está tumbada junto a Pedro, son las siete de la mañana, y alarga la mano para apagar el despertador. Después de unos minutos sopesando la idea, se repite que nunca ha faltado al trabajo y decide no ir hoy a la agencia, decide acompañar a Pedro al chalet donde él tiene el estudio con su banda. Tocar con él. Sabe que hoy Pedro no ha quedado con el grupo.

Desde la cama escribe un mensaje a la jefa de administración de la agencia narrando que se encuentra enferma, que ha vomitado toda la noche, que necesita reponerse en cama.

Pasa el día con Pedro en el estudio de la banda, en el chalet. Están solos. Se divierten, cambian de instrumento, prueban ritmos distintos y nuevos efectos, ella se sienta a la batería. Se graban. Ponen música de otros grupos. Bailan. Se olvidan de comer y de madrugada están exhaustos.

A la mañana siguiente, le mira dormir. Quiere darle un beso y decirle que ya son las nueve, que vayan juntos a desayunar por ahí, que es sábado. Entonces suena el móvil de Pedro y él sale deprisa hacia una reunión con el grupo.

Paula regresa al piso de Madrazo. Por el camino, mientras pasea, contempla en el cielo las nubes con los bordes dorados, los rayos del sol reproducen una luz como milagrosa mientras se cuelan entre la nubosidad. Entonces ve caer lentamente la hoja grande de un platanero frente a ella. Contempla ese instante; la brisa sosteniendo la hoja en el vacío mientras el sol la hace brillar y la torna cobriza y luego marrón, amarilla, parece bailar en el aire. Siente que la vida está llena de belleza y se repite para sus adentros esa frase de Proust, recordándola tal y como la leyó en La Prisionera, el segundo libro que llegó a sus manos del escritor, hace unos meses. *El único viaje verdadero, el único baño de juventud, no sería ir hacia nuevos paisajes, sino tener otros ojos, ver el universo con los ojos de otro, de otros cien, ver los cien universos que cada uno de ellos ve, que cada uno de ellos es.*

Cuando llega al piso de Madrazo, va a ducharse. Después se queda de pie frente a la terraza. El pelo mojado le cae por la espalda.

Su madre llama por teléfono.

—Cariño. ¿Estás en casa? Te aviso de que en media hora te haré una visita. ¿Te parece bien que te avise con media hora de antelación? —Su voz es cariñosa, condescendiente y divertida, como si la petición de Paula de avisar antes de ir a verla, fuera algo solamente esnob.

Al verla llegar, Paula tiene ganas de contarle todo esto que nunca antes había logrado experimentar. Todo este amor.

Abraza a su madre en la entrada. Paula, que nunca abraza a nadie, aprieta su cuerpo y nota su calor. Aspira su aroma. Respira hondo.

Alizée parece de verdad sorprendida.

—Hija, ¿y ese abrazo?

Luego le explica en la cocina que ha venido para decirle que durante una temporada no hace falta que siga pagándole el alquiler del piso, que quiere hacerle ese favor.

Paula se pone rígida y antes de meditar siquiera el ofrecimiento, dice.

—No. Seguiré pagándote —no explica la razón de su negativa, solo piensa que no quiere deberle nada a su madre, solo repite un escueto—, no.

—Hija. No seas tonta, aprovéchate de tu madre ahora que puedes —responde Alizée y acto seguido adopta ese tono grave y solemne al que recurre a veces—. Paula, sé que eres una mujer responsable y honesta. Sé que serías capaz de trabajar limpiando alcantarillas para pagarme el alquiler, pero me apetece ayudarte y deberías aceptar mi ayuda.

La hija está habituada a ese tono condescendiente o solemne que la hace sentir justo así; que debe ser responsable y honesta, hacer lo que sea para estar a la altura de lo que Alizée espera de ella. Y mientras escucha su ofrecimiento, tampoco puede evitar preguntarse si eso no será solo una trampa.

El hecho de desconfiar de su madre en ocasiones no le resulta extraño, sabe que a veces debe tener cuidado con Alizée, igual que en otros momentos su madre le parece la mejor madre del mundo. Por eso Paula intenta solo dilucidar cada vez cuál es la manera más eficaz de salir adelante en esas situaciones con Alizée. Por eso, si Alizée le ofrece algo como en este momento le está ofreciendo dejar de pagarle el alquiler, Paula se niega; porque normalmente sus palabras no son tan transparentes, a menudo hay algo detrás de su generosidad o de su bondad, y prefiere meditar antes de aceptar lo que la madre le proponga cada vez.

Todo resulta tan artificial, y sin embargo Paula está acostumbrada a actuar de este modo y casi nunca es consciente de la falta de simplicidad en su trato con Alizée, simplemente sucede de este modo de la misma manera que la lluvia moja.

Después de un rato, de la insistencia de la madre y de que Paula haya tenido tiempo para pensar en que quizá Alizée está intentando hacer las paces con ella, que la perdone por el pasado, por los momentos difíciles entre las dos, finalmente accede.

—Me alegro, hija. A partir de ahora solo pagarás el IBI, el seguro de hogar y la comunidad, así vivirás un poco más desahogada. Eso sí, no le digas nada de esto a Gabriel.

Entonces le cuenta que Sandra ha roto su relación con Samu y mañana regresa a España.

Y más tarde, antes de despedirse, dice.

—Hija, me gustaría que algún día volviéramos a vivir las dos juntas. Yo no sé si voy a seguir con Gabriel mucho más tiempo.

Paula levanta absorta la cabeza.

—Cariño —continúa Alizée—, quizá algún día me divorcie.

—Claro que no vamos a volver a vivir juntas, mamá.

Alizée insiste.

—Piénsalo, mi vida.

—¿Qué piense el qué, mamá?

—¡Eso! Que quizá podríamos vivir de nuevo juntas.

—Eso es imposible. ¿Es que no te acuerdas de lo mal que nos llevábamos?

MÚSICA

Cuando, semanas después, el director general de la agencia hace pasar a Paula a su despacho y le dice que van a prescindir de su puesto, que no andan bien económicamente, a Paula le embarga una sensación de alivio que hace lo posible por ocultar delante del hombre.

Por la tarde, Pedro llega a buscarla en metro. La espera en la esquina de la calle Orense con Hernani. Es un caluroso día de finales de verano, sin una sola nube en el cielo. Vuelven a tomar el metro y llegan hasta una cantina mexicana que Paula conoce en Malasaña. Es el barrio donde se encuentra el piso de Natalia, donde vive él ahora.

Toman margaritas y cenan fajitas con pollo al mole bajo las luces de colores del local pequeño. Ella le habla de literatura, de canciones, del futuro que le gusta imaginar.

—Quiero seguir haciendo música, tomármelo en serio —le dice.

Le cuenta que se alegra de que la hayan despedido, que lamenta que a la agencia no le vaya bien pero ahora tendrá al fin tiempo para dedicarse a lo que desea, la música. También le dice que no habría sido capaz de dejar su trabajo *motu proprio*.

Pedro habla de su banda y de un contrabajo nuevo que le han prestado.

Se contemplan bajo las luces del local, o más bien ella le contempla y él lo hace a ratos con gran intensidad y en otros momentos la esquiva.

—Me cuesta mirar a los ojos —dice él.

Está sonando una ranchera.

—Te cuesta a veces solamente.

—Me pasa incluso contigo, Paula. Cuando sé que debo mirar a la cara a la persona que me habla, siento vértigo, como si los ojos ajenos me quemaran. Porque no entiendo el significado de las miradas, ni sé descifrarlas. Es una puta mierda. Es todo el tiempo ansiedad.

—Hay otras maneras de entender a las personas. En realidad todos somos bastante parecidos.

Coge la mano de él por encima de la mesa y Pedro se aparta incómodo, evasivo.

—No —dice—, yo no. Además, no lo has entendido.

¿Ha sido condescendiente con él? A veces, tiene la sensación de que es precisamente la fragilidad de Pedro, lo que la hace sentirse a ella más fuerte, más capaz, más vital. Ahora, ella es la extrovertida de la pareja, la segura, la alegre.

Entonces recapacita si eso la convierte en una persona egoísta, ¿le prefiere en realidad así, necesitado, frágil, Asperger? No lo sabe. Cuando se enamoró de Pedro no conocía todas esas cosas de él.

Entonces, se pregunta por qué tiene que cuestionarse a sí misma a cada rato.

Se ha tumbado sobre el edredón, vestida, descalza, y está contemplando el anochecer por el ventanal, el cambio de luz en el horizonte, las nubes tintadas, violetas y rosas, la transformación constante del cielo. Los cielos de Madrid le parecen los más bonitos que ha conocido. Tiene en la mano el papel con los números de teléfono que acaba de apuntar, ha pasado unos días consultando en internet varias webs de escuelas de música.

—Mañana llamaré —se dice.

Al día siguiente telefonea a varias escuelas. Pregunta precios, horarios, metodologías. Sale de casa. Ya ha elegido dónde quiere estudiar y se monta en el metro hacia la escuela. Allí le dicen que debe hacer una prueba y también le hablan de una posible beca.

Transcurren varias semanas.

Ha superado la prueba de nivel de tercer grado profesional de conservatorio, y cada noche se duerme pensando en lo que mejor la hace sentir; ahora asiste a clases de música, Pedro le ha prestado un teclado fabuloso y además puede practicar a menudo en el chalet abandonado que alberga un piano de cola, el mismo lugar donde hasta hace poco ensayaba el grupo de Pedro. Ahora la banda ensaya en el centro de Madrid.

Una noche, en casa, va a sentarse al teclado, se pone los auriculares y comienza a ensayar una pieza compleja de Liszt, luego un Nocturno y una Mazurka de Chopin. Tarda mucho tiempo en volver a dormirse pero ha sido increíble, se ha olvidado de todo mientras practicaba. Ha repetido una y otra vez las partes que se le enredaban hasta que sus dedos se han vuelto ligeros y se ha dejado llevar.

Se siente feliz, le parece que jamás se había encontrado tan bien como en los últimos tiempos y cree que al fin todo empieza a encarrilarse, que ahora tiene las oportunidades que se merece; con la

música, con Pedro. Y la imagen de su madre ya no la asfixia, su presencia no resulta amenazante, y, cuando habla con ella o cuando piensa en ella, de verdad que empieza a creer que siempre la ha malinterpretado, que su madre es solo una mujer herida, buena. Que ella, Paula, no la entendió. Que todo irá a mejor ahora que está tomando las riendas. No imagina ni por un segundo que pronto la existencia se va a convertir en otra cosa, en algo atroz. No imagina ni por un instante que algo como eso pueda suceder.

Por la mañana, la luz que entra por la ventana la despierta. Va a por el teléfono pero no encuentra más mensajes de Pedro. Cuando le llama, él dice con esa voz somnolienta que está durmiendo, que hablarán más tarde.

Pedro ha decidido volver a casa de sus padres, aunque aún pasará unos días en el piso de Natalia.

La razón de la mudanza, según le ha dicho él, es que realizó mal la transferencia del alquiler del piso de Natalia, por los tres meses que llevaba viviendo allí, y Natalia le ha pedido que se vaya.

—¿Pero es que no le habías enviado nada a Natalia hasta ahora? —le dijo Paula días atrás al enterarse.

—No me habían ingresado el dinero por los derechos de autor, y cuando la discográfica al fin me pagó, fui al banco y le di el número de cuenta de Natalia a la cajera. Debí dárselo mal, algún número bailó y el dinero se ha perdido.

—¿Cómo que se ha perdido? ¿No puedes volver a la sucursal y explicar eso?

—En el banco no van a ayudarme.

—Puedo ir contigo, hablar yo con ellos.

Se ha acostumbrado a ser la voz de Pedro en la calle, en el supermercado, en los bares, con los conocidos. No es que él se lo pida o espere que eso suceda así, sino que ella se adelanta a él. Y en esa ocasión quería ser su voz en el banco, pero él se negó y dijo que lo arreglaría solo.

Han pasado días en los que ninguno de los dos volvió a sacar el tema y cuando le visita de nuevo en el piso de Natalia, antes de que él se mude a casa de los padres, cuando le pregunta otra vez si ha ido al banco, él dice que no ha podido resolverlo.

—¿Pero has ido o no?

—Fui y me han dicho que no podían hacer nada. Y Natalia me ha pedido que me vaya ya del piso.

—¿En serio? ¿Qué sucede, no te cree?

—Creo que no.

—Qué injusto.

Él la mira y dice.

—Bueno, Natalia no tiene mucho dinero allí y supongo que contaba con eso. Si no, quizá no pueda seguir manteniendo este piso.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar en Perú?

—Por ahora no tiene intención de volver a España, creo que ha encontrado trabajo en una ONG. De todas formas, yo ya he decidido volver a mi casa.

Después de la conversación, ella se queda pensando en esa historia de la confusión en el banco. Le parece un poco extraña, quizá él solo busca una excusa para volver a vivir con sus padres. Quizá eso es todo lo que él quiere; volver a casa, ser un niño, no tener una vida con ella.

Al cabo de unos días, por la noche, él dice.

—No sé si alguna vez he sentido una emoción que perdure en el tiempo. Solo arrebatos de alegría o de tristeza, o ansiedad. Y la sensación de estar casi siempre anestesiado.

Paula le mira y entonces suena su móvil y es Alizée.

Su voz sale animada del auricular. Le cuenta que Gabriel y ella les invitan a cenar el viernes en cierto restaurante.

—¿Te refieres a Pedro y a mí con vosotros? —repite la hija.

—A no ser que te hayas echado otro novio. En ese caso puedes traer al nuevo.

—Mamá.

—Os llevaremos al mejor restaurante de Madrid.

—No sé si Pedro podrá. Está muy ocupado.

—No digas tonterías, hija. Ya he reservado para el viernes por la noche. Conozco al *maitre* y nos ha hecho un hueco. El restaurante estaba completo.

PEQUEÑAS GRANDES LUCHAS

Respecto a la economía, desde la adolescencia estabas acostumbrada a pasarte la vida sobreviviendo, buscando la manera de salir a flote. Como la mayoría del mundo.

La lucha, continuada en el tiempo, se convierte en normalidad. No se piensa más allá. Se sale adelante como sea, currando en negro, buscando varios trabajos a la vez, como hiciste desde los dieciocho hasta que encontraste aquel empleo como recepcionista en la agencia de publicidad de la calle Orense. Y, cuando eres joven, no te falta trabajo mal pagado ni empresarios o empresarias cuarentones deseosos de aprovecharse de tu chispa, de tu juventud, de tu inocencia y tu disposición por un sueldo mínimo. Pero cuando comenzaste a estudiar en la escuela de música, sentiste por primera vez que estabas donde tenías que estar.

De niña y de adolescente tu madre nunca se preocupó por tus estudios, aunque a veces le enfadaran tus malas notas. Tampoco por que más adelante fueras a la universidad, pero a ti su indiferencia respecto a tu futuro, no te extrañaba (ni siquiera lo percibías como "indiferencia") porque Alizée se había hecho a sí misma y suponías que ella esperaba lo mismo de ti. Además, no te gustaba estudiar. Vivías durante aquella época en un estado permanente de inestabilidad y niebla y tu mente no podía concentrarse en nada.

Ahora piensas que lo mejor que pudiste hacer de cría fue interesarte por la música. Por hacer algo creativo. Podría haberte dado por pintar, por convertirte en escultora, en novelista, en fotógrafa. Eso también te habría podido servir, pero a ti te seducían las melodías, desde pequeña. Y ahora, mientras das un paseo para despejarte y tomar el aire, vuelves a pensar en la música.

En los días malos se te ocurre que las personas somos solo impredecibles pasajeros, egoístas, dolorosos, impostores. La música sin embargo es eterna y es comprensible, los humanos no lo somos pero la música sí lo es.

Nunca imaginaste, cuando empezaste a tocar el piano, que te daría tanta satisfacción durante toda tu vida. Que sería tan valioso y necesario para ti.

Es importante tener algo como eso, es un tesoro. Todo el mundo debe

alimentar el suyo.

LOS BUENOS SE IBAN

Pasas unos días lejos de la escritura. Has buscado excusas para hacer cualquier otra cosa en lugar de abrir el ordenador. Y te ha sentado bien alejarte.

Pero no puedes terminar de desconectar. Entonces, empiezas a pensar que, cuando eras una niña, no tenías apenas amigas, tu madre era tu mejor amiga. Hasta los trece fuiste a un colegio católico femenino, y tu existencia se reducía a las clases en la escuela estricta y regresar por la tarde a casa. Te acercaba la madre de una compañera al portal y el portero te acompañaba en el ascensor hasta que abrías la puerta de casa. Leer, jugar sola, y esperar a que mamá regresara del trabajo. No salías a la calle porque vivías en el centro de Madrid y en tu barrio los niños no jugaban en las aceras ni solos en las plazas ni en los parques. Estabas siempre en casa, a veces en casa con tu abuela, cuando venía de la residencia a pasar unas semanas con vosotras, y la mayoría de las veces sola. Tenías algunas compañeras de clase a las que de vez en cuando invitabas al piso y entonces se te ocurrían miles de juegos; descubrir la pócima limpiadora más eficaz del mundo, espiar a los vecinos en la escalera con tu vecina dos años menor, inventar un idioma nuevo solo para ti y tu vecina; os escribíais notas en ese lenguaje de símbolos rocambolescos que habías ideado y las dejabais cada tarde debajo del felpudo de la otra. Esas eran tus aficiones entonces, esa era tu vida cuando mamá no estaba delante y tú eras pequeña. Luego, cuando Alizée llegaba a casa del trabajo corrías a abrazarla, requerías su atención continuamente, la adorabas hasta el punto en que alguna vez le dijiste que de mayor querías casarte con ella. Tal era el grado de admiración y amor que mamá producía en tu personita. La creías y la admirabas hasta el infinito. En esa época solo la tenías a ella, tu madre se había encargado de que no tuvieras otros lazos, y tú tampoco sentías que necesitaras más, aunque te dejara sola en casa durante tantas horas, tú nunca te enfadabas con ella porque te dejara sola a veces los sábados o los domingos, tú la querías de un modo en el que no era posible juzgarla desde fuera, tú aceptabas lo que viniera de ella, lo bueno y lo malo. Todo estaba bien para ti.

A los catorce, tu vida se abrió a nuevos horizontes, habías salido del estricto colegio católico y aterrizado en un instituto público, mixto y laico.

En el instituto sentiste por primera vez que tenías una vida propia. A partir de entonces, tu mundo ya no se reducía solo a mamá, pero ella no soportaba eso, que desearas intimidad, que tuvieras amistades, que escucharas opiniones ajenas a las suyas, diferentes, que hicieras caso a nuevas ideas o tuvieras las tuyas propias. Mamá era muy controladora, pero también era generosa y buena otras veces, contigo y con tus nuevas amigas, las hechizaba.

Y tú, cuando se enfadaba contigo, intentabas comprender esos enojos porque necesitabas adaptarte para sobrevivir. Recuerdas la necesidad de sosiego que te embargaba a veces, el anhelo de un hogar más tranquilo. Aunque es cierto que te habías acostumbrado a la montaña rusa que era tu vida y de la que no podías escapar, quizá ni siquiera querías escapar.

La gente a menudo te aburría, tu madre nunca. Te habías acostumbrado al desasosiego, al drama incomprensible, a la tragedia, a la emoción, a las peleas, a la tortura, a que te llamara loca, a que te dejara en ridículo.

Había incluso gente que decía envidiar la relación que teníais tu madre y tú. Claro, ellos solo veían una parte de Alizée, una parte de vuestra relación. Como Mariló, la mejor amiga que tuvo tu madre durante una década. Mariló os admiraba. Alizée la conoció cuando se separó de tu padre, a los treinta. Mariló era unos ocho años menor que tu madre. Una chica joven e inocente que acababa de llegar a Madrid. Ella fue la única amiga íntima que le recuerdas a Alizée y durante los primeros años de amistad admiraba profundamente a tu madre.

Un día, Mariló desapareció de vuestra vida y, al tiempo, cuando Alizée te echó de casa a los dieciocho, Mariló se enteró de que ya no vivías con Alizée, te encontró y te dijo que contaras con ella para lo que necesitaras. No te habló de tu madre pero se mostraba verdaderamente afectuosa y compasiva contigo. Te llevó a su casa. Sin embargo, tú te habías vuelto muy tímida, recuerdas que casi no podías ni hablar con ella, que la mujer tenía que sacarte las palabras con sacacorchos, que querías irte, coger fuerzas a solas. Te dio varias bolsas con comida. Nunca la llamaste.

Quizá Mariló se había dado cuenta de cómo era tu madre, y por eso dejaron de ser amigas. Quizá Mariló quiso decirte aquel día algo pero, ¿qué podía hacer ella?

El mejor amigo que tuvo tu madre cuando eras pequeña, Pepe Caballero, estuvo en vuestra vida un par de años. Un día también él desapareció y al poco tiempo tu madre te dijo.

—Me ha pasado algo increíble, Paula, me he encontrado por la calle con Pepe y ha salido despavorido. Creo que tiene problemas mentales, estaba ido completamente, ¡se le ha ido la cabeza! Si algún día te encuentras con él, no le hagas caso, no te acerques a él ni le escuches, se ha vuelto loco, me da miedo, vete corriendo.

Y, aunque tú te quedaste extrañada al escuchar aquello sobre Pepe, no le diste más vueltas.

Sin embargo, ahora, lo que te preguntas es por qué saldría Pepe despavorido al ver a tu madre. ¿Por qué no quería ella que, si algún día te lo encontrabas, te pararas a hablar con él? ¿Qué podría contarte Pepe que tu madre no quería que supieras?

En otra ocasión, a los diez u once años, tu madre ya salía con Antonio, su primera pareja tras separarse de tu padre, o la primera que tú conociste. Y, aunque no solías irte de vacaciones con ella, aquel año os marchasteis los tres unos días a la playa, a un pueblo cerca de Alicante. Normalmente, durante los meses de verano, tú te encontrabas de campamento, enlazabas uno con otro, tu madre tenía algún enchufe que te colaba en todos. Esas eran tus vacaciones de verano porque mamá trabajaba. Aquel año sin embargo estabas muy contenta porque te ibas a ir con ella y con Antonio unos días a la playa de vacaciones. Sin embargo, poco después de llegar al apartamento que habíais alquilado, te pusiste enferma. No hacías más que vomitar y sentías la cabeza a punto de explotar. Antonio te hacía masajes en las sienes, eso lo recuerdas. Resulta que, según mamá te contó años después, hubo unas remesas de latas de espárragos en mal estado y murió gente por botulismo en aquella época. Alizée te lo contó al cabo de los años y solo mucho tiempo después te preguntaste, por qué, si estabas tan enferma como te encontrabas, ella no te había llevado al médico, a urgencias.

Hace ocho años, cuando pudiste contarle a Antonio, a quien consideras tu familia incluso ahora que ya no está, cuando pudiste contarle lo que habías descubierto, poco antes del horror, él te miró y te dijo.

—Yo ya sabía que ella era así, Paula, me di cuenta hace pocos años, después de mucho tiempo. Pero no me habrías creído. Solo podía estar ahí por si me necesitabas.

Se te saltaron las lágrimas, estabais en un restaurante japonés, lo recuerdas perfectamente, y aquella fue la última vez que viste a Antonio, murió poco después de un infarto. Su muerte fue tan inesperada, fue un tiempo terrible, los buenos se iban, los malos se quedaban.

Un día, cuando tenías veinte años, tu amiga Sofía te dijo en Berlín.

—Tu madre es un poco rara.

La miraste confusa, desconfiada, a la defensiva. Habrías defendido a tu madre ante cualquiera. ¿Por qué sentías esa adoración por ella a pesar de todo lo que sucedía entre vosotras? Quizá porque existían también otros momentos maravillosos en los que te parecía la mejor persona y la más buena, y porque erais un equipo, teníais complicidad y se preocupaba por ti como nadie más lo hacía.

—¿A qué viene eso? —Te quejaste a tu amiga.

—Paula, todavía me acuerdo de cuando a los dieciséis años te habías tomado tu primera cerveza —dijo—, y volviste a casa y yo volví contigo porque esa noche me quedaba a dormir en tu casa, y antes de entrar me dijiste: "le decimos a mi madre que me encuentro un poco mal por el calor". No estabas tan borracha, Paula, no estabas tan borracha, habían sido unos tragos a la cerveza, pero ella te vio y tú le soltaste lo del calor y te agarró del brazo, te metió en la bañera, abrió el grifo de la ducha, y comenzó a zarandearte y a abofetearte mientras te ibas empapando, vestida y todo, y yo te miraba embobada desde la puerta del baño.

Escuchaste su relato, lo que Sofía te estaba contando, y pensaste que tú nunca le habías dado importancia a aquello. Ni siquiera habías vuelto a recordarlo hasta que tu amiga te lo contó al cabo de los años. Ni siquiera puedes acordarte bien de lo que sucedió. Para Sofía fue algo tremendo, ella nunca lo olvidó. Parecía que le hubiera sucedido a ella, en lugar de a ti.

Hay tantos momentos que no recuerdas, porque en su día te parecieron instantes cotidianos y normales y solo cuando alguien te los mencionaba regresaban a tu memoria pero de un modo confuso y difícil de interpretar.

EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO

Hace poco leíste un libro de Viktor Frankl, titulado El hombre en busca de sentido, y en él, el autor, que sobrevivió a los campos de concentración de Dachau y Auschwitz, narraba las diferentes fases por las que transita el ser humano cuando se encuentra atrapado en un entorno de barbarie colectiva como aquel. Una de esas fases, es la de la apatía o la anestesia. En cierto momento narra cómo a uno de sus colegas, al morir en el barracón donde duermen hacinados, sus compañeros le despojaron de los zapatos y el cinturón y después un miembro de las S.S. se lo llevó a rastras por el suelo mientras el cuerpo escuálido y sin vida de su amigo iba chocando contra las maderas y los escalones como si fuera un saco.

Viktor Frankl no sintió nada al ver aquello, a su amigo muerto chocando contra las maderas y los escalones. De hecho, en aquel momento ni siquiera le dio importancia a esa escena.

Ya se había apoderado de él la anestesia.

Días atrás, estando en una reunión en casa de unos viejos amigos, les comentas que estás escribiendo sobre lo Imposible, sobre lo que sucedió hace siete años, y que quizá algún día lo publiques. Entonces, la novia de uno de ellos, una chica a quien apenas conoces, te mira perpleja y dice.

—Me parece fatal. Ahora que al fin se puede hablar de la violencia de género, de la violencia contra la mujer, tú vas a hablar de la violencia que ejerce una mujer, ¿es que acaso eres de Vox?

Vox es el único partido político en tu país que no contempla la violencia de género como un problema real, como un tipo específico de violencia, como una lacra social y un efecto del patriarcado y del machismo. Es un partido de extrema derecha y a ti la ultraderecha te hiela la sangre.

La miras confusa. Claro que contemplas la violencia de género como un problema real y terrible. Claro que sabes que mayormente la violencia física —y a menudo también la psicológica— va dirigida del hombre hacia la mujer. Claro que sabes que muchas relaciones se basan en el ejercicio de poder entre desiguales —el hombre dominador y la mujer dominada— en

el ámbito de la pareja y de la familia, aunque también de otros modos en el ámbito laboral y social. Claro que hay que luchar, que solo estamos avanzando mínimamente, que tenemos que seguir adquiriendo conciencia.

Sabes que si publicas este libro habrá gente que se te echará encima con los mismos argumentos. Pero también comprendes que ahora que se empieza a tener conciencia, a contemplar que las mujeres tenemos los mismos derechos que los hombres, las mismas necesidades, también es justo que se contemple que no estamos exentas de la capacidad de ser duras, injustas, maltratadoras o incluso sádicas. Y que es justo que se vea el problema global, no solo una parte del problema.

¿Por qué no podemos aceptar que no somos solo buenas, devotas, honradas y cuidadoras?

La novia de tu amigo te mira indignada y, a ti, su comentario te parece de algún modo hipócrita, pero también es verdad que ella no ha vivido lo que tú.

CAMINOS AL PARAÍSO

Has encontrado un título para el libro. Todos los caminos al paraíso. Algo que no parabas de buscar, ese paraíso que a veces parecía quedar tan cerca. Ese edén a punto de ser conquistado, pero que siempre se escapaba antes de llegar a alcanzarlo.

Ahora entiendes que la vida no trata de buscar el paraíso, sino de renunciar de algún modo a él, a ese edén que nos ciega y que solo es un espejismo. La vida ni siquiera es hermosa si te atreves a vivirla. La vida trata de meter la mano en el fuego y conseguir tú las castañas cada día. Quema. Pero quema menos que esperar que otros las saquen por ti.

CUATRO DÍAS

La entrada de la finca, en una zona de urbanizaciones de lujo al noroeste de Madrid, se encuentra decorada con antorchas por todo el camino hasta el vestíbulo. Es una noche templada de otoño. En el interior un *maitre* les acompaña a la mesa. Alizée y Gabriel van impecablemente vestidos, Pedro lleva vaqueros, una camisa negra y esa corbata estrecha, plateada, que usa en algunos conciertos.

Paula se ha puesto un vestido de Armani que le regaló su madre el año anterior. En realidad no quería arreglarse demasiado pero en el último momento sacó del armario ese vestido porque a veces todavía le reconforta hacer lo que su madre espera de ella.

En la mesa, el camarero les ofrece el menú degustación y todos asienten. Después, Paula se apunta a la botella de Vega Sicilia que ordena Alizée.

—Pedro. Tú también quieres vino, ¿verdad? —dice la madre.

—Prefiero coca cola —responde él entre dientes.

Todos le miran.

—Soy un adicto a la coca cola —añade.

—Hemos pedido un buen vino, Pedro. Te aconsejo que lo pruebes —insiste Alizée.

—No quiero colocarme y comenzar a soltar tonterías —repone él riendo.

Paula le da una patada por debajo de la mesa.

—¡Ay! Paula.

—¿Qué ocurre? —pregunta la madre.

—Me ha dado una patada sin querer pero me ha dado en la espinilla.

Paula cierra los ojos.

Alizée sigue mirándole.

—¿Qué te parece este sitio, Pedro?

Gabriel, aunque es un hombre hablador, aún no ha abierto la boca.

Pedro contempla alrededor.

—Bueno, no es el tipo de lugares que yo frecuentaría, pero me gustan las estatuas del jardín.

Paula nota cómo se contraen sus cervicales. Se toca los hombros.

Siente la tensión en el centro de la mesa como si fuera una bola de fuego a punto de explotar entre las copas, las hortensias blancas y las francesillas de color rosa.

—Es uno de los mejores restaurantes de la ciudad, Pedro. Había pensado que aquí podríamos tener una velada agradable. Me apetecía mucho pasar un rato contigo, conocernos mejor —posa su mano en el brazo de él, que da un respingo y enseguida se aparta.

Paula dice.

—Gracias por invitarnos, mamá, por traernos a este lugar. Es muy agradable.

Pedro la mira como extrañado de que Paula le hable a su madre de ese modo, como a una desconocida a la que necesita agradar.

Paula también es consciente de su propia actitud, de la artificialidad en sus ademanes cuando Alizée está delante, pero no puede evitar actuar de ese modo.

Los grupos en las otras mesas charlan en susurros.

Por las cristaleras asoman las estatuas de mármol entre los arbustos y los árboles frutales. También hay pequeñas esculturas de animales hechas con plantas y fibra de vidrio.

—Dinos, Pedro, ¿A qué te dedicas realmente? Paula nos ha dicho que eres músico.

—Sí, soy músico y compositor. Además, a veces hago de productor musical para algunas bandas amateurs que me gustan, como *hobby*.

Le sale esa voz grave y forzada que Paula ha oído otras veces, cuando están con gente.

—Sí, eso ya nos lo ha contado mi hija. ¿Pero puedes vivir de la música?

—Bueno, mientras no encuentre a una mujer millonaria que me mantenga, sobrevivo con los derechos de autor y con las actuaciones.

Paula piensa que se le da fatal cuando intenta parecer un tipo normal que bromea, porque entonces solo parece un cliché. Se incorpora en el asiento y no puede evitar imaginar las barbaridades que debe estar pensando su madre acerca de Pedro.

Alizée sigue haciendo preguntas.

Él responde con monosílabos. A veces se revuelve en su sitio y en otras ocasiones responde con frases que no tienen nada que ver.

Se lo está comiendo con patatas. Piensa Paula.

—Mamá, voy al baño. ¿Me acompañas?

Madre e hija se levantan y no median más palabra hasta llegar a

los lavabos. Miran a la mujer de uniforme y cofia que está sentada en la entrada.

—Deja de atosigar a Pedro.

—¿Atosigarle? ¿Yo? Pero, bueno ¿Es que no se puede tener una conversación normal con este chico? —Se detiene. Mira a su hija con fijeza—. Este tipejo, si me lo permites, Paula, aunque sé que nunca te dejas aconsejar por tu madre, este chico es tonto. Le falta un hervor.

—Mamá.

—Le estamos invitando a cenar en un sitio maravilloso. ¿Por qué siempre te buscas hombres tan estúpidos?

—Basta.

—¿Dónde tienes la cabeza? ¿Tan bien se lo monta en la cama? ¿Es que no te das cuenta de que es solo un niñato? Tiene mentalidad de crío, por Dios.

—Yo me siento bien con él. Con Pedro puedo ser yo misma.

—¿Tú misma? ¿Pero qué narices dices? El chico es guapo, eso te lo admito, pero de ahí a tener una relación con él.

Paula aprieta las mandíbulas.

—Pedro es la única persona sincera que conozco. No es un manipulador.

—A veces la gente no manipula porque no sabe cómo, Paula, no porque no quiera hacerlo. Todos queremos que los demás hagan lo que deseamos, no seas hipócrita.

—Todos no. Hay gente que se relaciona de otra manera.

—¡Porque no saben cómo! Paula, ¡porque no dan para más! Qué ingenua eres.

Alizée mira a la mujer con la cofia y las toallas que hace como si no estuvieran allí, y prosigue.

—Hija. Todo lo que te digo, te lo digo por tu bien. Te empeñas en salir con hombres que…

—¿Realmente, madre, en qué te basas tú para calificar la valía de una persona?

No espera una respuesta, se da la vuelta y sale de los aseos. Está rabiosa. Apenas vuelve a hablar durante la cena, Pedro tampoco. Ninguno se decide a pedir un postre y se marchan temprano del restaurante. Esperan al aparcacoches que les devuelve el BMW de Gabriel. Paula se cruza de brazos en el asiento de atrás y no vuelve a mirar a Pedro.

Contempla las luces de la carretera, las señales de desvíos, los coches a los que adelantan. El horizonte es una hilera de luces

diminutas. Le parece una guirnalda decorativa.

Por los altavoces suena una recopilación de boleros mientras Alizée le habla a Gabriel de los planes para mañana.

Pedro acaricia el brazo de Paula, que gira la cabeza al sentirle y le observa un instante con una mirada que probablemente él no sepa cómo interpretar pero que está llena de aprehensión, retira el brazo y vuelve a contemplar el paisaje por la ventanilla.

En la entrada de la calle Madrazo, se despiden de Alizée y Gabriel con besos y sacudidas de mano, sorteando los asientos del coche.

Suben al piso. Paula se quita las sandalias y camina atropelladamente hacia el interior.

—¿Quieres que me quede? —dice él.

—Haz lo que quieras.

—¿Qué pasa?

—¡Déjame!

—Pero, ¿qué he hecho, Paula?

—Te has portado como un idiota.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? Explícamelo.

Ella se encuentra en el umbral del baño y él a dos metros de distancia, en el pasillo, y no le odia más a él de lo que se odia a sí misma. Si habla, será su madre la que hable por ella pero, si no habla, acabará explotando por dentro.

—Me voy —dice él.

Paula le mira sin lograr pronunciar más palabra.

—No entiendo nada, Paula.

Ella se da la vuelta, apoya las manos sobre el lavabo, se mira al espejo y ve en él a su madre, el mismo gesto, la misma mirada de Alizée. Escucha los pasos de Pedro alejándose y el golpe seco de la puerta.

Se deja caer boca arriba sobre la cama como si cayera de un décimo piso.

Cuatro días es todo lo que puede soportar sin una reconciliación con Pedro.

Cuatro.

El quinto va a verle. Le pide perdón en el dúplex de sus padres. Le dice que no volverá a hablarle de esa manera, a avergonzarse de él.

—¿Es que te habías avergonzado de mí?

Paula no responde. Se encuentra exhausta, como si hubiera recibido una paliza.

—Eso que te ocurre con tu madre es un gran problema —

continúa él.

Después, Pedro se esconde durante días en su estudio y en la casa de sus padres, donde ya se ha instalado. Los padres de él se encuentran fuera a menudo. Paula le llama. Va a visitarle. Le mira, le habla, espera que él vuelva a contemplarla como antes. Hasta que ve de nuevo su mirada honda y entonces le abraza, aprieta los ojos, se seca el rostro con la mano y al fin logra dormir.

Días después, está en sola casa, en el piso de la calle Madrazo, escuchando las versiones de Glen Gloud de Las Variaciones Goldberg, de Bach. El músico de Toronto ya fallecido, fue diagnosticado con el síndrome de Asperger. A veces, Paula se queda mirando los videos de sus actuaciones, buscando similitudes entre ese músico y Pedro, pero lo único que percibe es un cierto aire extravagante en ambos.

También ha leído dos biografías de Gloud. Sin embargo, lo que sí la ha llevado a comprender mejor el síndrome ha sido leer los testimonios de otros Asperger en internet, de gente anónima. Todo lo que ha investigado o consultado, la ha clarificado en algunos aspectos y del mismo modo le ha dejado nuevas incógnitas, pero ahora cree entenderle mejor.

—Llevo un tiempo leyendo sobre el síndrome de Asperger —le dice una tarde en la cama.

Él la mira en silencio.

Paula prosigue.

—Creo que ahora te comprendo mejor, creo que en ocasiones te he malinterpretado.

Más tarde, mucho más tarde, Pedro dice.

—Nunca dejas de sorprenderme, Paula.

Por el cristal sube la luz quemada de las farolas. Ilumina sus semblantes en la habitación.

—¿Por qué? ¿Por qué te sorprendo?

—A veces me amas así y otras parece que no sientes nada.

Ella nota una punzada en el estómago y enseguida le pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Has estado leyendo sobre el Asperger, nadie había hecho eso por mí.

—¿Y te extraña? ¿Qué dices? Yo siempre te quiero.

Durante los siguientes meses, Paula practica tantas partituras como puede. Va al chalet abandonado a tocar, donde Pedro y su banda ensayaban antes, la herencia de uno de los del grupo, que sigue

inhabitado. Ahora la banda tiene un estudio nuevo en la ciudad y ya no utiliza este lugar, así que Paula pasa los días tocando el piano de cola en el chalet vacío, rodeada de vigas y muebles viejos cubiertos con sábanas. Nunca baja al sótano donde antes componía el grupo, prefiere el salón principal y allí han subido el piano y han vuelto a afinarlo.

La luz azul, o sepia, dependiendo de la posición del sol en el cielo, entra por las cristaleras altas, tras los barrotes y entre las vigas metálicas que sujetan el tejado deteriorado. También pasea por los alrededores. Practica al piano continuamente. Sale de las librerías con tres o cuatro libros, saca de la biblioteca municipal, estudios sobre música y partituras. Da largos paseos. Vuelve a sentarse frente al instrumento.

Pedro ensaya con el grupo en el nuevo local en el centro de Madrid y después se encierra en el piso de sus padres.

Paula siente que la mujer que ha sido durante toda su vida, está desapareciendo, se deshace, y resurge otra más confiada, más abierta, aunque ahora se encuentra desnuda y a veces hace frío, o tanto calor, demasiadas emociones nuevas y desconocidas, incontrolables.

LLEGANDO AL FINAL

Aquí te detienes. La historia está llegando a su fin. Poco después sucedió lo inimaginable, lo que nunca se sospecha ni se comprende. El horror.

Escribirás sobre ello más adelante. Más adelante lo relatarás todo de principio a fin. Pero antes necesitas saber algo más, algo sobre otra época de tu vida, algo que aún sigue siendo un misterio para ti. Porque todavía no terminas de entender quién eras.

PARTE II - EL ALEMÁN

VEINTE

A Otto, Paula le conoció a los veinte, un año después de marcharse a vivir con Sofía, cuando viajaron las tres amigas; Sofía, Ruth y ella, de vacaciones a Berlín, a pasar unas semanas en verano.

El chico le regaló un anillo la tercera vez que se encontró con él y sus colegas en un pub, en el barrio de Prenzlauer Berg, Y Paula, en vez de darse la vuelta y marcharse con sus amigas como solía hacer cuando alguien se le acercaba demasiado, se quedó allí de pie, inmóvil, mirando el anillo, intentando comprender, hacerle ver que no la conocía y no sabía cómo era ella en realidad. Otto le parecía mucho más emocional que los otros chicos que había conocido y eso la desarmaba.

—No deberías regalar ese tipo de cosas tan a la ligera —le dijo en el pub.

Sus amigas reían altivas. Ella, no.

Otto la contemplaba radiante y tímido. Paula solo oía en su cabeza las palabras que su madre expresaba a menudo cuando ella era una niña; que el amor nace del cariño, del conocimiento y la confianza mutua, no del deseo ni de flechazos absurdos, que no hay que pensar tanto en uno mismo sino más en el otro, que lo más importante es ser siempre honesto y no dejarse llevar por emociones tan superficiales, no mentir nunca, ni dejarse atrapar por el deseo, ni ser egoísta. Alizée hablaba a veces de ese modo, soltaba esos discursos morales y rígidos (aunque luego sus acciones fueran tan distintas a sus discursos) y a Paula aquellas frases la aprisionaban y sentía, ya desde niña, que debía meditarlo todo antes de hacer nada, antes de mover siquiera un dedo, antes de permitirse el sentimiento o la emoción o el deseo.

Quizá por eso acabó ella misma repitiendo en ocasiones las palabras de su madre, de tanto oírlas.

En Berlín, el comunismo había sido derrocado hacía casi cinco años y en el colegio a los chicos del Este les habían enseñado ruso como segunda lengua, no inglés, así que Otto y Paula apenas se entendían, pero ella se quedó en Berlín y comenzó a vivir con él.

Durante los primeros tiempos allí, Paula contemplaba cautivada la ciudad que se reconstruía bajo el nuevo sistema, los barrios en

ebullición, y todo le resultaba extraordinario, todos los alemanes, todos los bares, las fachadas de los edificios del Este recién pintadas de vivos colores, las tiendas de ropa de segunda mano que se vendía al peso, las familias, tan distintas a las españolas, tan independientes. Los jóvenes emancipándose a los veinte y a los veintiuno de sus padres; los progenitores permitiéndoles vivir sus vidas, liberándoles. Las viviendas, más económicas que en Madrid.

Paula miraba deslumbrada las pintadas de lo que quedaba del Muro, los grafitis reivindicativos en esos poco más de mil metros de hormigón. Contemplaba absorta los locales de música de vuelta en Prenzlauer Berg y en Mitte, los comercios dentro de las casas, las caravanas, los coleccionistas de ropa de marca estadounidense, las viejas y los viejos borrachos en los apartamentos contiguos, y siempre vislumbraba algo bohemio y peliculero que la fascinaba.

La gente hablaba continuamente de viajar por el extranjero y camperizaba furgonetas y camiones para sus largos viajes.

La vida era una trepidante película.

La vida tenía filtro azul.

A veces, Otto hacía gala de un romanticismo que la hacía reír o la empalagaba o le encendía el alma. A Paula también le sorprendía su humor irónico y ese optimismo expansivo que él extendía a su alrededor.

De él, aprendía que la vida no tenía por qué ser tan severa ni los juicios tan estrictos como le había enseñado Alizée. Y eso era sobre todo lo que le gustaba de él, esa flexibilidad y esa capacidad de ser comprensivo en cualquier situación.

Un día, Otto llenó de velas el cuarto de baño y colocó en el viejo tocadiscos un vinilo de Jeff Buckley. Paula le miró absorta. Pocos años después conocerían la muerte del cantante prodigioso, sabrían de los rumores sobre su suicidio, que se había ahogado en un lago el día antes de grabar su segundo disco, que vivía torturado por un desamor o quién sabe por qué, y a Paula todas esas historias sobre jóvenes atormentados y fallecidos prematuramente, siempre la estremecían. Los comprendía porque ella también se había sentido así en ocasiones. Paula entendía que una persona no quisiera seguir viviendo aunque fuera joven, aunque tuviera buena salud o un talento especial.

Vivían en SültStrasse 16, en el piso que tenía Otto alquilado en el barrio de Prenzlauer Berg, y a veces iban a nadar a la piscina cubierta de Prenzlauer Alle, cerca de casa.

La primera vez que fueron a bañarse allí, por el camino Otto

señaló su antiguo colegio y dijo.

—Ahí también estudió Nina Hagen, la famosa cantante punk.

Decía que no llegó a conocerla, Nina era bastante mayor que él, pero continuamente se enorgullecía de la coincidencia.

No es que Otto sintiera fascinación alguna por los artistas, al contrario, solía burlarse de ellos, sobre todo de los artistas plásticos, en esa época había muchos en la ciudad. Tampoco es que él fuera punk como Nina Hagen, de hecho resultaba bastante formal en su vestimenta, excepto por la fila de aros pequeños que se había hecho perforar en una oreja. Él solía usar vaqueros y los combinaba con camisas y polos que planchaba a diario él mismo.

Paula encontró un empleo cuatro tardes a la semana en el Dodge Café, un local acogedor y penumbroso en Dunker Strasse, cuyo dueño era un norteamericano afable y grande recién llegado al Este. Comenzó a trabajar en la cocina fregando platos, ayudando a preparar sándwiches y al cabo de unos meses pasó a ser camarera. Ya podía entender a la gente en alemán, tenía un vocabulario básico, suficiente para el puesto, y ya solo pisaba la cocina para entregar las notas con los pedidos y echar una mano con la limpieza al final de la noche.

Otto se dedicaba a alicatar las cocinas y los baños de sus amigos y de otros conocidos en los edificios antiguos del Este. Eran empleos esporádicos que lleva a cabo solo.

Mientras tanto, Paula y él se habían convertido en una especie de matrimonio. Eran jóvenes y modernos, se interesaban por la música, por el futuro, por la estética, con su propio estilo y grandes esperanzas, y no les preocupaba tener esos empleos nada extraordinarios porque se percibían libres.

En invierno, entraba con Otto en cualquier lugar —una tienda, un pub, una discoteca—, y al cabo de unas horas, cuando salían, la ciudad se había convertido en una inmensa escultura de nieve, esponjosa y monocolor, de una luminosidad extraordinaria incluso de noche. Miraba el cielo, la inmensidad negra, y veía caer abrumada esos grandes copos blancos y ligeros lentamente sobre su abrigo y sobre su rostro.

Siempre estaban por ahí, en el piso de alguien, en algún pub, en cualquier fiesta. Con Otto se convertía en una persona más extrovertida y segura. Él la inspiraba confianza. No es que esas cualidades salieran de ella de manera natural, si no que a su lado Paula conseguía relajarse, ya no temía tanto relacionarse con la gente como le sucedía antes. Miraba a Otto y a veces era la primera vez que

se percibía tan protegida junto a otra persona, y a eso ella le daba valor, Paula buscaba en otros esa seguridad que no siempre encontraba por sí misma.

Con su madre también se había sentido protegida muchas veces pero del mismo modo sabía que Alizée podía ser implacable y que con Alizée había precipicios y las caídas llevaban al abismo. Otto sin embargo nunca era severo ni intolerante.

No es que estuviera tan enamorada de él, no era tanto un enamoramiento como la sensación de ser un equipo con él, de pertenecer a algo, de tener una vida. Y, sin embargo, cuando comenzó a sentir que le necesitaba, tuvo miedo. De pronto resultaba que la manera de ser de Otto la desconcertaba, como si no le conociera en realidad, y a veces casi le parecía demasiado relajado, demasiado bromista, sin límites, casi amoral y entonces se abría en su estómago un agujero, esa inseguridad de la que no sabía cómo librarse. Las discusiones con él surgían de cosas como que Otto no había sido sincero, o había llegado muy tarde a buscarla a cualquier lugar y ella había tenido que esperarle en la calle con ese frío mientras él estaba de fiesta, o que el padre de Otto la había llamado idiota en alemán y ella le había entendido y Otto no la había defendido. Cosas así. Esos eran los detonantes. Discutían y Paula le decía algo injusto y él se callaba y entonces le decía algo peor o más injusto y ahí ella ya sabía que se estaba pasando de la raya pero él se quedaba en silencio y Paula le echaba toda su rabia encima. Después, se sentía tremendamente culpable y pensaba si no tendría su madre razón, si no estaría en verdad loca. Otras veces, se percibía a sí misma como una extraña, como si su propia forma de levantar la voz, de mostrarle a Otto su enfado, le resultara en el fondo impostada. ¿Qué le sucedía? Era como si quisiera aparentar más enfado del que sentía, y tampoco sabía de dónde le venía aquella rabia.

Su propia exasperación la pasmaba. Se prometió a sí misma dejar de hacer ese tipo de cosas, de atacarle cuando se enfadaba. No quería convertirse en esa persona que surgía a veces de su interior, pero en el fondo sabía que eso también estaba en ella.

Del mismo modo, cuando apenas entendía el idioma, cuando alguien en cualquier lugar despotricaba contra los inmigrantes o se burlaba de su acento o los cielos se nublaban durante meses, ahí también era una rayada lo mal que se encontraba fuera de su país. Luego, hablaba con alguna otra extranjera que le contaba que a ella le sucedía lo mismo, y eso la confortaba ligeramente. Sus inseguridades

se volvían contra ellas, se multiplicaban fuera de sus países.

Otras veces, sin embargo, bromeaba y reía con Otto durante horas, y había días en los que le miraba y se decía para sus adentros, quiero vivir con esta persona el resto de mi vida.

Escribía en cuadernos sus estados de ánimo o algunos sucesos que les habían acontecido a Otto y a ella, o ciertas sensaciones que acababa de experimentar, del tipo que fueran.

Con Alizée seguía sin tener apenas relación desde que se había marchado de su casa a vivir con Sofía, desde que Alizée le escondiera sus cosas en el armario. Y, las esporádicas llamadas telefónicas que le hacía a su madre desde alguna cabina en Berlín, porque no tenía teléfono fijo en el piso de Otto y aún no existían los móviles, la dejaban hueca, como deshabitada, y volvía a embargarle la tristeza, pero era una tristeza que no tenía que ver con su madre, o al menos nunca la relacionaba con Alizée, le parecía más como algo innato en ella, al margen del mundo exterior.

Pasados los primeros meses, y a pesar de tener las mañanas libres porque solo trabajaba por la tarde en el café, y Otto por la mañana en las obras, ya no aprovechaba el tiempo de manera especial, ya no salía sola a pasear ni a conocer otros barrios de Berlín, ya no tocaba el teclado que Antonio le envió por correo postal desde Madrid, ni estudiaba alemán ni visitaba museos.

Solo cuando caía en sus manos algún libro en español, se entregaba a la lectura. El resto del tiempo, limpiaba la casa, salía a comprar algo de comida alemana, preparaba platos elaborados, se sentaba en el poyete del ventanal por dentro y se quedaba contemplando el trozo de ciudad, a los paseantes de acá para allá, la calle soleada o cubierta de nieve, la luz tibia en los salones y en las cocinas de los pisos de enfrente.

La relación con Otto a veces le parecía una montaña rusa, unos días estaban tan bien y otros no paraban de discutir, ella se exigía mucho a sí misma, y, por ende, también a él. Tenía en la cabeza esas palabras de su madre; que hay que ser honesta siempre, no dejarse llevar por emociones tan superficiales como el deseo, ni ser egoísta ni mentir. Que hay que pensar más en el otro que en uno mismo, que el amor nace de la confianza mutua, no de flechazos absurdos ni de sentimientos tan ligeros. Paula intentaba de veras ser así, y se ahogaba. Entonces le miraba a él, tan relajado, tan como si nada fuera realmente importante, tan permisivo con todo, y no le entendía. Creía

de sí misma que no era capaz de comprender del todo a nadie, que no estaba hecha para tener una relación. Que eran demasiado jóvenes, veintiún años solamente. Que, con una pareja, la vida se complicaba demasiado, y siempre estaba alerta, con miedo, temiendo el dolor y la traición de él, temiéndose también a sí misma. A veces se le inundaban los ojos de lágrimas, pero tampoco solía vislumbrarse a sí misma como una persona sensible, o no tan sensible como otras chicas a las que veía en el trabajo, en el café, que parecían ahogarse a veces en un vaso de agua. Y cuando discutía con Otto por cualquier asunto, tampoco se percibía tan sensible como él, sino dura como Alizée con ella en el pasado, y a Otto le veía inocente y confundido como Paula se concebía cuando convivió con su madre. Como si Paula ya hubiera perdido la inocencia y a su vez se la estuviera arrebatando a él.

El sentimiento era atroz y no quería ser así y sentía nauseas o ganas de dormir durante semanas.

Delante de la gente sin embargo se daba cuenta de las insignificancias que la habían hecho tiritar y entonces disfrutaba de la compañía de los otros, de su empleo en el café, de lo liviana que resultaba en el fondo la vida en Berlín.

Cuando estaba entretenida, los problemas se convertían en humo, veía las cosas desde otras perspectivas y distinguía que solo se había angustiado por detalles sin importancia, que los árboles le impedían ver el bosque.

Empezó a contactar más a menudo con Alizée, a recordar solo los buenos momentos con ella. Necesitaba una madre, la sensación de tener esa figura familiar, a esa madre que era buena muchas veces con ella, porque lo otro, la oscuridad, siempre acababa desvaneciéndose con el paso del tiempo y Alizée volvía a ser para la hija una persona sensible, solo demasiado dura y exigente a veces. Así que marcaba su número desde alguna cabina y charlaban unos minutos de asuntos intrascendentes pero sentía que estaban mejor y Alizée se mostraba más cariñosa y animada por el auricular, estaban haciendo las paces. En la distancia los problemas entre ellas empezaban a diluirse.

Por las tardes y por las noches, todos bebían como cosacos en Berlín. Paula apenas bebía. Tampoco fumaba marihuana. Otto decía que los porros le relajaban porque su mente siempre estaba inquieta. Que, la maría, le ayudaba a concentrarse mejor en las tareas que debía llevar a cabo y que no le hacía tanto efecto.

Por lo general, era generoso con ella. Y, cuando cobraba una obra

(un baño, una cocina), era generoso con todo el mundo y también devolvía sus deudas. Poseía muchos amigos, todos le conocían, y a Paula le fascinaba esa capacidad suya para vivir despreocupado y para disfrutar. Ella sin embargo se percibía en ocasiones como la reprimida del grupo, no era tan liberal como los demás, quería ser auténtica pero sus sentimientos no lo eran siempre y le ponía mala cara a alguien solo porque sentía envidia o celos, porque todo el mundo le parecía mejor que ella.

Y, cuando se miraba en el espejo, es verdad que se reconocía como una chica guapa. A veces, su propia imagen la impresionaba y se decía para sus adentros, vaya, esta soy yo. Como si la belleza fuera incompatible con el hecho de sentirse una mierda, y tan miedosa, introvertida, nada interesante. Por dentro tenía la sensación de un terremoto, creía que no albergaba buenos sentimientos ni un buen carácter; no era algo que pensara continuamente pero la sensación estaba en ella, yacía por debajo de todo lo demás y dirigía su vida, sus actos y sus elecciones.

Y, cuando en algún momento intentaba explicarle a Otto sus inquietudes, de las que por otro lado se avergonzaba profundamente y procuraba ocultarlas incluso ante sí misma, él decía, mira que te complicas, Paula, es todo mucho más fácil. Pero ella se veía como una persona de naturaleza difícil con mucha suerte de haber conocido a Otto y de estar rodeada de gente paciente y comprensiva.

En esa época, tenía cada vez más ganas de ver a su madre, de que conociera a Otto, ya solo recordaba los buenos momentos con Alizée, los increíbles, los más dichosos, y quería verla y respirar su olor.

Al final encontró dos billetes de avión económicos con Otto y llevaron unos regalos que compró en un mercadillo callejero en el barrio de Mitte.

Alizée vivía sola en el piso de la calle Madrazo y les fue a recoger al aeropuerto. Estaba tan apurada de trabajo en esa época, pero sacó huecos de donde no podía, para pasar todo el tiempo posible con su hija y con Otto. Paula se dio cuenta de ello y se llenó de orgullo.

Subieron con Alizée al piso, Paula le entregó los regalos y Alizée los abrió en el salón. Eran unas figuritas antiguas que sabía que le gustarían y un plato decorativo con motivos turcos como los que su madre solía colgar en la pared.

—Qué bonitos, hija —la mujer parecía realmente conmovida.

Caminaron por el pasillo y Paula le enseñó a Otto su antigua habitación, que ahora era el despacho de Alizée y en el futuro sería la

habitación de Pedro. Había un escritorio clásico, un sofá-cama, estanterías de roble, un sillón de orejas, la mesa baja.

Dejaron la maleta y abrieron el sofá-cama.

Alizée les acogió increíble y estuvieron charlando y riendo con ella hasta la madrugada en el salón. Pasaron con ella esos tres días y la última noche a Otto le sobrevino un intenso dolor de muelas y tuvieron que buscar una farmacia de guardia con la madre conduciendo a las cuatro de la mañana para conseguir algún analgésico potente. Había llovido durante unas horas y las calles vacías continuaban mojadas. Los semáforos teñían el asfalto de verde y de rojo. Las gotas en el pavimento se encendían cuando los faros del coche las iluminaban y Alizée no hacía más que bromear y animar a Otto mientras a él se le hinchaba la mandíbula. Hasta le hizo reír a pesar de sus dolores.

A Paula le embargó un poderoso sentimiento de orgullo durante esos tres días, esa sensación de pertenecer a algo, de tener una familia; no una familia cualquiera, no como la que tendría en el futuro con Gabriel y sus hijas por muy buena gente que fueran —porque ellos serían algo tan distinto a lo conocido, y algo impuesto—, sino precisamente esa familia, exactamente esa, con su madre y con Otto, divertidos, implicados, cómplices con ella, tan diferentes entre sí pero parecidos en su desparpajo, en su forma de ser desafiantes, en la seguridad que irradiaban y que a menudo le transmitían.

En momentos así, Paula se olvidaba de todo lo demás. Para ella, no existía una mejor manera de imaginar la felicidad.

De vuelta en Berlín, transcurrieron unos meses y entonces dejaron el piso de Sültstrasse, vendieron los muebles que le habían regalado a Otto sus abuelos y se mudaron a Madrid. Les gustaban esos muebles antiguos de roble pero no tenían dónde guardarlos.

Antes de abandonar Berlín, Paula pasó semanas excitada imaginando la vida que les esperaba. Un cambio de país, un nuevo comienzo, todo mejoraría. Las mudanzas a veces acarrean esa esperanza, hasta el punto de que para algunas personas ese acto se convierte en una especie de adicción. Dejar atrás una vivienda es dejar atrás todo lo que a uno le perturba cuando no puede dormir. Hasta que en el nuevo hogar aparecen los mismos fantasmas. Pero, al menos, ha habido un paréntesis de paz.

En Madrid, alquilaron un piso en el centro, en la zona de El Rastro, donde los domingos se levantaba el mercadillo al aire libre

más grande de la ciudad.

Paula tenía claro que Otto había luchado en Berlín y que ahora le tocaba a ella, así que se encargaba de la logística, le hacía los currículums, le acompañaba a buscar empleo, le enseñaba español por las noches en la mesa del salón, aunque él estaba siempre bromeando y no ponía interés y al final dejaban a un lado los cuadernos con las frases a medio traducir.

El resto del tiempo lo pasaba en el video club de la calle Alberto Aguilera, donde había empezado a trabajar como dependienta.

Al cabo de unos meses a Otto ya le conocía todo el mundo en el barrio. El chico se hacía entender y enseguida se metía a la gente en el bolsillo con sus bromas y su afabilidad. Los trabajos sin embargo, le duraban a él apenas un mes.

El casero del piso que habían alquilado le ofreció a Paula un empleo extra y así comenzó a entregar *flyers* los fines de semana a los paseantes junto al local de música, propiedad del hombre. Pronto consiguió que su amiga Sofía trabajara allí con ella y lo pasaban bien juntas hablando con todo el mundo en la calle, intentando convencer a los transeúntes de que pasaran a su pub. Hacían lo posible por divertirse, entraban a cada tanto en el bar y se acercaban a la barra a pedir otro chupito para recuperar el calor. Volvían a salir a la calle y a hablar con los extranjeros.

Otto buscaba trabajo entre semana y los fines de semana pasaba el tiempo con sus nuevos amigos. A veces se acercaba a verla un rato al trabajo, al pub. En Berlín él ganaba más que ella y siempre había sido generoso, ella no le estaba manteniendo, a él todavía le quedaban algunos ahorros, así que Paula se decía que no podía quejarse por que a él le costara encontrar un empleo. Además, estaba el idioma, Otto aún no sabía apenas español, aunque se hiciera entender a su modo.

A Paula él le parecía un *alma libre*. Junto a él se animaba, era divertido y emocionante, pero otras veces su manera de vivir tan descontrolada, la tambaleaba. O vislumbraba que todo el peso de sus vidas, de la supervivencia de ambos, cargaba entero sobre ella, sobre sus hombros. Sentía que debía ser responsable por los dos. Nadie la obligaba a ello, a cargar, ella sola se había impuesto esa obligación.

Aunque, si no lo hiciera, ¿qué sucedería? ¿Podrían vivir a la deriva?

Y a pesar de creer que no había una razón tan clara y objetiva, en ciertos instantes desconfiaba de él. De pronto no estaba segura de si Otto resultaba ser como parecía o no. Su desconfianza no era un

sentimiento claro y permanente sino nebuloso y le embargaba solo en ocasiones. Además, ese tipo de inquietud no solo le sobrevenía junto a Otto, no solo sentía esa desconfianza hacia Otto, a veces le ocurría con otras personas, con sus propias amigas, con los conocidos.

Tampoco sabía si ella misma era una buena persona con él. ¿Lo era? Era cariñosa y se involucraba en todos sus proyectos de vida, se empeñaba en protegerle porque él a veces le parecía medio irresponsable, pero también le juzgaba y le sermoneaba y se irritaba con él a menudo. En otros momentos podía ver que solo era poseedora de una gran imaginación y que debía aprender a confiar de una vez en las personas.

Del mismo modo, sucedía que, cuando estaban mejor, o cuando Paula sentía que estaban mejor, de pronto le daba la impresión de que Otto se aburría y se alejaba de ella. Ella sí deseaba una existencia normal, más o menos organizada, más o menos tranquila, y, Otto, aunque le seguía la corriente, en realidad él parecía detestar todo ese rollo de vida *normal*.

Una vez, Paula se encontraba tremendamente enfadada con él, y llamó a Sofía y se marchó con ella y sus amigos toda la noche. Ligó con otros tipos, tonteó con todo el que se le puso por delante para demostrarse a sí misma que no necesitaba a Otto. Al regresar a casa, Otto había fabricado un bote de lápices para ella y lo había empapelado con fotos de ambos abrazados y radiantes. Otto había construido aquel *collage*. Había pasado horas fabricando aquel regalo. Paula tembló al ver aquello y a partir de entonces, cada vez que volvía a desconfiar de él, recordaba el portalápices y se le hacía un nudo en el estómago.

Al cabo de un año en Madrid, la convivencia entre los dos era un caos. Paula se tomaba muy a pecho las discusiones, como si se fuera a acabar el mundo, y, aunque de cara al exterior, ante los demás, pareciera que Otto la amaba como nadie es capaz de amar a otro ser humano, ahora ella creía vislumbrar su otra cara; él era permanentemente infeliz, no infeliz con ella sino infeliz al margen de Paula y necesitaba continuamente estímulos y dopamina.

Ella también era infeliz, así que ya no sabía dónde terminaba su infelicidad y dónde comenzaba la de él. ¿O era ella quién le volvía tan desgraciado?

Un día, Alizée vio a su hija discutir con Otto y dijo.

—Si estáis mal, déjale, que no te pase lo que me pasó a mí con tu padre, perdí demasiados años con él.

¿Pero por qué no dejaba a Otto? ¿Tanto le necesitaba? Ella también se había pasado con él. Tenía tanta culpa como Otto de lo que les sucedía. Y otras veces sentía que en realidad era ella misma quien buscaba la guerra.

Intentaba ser más comprensiva con él, sentía que si no le aceptaba o si no se adaptaba era porque era una reprimida, o una controladora, o demasiado dura.

Le habían vuelto a aparecer esas pequeñas erupciones en los brazos con forma de círculo, del tamaño de una moneda de dos céntimos, como le había sucedido a los diecinueve, solo que ahora, en lugar de círculos, algunas tenían forma de corazón y Otto la miraba y decía absorto.

—Paula, es increíble, son las heridas de nuestro amor.

Cuando esos mismos sentimientos la habían embargado en Berlín, ella lo achacaba a sus inseguridades en el extranjero. Pero ahora en Madrid ya no sabía qué estaba sucediendo en realidad. Y, cuando se arrepentía o se avergonzaba de tratarle con esa aspereza, y se tornaba más cariñosa, entonces tenía la sensación de que él no la soportaba cuando se ponía tierna.

Pero luego Otto decía.

—Paula, Schatz, yo siempre estoy interesado en ti. Tus percepciones no son reales, de verdad, amor.

¿Entonces? ¿Acaso se estaba volviendo loca, tendría su madre razón al final sobre su distorsión de la realidad?

Fuera como fuere, ella ya no se creía capaz de vivir con Otto. Estaba segura de que sola se encontraría mejor. La vida sería mucho más fácil sin él, podría hacer lo que le viniera en gana y alcanzaría por fin la paz que tanto ansiaba.

Tenían veintitrés años.

Intentó separarse de él tres veces y Otto no la hizo caso. La primera él se desesperó, la segunda se enfadó y la tercera no quiso escucharla.

Un día, Alizée la invitó a desayunar. Paula apareció en la cafetería y puso mucho empeño en disimular su verdadero estado.

—No estás bien con Otto, ¿verdad? —dijo Alizée a los cinco minutos—. Llámame cuando necesites ayuda, hija. Yo siempre estaré ahí.

Y entonces Paula le dijo que no quería seguir con Otto.

—No logro convencerle para separarnos.

—Te puedo ayudar, hija, hablar yo con él. Hacerle entrar en razón.

Paula la miró. A sus ojos, su madre era siempre convincente y clara, poseía una gran retórica, albergaba ese don, por eso trabajaba con el empresario francés y desarrollaba los discursos que el hombre pronunciaba después en los medios.

—Estás segura de que eso es lo que quieres, ¿verdad? Separarte —continuó diciendo Alizée.

—Sí.

—¿Y no te hace caso? ¿No te toma en serio?

—No. No quiere.

—No te preocupes. Mañana lo solucionaremos. Ven con él a la cafetería que hay en la esquina de Tirso de Molina con la calle de la Espada. Estás convencida de que quieres dejarle, ¿verdad? Luego no te vayas a arrepentir.

—Sí. Estoy segura —repitió Paula tragando saliva.

Por la mañana, cuando la pareja de veintitrés años llegó al local, la madre se encontraba sentada a una de las mesas, junto a una ventana.

Se acomodaron frente a ella. Era una taberna grande con una barra a la derecha y mesas de madera de pino alineadas a la izquierda.

Alizée alzó la voz. Su tono era contundente.

—Otto —dijo—, mi hija ya no quiere estar contigo. Te lo ha dicho por activa y por pasiva. Habéis tenido una bonita relación mientras ha durado pero sois incompatibles, o al menos mi hija ha decidido no seguir contigo y tienes que aceptarlo.

Mientras hablaba, cogía el paquete de tabaco y lo dejaba caer sobre la mesa en un gesto que solía hacer cuando se ponía seria. No había una sola grieta en su voz, Alizée era sólida y tajante.

A Otto comenzaron a caérsele las lágrimas.

—Os habéis querido mucho, eso está claro, pero sois unos críos, aún debéis madurar, tenéis toda la vida por delante.

Después, apartó el paquete de cigarrillos, metió la mano en el bolso y puso sobre la mesa un billete de autobús con destino a Berlín. Lo deslizó con la yema del dedo en dirección a Otto.

Paula la miró absorta, le invadió una sensación de incertidumbre que la ahogó, quizá se había excedido involucrando a su madre en todo aquello, no sabía nada de ese billete, pero también le aliviaba la voz de Alizée. Miró a Otto a su lado, a él seguían cayéndole las lágrimas. El chico se enderezó y dijo que necesitaba ir al aseo. La

madre y la hija se quedaron a solas unos minutos.

—No te creas sus lágrimas —dijo Alizée entonces—, son lágrimas de cocodrilo.

No lo son, pensó Paula, son reales.

Observando y escuchando a su madre, le parecía que se le había ido todo de las manos pero también tenía la sensación de que esa era la única manera de que él aceptara su decisión. Ahí estaba su madre para sacarle las castañas del fuego.

Otto cogió el billete y regresó a Berlín.

LA CULPA

Te sentías una trastornada. De alguna manera eras consciente de que algo en tu cabeza no andaba bien y también sabías que la angustia desaparecería cuando él se fuera. Porque Otto te ponía de frente tus inseguridades y tus miedos. No soportabas la confusión que te producía a veces Otto, ni te soportabas a ti con él. No soportabas el hecho de ver cómo podías llegar a ser en una relación de pareja. Tu madre te había jodido la mente y eso tenía que salir de algún modo, y salía en aquellas discusiones, en la convivencia con él. Pero ¿era todo cosa tuya? ¿Era él tan bueno como aparentaba? ¿O se asemejaba a Alizée aunque solo fuera un poco, aunque parecieran tan distintos?

En el fondo estabas convencida de que todo era cosa tuya. Te sentías culpable casi todo el tiempo, mientras estabas con él y también cuando os separasteis, y, también, por cómo fue el final, por cómo había acabado todo. Te alegrabas de que se hubiera marchado pero también sentías eso.

Esa sensación tan conocida, y que te ha acompañado durante mucho tiempo: la maldita y asquerosa culpa. Te sucedía con Alizée y a veces también con Otto. Pero quizá la culpa era una emoción más soportable o más llevadera que el abismo por el que te precipitabas cuando dejabas de sentirte tú la causante de los problemas. La culpa era un sentimiento tremendo pero también te hacía sentir que, de algún modo, tenías cierto control sobre lo que te sucedía, y que podías cambiarlo, que tú tenías en tus manos la posibilidad de mejorar las cosas.

Cuando empezaste a escribir este manuscrito, no pensabas dedicar tantas páginas a Otto. Si ibas a hablar de tu madre tenías que hablar de Otto, eso estaba claro, pero no pensabas extenderte. Sin embargo, conforme has ido recordando aquella época, has sentido que debías seguir adelante. Tragarte la vergüenza y todos los demás sentimientos incómodos sobre tu persona, sobre tus reacciones y las de Otto, para llegar a la verdad.

Antes de embarcarte en este libro, no tenías claro cómo pensar en tu vida con Otto. Tu percepción sobre él era difusa, inconclusa. Fue alguien muy importante en tu vida, y también pensabas que era una persona especial y que quizá por aquel entonces no le valoraste lo suficiente.

Qué misterioso te resulta ahora el acto de la escritura, lo que surge a

través de ese acto, cómo poco a poco parece reordenarse tu cabeza, cómo se remueve tu percepción, y tus recuerdos, igual que te sucede con Alizée.

LA POSIBILIDAD DE SER NÓMADA

Tras la separación, durante los siguientes meses, había una idea en su mente, subterránea, y era que ella misma no era tan bondadosa, no albergaba tanto amor y tanta compasión, esas cualidades que sí esperaba de los demás, de Otto. Porque, si no, habría sido más paciente con él, más tolerante.

Continuó trabajando y ahorrando dinero durante un par de meses y después ella también se marchó de Madrid.

Huía de los hombres, no se decidía a relacionarse íntimamente con otros chicos, las miradas ajenas le encogían el corazón y, sin embargo, no temía viajar, marcharse sola a países lejanos y desconocidos.

Al principio, viajó con una amiga a una playa de Cabo de Gata, en la provincia de Almería. El paisaje desértico del parque natural se desplegaba durante kilómetros de inmensa tierra árida y despoblada hasta el mar. Las montañas se levantaban alrededor de los valles de terreno baldío, salpicados de pequeñas poblaciones blancas, de pitas y cactus.

—Empezaré de nuevo —se dijo.

La primera semana se hospedó con su amiga en un pueblo de la zona. Descubrieron a unos kilómetros una aldea frente al mar, abandonada en los años cincuenta. Quedaba a una hora a pie del pueblo más cercano, caminando por las montañas. Era un lugar de difícil acceso, donde solo se podía llegar andando por ese sendero escarpado o en barco. Paula y su amiga se instalaron allí, en una pequeña construcción medio derruida junto a la playa, hasta que la amiga apuró sus vacaciones y regresó a Madrid para continuar trabajando.

—Yo me quedo —dijo Paula el día antes mientras pelaba un higo chumbo, intentando no clavarse los pinchos—, me quedaré aquí un tiempo.

Había dejado su empleo en el video club y finiquitado el piso que compartió con Otto.

Así, fue conociendo a los escasos habitantes del lugar en mitad del parque natural, catorce o quince a lo sumo, que apenas salían de

aquella cala alejada de todo y que albergaba una fuente de agua potable que venía de las montañas. Estos vivían en las limitadas casas de piedra medio derruidas y en algunas cuevas. A veces hacían fiestas en la playa, tocaban música y algunos tomaban drogas. Había otros forasteros que iban y venían, hombres y mujeres. Paula se adentró en la comunidad aunque también se mantenía al margen. Era precavida y se cuidaba. Había parejas, personas solas, tres yonkies y un par de tipos que se habían fugado de sus países huyendo de la ley, o eso se rumoreaba, y que vivían allí de forma permanente. Luego estaban los que se quedaban unas semanas o unos meses, como Paula, los que andaban de paso. Allí, ella no tenía miedo, aunque durmiera sola, aunque supiera que algunos de esos hombres habían estado en la cárcel. En ese lugar no pasaba nunca nada excepcional, no había peligros, o ella no los percibía. Una vez, una mujer se puso enferma y los demás corrieron al pueblo más cercano a avisar a los médicos. La ayudaron. Vino un helicóptero y se la llevó.

Paula pasó aquellos tres meses bañándose en las calas, hablando con la gente, recorriendo las montañas, juntándose con alguien a tocar algún instrumento que le prestaban, cocinando en una olla vieja con el camping gas que había comprado. Iba a la fuente natural de agua dulce y llenaba su garrafa. A veces hacían fuego y cocinaban en la lumbre. No eran una secta, allí todo el mundo iba a su aire y no había jerarquía alguna, ni un jefe. La gente era libre e iba y venía continuamente.

Al principio le resultaba extraño disponer de tanto tiempo libre pero acabó acostumbrándose. En realidad eso era lo que estaba buscando, conocer otras maneras de vivir, reconciliarse consigo misma y con el mundo. Su amiga volvía algunos fines de semana a visitarla. Algunos días Paula se unía a varios de ellos, en su mayoría extranjeros, y se acercaban al pueblo más cercano, a cinco kilómetros caminando por las montañas. O a la ciudad, Almería, que quedaba a setenta. Allí, unos mendigaban comida en los mercados de abastos y otros tocaban en la calle durante unas horas y compraban en las tiendas lo que necesitaban. Había noruegos, austriacos, turcos, belgas, senegaleses y algunos españoles. Casi tantas mujeres como hombres.

A Paula le parecía que su vida volvía a estar de nuevo repleta de posibilidades, allí solo pasaría el verano y después pensaba marcharse un tiempo a Inglaterra. Debía hacer algo productivo mientras viajaba, así que decidió que mejoraría su inglés. No albergaba planes a largo plazo. Se percibía como una nómada y esa sensación de libertad le

gustaba.

Mientras tanto, se había convertido en la peluquera oficial del lugar. Se había corrido la voz en la aldea desde que le hizo un corte de pelo a capas a un hippie y al tipo le encantó. Desde entonces, todos iban a su pequeña casa, una construcción de veinte metros cuadrados con el tejado deteriorado, sin cristales y con una tela de colores en el lugar donde alguna vez hubo una puerta, para pedirle que les cortara el cabello. Así, Paula llegaba con ellos hasta la fuente de agua dulce que venía de las montañas y allí les peinaba y les cortaba las melenas, las capeaba, perfilaba los flequillos, ese tipo de cosas.

Una mañana de finales de septiembre, al despertar, supo que había llegado el momento de marcharse a Inglaterra. No conocía a nadie en el país anglosajón y no sabía aún en qué ciudad asentarse durante los siguientes meses, por eso decidió visitar varias localidades antes de elegir una.

Después de tres días en Manchester, viajó a Londres, luego a Bristol y finalmente decidió instalarse en Liverpool, donde encontró trabajo como camarera y pasó casi dos años. Las propinas eran tan buenas que consiguió ahorrar por primera vez en su vida.

También viajó por otros continentes, América, Asia, de vacaciones mochileras.

En ocasiones llegaba a sentirse como una vagabunda, en el sentido más primitivo de la palabra; era libre, huérfana, nómada. Sentía su paz, nada la perturbaba. Vivía cada momento con gratitud. Ligera. Era consciente de todo; de su suerte, de las nuevas amistades, del sol, de los paisajes que la rodeaban, de la lluvia. Todo estaba bien. Nada la perturbaba. Tampoco buscaba salvadores o salvadoras que la sacaran las castañas del fuego. Sentía su propio poder y del mismo modo conservaba esa otra parte de inocencia. Además, albergaba la impresión reconfortante de estar aprendiendo.

Disfrutaba de su tiempo libre en soledad.

Se relacionaba con personas de diferente tipo y condición.

No hacía planes a largo plazo.

Y, un día, llegó a la conclusión de que, por alguna circunstancia ajena a su voluntad, moriría joven, así que no necesitaba preocuparse por el futuro.

EL FUNERAL

Un hombre de unos sesenta y cinco años se acercaba por las noches al restaurante donde Paula trabajaba en Liverpool, a la hora del cierre, mientras los camareros recogían, para pedir comida para su perro; un animal de peluche al que arrastraba con una correa.

En la parada de autobús, Paula solía coincidir con otro hombre que vestía invariablemente una cola de reptil que le llegaba al suelo y, para no arrastrarla cuando subía las escaleras del bus, el tipo la agarraba con delicadeza. La cola iba siempre estampada en la misma tela de los pantalones; a cuadros, de pana, vaqueros.

En invierno, mientras caminaba por las calles, miraba a las mujeres y hombres asomados como estatuas a las ventanas cerradas, con las luces de los pisos apagadas en el interior.

Todas esas estampas le parecían fotografías de la soledad y, sin embargo, le gustaba Liverpool y allí se sentía acompañada. Tenía amigos, salía a fiestas, conocía gente joven, extranjeros como ella casi todos, eran relaciones superficiales pero muy intensas, que sacaban lo mejor de cada uno. Y, con sus compañeros de piso, se decían que eran una familia.

Entonces Alizée le pidió por teléfono que fuera a pasar las Navidades con ella y Paula tomó un avión para ver a su madre.

Tenía veinticinco años.

Sin embargo, desde que Alizée apareció en el aeropuerto para recogerla, apenas le dirigió la palabra a su hija. Paula no sabía qué pasaba, si había dicho o hecho algo desafortunado ni por qué razón le había pedido Alizée que fuera a pasar las Navidades con ella a Madrid si no la hacía ni caso.

La mujer pasaba la mayor parte del tiempo fuera del piso, con un nuevo amigo, Gabriel. Se encontraban los dos a solas desde hacía unos meses. Paula no conocía aún a Gabriel, ni sabía de su existencia. Tampoco entendía qué le sucedía a su madre, pero Alizée era así en ocasiones, igual que en muchos otros momentos era divertida y cálida y pasional.

Según le contaría más adelante Alizée a su hija; durante esa época primera con Gabriel, solían encontrarse los dos en un café del

Paseo del Prado. Allí hablaban de la esposa enferma de él, del primer marido de Alizée, de Paula, de las hijas de Gabriel.

Alizée le miraba muy atenta durante esos encuentros y le escuchaba profundamente, así como hacía ella cuando se interesaba por alguien. Le decía que él no se merecía aquello, la enfermedad terminal de una esposa, que la vida era injusta, que ella también lo había pasado mal durante su matrimonio con el padre de Paula, aunque por otros motivos, no por una enfermedad, y que después había tenido que sacar adelante a su hija ella sola. Que había tenido que ser muy fuerte para no venirse abajo, que a veces las peores cosas les suceden a quienes menos lo merecen, que entendía su dolor, mucho más de lo que él pudiera imaginar. Y, a él, las palabras de Alizée le hacían sentir mejor, querer seguir viviendo, tirar para delante.

Durante aquellas Navidades a los veinticinco, la abuela pasó la Nochebuena y la Navidad con ellas, después iba a volver al asilo. Paula vio a Alizée discutir con la mujer mayor, arrinconada en una esquina del salón. La abuela apenas veía, ni siquiera con las gafas, y se había quedado muy quieta y callada en esa esquina mientras Alizée la increpaba algo que Paula no llegó a entender. Paula llegó hasta la abuela y dijo que no hacía falta que se enfadaran por lo que fuera. Alizée se marchó rígida a la cocina y la abuela después murmuró, Paula, ¿por qué no vuelves a Liverpool? Allí tienes que trabajar, allí estarás bien.

La abuela regresaba esa tarde a la residencia, la tarde de Navidad. La llevaron de vuelta al asilo y la mujer apretó fuerte la mano de Paula al despedirse. Paula la abrazó y notó en su cuerpecito enclenque toda la energía de su abuela para devolverle el abrazo.

Después, regresó con Alizée a Madrid. Alizée conducía y el silencio lo inundaba todo.

Durante los siguientes días, Paula se despertó cada mañana con dolor de estómago, vomitando y temblando. También le dolían los oídos. Llamó a Liverpool una noche para hablar con sus amigos, con sus compañeros de piso. Debían estar en cualquier fiesta o durmiendo. Volvió a marcar el número. Se le caían las lágrimas en el cuarto, rodeada de calculadoras y papeles, todo muy ordenado, todo en penumbra. Apretó los ojos y procuró relajarse pensando en su vida lejos de Madrid.

Perdió el vuelo de vuelta a Liverpool porque tenía los oídos completamente taponados y apenas podía moverse de la cama. Le

dolía la cabeza y a veces volvía a vomitar.

Cuando hablaba tampoco lograba escucharse, se sentía como si flotara en el espacio.

Adelgazó varios kilos. Alizée seguía sin apenas hablar con ella, se iba a la calle y Paula se quedaba sola en el piso sin saber qué hacer allí ya, preguntándose por qué habría insistido su madre en que pasaran las Navidades juntas, enfadada, deseando encontrarse a miles de kilómetros de allí. Y, a mediados de enero, una mañana de heladas en la que Alizée salió a pasar el día fuera de la ciudad, Paula hizo la maleta, escribió una nota contándole que regresaba a Liverpool, la dejó sobre la mesa redonda del salón y se marchó.

En la Estación Sur de Méndez Álvaro compró el billete y se montó en el autobús. Se hizo un ovillo en una pareja de asientos vacíos. Todavía tenía fiebre. Viajó de día y de noche. En Calais, en el norte de Francia, el autobús se adentró con todos los pasajeros en el ferri, Paula salió a los salones del barco, había tormenta, se agarró a las columnas, las olas saltaban por encima de la cubierta, el oleaje era denso y poderoso. Volvió a vomitar, aunque desde hacía días solo era ya un líquido amarillo, solo bilis.

Llegó a Inglaterra, al puerto de Dover, donde el autocar reanudó su trayecto por carretera.

Continuó febril y vomitando durante días. Después se recuperó.

Dos meses más tarde, sucedió lo que todo el mundo esperaba, falleció en el hospital la mujer de Gabriel.

—Teresa se ha ido en paz —balbuceó Gabriel cuando llamó por teléfono a Alizée para darle la noticia.

Tras esa llamada, él se distanció de ella. Se apoyó en sus hijas y sus hijas en él.

Alizée le llamaba y Gabriel evitaba los encuentros, decía que estaba hundido. Ella se impacientó, ese hombre la interesaba de verdad y lo estaba perdiendo.

Si hubiera otra muerte, alguien de la familia de Alizée, entonces él volvería a acercarse a ella, por empatía. Alizée sabía que aquello, la desgracia compartida, volvería a unirles.

Y entonces, al cabo de tres semanas, sucedió. Falleció en la residencia la abuela de Paula.

En el funeral de la abuela, Alizée se aferraba al brazo de Gabriel mientras Paula, ajena a todo, tomaba café con una amiga en un local en Liverpool.

Solo después del entierro, su madre marcó su número de teléfono y le dio la noticia.

—La abuela se ha ido en paz —le dijo Alizée a su hija

Paula compró un billete de avión y viajó a Madrid. Se alojó en el piso de una amiga.

No se preguntó en ningún momento de qué había fallecido su abuela de esa forma tan repentina.

Tenía ochenta y siete años.

Tampoco se preguntó si Alizée había estado en la residencia el día que murió. Ni por qué no llamó a Liverpool para darle la noticia hasta que pasaron varios días, después ya del entierro.

Alizée la invitó a comer a casa. Se dieron dos besos en la entrada, besos rápidos, como siempre. Paula la ayudó a terminar de preparar la comida mientras Alizée conversaba sobre asuntos triviales y corrientes. No hablaron de la abuela, no recordaron los buenos momentos con la abuela ni nada parecido y Paula no pensaba que eso habría sido lo normal. Lo que sí hicieron fue ir juntas al cementerio. Compraron un ramo de flores y llegaron en el coche de Alizée. Alizée rezó junto a la tumba de los abuelos y Paula la imitó. Alizée cogía la mano de su hija y al final de las oraciones miraba al cielo y decía.

—Allá donde estéis, os quiero.

CURRYWURST

—Mi abuela ha muerto hace tres meses —le dijo Paula a Otto por teléfono. Tenían veinticinco años y no habían vuelto a hablar desde que se separaron, hacía dos.

Había llamado él, no a ella sino a un amigo alemán que se encontraba con Paula en esos momentos.

Ella llevaba dos meses en un pueblo de la costa de Málaga. Había ido desde Madrid, tras ver a su madre y visitar la tumba de su abuela, y se había quedado en ese pueblo, en casa de una amiga. Se había apuntado a clases de conducir y acababa de aprobar el examen práctico, acababa de conseguir la licencia.

Entonces fue cuando se encontró por casualidad con el amigo alemán de Otto en un bar de la costa, no podía haber mayor coincidencia, y, al cabo de un rato, sonó el móvil del tipo y después el alemán le pasó el teléfono a Paula.

—Alguien quiere saludarte —le dijo mientras le acercaba el móvil.

Ella agarró el auricular y escuchó la voz de Otto. Así fue como volvió a saber de él después de dos años. En aquel instante, Paula no experimentó malestar, no recordó las discusiones con él, no sucedió nada de eso. Hablaron despacio sobre las circunstancias que le ocupaban a cada uno; Su abuela había muerto hacía tres meses, le explicó con tristeza, y se había tomado un descanso de Liverpool, porque había vivido en Liverpool todo ese tiempo, le dijo también.

Él decía que se alegraba de la coincidencia, de haber llamado a su amigo y que ella estuviera con él justo en ese instante. Decía que acababa de terminar una obra en Hamburgo y que podía venir de vacaciones a España, verla.

Se reencontraron en la playa de Cantarriján. Él llegó con su mochila al hombro. Se miraron en silencio recordando sus ojos, sus mejillas, las narices, las orejas. El hecho de haberse separado dos años atrás, a los veintitrés, ahora carecía de importancia para Paula, solo existía esa percepción de estar junto a alguien importante para ella. Le había recordado a veces durante aquellos dos años, y llegó a creer que no le había tratado tan bien, que él la había querido, que ella le había

roto el corazón, que ambos eran unos críos entonces, que se les fue de las manos. Además, Paula se encontraba muy cansada desde que había muerto su abuela, o desde antes, desde los problemas con su madre durante las últimas Navidades.

Se tumbaron sobre la arena, sobre una tela grande que había desplegado ella, y continuaron contemplándose. El sol bajo de la mañana se reflejaba en el agua tranquila y en sus pieles, lo impregnaba todo de esa luz dorada. Otto y Paula, tumbados, no hablaban, solo se contemplaban el uno frente al otro, extendidos de perfil. Estuvieron así mucho rato, hasta que se quedaron dormidos en plena mañana.

A pesar de los problemas que habían tenido en el pasado, estar al lado de Otto la reconfortaba. No tenía deseos de huir, sus ojos no le resultaban extraños. Era una sensación hipnótica, hermosa, una reconciliación, un alivio.

Alquilaron un coche y pasaron dos semanas viajando por Andalucía.

No era tanto el sexo lo que le enganchaba de Otto, aunque en ese aspecto Paula no conocía mucho más y para ella era suficiente, sino otro tipo de intimidad, la conexión vital que tenían cuando estaban juntos. Siempre se divertían y eso era lo que ella necesitaba en esos momentos.

A finales de mayo, se marcharon a Berlín. Hicieron escala en Madrid, donde se alojaron un par de noches en un hostal cerca de Sol.

—Esta vez es la definitiva —decían—, hemos aprendido.

Paula pensaba que Otto había conocido lo peor del carácter de ella y que no parecía importarle. Su relación en el pasado había estado repleta de altibajos y discusiones, y Paula creía que así era ella, complicada, extrema, desequilibrada, no que así era ella con él, sino que ese era su carácter cuando se relacionaba en la intimidad. Temía que un día fuera a salir de pronto un monstruo de su interior y ahora pensaba que, en caso de que eso llegara a suceder, Otto la entendería, él sabría que ella no era malvada.

Además, habían pasado dos años y ambos decían que habían evolucionado.

Se instalaron a las afueras de Berlín, junto al lago Müggelsee.

Los padres de Otto, igual que muchos otros ciudadanos del antiguo régimen, tenían alquilada allí una casa de verano desde hacía más de veinte años, la cual pertenecía al estado alemán. Era una

cabaña de madera con un amplio jardín rodeado de coníferas, pinos y abetos altísimos y espectaculares, que daba a un canal que a su vez daba al gran lago. El alquiler solo les costaba 250 DM al año —unos 125 euros anuales—, apenas nada. A pesar de la caída del régimen comunista hacía casi una década, el precio no había subido.

Los padres de Otto no la utilizaban y les dieron las llaves.

Era un lugar precioso en plena naturaleza.

Los vecinos les prestaron una barca y a veces surcaban el río Spree hasta el lago. Otto decía que se podía llegar desde allí hasta el mismo centro de Berlín siguiendo los ríos.

Paula le contemplaba y a veces le parecía imposible que estuvieran juntos de nuevo, le sorprendía su propia actitud, su decisión, pero confiaba en su criterio, era lo único que tenía o creía tener Paula, criterio. Además, su cuerpo iba por libre y quería estar al lado de él.

Después de unos meses, a mediados de verano, Alizée decidió visitarles una semana; quería contarle algo a su hija, algo importante.

Otto no le tenía rencor a Alizée por lo que había pasado dos años antes en aquella cafetería, cuando la mujer le tendió aquel billete de autobús a Berlín. O, al menos, no lo demostraba. Y a Paula le sorprendía esa capacidad que tenía él para comprenderlo todo.

Fueron a buscarla al aeropuerto de Tegel y Alizée apareció alegre y radiante, cogió cariñosa a su hija del brazo y alabó la cabaña al llegar y el paisaje que les rodeaba.

A Paula, aunque al principio reticente por lo que había sucedido en Navidades cuando fue a visitarla desde Liverpool, y también porque Alizée no la hubiera avisado cuando murió la abuela sino hasta después del entierro, sin embargo le fue cambiando el carácter a lo largo del día conforme la sonrisa y las miradas cómplices de su madre se hundían en ella.

Al día siguiente, mientras paseaban por el bosque las dos solas, por los alrededores de la cabaña, Alizée le contó eso tan importante: Que había conocido a un buen hombre, que se llamaba Gabriel, y que estaba replanteándose muchas cosas.

Se encontraba receptiva y sensible, nada que ver con la mujer que había sido unos meses antes, en Navidades. Alizée ahora se esmeraba por demostrarle a su hija su cariño.

Un día, la mujer vio a Paula discutir con Otto por algo relacionado con el coche del chico y después, en un aparte, le dijo con voz afectuosa.

—No seas tonta, Paula, no discutas con él por eso, son cosas sin importancia.

También la animó a cortarse un poco el pelo.

—A capas —decía Alizée—, a capas te quedará genial.

Paula se dejó aconsejar y la madre se puso con las tijeras en el jardín. La dejó muy bien y a Paula le encantaba el nuevo estilo.

Fueron a museos, a mercadillos, pasearon, comieron *currywurst* y patatas en los puestos ambulantes y la madre regresó a Madrid con un montón de fotografías para revelar y mostrarle a Gabriel.

Cuando Paula usaba el viejo Volkswagen de Otto, siempre acababan discutiendo.

Él decía:

—¡Eres una suicida! ¡No vuelvo a dejarte el coche!

Las otras discusiones venían cuando ella se enteraba de que Otto había pasado el día con alguna amiga y se lo había ocultado. Y cuando Paula le preguntaba por qué no se lo había dicho, él respondía que solo habían estado paseando, o que las había ayudado a realizar alguna tarea, y Paula pensaba, yo no soy celosa, ¿entonces, por qué me oculta esas cosas? ¿Y por qué me siento mal como si fuera una auténtica tarada?

En otros momentos se enteraba de que mientras habían estado separados, Otto se había liado con esta o con aquella, pero no estaban juntos en aquella época, él podía hacer lo que le viniera en gana. Aún así, a Paula le molestaba, no ya tanto el hecho de que eso hubiera ocurrido, aunque eso también, sino porque ella apenas había tenido otras relaciones en ese tiempo y a su lado se sentía como una cría reprimida. Pero no era tanto eso, como el secretismo de él, ese afán de Otto por ocultar, como si ella fuera tan cerrada de mente y no pudiera comprender las cosas. Y precisamente eso la hacía sentir que sí era cerrada.

En otras ocasiones escuchaba a Otto decirle cualquier cosa; que su madre, Marlene, le iba a regalar a su padre un viaje a la playa en el norte de Alemania, en Rostock, o que le había salido una obra en tal barrio, cualquier cosa, y luego, en otro momento, cuando volvía a salir el tema, Otto decía que le había entendido mal, que no le había contado eso sino algo completamente distinto, y siempre que surgía un problema entre ellos Paula tenía esa duda acerca de si le había comprendido o no.

Todo el mundo se admiraba de lo que él la amaba. Y ella

pensaba, debo estar loca para dudar de su amor.

—Vosotros me hacéis volver a creer en el amor —decían los conocidos a menudo.

Todos sabían cuánto la quería él, excepto ella.

Una tarde, Paula le tiró un libro a la cabeza. Otro día, una lámpara. Y en una ocasión más, estando como estaba, desquiciada porque a veces volvía a ser desconfiada como en el pasado, una auténtica trastornada, o porque de nuevo creía que tenía una verdadera incapacidad para relacionarse, por ese miedo que le sobrevenía a ser solo una loca y no saberlo, y porque le parecía que los malos momentos con Alizée eran parecidos a los malos que vivía con Otto y a la vez eso era imposible y entonces dudaba de su propia cordura, se golpeó la frente contra los azulejos de la ducha mientras lloraba. Quería arrancarse la cabeza, dejar de pensar.

Ya no sabía qué había sido de aquella que fue cuando vivía en Liverpool. Era como si enseguida hubiera aceptado que la verdadera Paula era esta, la que existía ahora, no la otra, la que fue feliz y despreocupada.

Ciertamente, esos episodios les dejaban un poso amargo que tardaba tiempo en desaparecer, pero eran optimistas y creían que podrían con todo. Se decían que el amor les curaría, les sanaría los corazones, ese tipo de cosas, que podrían solucionar juntos lo que viniera, lo bueno y lo malo.

Aquel fue el verano más largo y cálido en Berlín en muchos años. El bosque vibraba de vegetación exuberante y los pequeños animales brincaban a sus anchas. Los rayos de sol inundaban el jardín de la cabaña, se colaban entre las hojas de los árboles que lo flanqueaban, atravesaban el agua del canal donde Paula y Otto metían los pies, donde a veces les dejaban una barca y la amarraban allí cuando no navegaban.

Normalmente, Paula se encargaba de la segadora, de regar y de cocinar.

Otto trabajaba algunos días en la ciudad, en sus propios proyectos, que seguían consistiendo en alicatar y solar baños y cocinas.

—Cuando te vayas a pasear por el bosque, cierra bien la puerta de la cabaña, no se vaya a meter un jabalí —decía él.

Había jabalíes, y babosas de ocho centímetros entre la hierba.

De vez en cuando ella se interesaba por hacer vida urbana de nuevo y le acompañaba a la ciudad. Se quedaba paseando por

Prenzlauer Berg, por Mitte, por Friedrichshain o Kreuzberg. Otras veces le ayudaba a cortar azulejos con esa máquina que le había regalado a él su abuelo, que también había sido alicatador. Aunque, la mayoría del tiempo, permanecía en la cabaña o dando paseos por el bosque.

—Te quiero —le decía Otto cada día y cada noche.

Y ella respondía.

—Te quiero. Eres mi familia.

La abuela de Otto iba de vez en cuando a verles y a comprobar cómo estaba de cuidado el jardín. Los abuelos tenían otra cabaña a un par de kilómetros, también cerca del lago. En realidad la familia de Otto, sobre todo los abuelos pero de algún modo también los padres, no parecía tener muy buen concepto de Paula. Todos estaban de acuerdo en que la chica había hecho sufrir a Otto en el pasado y temían que aquello volviera a suceder. La abuela era la que menos disimulaba sus sentimientos. Otto era su único nieto y el chico resultaba adorable con sus abuelos, les arreglaba todos los desperfectos en casa, el papeleo, les llevaba pasteles y flores cuando les visitaba.

A Paula, la mirada recelosa de la familia de él, le llegaba al alma, y siempre sentía vergüenza en presencia de ellos.

Otto, en ocasiones, hacía pequeñas esculturas que cabían en la mano con un tipo de piedra muy blanda llamada Speckstein, que parecía jabón y donde grababa la inicial de Paula y la suya y tallaba dibujos alrededor que a ella le recordaban a los jeroglíficos egipcios.

Paula se esmeraba en preparar ricas comidas y en mostrarle de otros modos que estaba ahí, que siempre podría contar con ella.

Algunos días, recostados en el jardín, imaginaban sus futuros juntos. Decían que lucharían lo que hiciera falta por el otro. Paula buscaba en él una familia más que un amante. Esa era su necesidad y lo que él se empeñaba en ofrecerle. Reían, bromeaban con su vejez, se burlaban de las manías y los hábitos que albergarían entonces. Decían, te amaré cuando tengas la cara llena de arrugas y las tetas te lleguen al ombligo. Te cuidaré cuando estés enfermo y te falten todos los dientes. Seguiremos ahí aunque todo salga mal y seamos pobres.

Y, pese a todo ello, no pasaban más de tres días sin discutir.

Llegó septiembre y Paula pasaba cada vez más tiempo sola en la cabaña. Vivía momentos muy agradables en soledad. Otros días sin

embargo se le hacían eternos y pesados. O se inquietaba pensando en que no tenía trabajo, en que no albergaba más expectativas que esperar a que llegara Otto a casa por las noches, sin hablar apenas con nadie más que con él durante semanas. Solo tenían un coche y lo usaba él para ir a la ciudad a trabajar. Ella ansiaba encontrar un empleo pero el transporte público más cercano, el S-bahn más próximo, quedaba a varios kilómetros caminando por el bosque.

En otoño ya había comenzado el frío. Los ahorros de Paula se habían acabado y el deseo de trabajar se había convertido en una necesidad.

Además, en la cabaña no podían pasar el invierno porque no estaba acondicionada para enfrentar las bajas temperaturas. Así que había dos opciones, buscar un piso en Berlín o irse a Madrid.

Comenzaron a hablar de mudarse a España.

Una noche, en plena discusión con Otto, Paula se marchó a dormir a la casa de una conocida. Esa madrugada, a solas en un colchón ajeno con olor a humedad, recordó la residencia donde vivió su abuela y pensó que quería vivir en un lugar como ese asilo, hacerse vieja cuanto antes, no tener expectativas ni problemas ni ilusiones que se vinieran abajo, no tener que luchar, solo quería que la cuidaran. Se quedó pensando en su abuela, eso la calmaba. Recordó que la mujer se había ido a vivir a la residencia a los sesenta y cinco, en cuanto se jubiló, no esperó ni un mes, se fue con su marido y era la mujer más joven del asilo. Alizée montó en cólera cuando se enteró, le sentó terriblemente mal que se marcharan tan lejos, a una hora en coche desde Madrid, que su madre lo hubiera planeado todo sin decirle nada, Alizée no pudo impedirlo, ya se habían mudado, ya habían dejado la buhardilla de alquiler de renta antigua en la calle Toledo. Alizée, que en esa época ya estaba casada con el padre de Paula, se pasó un año sin hablar a sus padres.

Paula a veces se preguntaba por qué se habría enfadado Alizée tanto con su madre por aquella cuestión. Si eso era lo que ellos habían querido hacer, ¿por qué no iban a cumplir su deseo? Al fin y al cabo esa residencia parecía un hotel, con todas las comodidades, con gimnasio, un auditorio, cine, y la mayoría de los usuarios se encontraban bien de salud.

Dejó de pensar en su abuela y en Alizée. Se levantó en plena noche en el cuarto extraño y miró por la ventana el paisaje oscuro, el campo en penumbra, inmenso, parecía infinito. Ahora solo sentía que

apenas quedaba nada de la persona que había llegado a ser durante esos dos años viviendo por su cuenta en Liverpool, y lo más curioso era que seguía convencida de que la verdadera Paula era ésta, la que existía ahora, no la otra, no la que fue alegre y divertida y despreocupada.

Apenas logró conciliar el sueño y al amanecer llamó a Alizée y le pidió dinero para comprar un billete de avión. Nunca le había pedido dinero a su madre.

Ansiaba volver a España y trabajar. Sabía que no se iba a alojar en casa de su madre. Alquilaría alguna habitación en cualquier piso. Alizée le envió un billete y dinero. Gabriel también se puso al teléfono y así conoció Paula a su futuro padrastro. Alizée eligió el mejor momento para presentárselo; por teléfono en plena discusión con Otto.

LA VUELTA

Paula llegó a España después de hacer las paces con Otto.

Él vendría al mes siguiente, cuando finalizara la obra en la que se encontraba trabajando.

—Te amo, ¿vale? —dijo él en el aeropuerto de Tegel, al despedirse— Voy a luchar para que estemos bien.

—Bueno, ya veremos —replicó Paula.

La actitud de ella era más seca que la de él, eso estaba claro. Luego se quedaba dándole vueltas a las palabras de Otto, a la fe de Otto, y cuando recapacitaba, se arrepentía de tratarle con esa aspereza.

En Madrid, encontró un cuarto económico en un piso compartido con una pareja de franceses y un italiano. Era una vivienda grande y luminosa cuyos balcones daban a la plaza de Lavapiés.

Sus únicos pensamientos eran que todo iría mejor si estaba activa y no pensaba.

Se instaló en la nueva habitación y al día siguiente comenzó a pintar las paredes de su cuarto.

Otto la llamó por teléfono.

—¿Para qué te pones a pintar si en un mes o dos vamos a encontrar un piso para nosotros solos?

—Da igual, Otto, me apetece hacerlo.

—Bueno, como veas, Schatz. Te quiero. Te echo de menos.

Otro día, sin embargo, él se enfadó al teléfono porque Paula había salido con sus nuevos compañeros de piso y los amigos de estos. Pero le entendió porque también ella había reaccionado así a veces en Berlín. Y aunque no fuera lo mismo, porque lo que enfadaba a Paula no era la libertad de él sino sus mentiras, por aquel entonces ella no lo veía así, ella se sentía una manipuladora, creía que todo se le escapaba y no encontraba sosiego. Albergaba la convicción de que la vida era eso, esa lucha, todas las vidas, que esas eran las batallas que tenía todo el mundo cada día, albergaba la certidumbre de que esos problemas eran normales.

Las primeras semanas en Madrid, la tarea principal de Paula

consistía en buscar trabajo y la segunda en encontrar un piso para cuando llegara Otto.

Por las noches, la vivienda de Lavapiés se hallaba siempre concurrida, con grupos de extranjeros jóvenes y radiantes que luego se iban a tomar algo por ahí.

A veces Paula les acompañaba. Le parecían majos y comedidos, hablaban de sus estudios de posgrado y de sus futuros empleos y Paula pensaba que acabarían teniendo grandes puestos a la vuelta en sus países, cosa que no le seducía particularmente. Futuros contables, abogados, médicos. Jóvenes que todavía no habían empezado a trabajar, mantenidos por sus padres, y que pronto dedicarían su vida a su profesión.

Paula pensaba con orgullo que a ella no la había mantenido nadie desde los dieciocho, y además ninguna profesión le atraía lo suficiente como para estudiar una carrera, aunque tampoco es que tuviera el tiempo ni la paz mental necesaria para ello. Lo que le gustaba, se decía, era la música, componer y escribir, aunque no se daba cuenta de que eso no lo hacía a menudo, de que tampoco estaba relajada para ello.

El trabajo como camarera o como dependienta o lo que fuera cada vez, lo veía solo como el modo de sobrevivir económicamente, empleos precarios pero que le parecían bien.

Una mañana entró en una empresa de empleo temporal en la calle Alcalá. Allí, dos chicas la acompañaron a un cuartito lejos de los ventanales y le realizaron test psicotécnicos y de personalidad. Paula les explicó que buscaba un empleo que no fuera en una oficina y donde pudiera practicar sus idiomas.

Al día siguiente, Alizée dijo.

—¿Por qué no te gustan los puestos de oficina? Podrías ser la ayudante de un alto ejecutivo, de alguien de renombre. Yo he vivido de maravilla así y tú hablas varios idiomas. Podrías tener un trabajo como el mío y no esos oficios de segunda que te da por escoger.

Paula no respondía que nunca quiso tener una profesión como la que había tenido su madre porque no quería parecerse a ella, pero eso era lo que pensaba.

Comenzó a trabajar como dependienta en una tienda de ropa de caballero en un hotel de lujo. Vendía trajes, camisas y corbatas de las firmas Hermenegildo Zegna y Van Laack a ejecutivos extranjeros.

Tras cobrar su primer sueldo, decidió inscribirse en un curso intensivo con el fin de obtener el título de profesora de español para

extranjeros. Estaba más animada y, todos los días, camino de la boutique o de las clases, iba consultando en el periódico las ofertas de profesorado de español en academias que salían al mercado. Pero siempre solicitaban una titulación universitaria, no importaba cuál.

Cuando terminó el curso, al no conseguir trabajo como profesora en ninguna academia, comenzó a impartir clases como voluntaria dos tardes a la semana en unas aulas ubicadas en un colegio católico de Vallecas, mientras continuaba con su empleo como dependienta. Sus alumnos eran inmigrantes árabes y chinos y habría resultado la ocupación perfecta si hubiera cobrado. Aún así, compaginó esa tarea durante un año y medio con su trabajo en la tienda del hotel y se esmeraba preparando clases amenas mientras los alumnos también ponían de su parte.

Siempre estaba preocupada por el tema económico. Siempre buscando más trabajo, algún empleo extra, y las ideas de estudiar, de formarse, de invertir en una profesión como profesora de español, se quedaban en un ligero sueño. Todo le parecía difícil. Sin títulos universitarios o sin décadas de experiencia no era una posible candidata para nadie. Así que solo podía optar a empleos como el que tenía.

Otto había aterrizado en Madrid dos meses después de Paula y se habían mudado a un piso en el barrio de Las Letras, también en el centro. Era una zona bonita y ajetreada, con tabernas y pequeños comercios antiguos junto a otros locales modernos y recién inaugurados.

Cuando llegaron las Navidades se encontraban acondicionando la vivienda; cortinas nuevas y coloridas de Ikea, un par de lámparas de la misma tienda, una estantería Billy blanca, posters modernos en las paredes. En Nochevieja, después de tomar las uvas, Paula intentó contactar con su madre. Alizée y Gabriel se habían marchado de crucero a pasar sus primeras Navidades juntos. Pero la línea del móvil estaba siempre ocupada. Era esa época en la que las comunicaciones de los teléfonos móviles todavía en ocasiones se colapsaban. Marcó el número de Alizée varias veces pero no logró establecer conexión con ella.

A la mañana siguiente, el primer día de enero, sonó el teléfono.

—Paula, ¿cómo has podido hacerle algo así a tu madre?

Gabriel arrastraba un tono indignado que la perturbó.

—¿Qué? ¿Qué he hecho?

—Alizée ha estado toda la noche esperando tu llamada y no has sido ni capaz de descolgar el teléfono para felicitarle el año.

Paula tembló.

Él insistía:

—Es terrible, Paula, terrible.

Cuando consiguió sobreponerse, abrió al fin la boca.

—¡Claro que la llamé! Pero siempre comunicaba, las líneas estaban colapsadas.

Le parecía tan injusta aquella acusación. Además, estaba convencida de que a su madre le importaba un cuerno su llamada y no entendía por qué estaba Alizée haciendo aquello.

Se le saltaron las lágrimas. Consiguió decirle a Gabriel algo más, que su madre no era siempre como parecía, que sí había intentado llamarla durante más de una hora, que no había hecho nada para molestarla, que deseaba felicitarle el año. Esa fue la única vez que Paula llegaría a decirle a Gabriel algo así, que Alizée no era siempre como parecía. Le salía la voz como descompuesta, y le decía eso, que su madre no era siempre como parecía.

—¡No digas una cosa así! ¡No hables mal de tu madre!

Para Gabriel las palabras de Paula no tenían ningún sentido.

La hija pasó el resto del día en la cama, sin ganas de levantarse. Después, volvió al trabajo.

Se concentraba en olvidar los problemas con Alizée y apenas hablaba de ellos con nadie.

Otto encontró trabajo como alicatador y solador. Eran empleos puntuales que conseguía a través de conocidos. Se le daba bien captar clientes pero de un modo relajado y amigable. No era el típico vendedor, tampoco en su forma de vestir ni de organizarse. No poseía tarjetas de visita, no llevaba corbata ni tenía comportamientos estereotipados, resultaba cercano, desenfadado, divertido, pero la gente también le percibía franco y formal.

Reformó el aseo de un piso en Lavapiés, otro baño en una tienda de fotocopias y uno más en un pub moderno en la calle Príncipe, cerca de casa. Estaba orgulloso de los diseños que se le ocurrían. Decoraba paredes enteras con mosaicos que cortaba él mismo, era muy detallista y meticuloso. Luego se los mostraba ufano a todo el mundo.

Alguien le dijo a Paula una vez, directamente, que, qué hacía ella saliendo con un alicatador, que podía aspirar a más. Pero a Paula no le impresionaba ni el dinero ni la posición social de nadie. Es decir, su

madre tenía dinero y un buen estatus socioeconómico, y eso a la hija nunca le hizo más feliz.

Se propusieron ahorrar para comprarse un coche, así fue como decidieron alquilar la habitación libre del apartamento.

Llegó una alemana llamada Frederika que había terminado la carrera de medicina y comenzaba a disfrutar de su año sabático para aprender español. Se instaló en el piso y Paula enseguida le presentó al grupo que conocía de universitarios extranjeros, con los que había convivido un par de meses en Lavapiés, y a los amigos de estos.

Frederika y los chicos se hicieron inseparables y al poco comenzó a salir con uno de ellos, un indio que había acabado medicina en Inglaterra.

Paula, por su lado, buscaba sacar algo de tiempo para escribir o para tocar el teclado que se había comprado de segunda mano. Sonaba ligeramente metálico y las teclas no tenían el sustain de los pianos, pero le servía para practicar y su idea era comprarse uno mejor más adelante, en cuanto pudiera.

Nunca se sentaba a tocar delante de la gente, ni siquiera ante Otto, y, cuando alguna vez lo había hecho, le entraba un hormigueo por todo el cuerpo que la entumecía, como si su sangre se espesara, y se quedaba paralizada.

A veces se ponía a escribir. Entonces llegaba Otto, la veía frente al escritorio, frente al ordenador, con el documento de Word abierto y decía.

—Siempre estás perdiendo el tiempo con eso, Schatz, vamos a la calle, vamos a dar una vuelta, a tomar algo por ahí.

Y a veces, lo único que ella deseaba era quedarse sola, sentarse frente a su mesa, encender el ordenador, hacerse un café y pasar las horas escribiendo.

Se compraron el coche.

Paula se decía que las cosas iban bien.

Congeniaba con su compañera de piso y a veces salían juntas con los chicos de la vivienda de Lavapiés y sus amigos. Otto se marchaba por su cuenta, él tenía sus propios amigos, tipos que, a ojos de Paula, parecían andar de vuelta de todo, hablando y moviéndose con esa afectación de hombres duros, de vividores, y esas miradas desafiantes. Y, aunque a ella le intimidaban, cuando les veía les trataba con mucho respeto, como si fueran superiores.

Otto por su parte no daba esa impresión, él no parecía un tipo

duro pero en compañía de ellos se sentía en casa.

Un día, Frederika oyó a Paula y a Otto discutir y, al cabo de una semana, una tarde en la que Paula coincidió en la calle con el grupo de Lavapiés, les acompañó a tomar algo y, en cierto momento, el italiano se acercó y le dijo.

—Frederika me ha contado que Otto te ha tratado mal.

—¿Cómo que Otto me ha tratado mal? ¿Cuándo?

—El otro día Fred se encontraba preocupada por ti y nos lo contó.

—Eso no es así. Otto y yo discutimos a veces, como todas las parejas, eso es todo.

Respondió seria, avergonzada, incrédula. Se dio la vuelta, apretó las mandíbulas y al día siguiente, cuando vio a Frederika en la cocina, le dijo que no volviera a meterse en sus asuntos.

La alemana la contempló tímida.

—Lo siento, Paula, de verdad.

—¡Nunca! ¡Nunca vuelvas a hacer eso! ¡Es mentira!

Fred le pidió perdón una decena de veces.

—¡Es que ni siquiera me lo has dicho a mí, Fred, lo has ido contando por ahí! Si de verdad te preocupara algo, lo habrías hablado conmigo, digo yo. No nos conoces de nada Tú no sabes por lo que hemos pasado Otto y yo. Todo el mundo discute alguna vez. Métete en tus asuntos, Fred.

No volvió a confiar en ella. Siguieron manteniendo una convivencia cordial pero para Paula ya no era lo mismo. Incluso cuando Frederika ya había regresado a Alemania y Paula recibió una carta suya, nunca respondió. Luego perdió la carta con su dirección en Munich y más tarde se arrepentiría de no haberle escrito siquiera unas palabras. Habían sido buenas colegas, no tan íntimas pero cercanas, y puede que Paula hubiera hecho lo mismo en su lugar pero en esa época no le entraba en la cabeza que Otto pudiera tratarla mal. ¿Cuándo? ¿Cuándo había ocurrido ese supuesto maltrato? No lo sabía. Es decir, todo el mundo se comportaba mal a veces con las personas que quería, nadie era perfecto pero nadie tenía mal fondo, eso era lo único que creía Paula. Además, su sensación era que, si había alguien que se comportaba mal a veces con el otro, esa era ella.

Tampoco tenía con qué comparar su convivencia con Otto, más que con la que había llevado con su madre en el pasado. No había tenido relación más íntima que con ellos dos, porque Paula solo era extrovertida en apariencia, así que su realidad resultaba limitada,

sesgada, y le faltaba información. Es decir, si hubiera pasado toda su existencia en Marte, también le habría parecido normal levantarse por las mañanas y ver el cielo de color amarillo-marrón. No habría entrado en pánico por ello.

Cuando Frederika dejó el piso para volver a Alemania y comenzar a trabajar como doctora, llegó Liz, una inglesa alegre y pelirroja, de pelo corto rizado, que pensaba quedarse siete meses en Madrid. A ojos de Paula tampoco era el tipo de mujer que atraía a Otto. Paula se fijaba en esos detalles mientras charlaban en la primera entrevista. Además, a Liz le gustaba la literatura y trabajaba como profesora de inglés en una academia.

En casa hacían pequeñas reuniones con algunos conocidos, o cocinaban entre los tres y charlaban durante horas, y la chica decía de Paula y Otto que eran la pareja más maravillosa que había conocido, que tenían mucha suerte de estar juntos. Les hacía fotos, les traía flores. A veces hablaban de libros y Liz siempre le prestaba a Paula sus novelas en inglés. A Otto no le interesaba la literatura y a Paula le confortaba tener alguien con quien hablar de todo eso.

Había cosas en esa época que Paula no entendía de Otto, como por ejemplo, si era tan sociable, optimista y comprensivo, por qué otras veces sin venir a cuento se convertía en una persona completamente distinta.

Si una mañana se habían despedido con arrumacos, él había preparado un gran desayuno, la había acompañado al trabajo o Paula le había regalado cualquier cosa que sabía que le gustaba, una camiseta con el nombre de Tortoise, por ejemplo, que era el grupo favorito de Otto, o habían tonteado como críos de diecisiete, ¿por qué, cuando volvían a verse al cabo de unas horas, de pronto él se encontraba tan áspero y al preguntarle Paula qué le había sucedido, Otto respondía, ¡Nada! o ¡Déjame!, y se alejaba así de ella?

Una madrugada él llegó a casa con un arañazo en la mejilla, un arañazo como de uñas, de uñas largas, y estuvo tan enfadado que no hubo manera de traspasar ese muro. A veces Paula se cuestionaba cuál habría sido la causa de aquel rasguño o de ese otro enfado pero no había manera de hacerle hablar. Y al final temía volver a preguntarle y que él se molestara más. No era que tuviera miedo de los enfados de él ni nada parecido y tampoco temía enfrentarse a Otto, pero en ciertos momentos creía que era mejor dejarle a su aire, que no había nada que hacer.

A veces Otto decía.

—Es por el dinero, Paula, estoy cabreado por eso, porque me gustaría tener más pasta.

Pero a ella aquel no le parecía motivo suficiente, es decir, salían adelante, no eran tan pobres.

En otras ocasiones, él contaba:

—De pequeño, cuando era un bebé, me dejaron un momento sobre la tabla de la plancha y me caí de cabeza. Parece ser que el golpe fue apoteósico. Desde entonces debo de tener algo mal ahí dentro —y se reía mientras se tocaba la coronilla.

Otto volvió a quedarse sin trabajo. Cambió varias veces de profesión y algunos días decía de sí mismo que era un perdedor.

—A ti sí te va a ir bien —decía—. Yo no controlo, Schatz, soy un desastre.

Paula le rebatía, no le gustaba que él no se valorase, y en otros momentos pensaba que siempre tenía que tirar de él, que debía ser responsable por los dos, que todo el peso caía sobre ella.

Un día, Otto y ella empezaron a discutir, se encontraban en la pequeña cocina, junto al patio interior que se veía por la ventana, era la zona más oscura del piso y él hablaba y hablaba y Paula se sentía tan impotente escuchando sus palabras sacadas de contexto, sus frases injustas, que cogió una sartén y la estampó contra la pared para que él se callara o para que la dejara hablar o quién sabe para qué. Estaba llena de rabia. El golpe del metal sonó tan fuerte contra los azulejos que retumbó la pared y les dejó sordos, ambos enmudecieron y enseguida escucharon un ruido que provenía de la habitación de Liz. Liz se encontraba allí, les había oído. Paula sintió tal vergüenza, no vergüenza por haber hecho aquello o porque discutieran de aquel modo, sino porque Liz les hubiera escuchado. A Liz ellos le parecían la pareja más maravillosa, no podían defraudarla y menos estampando una sartén contra la pared, como una loca.

¿O estaba loca de verdad? ¿Qué era esa impotencia que sentía a veces? ¿A qué se debía? ¿Por qué se había vuelto tan excesiva?

Nunca hablaron de eso. Los tres hicieron como si nada.

PUDOR

Conforme recuerdas aquel tiempo con Otto, tienes la sensación de que aquella persona no eras tú.

Experimentas un pudor y un estupor al recordar ese tipo de enfados, que te deja sin respiración. Desearías poder borrar esos recuerdos, que no hubieran existido. Pero en esa época todo aquello te resultaba normal.

Ahora, te encuentras lejos de aquella vida, de aquel tiempo y de aquellas emociones.

Ahora, no puedes comprender a aquella que fuiste, las cosas que hiciste y que te dejaste hacer.

Entonces, se te pasa por la cabeza una pregunta: ¿Y, dentro de unos años?, ¿qué pensaré dentro de unos años sobre este tiempo, sobre este libro?

CRUZAR LA OSCURIDAD

Cuando vuelves a parar durante dos semanas, a guardar el ordenador, te sientes vacía, hueca, descolocada, como si hubieras vivido sola en una cueva durante mucho tiempo.

Sigues sin comprender por qué no aprendiste viviendo en Liverpool, viajando por otros países, cuando te sentiste libre y fuerte. Ni cómo había cambiado tanto tu relación con Otto respecto a los primeros tiempos en Berlín cuando teníais veinte años. O quizá solo habías idealizado esos primeros tiempos.

Era como si entonces Otto fuera otra persona. Como si ambos fuerais otros. Como si el pasado nunca dejara de reescribirse.

Escribir este libro es casi como ver una película que no para de asombrarte, que no terminas de entender. Es un camino que no sabes por dónde te llevará, que está sacando a la luz recuerdos olvidados o arrinconados, sentimientos enterrados, que te está zarandeando, reclamando toda su atención y toda la verdad, incluso la que preferirías no ver.

Es un viaje que, aunque no te gusta, aunque lo detestas, aunque no es divertido en ningún modo, tienes que transitar porque crees que solo de esta manera podrás, quizá, recomponerlo todo, y recomponerte. Solo cruzando toda la oscuridad, imaginas, o crees, que quizá así te recuperes y ya no vuelvas a equivocarte.

Ahora, todavía, a veces te parece que no sabes siquiera quién eres, o más bien, tienes la impresión de no ser más que un recipiente vacío.

Ni siquiera sabes ya cómo vestirte. Antes poseías un estilo propio, seguramente marcado por alguna moda pero era tu estilo, te sentías cómoda y conectada a ese estilo. Ahora podrías llevar el traje más horrendo y te daría igual, ahora cualquier cosa te va bien, o da lo mismo. Incluso bajas en pijama a veces a por el pan, o te pones ropa demasiado anticuada y convencional que siempre detestaste, porque es lo primero que cogiste de la tienda porque necesitabas comprarte una falda o una blusa o un jersey o unos pantalones.

Decides hacer otro viaje, irte un par de días con unos amigos a la montaña.

A la vuelta has recuperado energía para proseguir.

EL HOMBRE AL OTRO LADO DE LA PUERTA

Otto trataba a la gente como si fueran los mejores camaradas, se esforzaba por cuidar sus relaciones, por conectar con todo el mundo y hacerles sentir bien. La gente se encontraba cómoda en su compañía, la gente segregaba endorfinas junto a Otto, él tenía ese don.

Otras veces llegaba a casa borracho y con las pupilas dilatadas debido a la cocaína, las anfetaminas o el M, como hacía mucha gente por las noches, aunque Paula solo pensaba que había bebido de más. Luego había otros días en los que se iban los dos solos por ahí y lo pasaban increíble juntos. Admiraba la extroversión de él o ese carácter desafiante o esa bondad que desplegaba Otto cada vez.

En aquel tiempo Paula ya había dejado su empleo en la tienda de ropa masculina, en el hotel. Le habían ofrecido otro en una agencia de publicidad en la calle Orense, como recepcionista, y, aunque siempre había desechado la idea de trabajar en una oficina, entonces la idea le gustó; era un trabajo menos cansado que estar todo el día de pie en la boutique y quizá podía aprender nuevos oficios creativos.

A veces se imaginaba trabajando allí como redactora, ideando anuncios publicitarios para la televisión. Era una agencia pequeña, situada en la tercera planta de un edificio de viviendas.

Luego comenzó a compaginar aquel empleo de recepcionista con otro como camarera en un pub los fines de semana. Así que ahora tenía de nuevo dos ocupaciones.

Otto, por su parte, se encontraba en paro y se encargaba de limpiar la vivienda, que estaba reluciente en todo momento. Era mucho más ordenado que Paula, hacía la comida, la colada y de vez en cuando la iba a buscar al trabajo con alguna flor. También solía levantarse con ella y prepararle un sándwich cada mañana para la oficina.

Un día, Alizée le pidió ayuda a su hija para elegir unas telas. Desayunaron juntas, fueron a un par de sederías en la calle Atocha y a una más en el barrio de Salamanca. En esa época Alizée vivía en la calle Madrazo, o eso pensaba Paula hasta que subieron al estudio que tenía la mujer en la zona de los Austrias. Era un apartamento diáfano

de apenas treinta metros, que había comprado años atrás como inversión, y que solía alquilar a inquilinas jóvenes y extranjeras.

Al entrar con Paula, dijo.

—Me he mudado a vivir aquí.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No ando muy bien de dinero.

—¿Cómo que no andas muy bien de dinero, mamá?

—Le he alquilado el piso de Madrazo a una pareja de suecos y me he venido aquí unos meses.

Paula la miraba aturdida. Contemplaba el estudio tan pequeño y le parecía muy difícil situar a su madre allí. ¿Por qué estaba haciendo aquello? Tenía dinero.

—¿Y tú? ¿Qué tal estás con Otto?

—Bien.

Nunca le contaba a Alizée sus preocupaciones y ahora la madre no se empeñaba en saber, estaba ocupada con su nueva vida con Gabriel, y Paula agradecía el respiro.

—Es importante tener a alguien, ¿verdad? —Continuó Alizée—. Una persona en la que apoyarse. Es bonito vivir en pareja.

La hija la miraba confusa.

Después, dijo.

—Gabriel y yo vamos a casarnos.

—¿En serio? Vaya, me alegro.

—Sí, estoy contenta, cariño. No me había decidido a volver a contraer matrimonio después de mi mala experiencia con tu padre pero Gabriel es un buen hombre. ¿Me ayudarás a elegir el vestido de novia? No quiero parecer una tarada con el típico vestido blanco a mi edad. Ha de ser distinto, tener un toque especial.

Esa noche Paula se durmió pensando en Alizée y, poco antes de despertar, al amanecer, soñó con la puerta del piso de Madrazo. Era un sueño recurrente desde hacía años. En él, la puerta del piso siempre estaba abierta y siempre había un hombre al otro lado que procuraba entrar. En los sueños, Paula intentaba cerrarla de todas las maneras posibles pero entonces se daba cuenta de que la puerta se encontraba rota y no cerraba. Era todo muy angustioso y al final, el hombre, que nunca tenía un rostro definido, entraba y la perseguía y el resto del sueño trataba ya de la huida.

Se despertó temprano con unas ganas enormes de ver a Otto, que ya había salido de casa. Enseguida se acercó a la pequeña taberna donde él había empezado a trabajar algunos días.

El local aún no se hallaba abierto y Otto estaba organizando el almacén. Paula se encontraba inquieta pero se le pasó mientras le ayudaba. Estaban solos, el local no abría hasta el mediodía y, mientras ordenaban la bodega y limpiaban, no paraban de charlar, de bromear, de besarse.

Sonó el móvil de él y no quería descolgar delante de Paula.

—¿Quién te llama? ¿No lo coges?

—No me apetece hablar con nadie ahora, Paula.

Después, esa misma tarde o quizá fuera al día siguiente, ella, que no se podía quitar de la cabeza esa llamada y también porque aquello mismo había sucedido en más ocasiones, volvió a sacar el tema y a él le molestó la insistencia.

Entonces, ella dijo.

—¿Estás viendo a alguien?

Él contestó que no, y habló de una manera tan convincente que le creyó.

NIEBLA

Si Otto te engañaba, y eso era algo visible para algunas personas, para ti no lo era. Tú le creías. Para ti, vuestra relación resultaba muy real y auténtica. Para ti, erais un equipo, o aspirabais a serlo, remabais en el mismo barco, estabais juntos porque queríais, porque os queríais, aunque fuera todo tan difícil. No había motivos para el engaño. Y aunque Otto te parecía muy distinto a tu madre y por eso le elegiste a él (o él te eligió a ti pero de eso tampoco eras consciente entonces), el aturdimiento y la confusión y las angustias que te envolvían con él sí eran parecidas a las que habías experimentado con tu madre. Así que, para ti, sentir esa niebla, era normal.

Ahora te resulta absurdo pero, en aquella época, pensabas que todas las relaciones eran así, y que, si tú estabas confundida y eras caótica, se debía a tu personalidad, a tu desconfianza innata, no debido a ellos. Incluso aunque a veces te enfrentaras a ellos.

Te quedabas con sus palabras, las que decían te quiero y siempre estaré ahí. No con los hechos. Y eras tan introvertida, no hablabas de tus preocupaciones con nadie, a nadie le decías lo que sentías cuando te encontrabas mal, eso te lo callabas siempre. Porque, el problema, la falta de lucidez que creías tener por no lograr ver siempre lo bueno en ellos, era tuya.

Mientras recapacitas sobre ese pasado, te das cuenta de que quien no haya vivido una experiencia similar, no te va a entender, pero, por ahora, solo necesitas comprenderte tú.

En aquel tiempo, a la gente seguramente la desconcertabas. Seguramente había muchos que no lograban intuir tus motivaciones y no les quedara claro si tu aparente adicción al daño era consecuencia de otra cosa o una simple filia, algo que te producía placer.

Pensándolo ahora, seguro que hubo personas que te vieron solo como alguien que sigue ahí sabiendo todo lo que sucede. Pero tú estabas cegada, tú nunca buscaste el dolor, siempre huiste de él. El problema era que a menudo no lo distinguías.

Tu umbral para aguantar tanta confusión era muy alto, tenía que serlo para poder sobrevivir a una infancia con Alizée. Pero emprendiste mil caminos a lo largo de tu vida para entender y para alejarte de lo que te perjudicaba, aunque fuera tan difícil distinguirlo.

Ibas a tientas, pero ibas. Te caías y volvías a levantarte.

Una vez, Otto te contó que su madre, Marlene, engañaba a su marido deshaciéndose de las cartas de la hija anterior de él (hija que tuvo con su primera mujer) que llegaban al buzón de casa cuando Otto era un niño y que Marlene enseguida tiraba a la basura.

El padre nunca supo que su hija le escribía. Y la hija nunca obtuvo una respuesta y debió creer que a su padre ella no le importaba.

Quizá solo seamos como las personas que nos han criado. O, si no, solo las busquemos en otros. Quizá el libre albedrío no sea más que una ilusión.

AQUELLA POSIBILIDAD

A veces, Otto decía que le gustaría tener un hijo y Paula se quedaba pensando en aquella posibilidad y enseguida recapacitaba que no sería una buena madre, con el tipo de vida que llevaba tan inestable, con lo desastre que era, desordenada, caótica, miedosa, obsesiva y nunca tenía dinero suficiente, y con Otto imposible con los altibajos que tenían, y si se separaban qué sería del niño, y si su hijo y ella tuvieran los mismos problemas que tenía ella con su madre, no lo soportaría. Además, debía trabajar, no tenía tiempo, era imposible, al menos entonces.

A veces le sobrevenían unos dolores de tripa tan fuertes que los médicos la dejaban ingresada varios días en el hospital. Le habían diagnosticado una EIP; una enfermedad inflamatoria pélvica.

Y en otra ocasión en la que tuvo que regresar al hospital, fue intervenida de urgencias.

Aquella vez fueron otros los motivos. El ginecólogo cirujano decidió abrir sin saber realmente qué le sucedía, sin que consiguieran calmarle el dolor con nada en urgencias ni someterla a una resonancia magnética porque Paula no era capaz de pasar un solo minuto quieta dentro de ese tubo.

Durante el ingreso y tras la operación, el médico hablaba con Alizée, no con Paula. Alizée tomaba el control de la situación y Paula lo dejaba todo en manos de su madre, como había hecho siempre. Tras la intervención, pasó una semana más en el hospital, recuperándose. Le había quedado una cicatriz de veinte centímetros debajo de la tripa, de lado a lado.

El médico le dijo después, que no podría tener hijos.

De vuelta en casa, en el piso del barrio de Las Letras donde vivía con Otto, Alizée le explicó que le habían quitado un quiste de sangre coagulada de ocho centímetros que tenía pegado a un ovario y que además tenía las trompas totalmente obstruidas.

Sin embargo, en otro momento, Alizée le explicó algo completamente distinto, ya no había sido un quiste de sangre coagulada de ocho centímetros, había sido otra cosa que Paula ni siquiera comprendió, pero estaba demasiado abrumada por el hecho

de que no iba a poder tener hijos en el futuro, y acostumbrada a vivir en la confusión. No se le ocurrió volver al hospital para preguntar. En aquella época se sentía tan superada por todo que ni siquiera le dio más vueltas a aquello, y, cuando al cabo de varios años volvió a aquella clínica para pedir su expediente, le dijeron que habían pasado cinco años y que ya no lo conservaban. Por ley, no tenían obligación de conservarlo pasado ese tiempo y Paula no pudo reclamarlo.

En aquella época tenía un seguro médico privado a través de la póliza de su madre y Gabriel. En aquella época todavía no se había digitalizado la documentación de los pacientes, se hallaba todo en papel y, según le dijeron en administración, ya no poseían su expediente y además, el médico que la operó, se había mudado a otro país y no podían contactar con él.

Con el tiempo, el trabajo como recepcionista en la agencia de publicidad, había comenzado a dejarla exhausta. Le resultaba mucho más cansado que el empleo por las noches los fines de semana en el pub. Entre semana, llegaba a casa a las ocho o las nueve, pasaba trece o catorce horas fuera y al volver no quería hacer nada. Encendía la televisión y se tumbaba en el sofá.

Sentía que se había vuelto una mujer aburrida.

Vio en la pantalla un par de películas en las que el marido de alguien conocía a una chica maravillosa y dejaba a su mujer o la engañaba con ella, y las dos veces Paula sintió que ella era esa mujer. Nunca se veía reflejada en el marido, tampoco en la amante. Ella era la mujer hastiada y cerrada de mente que siempre se quejaba y a la que era completamente lógico abandonar.

En ocasiones se preguntaba si alguna vez había amado ella de verdad a Otto, si estaba enamorada de él. No lo sabía, sabía que le necesitaba y que le quería de una manera extraña, así como era su relación con él, de dependencia más que otra cosa. Tenía la sensación de que le iba la vida en ese vínculo. Seguía sin ser consciente de su propia dependencia, y mientras tanto, Otto, con esa capacidad asombrosa que tenía él para observar desde fuera todas las situaciones, la manipulaba. Pero a Paula le resultaba imposible poder ver eso con sus ojos. Jamás creyó, ¿o no quería verlo?, no, verdaderamente no lo concebía, que él fuera una persona manipuladora. De hecho era ella quien se tenía por su verdugo.

Otras veces, cuando llegaba a palpar esa distancia que se creaba entre la imagen que albergaba de él y cómo él se mostraba, se

quedaba desconcertada, y entonces sus frases preferidas ya eran, eres un mentiroso, no tienes límites. O; siempre tengo que tirar de ti, me agotas. Pero en el fondo no terminaba de creerse sus propias palabras, por eso seguía ahí. Y cuando acababa la discusión, se sentía fatal por haberle tratado de ese modo, así como su madre la había tratado a ella en ocasiones: imaginándola como no era, acusándola de lo que no hacía.

También había días en los que se volvía una mandona, ve a comprar el pan, Otto, pásame el mando, tráeme una coca cola de la cocina. Y él siempre la hacía caso, la peloteaba y se mostraba servicial y cariñoso, adoptaba el personaje de me sacrifico lo que haga falta para que estés bien porque te amo. Y ella veía su generosidad, o su paciencia, y se terminaba de convencer de que se había convertido en una persona atroz, en la amargada y la paranoica que nunca había sido.

No podía imaginarse que solo sería así con él, que nunca más tendría la necesidad ni le saldría de manera natural comportarse o actuar de ese modo con nadie. Que, Otto, sacaba lo peor de ella.

Una amiga llegó de visita desde Galicia con su novio y se quedaron una semana con ellos. Un día, la chica vio a Paula enfadarse con Otto, y después, en un aparte, le dijo.

—Vaya, Paula, con lo dulce que parecías siempre.

Paula la miró asolada, ahí estaba la prueba; era ella la que estaba tarada, la que veía cosas donde no las había.

Llegaron las vacaciones y se marcharon los dos en coche a Marruecos. Iban a recorrer el país hasta el desierto. Fue Paula quien se empeñó en hacer aquel viaje a pesar de que era verano y el clima resultaría demasiado caluroso. Y, de todas formas, a Otto le pareció bien.

Por el camino él la dejó tirada en una ciudad marroquí, de noche, y Paula tardó horas en encontrar una comisaría, no sabía dónde se encontraba, tan confusa. Después un policía la ayudó a localizar el coche y ella se despidió del agente asegurándole por medio de gestos que todo estaba bien. Esperó a Otto fuera del vehículo, porque ella no tenía las llaves, hasta que él llegó poco antes del amanecer. Y, aun así, a Paula ni siquiera se le pasó por la cabeza que Otto pudiera actuar de mala fe con ella. Alguna vez le embargó la certidumbre de que Otto la odiaba pero enseguida meditaba que no era posible, que su cabeza le jugaba de nuevo malas pasadas.

A la vuelta estaba exhausta.

Le dijo que quería separarse y Otto no puso objeción.

Entonces, se acabó.

Ella no sabía por qué quería alejarse de él, solo comprendía que tenía que hacerlo, no había motivos para ello, ella no los veía, pero sí se daba cuenta de que se iba consumiendo, y que solo lograría liberarse de la pesadumbre cuando se separara de Otto.

Sin embargo, a pesar de la ruptura, ni él decidía mudarse a otro piso o regresar a Berlín, ni ella se marchaba de esa vivienda. Los alquileres en Madrid estaban por las nubes. Habían tenido suerte con ese piso, era más económico porque se encontraba encima de un pub ilegal que, afortunadamente, cerró poco después de que se mudaran allí. Alquilar una vivienda para ella sola suponía un lujo que no podía permitirse y tampoco se imaginaba en esos momentos yéndose a vivir a un piso compartido con desconocidos. Así que, de momento, como hacía tiempo que Liz había regresado a Inglaterra y no habían vuelto a alquilar la habitación, Paula se trasladó a ese cuarto.

Acababan de cumplir veintiocho años. Continuaron viviendo juntos en el piso del barrio de Las Letras, sentándose a comer a la misma mesa cuando coincidían y durmiendo cada uno en una habitación salvo cuando uno de los dos se ponía enfermo y el otro le cuidaba.

EL MOTIVO DE TODO

Te levantas del escritorio y vas a preparar café.

En la cocina, mientras esperas a que el café se haga en la vieja cafetera italiana, recuerdas que, en una ocasión, durante los últimos meses de convivencia con Otto en Madrid, cuando ya no erais pareja, él te vio un día bromeando y divirtiéndote en la calle con un conocido suyo y de vuelta en casa te dio un bofetón, estabais de pie y te dio tan fuerte que te caíste sobre la mesa y después al suelo. Entonces se marchó, y tú no reaccionaste. Otto nunca te había pegado. Desde que le conocías hacía ocho años nunca te había puesto la mano encima y tú sin embargo habías llegado a tirarle una lámpara a la cabeza una vez. Eso fue lo que pensaste en ese momento, así le disculpaste. Te quedaste sin aire, te dijiste que Otto era impulsivo y que no lo había podido evitar. No te enfadaste con él ni hiciste nada, pensaste que se le había escapado. Lo disculpaste y lo olvidaste.

Mientras te sirves el café, meditas que, en esa misma época, tu madre ya se había casado con Gabriel y habían comprado el chalet de Majadahonda.

Unos meses antes de la boda, Alizée había dejado de vivir en el piso de Madrazo, se había mudado al estudio de apenas treinta metros que tenía en propiedad en la zona de Los Austrias, alegando que no andaba bien de dinero, y había alquilado el piso de Madrazo a una pareja de suecos para, según dijo, poder mantenerse. Pero, al pensar en ello ahora, recapacitas que tu madre tenía dinero, que no necesitaba vivir en aquel estudio diminuto.

Mientras tanto, Gabriel había vendido su casa con jardín; un chalet fabuloso con piscina en Aravaca, una zona adinerada a las afueras, donde el hombre había vivido con su mujer y criado a sus dos hijas.

Gabriel había vendido su propiedad para poder comprar la casa en la que Alizée y él vivirían tras la boda. El hombre se desprendió de su finca, se dijo que empezaba una nueva etapa de su vida y acompañó a sus hijas a buscar un piso de alquiler para cada una, con la idea de ayudarlas después a comprar una vivienda también para ellas.

En aquella época, a ti nunca se te ocurrió que, tan solo unos meses antes de la boda, tu madre se hubiera mudado al minúsculo estudio en los Austrias para hacer ver a Gabriel que no podía ayudar económicamente en la compra del chalet de Majadahonda. No se te pasó por la cabeza ni por

un segundo que tu madre solo quisiera aprovecharse de ese hombre, que esa fuera su meta, el motivo de todo.

Al cabo de unos meses, viviendo tú aún con Otto pero sin ser ya pareja, Alizée te quiso alquilar a ti el piso de Madrazo porque los inquilinos suecos habían regresado a su país.

Durante un par de semanas, le diste vueltas a la propuesta de tu madre. Tenías recuerdos inquietantes de ese piso, pero también resultaba una vivienda fabulosa, espaciosa y céntrica.

Decidiste aceptar. Esa era tu oportunidad para dejar de vivir con Otto. Decidiste que empezaba una nueva vida.

Otto y tú no os despedisteis. No os contasteis que seguiríais siendo amigos, lo que fuera. Aun así, antes de que dejaras el apartamento, volvisteis a discutir en varias ocasiones.

Cuando te mudaste a Madrazo, Otto dejó de pagar el alquiler. Siguió viviendo en el apartamento del barrio de Las Letras durante unos meses, se deshizo de tus pertenencias, las que no te habías llevado al principio; una guitarra española, chaquetas de invierno, libros, el teclado, porque, según te dijo, no tenía dinero. Cuando regresaste a por ellas, ya no estaban. Volvisteis a discutir y dejasteis de hablaros. Luego te enteraste de que le había regalado la guitarra a una chica con la que se veía.

CONSTRUIR EL PASADO

Tienes una gran maleta en el trastero de casa donde guardas viejas fotografías, negativos, carretes, cartas, cuadernos. Hace años que no la abres.

Decides sacarla del trastero, llevarla a casa. Sabes que hay fotos y cartas que Otto te escribió durante los años de convivencia.

Primero tomas las cartas.

Te sorprende su letra angulosa y llena de gambas con forma de gancho. En realidad se parece a la letra de tu madre pero es más desordenada aunque no tan afilada como la de tu madre.

Comienzas a leer. Están todas en alemán. Él casi siempre te hablaba en alemán y tú le hablabas a veces en alemán y otras en castellano. Las lees y te parecen más frías, más estereotipadas de lo que recordabas, no las imaginabas así. Después de la tercera, las apartas.

Sacas las fotos que guardas en sobres, y los dos álbumes.

Lo que más te sorprende en algunas de ellas es la mirada de Otto. No es una mirada sosegada, sobre todo en las que le hacías de cerca, a él solo. En ellas tiene una mirada turbia, con una fijeza inusual, exagerada, incluso bizquea ligeramente en algunas, aunque quizá eso se deba a que el objetivo le quedaba demasiado cerca. Está serio. Pero tú entonces no veías así su mirada, tú la veías franca y amable, y después la recordabas franca y amable.

Una vez escuchaste que es en las fotografías donde mejor se ve el alma de las personas. Tú sueles tener cara de incomprendida, y tu sonrisa no es seductora, es una sonrisa desarmada. A Otto le percibes en esas fotos como si ocultara algo, eso es, esa es tu percepción ahora en ellas.

Ahora sabes que en realidad no le conocías pero hubo una época en la que él era la persona en la que más confiabas.

Es extraño cómo habías olvidado una buena parte de vuestra relación que sin embargo ha ido saliendo aquí. Has recapacitado por primera vez sobre ciertas situaciones que ahora te resultarían impensables.

Cuando te separaste de Otto, durante los siguientes meses, te encontrabas profundamente enfadada con él. No sabías qué había sido real y qué no en vuestra relación. No entendías qué había sucedido en verdad a lo largo de todos esos años. Si intentabas pensar en ello, solo te hundías en

un pozo en el que era imposible vislumbrar nada y tenías que ir tanteando a ciegas e imaginándote cómo deseabas que hubiera sido tu historia con él, con qué recuerdos querías quedarte, cómo querías construir tu pasado. En realidad existían muchas opciones, podías decidir entre: "Tuve una larga e intensa relación con un alemán del Este y nos amábamos con locura pero éramos demasiado jóvenes e inseguros". O: "tuve una relación tormentosa a lo largo de casi ocho años que me dejó tocada y al final nos desenamoramos". O: "fui manipulada durante años por un trastornado mental". O: "me porté fatal con el hombre que más me ha amado en mi vida".

Pero ¿Cuál era la historia verdadera? ¿Era de hecho alguna de esas?

Sabías que vuestra vida en común estuvo llena de altibajos, a veces te sentías muy bien con él, era cariñoso y sus palabras sonaban sinceras y dulces y hermosas, y él estaba ahí, o decía que estaría ahí cuando le necesitaras. Lo máximo que llegabas a pensar era que solo estaba un poco perdido, que no era muy inteligente.

Pero la verdad es que tu madre te había jodido la mente y el instinto. Confiabas en quien no debías y eras incapaz de vislumbrar la realidad.

Sin embargo, hasta ahora, diez años después de separarte de Otto, no has logrado verlo de este modo, ni siquiera cuando regresó, cuando tú estabas con Pedro. Ni siquiera cuando hizo lo que hizo, poco antes de lo Imposible.

LA LLEGADA DEL VERANO

Últimamente, los meses han pasado tan deprisa mientras escribías, que apenas te has dado cuenta del cambio de estación. Solo cuando no te ha quedado más remedio que sacar la ropa de verano del trastero porque los jerséis y los calcetines te habían empezado a enfermar, has percibido la llegada del verano. Tan absorta has estado en este manuscrito.

Llevas un año y medio aquí encerrada. Y la historia está llegando a su fin. Y ahora tienes que contar lo que sucedió al final con Alizée.

Antes de comenzar este manuscrito, rechazaste la idea de diseñar una estructura, una escaleta o un esquema. Solo sabías que hasta el final no ibas a contar Lo Imposible, que primero recordarías todo lo anterior. Ibas a escribir la historia tal cual fueran aflorando los recuerdos y creías que, emplearte en un texto largo desde ese lugar, sin un esqueleto o esquema previos, convertiría el proceso en algo mucho más difícil, más arduo de escribir y de armar, y a lo que quizá no llegaras a lograr darle forma, pero esta te parecía la única manera, no podías organizar el modo de narrar este relato como quien se embarca en la construcción de un edificio o planifica cualquier proyecto para un fin concreto, ni siquiera cualquier novela. Así que quizá haya quedado todo demasiado desordenado, incomprensible, repetitivo. Pero te dices, es lo que hay y, además, así es como fue.

También habrías preferido escribir otra historia, no esta. Pero tú no la has elegido, ella te ha elegido a ti.

Mientras sacas los vestidos de verano de la caja que has subido del trastero y te los pruebas, te parece que hace siglos que no te pones un vestido. Buscas música animada y te dices que, cuando acabes este manuscrito, harás un buen viaje, quizá por España, quizá pases un tiempo en el sur, en la playa.

El mar te trae recuerdos de tu padre, del tiempo en que le visitabas en la isla. En realidad no albergas apenas anécdotas con él ni ninguna foto suya, Alizée tampoco tenía fotografías suyas, se deshizo de casi todas tras la separación, solo conservó dos; una en la que aparecías de bebé aprendiendo a nadar y él a tu lado, y otra en la que estaba sentado a su mesa de trabajo y tú con cuatro años de pie junto a él y rodeándole con los brazos, muy contenta. Él también sonreía, tímido como era.

Tu padre te enseñó a nadar y a montar en bicicleta. Tu abuela te enseñó a caminar un día en la residencia. Tu abuela decía que estabas tardando demasiado en aprender tus primeros pasos.

Tu padre estaba triste.

Tu padre parecía siempre indefenso.

A veces te has preguntado por qué él no te sacó de allí, pero quizá a él también le costaba la realidad.

O quizá Alizée le había amenazado.

Antes no le entendías. Ahora has empezado a comprenderle mejor.

Ahora te gustaría que siguiera vivo, darle un abrazo, decirle que todo está bien entre vosotros.

Te acuerdas de esos regalos que te enviaba desde Tenerife cuando eras una niña, cosas que fabricaba él a mano, y tú siempre te alegrabas al recibirlos y después los escondías.

PARTE III - MIEDO

ANTES DEL SILENCIO

Es el año 2006 y, desde el otoño anterior, Alizée y Gabriel acuden todas las semanas al taller de pintura del Ayuntamiento, un pasatiempo nuevo que Alizée se ha empeñado en que Gabriel realice con ella.

Al hombre, al principio, no le atraía la idea de hacer un curso pero después también él comenzó a disfrutar en las clases.

A la salida del taller, Alizée se junta con otras mujeres más apocadas que ella, se van juntas a tomar café o unos vermús a cualquier cafetería y las hace reír y las escucha. Siempre se ha desenvuelto bien en sociedad, habla con sentimiento sobre su vida y del mismo modo le pregunta a la gente por la salud de sus maridos, por el nuevo empleo de sus hijos, por ese hombre o esa mujer que han conocido recientemente. Se interesa profundamente por los demás. Esa es la sensación que transmite, que ha transmitido siempre.

Gabriel se ha acoplado al ritmo del curso y ha retornado el carácter bromista de su juventud. Hasta que a Alizée le molesta alguna cosa o vislumbra alguna supuesta ofensa por parte de su marido y de vuelta en casa vuelve a enfadarse con él. Entonces aparece en escena Paula; Alizée normalmente le pide a su hija que vaya a verles, a comer con ellos, y cuando la hija llega, se encuentra con una nueva discusión sobre las pinturas que ha dibujado cada uno en el taller esa semana, o resulta que Alizée le ha retirado la palabra a Gabriel por cualquier otra cuestión.

Los cuadros nuevos —bodegones, paisajes campestres, barcas— cuelgan en las paredes unos días y luego, la siguiente vez que Paula va a visitarles, hay otros nuevos y su madre enseguida le pide que diga delante de ambos qué lienzos le gustan más.

Paula intenta descifrar qué cuadros ha pintado su madre y para calmar las aguas señala esos.

Dentro de los conflictos familiares habituales, a los que Paula está acostumbrada, todo resulta casi tan normal y cotidiano que nada parece presagiar lo que está a punto de suceder.

Las peleas entre Alizée y Gabriel suelen durar semanas, a veces meses enteros. Durante las discusiones normalmente Alizée se enfada

profundamente y él intenta adaptarse o resolver, Gabriel tiene mucha energía y continuamente busca soluciones que la hagan sentir mejor.

A Paula, de algún modo que todavía no entiende, ciertos instantes entre su madre y Gabriel le recuerdan a la convivencia entre Alizée y ella en el pasado. Entonces experimenta una nausea o un pellizco en el estómago o una pena que la deja sin respiración, el hombre le da lástima, así que, en ocasiones, a solas con su madre, le dice que Gabriel no es un mal tipo, que no se enfade tanto con él y Alizée la mira y responde.

—Desde fuera es muy fácil opinar, Paula, pero tú no vives con él. Gabriel no es ningún santo, tú no lo conoces. De visita es encantador pero yo vivo con él y sé cómo es. Gabriel le dio tantos disgustos a su mujer que la hizo enfermar, la mató a disgustos.

En otro momento, por esas mismas fechas, Alizée contempla a su hija y dice:

—Paula, ¿te he contado alguna vez que una echadora de cartas me dijo que en otra vida habías muerto quemada? Quizá creyeron que eras una bruja y por eso te quemaron. Debió ser horrible, cariño. A lo mejor por eso tienes este carácter tan difícil en esta vida.

Paula la mira estupefacta. Cuando Alizée empieza así, la hija se queda en blanco, ni siquiera sabe qué pensar realmente. Ni siquiera puede pensar. Traga saliva, la observa atónita un instante y Gabriel vuelve a entrar en el salón, él no ha oído nada.

En una ocasión más, Alizée llega al piso de Madrazo y le pide a Paula que firme unos papeles. La hija quiere saber qué contiene ese documento pero su madre no se lo enseña sino que se enfada porque desconfíe de ella. Al final, solo le acerca la última página, donde Paula debe firmar.

—No voy a firmar. Me niego. No sé ni qué es, ni siquiera me dejas verlo.

Entonces, Alizée se marcha furiosa del piso.

Durante estos meses, la madre también le cuenta a la hija que ha abierto una cuenta bancaria a su nombre, aunque no le dice en qué banco en cuestión.

Paula la contempla perpleja.

—¿Has abierto una cuenta a mi nombre sin que yo esté delante ni sepa nada sobre ello?

—Sí. Solo tuve que decir que soy tu madre y enseñar una

fotocopia de tu DNI. En esa sucursal son encantadores. Ha sido tan fácil.

—¿Y para qué lo has hecho? ¿Para qué la quieres?

—Me he puesto a mí como autorizada.

—¿Pero por qué? ¿Para qué quieres una cuenta a mi nombre?

—Por nada importante, hija, eso es cosa mía.

No le da a Paula el número de la cuenta ni le da una tarjeta. La cuenta es de la madre, aunque esté a nombre de la hija. Y aun así, Paula no insiste en preguntarle en qué banco en particular la ha abierto. No se le ocurre averiguarlo y darla de baja. No se le pasa por la cabeza indagar sobre ese asunto. No se atreve a hacer nada a espaldas de Alizée. Esa posibilidad simplemente no existe en su mente.

EL PRINCIPIO DEL FIN

Un día, cuando Pedro termina los ensayos en el centro de Madrid con el grupo, se acerca a ver a Paula al chalet inhabitado donde ella ensaya al piano varias tardes a la semana. Ella ya toca piezas complejas de Chopin, de Bach, de Mahler. Toca jazz, funky, rock, clásica. Sobre todo le gusta improvisar. Ha dedicado la mayor parte del tiempo a practicar, aprender partituras y componer en ese lugar.

Esa tarde, Pedro aparece mientras ella practica.

—¿Qué tal fue la clase? ¿Te dijeron algo de las partituras que escribiste?

—Todavía no se las he enseñado al profesor.

Paula ha compuesto unas piezas nuevas. Entonces, le muestra una composición que acaba de terminar y él la contempla con esa mirada honda que la atraviesa como una bala. A Paula siempre le dejan absorta esas miradas.

—Deberías grabar una maqueta. En el estudio que te ofreció esa profesora. Sería una buena oportunidad.

Ella asiente. Después, cierra la tapa del piano. Se montan en el autobús hasta Moncloa.

—¿Vamos a tomar algo por ahí? —dice Paula cuando llegan al intercambiador.

Él se encoge de hombros.

En Moncloa encuentran una coctelería y después de un rato, los altavoces del local arrojan un sonido estridente, muy fuerte y agudo, que recorre la sala durante casi un minuto. Está fallando algo en el equipo de música. El camarero se apresura hacia la barra para apagar el amplificador. Pedro se ha tapado los oídos, las manos se le han agarrotado y se retuerce en su asiento como si le hubieran metido una aguja en el tímpano. Una vez él dijo que hay sonidos que no puede soportar pero Paula nunca le había visto así.

—Tranquilo.

Él sigue encogido.

—Tranquilo, Pedro. No pasa nada.

Él se queda en silencio durante toda la noche. Tampoco cuando llegan a casa vuelve a hablar.

Al tumbarse, ella le abraza hasta quedarse dormida.

Al cabo de unos días, Pedro se marcha de gira. Va a actuar en el Razzmatazz de Barcelona, en el Palau de la Música y en varios clubs del sur de Francia.

Antes de irse, dice que no quiere viajar más. No le gustan los viajes. No le gustan los cambios. Tampoco quiere seguir con el grupo.

—¿Pero, por qué?

—Ya he vivido esta experiencia. No necesito seguir. Lo dejaré cuando grabemos el nuevo disco. Seguiré componiendo solo, a mi aire.

Paula graba una maqueta en el estudio de la profesora de la escuela de música. Siete piezas en un total de cuarenta y ocho minutos.

A veces le inquieta la ausencia de Pedro, cada vez más esquivo, como si volviera a su ser natural. Le contempla y le parece que están tan lejos, aunque físicamente se encuentre a su lado. Se miran y a veces es como si a Pedro sus ojos le quedaran grandes o que le quemaran. En ocasiones ninguno de los dos se comporta con naturalidad.

—Sabes —le dice ella una noche por teléfono—, de pequeña yo también pensaba que algo en mí no era del todo normal, que mi vida no era como la del resto de las personas. Quizá sea por eso por lo que nos entendemos.

—No nos entendemos tanto, Paula. Yo no soy siempre como tú me ves.

—¿Qué quieres decir? Claro que te conozco y quizá no nos entendamos siempre pero sí la mayoría del tiempo.

Se hace el silencio.

Paula insiste.

—¿Qué estás pensando?

—Nada.

—¿Pero entiendes lo que he dicho?

—No sé, Paula.

Se quedan callados. Más tarde, él dice.

—Tú vives. Yo finjo vivir.

Ella no comprende lo que quiere decir él con fingir una vida.

Pedro también dice:

—Debo ser yo. No creo que sea capaz de tener una relación con nadie.

Al día siguiente, suena el teléfono y en la pantalla Paula lee un

número desconocido, largo, con prefijo de Alemania.

Al descolgar, escucha la voz de Otto.

—Hola, Paula. Soy yo.

A ella no le sale la voz, las palabras se quedan atascadas en la garganta. Hace dos años que no habla con él.

Otto prosigue por el auricular.

—¿Cómo estás? Tenía ganas de llamarte desde hace tiempo, pero no me decidía —dice él.

El estómago de Paula se acaba de encoger. Escucha su sonrisa por el auricular y, tras el colapso, se alegra de oírle, pero es una alegría mezclada con inquietud.

—Estoy bien, Otto. ¿Y tú?

Aunque pueda parecer mentira, en esos momentos ella piensa de él que, a pesar de lo mal que terminaron, de los problemas del pasado entre ellos, Otto siempre ha sido una persona cariñosa.

—Todo va súper —dice él—. Te llamo porque voy a ir unos días a Madrid y me gustaría verte. Schatz, me alegro de hablar contigo, no quería que acabáramos así.

Al cabo de esos días, Paula se acerca al lugar donde ha quedado con Otto, en la plaza de Santa Ana.

Le ve de lejos. Otto se encuentra más delgado. De cerca atisba sus ojeras, esas que siempre le gustaron porque le hacían parecer un chico complejo y rebelde, ahora lucen más marcadas. El rostro ligeramente demacrado, pero se ve atractivo como siempre. Él la abraza en la calle y dice.

—Tenía ganas de verte.

En esos momentos, ella, como si su propia candidez la fuera a proteger de algo, siente que su vida durante ocho años con él, no ha sido tan tremenda. Pero también sabe que nunca volvería a ese pasado.

Mientras caminan por la calle, se da cuenta de que está tensa y procura relajarse.

En el restaurante, le habla de Pedro, le cuenta que tiene una relación, que para ella es importante.

Otto la escucha en silencio mientras la tantea, mientras comprueba el grado de poder que objetivamente ejerce ahora sobre ella, si es que aún ejerce alguno, y se está dando cuenta de que la forma de actuar de ella hacia él ha cambiado, y parece analizar esto como quien comprueba el nivel de aceite del coche. Pero Paula eso no lo percibe, ella cree que Otto está entendiendo lo que ella dice, que se

alegra por Paula o que al menos comprende que está rehaciendo su vida.

¿Y él, tiene él alguna relación? Le pregunta.

Otto nunca le hablaría a Paula de otras novias, o de que las mujeres solo le inspiran sexo ocasional, o lo que sea. Él siempre diría, en ese tono humilde y bajo que adopta a veces, no hay nadie como tú, Paula, o, no estoy preparado todavía. Y esto último es lo que dice, que aún no está preparado para comenzar otra relación.

Paula medita que ella ha sido muy rápida, ¿quizá demasiado? Apenas comenzó su historia con Pedro unos meses después de dejar el piso donde vivía con Otto.

Entonces, él dice, sonriendo.

—Ya no sientes por mí lo que sentías antes. Ya no estás enamorada de mí.

Lo dice con una sonrisa, tranquilo, sin más afección que quien ve objetivamente un hecho aemocional y lo analiza; como quien dice: las neveras enfrían los alimentos.

En realidad Otto nunca ha sido consciente de que Paula no estuvo tan enamorada de él, sino que era más que nada la manipulación de él y la tendencia de ella a la dependencia, lo que durante años la atrapó en ese vínculo. En todo caso, si algo amó Paula de él, fue un espejismo, no a quien era en realidad Otto, porque no le conocía.

Y él, por su parte, sabía que si se mostraba ante ella tal y como era, si era honesto, Paula se habría espantado. Él la conocía a ella mucho más que ella a él. Él se divertía con ella, le gustaba la forma que tenía Paula de percibirle. A veces le hacía sentirse de verdad un tipo comprensivo y genuino, y en realidad Paula no era molesta, no le molestaba, Otto podía seguir haciendo a sus anchas lo que le venía en gana mientras estaba con ella, Paula nunca se enteraba de las artimañas y los engaños y él no se sentía mal por ello.

Tras el café, mientras pasean, Otto le cuenta que quiere saldar unas viejas deudas con un par de colegas, nada serio, dice. Ella no sabe a quién debe dinero ni cuánto, pero nunca se ha metido en esos temas porque son asuntos suyos y porque (que Paula sepa) nunca fueron cantidades importantes. No más de trescientos o quinientos euros cada vez.

Se despiden y quedan en mantener el contacto.

No será la última vez que se vean, aunque lo que ocurrirá entonces no se parecerá a lo que ella imagina ahora.

Por la noche, llama a Pedro. Escucha su voz y le habla del

reencuentro. Pedro no dice nada.

Durante las siguientes semanas, cuando va a ver a Pedro, cuando se encuentra con él, le percibe cada vez más lejano. Y, cuando le pregunta, cuando pretende indagar, lo que toca es agua, un océano entre ambos, una masa de mar inmensa que la lleva a una orilla y a otra y ella no puede nadar libremente, arrastrada por la corriente, una marea que no logra dominar.

No sabe si le ha comprendido alguna vez, ni si él la ha comprendido a ella.

A veces asiste a conciertos de música clásica que se celebran en iglesias, entra sola en los templos y se queda de pie, tímida, junto a la entrada.

Alguien le habla de un certamen de piano. Decide presentar la maqueta que grabó. El concurso lo convoca una fundación que premia al ganador con la grabación y distribución del disco a cargo de una reconocida discográfica. La convocatoria está abierta a jóvenes de hasta treinta y cinco años.

En realidad, no valora la idea de ganar o de quedar finalista como una posibilidad real, pero la sola acción de presentarse a un certamen, la hace sentir que de algún modo ya es una pianista. Nunca se ha atrevido a llamarse a sí misma pianista o música, pero mientras prepara la documentación para presentar su obra (también esa palabra "obra" le queda grande, pero al fin y al cabo eso es lo que es su maqueta, una obra. ¿Cómo llamarla si no?), mientras graba cuatro copias en un CD, mientras redacta la plica con sus datos personales y elige un seudónimo para ella y un título para el conjunto de la obra, se percibe extraña pero también ligera y excitada. Entrega cuatro copias de la maqueta y el sobre que contiene la plica. Lo ha introducido todo en otro sobre que le sellan en recepción y en el mismo mostrador le dan un papel con la fecha y la hora de la entrega.

Solo si su obra resulta ganadora, el jurado abrirá la plica que desvelará su identidad.

Alizée la acompaña a entregar el sobre y se coge las solapas del abrigo por la calle llevándoselas al pecho mientras dice.

—Yo te daré suerte, cariño, siempre he deseado lo mejor para ti.

Luego, entran en una cafetería y en el momento en que Alizée vuelve a preguntar por Pedro mientras giran los cafés con las cucharillas, a Paula se le mojan los ojos por primera vez.

Cuando, poco después, la relación entre Paula y Pedro termina,

ella siente que se ahoga, que necesita tomar distancia, por eso viaja al sur. Va a visitar a una amiga. No mantiene tanto contacto con Isabel pero su compañía siempre la confortó, así que permanece tres semanas en su pueblo entre montañas y casi no se permite la tristeza, sabe cómo poner barreras para alejar el dolor. Lleva haciéndolo toda la vida. Ahora no puede soportar esos sentimientos, no todavía, solo quiere mantenerse ocupada, hacer excursiones, actividades, pasar los días con Isabel y sus amigos, estar con gente.

Durante esas semanas en el sur, apenas le habla a nadie del final con Pedro, de los detalles de la ruptura ni de su vida con él. Solo una vez, una tarde calurosa en el salón, con su colega y con otra mujer llamada Aurora, las tres tomando té helado y luego ron, Paula les habla de su historia con él, charlan durante horas y, en cierto momento, Paula saca a relucir el síndrome de Asperger.

Aurora, una mujer veinte años mayor que ellas, que, según ha sabido Paula, es psiquiatra y neuróloga, empieza a decir:

—Hace un tiempo, en Barcelona, conocí a algunos chicos con autismo severo y a algunos otros diagnosticados con el síndrome de Asperger. Los afectados por el trastorno del espectro autista tienen dificultades con la empatía, no pueden ver lo que sienten o piensan las demás personas. Tienen lo que llamamos una "ceguera mental", no logran interpretar a los demás.

Isabel y Paula la miran.

—No es que no tengan empatía —continúa la mujer—, sino que no son capaces de imaginar la mente de los otros, por eso les cuesta relacionarse —hace una pausa—. Pero no me interesa tanto hablar del Asperger como de la empatía en sí.

Paula dirige la vista hacia la ventana. Se concentra en una nube que se mueve más deprisa que las demás.

Aurora continúa divagando en el sillón:

—Por ejemplo, hay otras personas que sí tienen verdadera incapacidad empática, son los llamados psicópatas. Estos nacen con ciertas alteraciones estructurales y funcionales que afectan a su amígdala cerebral. El problema de los Asperger no está ahí, sino en las neuronas espejo.

Paula sigue contemplando por el ventanal. Los rayos de sol se cuelan entre las nubes e iluminan a pedazos la montaña. El paisaje le parece un puzle de luces y sombras. Después, se interesa por saber:

—Entonces, ¿eso de que los psicópatas nacen así, es cierto?

Aurora asiente mientras se sirve otro vaso de ron.

—Mayormente, sí. Es distinto con el trastorno narcisista y con la sociopatía, estos otros dos trastornos de la personalidad se forman en la infancia, estos sujetos desarrollan el trastorno tras haberse visto sometidos durante sus primeros años de vida a un entorno que les resultaba demasiado hostil, aunque ellos no siempre identifiquen sus infancias como hostiles. ¿Os echo? —dice.

Ambas asienten.

—Los psicópatas, no. Los psicópatas nacen con un problema en la estructura cerebral. Por supuesto los psicópatas pueden haber tenido también una infancia dura pero no siempre. Aunque seguramente serán más peligrosos si se han criado en un entorno de maltrato —hace una pausa—. Por otro lado, a menudo estas personalidades no son puras, es decir, puede existir una comorbidad entre estos trastornos; un psicópata o un sociópata puede poseer también el trastorno de la personalidad narcisista.

Aurora bebe un sorbo y continúa hablando.

—Los tres tipos pertenecer a la llamada triada oscura de la personalidad. Psicópatas y sociópatas forman el trastorno de la personalidad Antisocial. El Narcisista sin embargo no es antisocial. Pero las tres personalidades resultan igual de peligrosas —se queda un instante en silencio y, entonces, les pregunta—. ¿Conocéis ese acertijo que dicen que se usa para saber si te encuentras ante un psicópata? Seguro que lo habéis escuchado alguna vez, es bastante conocido. En realidad no es una prueba rigurosa ni tan categórica, sin embargo resulta interesante sobre todo para ponerse en la mente de un psicópata, para entender cómo piensan, para comprender cómo es una persona con auténtica falta de empatía. ¿Lo conocéis? El acertijo de la mujer en el funeral.

Las dos amigas niegan con la cabeza.

Al terminar el mes, Paula regresa a Madrid.

Al día siguiente su madre le pide que vaya al chalet a comer con ella. Lo que no sabe la hija es que esa comida desmoronará su mundo, todo lo que Paula considera real. Es un día de tormenta. El final de todo. O, más concretamente, el principio del fin. Alizée se encuentra seria, grave, y a Gabriel le ve cabizbajo, más delgado. El ambiente es pesado en cada rincón del chalet. Ellos apenas hablan y, después de la comida, Gabriel sale al jardín y se quedan las dos a solas en el comedor, madre e hija, sentadas aún a la mesa. El gesto de Alizée es implacable, con una expresión torcida, llena de sombras. No es que la mujer esté enfadada, es una emoción más fría, sin luz. Y, con ese

semblante, comienza a decir de pronto que tiene dos opciones; separarse de Gabriel o la otra opción, deshacerse de ellas.

—Si Gabriel tuviera solo una hija sería más fácil quitarla de en medio —dice Alizée—. Pero son dos y eso lo complica todo, hay más riesgo.

Alizée está cavilando delante de Paula.

—Si fuera una sola, ya lo habría hecho —dice—, pero son dos.

Alizée dice que sabe cómo hacerlo. No usa un tono tan extraño para Paula, la hija ya conoce esa voz, solo que ahora sus palabras le parecen reales y literales, ahora Paula cree percibir una realidad en ellas, no como cuando era pequeña y Alizée le decía que habría envenenado a su padre si él no las hubiera dejado en paz, si no le hubiera mandado a Canarias, porque entonces esas frases le parecían a Paula solamente una forma de hablar. Pero ahora no duda que su madre lo dice en serio.

Alizée habla como si no fuera la primera vez que piensa o hace ese tipo de cosas. También se expresa casi como si Paula no estuviera delante, o como si fuera a comprenderla. O quizá le está pidiendo a su hija algún tipo de confabulación. Tiene otro rostro, ese que Paula ha visto a veces, cuando todo se vuelve sórdido. Ese que casi nadie conoce.

A Paula se le nubla la mente, escucha a su madre y sabe lo que está diciendo pero, de algún modo, también es como si no terminara de comprender, aunque la esté escuchando. No le entra en la cabeza. Pero Alizée se expresa con tanta sinceridad, sin fingir ya en ningún modo, que la hace temblar.

La hija deja de mirarla. No quiere oír más. Traga saliva. Entonces coge la mano de su madre por encima de la mesa y dice.

—Mamá, a veces parece que no tienes empatía. No hablas en serio.

Todavía cree en ella, en que en su interior hay luz.

—¿De qué hablas, qué empatía? —Replica Alizée.

Paula aprieta su mano y la mira deseando que todo sea solamente normal. Solo quiere conversaciones corrientes con su madre.

—Mamá, escucha. Hace poco, alguien me contó una especie de adivinanza que, aunque quizá solo sea una historia absurda, de alguna forma trata de la empatía.

—¿De qué estás hablando ahora?

Paula comienza a narrarle el acertijo que le contó Aurora.

—Durante mis vacaciones, una mujer me contó una historia que

hablaba de la empatía. Trataba de una mujer que asiste al entierro de su madre y en el funeral hay un hombre que se presenta como amigo de la familia. La mujer siente un auténtico flechazo pero el hombre se marcha antes de que ella tenga tiempo de hablarle y pedirle el número de teléfono. Pasan unas semanas y entonces la mujer mata a su hermana. ¿Sabes por qué la mata?

Alizée la mira curiosa.

A continuación Paula quiere explicarle que algunas personas no pueden sentir empatía, como es el caso de los psicópatas, y otras sin embargo se encuentran en el extremo opuesto, tan increíblemente empáticas que a menudo dedican su vida a ayudar a otros. Quiere explicarle a su madre que, el resto de la gente, como ella y como Alizée, se encuentran en un punto medio, y es algo que se puede trabajar, la empatía. Es una cualidad que sería bueno que todo el mundo desarrollara, que ella misma está intentando mejorarla.

Quiere contarle a su madre que resulta que la respuesta que dan los encuestados, la respuesta a la pregunta ¿por qué la mujer mató a su hermana?, habla de la capacidad para sentir empatía. Que ese es un test, o un acertijo, que realizan a ciertos criminales para saber si son psicópatas, y, que, aunque probablemente no sea una prueba tan fehaciente, aun así es interesante porque habla de la disposición natural para ponerse en la piel de los demás.

Pero Alizée se adelanta y dice.

—Está claro, la mujer mata a su hermana porque quiere volver a ver al hombre que le gusta.

Alizée ha hablado deprisa, tranquila, con deseos de acertar. La mayoría de la gente habría dicho que la mujer mató a su hermana por celos o por cualquier otro motivo pasional. Alizée sin embargo ha dado la respuesta que, según el test, daría un psicópata: Que una persona es capaz de acabar con la vida de su propia hermana solo para que, al celebrarse un nuevo funeral en la familia, el hombre que le gusta vuelva a aparecer.

Paula aparta la mirada al escucharla. Se siente mareada. Intenta pensar que solo es un acertijo estúpido, una historia absurda, una especie de leyenda urbana y que no significa nada. Una simple pregunta no puede cambiar toda una vida con su madre.

Alizée la contempla. Dice.

—¿Pero, a qué viene esto?

Paula intenta coger aire, levantar más la cabeza. Rehace su postura en la silla y, cuando puede, se pone de pie.

—Estás pálida.

—Tengo que irme.

Alizée no la retiene.

Paula sale del chalet. Camina despacio hasta la parada del autobús que lleva al intercambiador de Moncloa. Se detiene a vomitar. Se agacha hasta clavar las rodillas en el suelo y vuelve a vomitar en el arcén. Se sienta un poco más allá, más lejos de la carretera, en la tierra. No ve nada, tiene los ojos encharcados.

Podría haber ocurrido lo mismo que las otras veces, cuando le extrañaban ciertos actos de su madre pero creía tan ciegamente en Alizée que no la cuestionaba. Sin embargo este día es distinto, esta tarde de pronto le parece comprenderlo todo por primera vez. Y siente, no solo el precipicio a sus pies, sino también cómo cae en él.

Comienza a leer libros sobre psicopatía, a visionar documentales y testimonios sobre psicópatas. Continúa buscando otras respuestas pero siempre vuelve a esos libros y a esos documentales, a las investigaciones sobre personalidades psicopáticas, sobre todo a los textos que hablan sobre psicópatas encubiertos; los que llevan una vida aparentemente normal o incluso modélica dentro de la sociedad.

Recuerda la charla que mantuvo en el sur con Aurora e Isabel.

Recuerda que en cierto momento ella misma se interesó por saber si los psicópatas nacían así. Y que Aurora dijo algo como que nacen con una atrofia en la amígdala y eso es lo que les lleva a carecer de empatía. No a carecer de empatía cognitiva, esa que nos permite saber o deducir qué piensa el otro. Para eso no tienen ningún problema. Sino que carecen de empatía emocional; es decir, la que les permite sentir lo que siente el otro: alegría, dolor, etc. Y esta carencia les lleva a su vez a vivir en un estado permanente de anestesia y de apatía. Por eso, muchos de ellos necesitan, por así decirlo, experimentar emociones tan fuertes.

Paula recuerda ahora aquellas palabras que hace unos días le resultaron simplemente anecdóticas. Oía a Aurora en aquel salón sin pensar demasiado en lo que esa mujer contaba pero a la vez atenta, y curiosa, como en un cine. Ahora sin embargo, no puede moverse. A su alrededor hay un abismo. Siente un dolor en el pecho que la deja sin respiración y a la vez su cuerpo se ha paralizado. Apenas logra razonar. Pero necesita entender. Percibe esa parálisis y al mismo tiempo su mente arde y se encuentra entumecida y agotada.

Reproduce entrevistas y documentales en el ordenador, artículos sobre psicópatas integrados. Entre un 1% y un 3% de la población son

personas psicópatas. Algunos resultan amables o seductores, o completamente corrientes. Ninguno de ellos parece un psicópata. Los psicópatas no solo son esos asesinos en serie de las películas, no son solo ciertos hombres inadaptados y solitarios con aspecto de monstruo, también pueden ser adorables amas de casa, policías confiables, sacerdotes, compañeros de trabajo, adolescentes divertidos y cariñosos. Cualquiera.

Cualquiera puede ser un psicópata.

COMPRENDER

Paula ve pasar los días y las semanas y no reacciona de ninguna manera. No puede moverse. El tiempo pertenece ahora a un mundo paralelo.

Un día escuchará que, ante un peligro o una situación límite, algunos seres humanos, así como algunos animales, reaccionan quedándose inmóviles, sin reaccionar, haciéndose los muertos. Es un modo de protegerse. Pero durante mucho tiempo ni siquiera comprenderá por qué nada en su cuerpo responde.

Durante mucho tiempo se culpará por haber sido tan pasiva durante toda su vida, pero las cosas que le fueron sucediendo desde niña seguramente la transformaron. En el futuro, sabrá que eso también tiene un nombre: indefensión aprendida. Pero todavía no tiene la menor idea de qué es eso, ni siquiera ha oído alguna vez esas palabras. Además, no siempre ha sido pasiva, en otros momentos a lo largo de su vida, se llenaba de ira, de rabia, y no imaginaba que una persona con rabia pudiera ser también una persona debilitada o bloqueada o alguien que no sabe defenderse.

Con respecto a su madre, nunca tiene ganas de ver a Alizée pero tampoco se distancia de ella. Sigue respondiendo a sus llamadas cuando cree que no le queda más remedio, habla con ella al teléfono como una autómata. Supone que Alizée percibe algo y que probablemente lo achaque a su ruptura con Pedro, pero también teme que Alizée se dé cuenta de lo que le sucede, de lo que ha empezado a comprender.

Busca excusas para no verla y, cuando no puede evitarla, cuando está con ella y con su marido, contempla a Gabriel y ahora sí percibe cómo ha cambiado el hombre físicamente desde que se casó. Ahora sí ve cómo ha adelgazado él, cómo tiene las ojeras más marcadas, esas bolsas alrededor de los ojos, cómo le tiembla la sonrisa, cómo mira embelesado a Alizée, igual que la ha mirado Paula tan a menudo, desde niña, con esa mezcla de amor y miedo y necesidad.

Una vez le dijo a Gabriel que su madre no era siempre como parecía. Lo dijo sin saber, pero de alguna manera atisbando que algo no era normal en Alizée. Le llegaba esa lucidez y no podía describirla pero de algún modo sabía que Alizée era demasiado dolorosa, y hace

unos años le dijo aquello a Gabriel por teléfono, mi madre no es siempre como parece, aquellas Navidades en las que él la llamó indignado porque no le había felicitado el año nuevo a su madre, se lo dijo así, mi madre no es siempre como parece, y él no quiso escuchar y la hizo callar enfurecido, igual que habría hecho Paula de estar en su lugar.

Esa misma semana, recibe una llamada. Una voz de mujer le notifica que ha ganado el premio a la mejor composición musical con la maqueta que presentó al concurso. Se lo dice la directora de la Fundación y le va pasando el teléfono al resto del jurado. Uno a uno, todos la felicitan. La Fundación reconoce su esfuerzo y su talento, dicen. Además, van a publicar su disco. Paula se seca las lágrimas mientras escucha las palabras de enhorabuena por el auricular. Llora pena y desconsuelo, no alegría. La noticia no ha calado en ella.

Después, todo sucede muy deprisa.

La firma de los contratos.

La grabación en los estudios de la discográfica.

La masterización del álbum.

La presentación del disco.

Las entrevistas.

Todo le resulta tan irreal.

Piensa a menudo en Pedro, pero no le llama ni le busca. A Otto sí le habla un día por teléfono del premio, del disco, y Otto dice que viajará a Madrid para asistir a la presentación. Dice que quiere estar con ella en los momentos importantes de su vida.

Aparece, animado y radiante, un par de días antes del evento. Se aloja en casa de alguien hasta el día después del acto, cuando regresará a Berlín.

Paula no le habla de Alizée. No habla de su madre con nadie. A veces consigue disociarse, como si lo que estuviera comprendiendo sobre su madre no existiera en realidad. Y, en ocasiones, cuando no le queda más remedio que verla, nada parece haber cambiado en Alizée, solo la percepción de Paula. Y hablan casi como si todo fuera normal, porque en realidad siempre fue así, Paula hablando con su madre como si todo fuera normal.

El día de la presentación, horas antes de que dé comienzo el acto, Otto también se encuentra allí y en cierto momento a Paula se le cae un botón del vestido y Otto se ofrece a coserlo, tan servicial como es casi siempre. Después, una conocida se acerca a Paula y dice.

—Otto todavía te quiere, incluso después del tiempo que hace

desde que os separasteis. Más de dos años, ¿no? Fíjate, ha estado cosiéndote el botón delante de todos. Eso no lo hace casi nadie, Paula.

Durante la presentación del disco, durante el pequeño discurso de Paula en el salón de actos de la Casa de América, en el escenario, menciona el apoyo que le ha brindado Alizée a lo largo de los años y le da las gracias en público. Se encuentra aterrada, no sabe de qué otro modo reaccionar, y nadie lo nota porque a pesar de todo está sonriendo. Está acostumbrada a fingir y por primera vez es consciente de ello, de su propia capacidad para disociarse.

Alizée, mientras tanto, la contempla desde la butaca y mira a los lados como orgullosa de que el mundo entienda que ha engendrado a un genio de sus propias entrañas; que un genio —ella; Alizée— ha engendrado a otro genio; su hija, con su premio tan inesperado, una cosa tan chocante, tan sorprendente.

Después Alizée se lo dirá de su propia boca, y también le dirá que nunca se la hubiera imaginado con un premio.

En el escenario, Paula le da las gracias a los miembros del jurado por confiar en ella, a la discográfica, a la Fundación, a ese antiguo vecino que le regaló su primer piano y que ahora ya no sabe dónde vivirá.

En el escenario, interpreta una farsa con sonrisas y agradecimientos, pero igual que le parece una farsa estar hablando sobre su música ante trescientas personas. Por primera vez en su vida, se ha quedado inerte, no físicamente porque gesticula y se mueve, pero sin rabia ni afección, no solo en el salón de actos, si no todo el tiempo.

Consigue salir adelante durante la celebración. Ha conectado el piloto automático, como una gran actriz y, al terminar la fiesta, vuelve a desaparecer.

Lee libros y estudios sobre psicopatía sobre todo en inglés porque en español hay poca información sobre el tema.

Lee frases como: El último fin de un psicópata es borrar la identidad de su víctima para conseguir manipularla.

Se queda mirando al techo blanco del cuarto. Suena todo tan tremendo que a veces no parece ni real.

Piensa en su abuela. En que las compañeras de la residencia de la abuela querían, todas, tener una hija como Alizée. Eso decían embelesadas siempre que la veían.

De niña, y en la adolescencia, Paula iba con Alizée todos los sábados a visitarla a la residencia. Y los trabajadores siempre le decían

a su abuela, ¡qué suerte tiene usted, señora, con esa hija y esa nieta tan cariñosas y atentas, ya les gustaría a muchos por aquí tener una familia como la que tiene usted! Y Alizée sonreía y les daba conversación, a la gerente, a los auxiliares, a los empleados de la cafetería, al cura, a los demás ancianos. Llenaba de besos, de lociones y de colonia a su madre mayor delante de todos, le hacía masajes en las manos para aliviarle la artritis, compraba ropa para ella, pasaba horas a su lado leyendo el periódico o alguna revista, hablando de su trabajo o contándole cualquier cotilleo. Y, del mismo modo, recibía con atenciones y halagos a los que pasaban a verlas a la habitación, y siempre se mostraba alegre y vital.

Se hacía fotos con su madre anciana, enmarcó y colgó en el salón de Madrazo aquella fotografía que sacó la misma semana en la que la anciana se había caído y le había salido un moretón en la cara. Esos instantes mirando a la cámara y Alizée abrazándola, a la viejecita magullada. Y, aunque fuera una foto espeluznante, porque ¿quién va a querer tener expuesta en una pared la imagen de un ser querido con un moratón en la mejilla?, nadie se daba cuenta de aquello, tampoco Paula. Lo que veían en su lugar era a una mujer entregada cuidando de su madre mayor.

Otras veces, Alizée se iba a pasear por los alrededores con el cura de la residencia. La mujer no creía en Dios, pero eso no se lo decía al sacerdote. Pasaban horas en el despacho del hombre o caminaban por los jardines, él enfundado en su sotana negra y Alizée cogida de su brazo. Era un hombre medio mayor, enjuto, con el pelo blanco y los ojos azules.

Todo el mundo allí, tenía buena impresión sobre Alizée. Todos.

Ahora Paula no sabe de qué murió su abuela, ni donde. En la residencia, supone, pero no si estaba sola o si Alizée se encontraba con ella en esos momentos. Nunca se le ocurrió preguntárselo a su madre, aunque por otro lado Alizée podría haberle dicho cualquier cosa y ella la habría creído.

Entonces piensa en su abuelo. Alizée decía que era un padre maravilloso. Decía cosas como: Tu abuelo era el mejor hombre y el mejor padre. Era muy bueno conmigo. Cuando era pequeña él me subía a hombros y así me llevaba por las calles. Y cuando volvía del trabajo siempre me traía alguna flor, las cortaba del Paseo del Prado camino a casa. Siempre me defendía ante tu abuela.

Una vez Alizée le había contado a Paula que el abuelo, ya mayor,

había tenido un encontronazo con el cura del asilo porque decía que el sacerdote tenía un romance con su mujer. Alizée se lo contó a su hija al cabo de los años, riendo. Lo relató con tanta guasa que Paula nunca le dio a aquello mayor importancia.

También le dijo en otra ocasión que, en algunos momentos, al abuelo, cuando era más joven, no le llegaba bien la sangre a la cabeza y tenía confusiones. Solo dijo eso y cuando Paula quiso saber más, comprender a qué se refería Alizée con que no le llegaba bien la sangre a la cabeza, esta comentó que él era un pedazo de pan, que solo se confundía a veces y ella le ayudaba en esos momentos y le hacía entrar en razón. Paula no terminó de comprender aquellas palabras pero como Alizée hablaba relajada, con ligereza, y apenas mencionó ese asunto ni le dio importancia, a Paula no le pareció que tuviera mayor trascendencia.

Tres meses después del premio, todavía no logra moverse, levantarse de la cama, ni siquiera buscar otro piso.

Además, de una manera difícil de comprender para quien viera la situación desde fuera, aunque la hija la evita, como la madre insiste en saber de ella, Paula a veces accede. En su presencia, se muestra retraída, pero quizá Alizée lo achaque aún a la ruptura con Pedro.

Incluso, en ocasiones, Paula todavía percibe a su madre como una persona completamente normal y entonces cree que es ella quien delira, que se imagina trastornos donde no los hay y que no es posible que Alizée se parezca ni mínimamente a aquellos psicópatas de los libros y los documentales.

Otto regresa a Madrid. Ha querido visitarla de nuevo y se ha empeñado en ello. Está fascinado con la nueva Paula, la exitosa. Eso dice.

No le extraña encontrarla así, tan reservada y temerosa, porque a sus ojos ella siempre ha sido así.

Uno de esos días, estando los dos en el piso de Madrazo, comienzan a discutir. Paula le ha pedido que le devuelva los cien euros que le prestó el otro día. Entonces la cosa se pone turbia de pronto. Pero ella casi no se asusta. O no tanto. Se encierra en su cuarto y llama a un amigo de él, Esteban, el único de los colegas de Otto que siempre le pareció cercano y tranquilo. Aún guarda en su móvil el teléfono de él, y le pide que llame a Otto, que le saque de la casa, que haga lo que sea para que se vaya.

El chico al principio no quiere hacerlo.

—¿No oyes que está intentando tirar abajo la puerta de mi

cuarto? ¿No oyes sus gritos y los golpes?

El chico los escucha por el auricular. Entonces marca el número de Otto. Le propone ir a tomar algo. Le pide que se marche de allí.

Finalmente, Otto se va.

Paula no vuelve a ver al alemán ni a tener noticias suyas.

A Esteban se lo encontrará por la calle dentro de un par de años y le saludará, hablarán un par de minutos en la acera, Esteban le dirá que todavía no entiende lo que le sucedió aquel día a Otto. Esteban dirá que nunca habría imaginado que Otto fuera capaz de algo como eso, de gritarla así, de intentar echar la puerta abajo, pero, que, en el fondo, solo debió haber tenido un mal día.

Paula también pensará lo mismo durante mucho tiempo, que Otto debió haber tenido un mal día. No se acordará de las otras veces que él actuó así en el pasado, no físicamente agresivo, no con violencia física pero de otros modos violento.

Aun así, aquello con Otto no le duele tanto, ni la deja tan aturdida. Lo olvida enseguida y apenas vuelve a pensar en ello. Es su madre, es Alizée quien invade todos sus pensamientos.

El tiempo se desvanece sin que nada quede de su rastro, las semanas son túneles de niebla y, un día, uno de esos días en que Alizée vuelve a insistir en verla y Paula no reacciona y sigue inerte como en una sala de espera, como esperando que la vida vuelva a tener alguna lógica, finalmente se acerca al chalet de Majadahonda para visitarla.

Durante el camino se encuentra angustiada y cansada. Tiene mucho calor. Quiere desnudarse, sentir la brisa en su piel, bañarse en un lago, respirar, llenar de aire sus pulmones, necesita bañarse en un lago y que la pena, la incomprensión, el ahogo, sus pensamientos, el miedo, todo eso desaparezca. Tiene las sienes mojadas, el pelo pegado a la frente, la camisa sudada. Se baja del autobús y camina un kilómetro hasta el chalet.

Durante la comida, Alizée parece notar su pesadumbre o al menos a ratos la contempla curiosa mientras almuerzan los tres y Paula apenas prueba bocado.

En los postres, Gabriel saca una fuente con fruta y Alizée le pregunta a su hija.

—¿Te ocurre algo, cariño?

La mirada de Alizée deja entrever preocupación y ternura. Es decir, su mirada aparenta ser de preocupación y de ternura, Alizée no siente en realidad esas emociones pero Paula, aún, a pesar de todo, no

termina de asimilarlo, no piensa “ahora mismo mi madre está fingiendo, ella no siente de verdad esas emociones”.

Paula todavía no acaba de comprender lo que significa ser una psicópata, y ahora no sabe qué responder y dice que está preocupada por un lunar que le ha salido en la pierna, le van a hacer unas pruebas, lo van a analizar.

En realidad, no es ese lunar lo que preocupa tanto a la hija. No es eso lo que la agota todo el tiempo. No sabe por qué se lo está contando a su madre. Supone que, una parte de sí, todavía espera que Alizée sea solo una madre normal.

Alizée la mira con una emoción que a Paula le parece exaltación y deseo, algo que de nuevo carece de sentido. Gabriel no dice nada y Alizée enseguida comienza a hacer planes como si Paula fuera ya una enferma terminal. Como dando ya por hecho que la hija está enferma, que tiene un cáncer de piel. Paula percibe la emoción en el rostro de su madre y la escucha ideando, hablando del cáncer y de otras enfermedades con solemnidad, diciendo.

—Pobrecita, mi vida, ya sabía yo que algo malo te iba a pasar, tenía esa intuición, hemos de ser cautelosas, tenemos que informarnos bien acerca de los tratamientos disponibles. También sobre terapias alternativas. Te cuidaré yo, y ya veré cuál es la mejor solución.

La garganta de Paula se ha cerrado, como si se le hubiera hinchado por dentro. Le falta el aire. Percibe todo el peso oscuro de su madre, su sombra cerniéndose sobre ella. No puede respirar. Se aparta. Y entonces grita.

—¡No estoy enferma! Parece como si eso te alegrara, pero ¡estoy sana!

Se pone a gritar todo eso fuera de sí, mientras Gabriel las mira petrificado, y entonces se marcha del chalet.

No habla de ello con nadie. Cree que nadie concebiría que su madre, cualquier madre, pueda ser una psicópata. Como si esas dos palabras fueran antónimas, conceptos que juntos carecieran de sentido, inconexos. No halla nada a lo que asirse, rabia, indignación, rencor, nada. No sabe qué ha sido de su fuerza. Su vida se desdibuja para convertirse en algo solamente siniestro e irreal. Otras veces el pasado se torna blanco, como si no hubiera existido. Esas sensaciones se van alternando y lo inundan todo.

LA FAMILIA DEBE PERMANECER UNIDA

¿Por qué no te hablas con tu madre? Hija ingrata.
El amor de una madre es incondicional.
Nadie te va a querer como tu madre.
Cualquier madre hace lo que sea por sus hijos.
Cuando seas mayor comerás huevos.
Honrarás a tu padre y a tu madre.
Madre no hay más que una.
Todo se puede perdonar.
La familia debe permanecer unida.
No hay nada más importante que la familia.
Eres una hija muy dura. Parece que no tienes sentimientos, no querer saber nada de tu madre.

UNO POR CIENTO

Quizá sea verdad que a veces hace falta tocar fondo para poder empezar de nuevo. Pero también es cierto que es tan fácil tocar fondo y no poder seguir, no encontrar el modo de resurgir, abandonarse así hasta el final. Por eso a veces aún te parece un milagro que sigas aquí y estés escribiendo este libro.

En realidad, ahora te parece que, de Alizée, aprendiste a sacar esa fuerza. Alizée te enseñó eso; a aguantar el golpe, sacudirte y continuar caminando, como sea, a rastras, como sea.

Hace unos años viste una película llamada No es país para viejos, basada en una novela de Cormac McCarthy, en la que aparecía Javier Bardem. Casi al final del film, el psicópata, interpretado por Bardem, tiene un accidente y, tras el espectacular golpe, se levanta, se sacude la ropa y sigue adelante como si no hubiera pasado nada. Cualquier otro se habría quedado tirado en el suelo, aturdido y dolorido, o habría muerto, pero el psicópata no, él es una máquina.

Ese instante de la película, representa para ti cómo era tu madre. Una máquina.

Tu madre no era bipolar, tampoco tenía lagunas mentales, ni psicosis, ni estaba desequilibrada, ni dolida por ningún motivo. Alizée era una psicópata. No hay más. No hay que buscarle más explicaciones. Así de duro. Así de real. Era una persona psicópata como muchas otras, hombres y mujeres. Era ese uno por ciento de la población.

A veces también piensas que Alizée podría haber sido una sabia, y de algún modo lo fue, inteligente, lúcida, lo miraba todo desde arriba, desde fuera, no había emociones que nublaran su visión, por eso podía captar lo que los demás no captaban, nada se le pasaba por alto. Lo preveía todo, lo adivinaba todo, tenía una intuición intacta, pero era demasiado destructiva, demasiado oscura, y disfrutaba haciendo daño.

Hay psicópatas que experimentan una mayor relajación mientras están destrozando a alguien que cuando se encuentran tumbados en una hamaca al sol.

Al parecer, el cerebro de los psicópatas está menos conectado, o no lo está en absoluto, son literalmente máquinas incapaces de sentir y se pasan la vida fingiendo, aparentando lo que no son, diciendo lo que no piensan, como en una obra de teatro.

Alizée creía estar en su derecho de hacer siempre lo que le viniera en gana.

Mentalmente también era muy fuerte, nunca se derrumbaba, nunca la viste llorar, ni tiritar, y no entendía cuando otros se derrumbaban, eso no tenía sentido para ella, no comprendía la fragilidad, la debilidad, todas esas emociones le parecían absurdas y falsas, el mundo emocional de las personas le producía repulsión, aunque ante los demás pudiera disimular e incluso fingir esas mismas emociones cuando le convenía, y lo hacía muy bien, mejor que si fuera real. Pero delante de ti no disimulaba tanto, o no siempre. Tú esas cosas sí las viste, aunque no las racionalizaras. Caían en un lugar de tu mente al que no volvías a acceder.

Otto era muy distinto a tu madre, en apariencia. Pero había rasgos similares en ambos.

Otto era más emocional que Alizée y a Otto sí le viste llorar, aunque, como decía tu madre, quizá fueran lágrimas de cocodrilo. No lo sabes, no estás segura de si lo eran.

Ahora piensas que Alizée en su interior estaba vacía. O no tan vacía porque a veces sentía asco o envidia de la gente empática y de la gente sensible. Sus emociones no eran absolutamente inexistentes, ese tipo de cosas sí las experimentaba.

Hubo tantas señales de ese vacío, que aún te resulta difícil comprender por qué tú nunca te diste cuenta. Pero quizá entonces no habrías podido soportarlo.

Además, no sabías qué significaba ser una psicópata. Tú pensabas que todo el mundo era más o menos como tú.

Alizée, por otro lado, tenía un radar infalible para detectar a la gente vulnerable.

Y, sin embargo, te enseñó algunas cosas buenas, cosas que te ayudaron a salir adelante en la vida, y quizá gracias a ello sobreviviste a tu madre. La persona que casi acaba contigo fue la misma que te mostró con sus acciones cómo sobrevivir.

Necesitas tomarte unos días lejos de este texto, coger aire, apartar la nube negra que se cierne sobre ti desde que empezaste a escribir este manuscrito.

Tras el descanso, durante el cuál más que nada te has manejado como una zombi, abres el portátil, porque no hay otro camino que este. Has de continuar. Tienes que aguantar un poco más. Estás agotada pero también sabes que terminarás de contarlo todo.

DENTRO

Al día siguiente, tras la comida en Majadahonda, tras marcharse tan alterada de la casa de su madre, Alizée la llama por teléfono.

Paula no descuelga.

Alizée vuelve a marcar su número. Paula sigue contemplando inmóvil la pantalla, sin responder. La madre prueba por la tarde y otra vez a la mañana siguiente. Al final opta por enviarle un mensaje de texto.

Paula, tenemos que hablar, así que deja de darme largas.

La hija escucha el sonido de un segundo mensaje.

Te voy a llamar. Será mejor que cojas el teléfono.

Al descolgar, la voz de Alizée es tajante.

—Estaré a las seis y media en la Puerta del Sol. Allí nos tomaremos un café y charlaremos.

Paula pasa el resto del día abotargada y por la tarde va caminando hasta la Puerta del Sol para encontrarse con ella.

Siente el cuerpo paralizado. La ve a lo lejos, Alizée vestida como de costumbre; elegante, con una de sus bonitas blusas de seda bajo el abrigo y una de sus faldas clásicas, esperando en el Kilómetro Cero, junto a la baldosa de granito con el dibujo de España, levantando la mano para destacar entre el gentío.

—¿A dónde vamos? —Dice Paula cuando comienzan a andar.

—A una cafetería en la calle del Carmen.

Caminan en silencio hasta el bar. Al entrar, Alizée saluda a los camareros que hay tras el mostrador y se dirige al fondo, Paula la sigue. Se adentran en otra estancia también con mesas pero más resguardada y tranquila. Están solas allí.

La madre se sienta. Paula se coloca frente a ella, al otro lado de la mesa.

Llega un camarero viejo, sonriendo.

—¡Qué solas están aquí!

Alizée le mira como si el hombre hubiera soltado una impertinencia. Pide un botellín de agua.

Cuando el camarero desaparece, la madre la contempla fijamente.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dice.

—Nada —responde Paula intentando ocultar su nerviosismo—. Últimamente estoy muy ocupada, tengo un montón de trabajo, ya te lo he dicho. Estoy liada con la música.

—Deja de decir tonterías. Qué te pasa conmigo.

—Nada.

Alizée barre con los ojos la sala vacía y vuelve a fijar la mirada en su hija.

—No te olvides de que soy tu madre. Te he parido yo y te conozco mejor que nadie.

—No sé a qué te refieres.

—¿Cómo has sido capaz de decir delante de Gabriel que me alegraría si te pusieras enferma?

—Yo no he dicho nada.

Alizée la escruta y entonces añade, serena, como si esas palabras no significaran nada:

—Tú piensas que soy un monstruo. ¿Verdad?

Paula tiembla.

—Claro que no.

—Sí lo piensas, Paula. A ti se te nota todo, no sabes fingir.

—Yo no pienso nada.

Está tiritando.

Alizée sigue contemplándola.

—Mira, Paula, tú necesitas ayuda, tienes un problema. Me preocupa tu distorsión de la realidad. Vas a acabar en un psiquiátrico. No me gustaría tener que encerrarte yo misma.

—Pero, ¿qué dices?

—La gente lo nota. Tu locura. No te harán caso.

—¿Pero quién es la que está aquí loca de las dos? —Grita Paula. Ya no aguanta la tensión. Y continúa—. ¡Ya no tengo diecisiete años! ¡De pequeña me hacías dudar con ese rollo de mi locura, pero ya no dudo, sé perfectamente que no me pasa nada!

La mirada de Alizée es afilada. Paula la observa, siente pánico pero no aparta los ojos. Se aguanta el dolor, el miedo, y añade:

—¡Tus palabras ya no funcionan!

En ese momento, ante su estupor, Alizée hace algo que nunca había hecho cuando le hablaba a su hija de psiquiátricos; zanja la conversación como si no hubiera existido y su voz retoma el tono pausado que suele utilizar en las conversaciones comunes, comienza a hablar de un problema que han tenido ella y Gabriel con unos vecinos de la urbanización acerca de un terreno.

Paula la mira absorta, se agarra las manos temblorosas por debajo de la mesa, sujetándose los dedos para aquietarlos.

Después, Alizée paga la cuenta.

Caminan hacia la Puerta del Sol de nuevo. Se despiden rígidas junto a la boca de metro. Está anocheciendo y las nubes se deshilachan sobre el reloj de la torre. Paula baja temblando las escaleras.

No vuelven a hablar durante dos semanas. Entonces Alizée la telefonea para decirle que la quiere llevar al campo, dar juntas un paseo por las montañas. El tono de su voz es de nuevo duro.

Paula dice.

—¿Y Gabriel?

—No. Solas tú y yo.

Alizée nunca le ha propuesto a su hija una excursión por el monte, y menos las dos solas, y menos en ese tono. Paula se imagina a su madre empujándola por un barranco y, responde, casi sin voz:

—No puedo, estoy muy ocupada.

De pequeña, soñaba que su casa se llenaba de leones o de arañas. Luego, en la adolescencia, comenzó a soñar que un asesino entraba en la vivienda, se había dejado la puerta abierta o la puerta estaba rota, no cerraba, y el asesino iba a por ella.

Ahora sabe que nunca hubo ninguna puerta porque el peligro siempre estuvo dentro.

Ahora teme que Alizée entre en el piso de Madrazo mientras ella duerme.

Piensa en cambiar la cerradura y luego medita que si cambia el cierre, su madre se enterará y le pedirá explicaciones y una copia de la llave.

Busca pisos de alquiler en internet. Habla por teléfono con los caseros y se da cuenta de que no tiene una nómina que enseñarles, ni un aval. No tiene trabajo. Solo tiene un disco, eso es todo. Su cuerpo sigue sin responder. No es capaz de levantarse de la cama. Lo único en lo que logra dedicar el tiempo es viendo películas en el portátil, tres o cuatro al día. Nunca se había quedado así, tan incapaz. No sabía que un estado como este pudiera existir.

Cuando recibe alguna llamada de algún conocido, tampoco responde o lo hace con monosílabos, o cuelga en lugar de descolgar, igual con el fijo que con el móvil.

El teléfono deja de sonar.

Pasan las semanas y no sucede nada.

En ocasiones, llega a pensar que eso, el silencio de su madre, es buena señal.

Alguien le propone hacer una sustitución durante unos meses en un café-librería, tres o cuatro días a la semana, y así es como vuelve a salir a la calle.

Delante de la gente, de los clientes, hace como si todo estuviera bien; habla, opina, incluso a veces ríe y bromea. Dentro de unos años sabrá que eso se llama disociación, que, en esos momentos, igual que ha hecho siempre, su mente se está distanciando de la realidad para seguir adelante.

Otras veces se queda abstraída o turbada.

En el café-librería nadie la conoce; los amigos de los dueños, sus compañeros de trabajo, los productores de la discográfica que de vez en cuando la visitan en el local, la clientela, si en algún momento perciben en ella algún comportamiento extraño, al no tener con qué compararlo, seguramente piensen que Paula es así, que ese es su modo de ser.

A veces sigue buscando pisos de alquiler pero los caseros quieren un contrato laboral fijo e indefinido, quieren un aval, y quieren recibir varios meses por adelantado como fianza. Paula cobra parte de su salario en negro y su nómina es de unos trescientos euros.

Compra en la farmacia Dormidina y cada noche se toma una pastilla de esas hierbas para descansar. Después, en el trabajo, una conocida le da una caja de Orfidales. Las píldoras, las vegetales y las otras, la hacen deambular como una sonámbula. A veces se sienta al piano digital e intenta tocar pero no puede. Piensa que se le ha muerto el alma. Ni siquiera siente rabia, esa cualidad que siempre la ayudó a sobrevivir. Y su creatividad se ha esfumado, o es una creatividad demasiado fría, o sus sentimientos son frígidos, ya no sirven para crear.

Se encuentra con Pedro en una cafetería en el centro de Madrid y pasan cuatro días encerrados en la planta alta del piso de los padres de él.

—No sé qué hago aquí —dice Paula al entrar en el dúplex y mirar alrededor—. Supongo que esto es mejor que el resto de mi vida. No fue tan malo, ¿verdad?

—Yo viví más de lo que he vivido nunca. Contigo estaba vivo.

Ella le mira. Le parece increíble pensar eso pero él ha sido la primera persona en la que de verdad ha confiado y ahora es como si

no quisiera que el tiempo hubiera transcurrido después de él.

Comen encerrados en la planta alta del adosado, escuchan música, hablan, se tumban, se oyen sus respiraciones. Pedro toca la guitarra acústica, la trompeta. En cierto momento, dice.

—Durante el tiempo que estuvimos juntos, Paula, tenía tan claro que me dejarías, que te cansarías de mí. Y al final fui yo quien lo estropeó. Te mentí. Quería hacerte daño. No estuve con otras mujeres, no fue como te dije. Y luego fue brutal porque después de ti solo he sentido vacío.

A Paula le parece todo tan tremendo.

Las palabras se quedan flotando en el aire.

Hablan y se hace el silencio que lo absorbe todo como un agujero negro.

—Te mentí. No lo soportaba, detestaba mi incapacidad. Ahora estoy mejor, aquí es adonde pertenezco, soy un solitario, siempre me sentí aislado cuando estaba con la gente. Contigo fue distinto pero solo a veces. Yo pertenezco al mundo de la música, no al de las personas.

Ella se pone la mano en la tripa, como para apaciguar su cuerpo.

Él continúa:

—No sé si alguna vez nos entendimos realmente.

Paula le mira.

—Pedro, vivimos juntos algo de verdad bueno. Aunque seamos tan distintos. Y, de algún modo, me ayudaste a ver quién soy, y lo que no soy.

Durante esos cuatro días ella lleva puesta la camiseta blanca de él. Pedro baja a la planta de abajo solamente para preparar de comer y sube con la bandeja a la habitación.

—Seguro que tus padres sospechan que estoy aquí. O que hay alguien más aquí contigo.

—No creo. Paso días enteros solo en mi cuarto y ellos me dejan tranquilo. Ya saben cómo soy. Además, mi padre está siempre en la oficina y luego apenas sube aquí. Y mi madre se encuentra pasando el mes en casa de una de mis tías.

Más tarde, él dice.

—¿Sabes de dónde viene el nombre de Kinun? Nunca se lo he dicho a nadie.

Ella está mirando el campo por la ventana, la carretera a lo lejos. Él continúa hablando.

—Cuando era pequeño había un personaje de unos dibujos

animados que se llamaba Kinun, era un chico torpe y retardado. Mis compañeros de colegio me pusieron su nombre cuando era niño. Se reían de mí a menudo. A mí no me importaba demasiado que se rieran de mí, la verdad. Luego, todo el mundo olvidó de dónde venía ese mote y resultó que en la adolescencia a la gente le parecía un nombre moderno y molaba, así que me lo dejé. Nunca se lo había contado a nadie.

Comen en la bandeja, luego él baja y friega los platos. Los seca, lo coloca todo en su sitio.

Pedro le cuenta que dejó el grupo y que tampoco da ya conciertos.

—Hago mucho ejercicio —dice—, voy a correr y a montar en bici por el campo, por los alrededores.

Ella le contempla y piensa que a ella también le gustaría poder sentirse así de tranquila, ser capaz de montar en bici por el campo, de hacer ejercicio.

—Sigo componiendo, siempre en casa —dice él—, y me autopublico en internet bajo distintos seudónimos. Nadie sabe quién soy. Comencé a frecuentar el garaje de dos chicos que hacían música y al poco empecé a trabajar como productor con el tío de uno de ellos. Ahora cobro. Aunque solo lo hago de vez en cuando, a mi aire.

Paula se levanta. Contempla el campo abierto a través de la otra ventana. Recuerda aquel tiempo, cuando le visitaba allí, cuando todavía estaban juntos.

—Yo publiqué un disco.

—Lo sé. Lo compré.

—Desde entonces no he vuelto a componer nada.

—Tú eres buena, siempre supe que lo eras.

—Estoy muerta, peor que eso. Se me ha ido el alma, y la creatividad. Además ya no puedo sentarme al teclado sin pensar que lo que hago quizá lo escuche la gente. Enseguida me bloqueo. ¿Sabes lo que creo? Creo que en realidad no tengo ni idea de nada.

—Olvídate de la gente, Paula.

—Creo que he tocado fondo.

Después le habla de su madre.

Pedro dice.

—Está enferma.

—No. No lo está. Es otra cosa. Enfermamos los que nos encontramos a su alrededor. Es increíble pero a veces todavía pienso que ella nunca me haría nada malo.

Él le muestra unas piezas que ha compuesto. Son sonidos electrónicos. Sonidos de máquinas de marcianos, de ordenadores, de impresoras, sonidos de máquinas de café y de lavadoras. Sonidos de máquinas desbrozadoras. Paula siente frío y luego no siente nada. Los dos sentados en las sillas giratorias frente a la mesa, frente a los altavoces.

Vuelven a encontrarse otros días y cuando Paula se queda sola, tirita.

Un día, le dice.

—Algo se estropeó, se ha vuelto irreversible.

—Es mi miedo —responde él.

—Yo también tenía miedo.

Escribe un largo correo a un psiquiatra pidiéndole ayuda. Ni siquiera sabe de qué forma la podría ayudar ese hombre, solo sabe que no puede moverse. El psiquiatra tiene varios artículos sobre psicopatía colgados en su web, también videos y cartas relacionados con el tema. Él responde a su correo en un tono académico y distante, explicándole a Paula que los hijos de psicópatas tienen pocas posibilidades de llevar una vida normal. Según dice él en su escrito, las perspectivas de futuro de los hijos se resumen a tres; la primera es que jamás llegan a ver o a reconocer que su padre o su madre sea un psicópata, y que, debido a esa ceguera, quedan sujetos de por vida a su control. La segunda se da cuando se vuelven más o menos conscientes de la realidad —aunque no le puedan poner un nombre— y se rebelan pero sin lograr salir de la relación. La tercera, la menos común según él, es cuando consiguen alejarse para siempre y no volver a tener contacto con el padre o la madre psicópata.

El hombre también le hace saber a Paula en su correo, que no ve mucha solución a su caso. Cuelga la carta de ella en su web, junto con otras de gente que habla de jefes, de maridos, de hermanos psicópatas, y eso es todo.

Paula se queda atónita. ¿Siendo un profesional, cómo puede despacharla con esa frialdad? Con un simple correo donde solo hace alarde de sus conocimientos sobre el tema.

Le responde solicitándole que retire su escrito de la web de él.

Todo lo que siente es que está sola.

Escucha cierta frase en la radio: “contar es exponerse al peligro, callarse es aislarse”. Las palabras la hacen llorar. No puede abrir la boca, es incapaz, y, cuando lo ha intentado, se ha encontrado con incredulidad, con un muro, invariablemente.

Un día, en la calle, se encuentra con un músico de jazz que conoce vagamente, es un conocido de unos conocidos de la escuela de música a la que asistía. En cierto momento, él comenta que quiere mudarse a la Sierra, probar a vivir un tiempo en el campo para ver si se adapta a ese tipo de vida porque está cansado de la ciudad.

—¿Te interesaría mi piso de Madrid, Paula? —dice—. Se encuentra aquí al lado, en Atocha. A mí me vendría bien alquilárselo a alguien de confianza.

Se lo ofrece a cambio de un alquiler económico, cuatrocientos euros mensuales.

Ella le mira, puede pagar ese dinero, es menos de lo que costaría una habitación en un piso compartido con desconocidos.

EN LA ORILLA

Hoy no has escrito nada, ni siquiera pensado en este manuscrito. Hoy te has despertado con una sensación de paz y bienestar que no ha dejado de invadirte durante todo el día. Hoy has salido al campo. Hoy, mientras conducías, te has maravillado ante los paisajes de la Sierra de la Cabrera, ante sus montañas encrestadas y la silueta abrupta e imponente que se ve desde la carretera. Hoy el mundo te ha parecido un lugar más amable, y la vida un regalo.

Y todavía aún, por la noche, este estado reconfortante sigue existiendo en ti. Has alquilado una habitación en un hotelito junto a un embalse. De noche, todo está oscuro, el paisaje es solitario a través de la ventana de la habitación. Sales del hotelito. Caminas hasta la orilla. Te sientas sobre una piedra frente al agua, cierras los ojos y algo en ti se abre, como si se destaponaran tus oídos, y te lleva a prestar más atención a los sonidos de la naturaleza.

Después de un tiempo indefinido no hay un solo pensamiento ocupando tu mente. Los sonidos que te rodean resultan abrumadores; escuchas un mirlo, un autillo, la vegetación, el vaivén de los árboles, los escarabajos arrastrándose por el suelo con sus patitas tiesas, el agua que se mueve en la orilla. Es casi como una orquesta. Has dejado de pensar absolutamente y eso te ha permitido escucharlo todo amplificado. Es una sensación indescriptible, te sientes increíblemente bien, sin una sola preocupación ocupando tu mente, nada absolutamente, ni siquiera una vaga conciencia de quién eres ni de dónde te encuentras. Todo lo que percibes es este momento, de manera absoluta, literal y nítida. No hay un pasado ni un futuro. Y, justo cuando eres consciente de ello, la sensación se desvanece.

Pero ha sido mágico escuchar la naturaleza de esa manera, ser tan consciente de todo lo que te rodea y encontrarte a la vez tan vacía.

NADA

Poco después de mudarse al piso del músico de Jazz en Atocha, Paula ha encontrado otro empleo, esta vez en una pequeña empresa de desarrollo de software, como ayudante administrativo. Se trata de una sustitución temporal.

En este corto espacio de tiempo, Alizée se ha separado de Gabriel y se ha ido a vivir al piso de la calle Madrazo. Gabriel y ella han vendido el chalet de Majadahonda y ahora Alizée tiene un montón de dinero. En realidad, Paula nunca ha sabido nada acerca de las finanzas de su madre, solo que, en el pasado, trabajó durante doce o catorce años para aquel jurista francés y que ha vivido bien.

En este corto espacio de tiempo, mientras Alizée se ha mudado al piso de la calle Madrazo, Gabriel, según ha sabido Paula por su madre, se ha ido a vivir a un apartamento de alquiler a las afueras de Madrid, cerca de sus hijas. No sabé dónde exactamente, porque en realidad nunca llegó a conocer con exactitud dónde vivían las hijas de él.

—Paula, te pido que borres el número de teléfono de Gabriel de tu lista de contactos —dice la madre tras la separación.

Alizée ha ido a verla para decirle eso. Se ha cortado el pelo y lleva un peinado masculino, casi rapado. Paula nunca la había visto con el pelo corto, tampoco vistiendo ropa tan informal (falda larga con un estampado indio, bisutería artesanal), un estilo desenfadado y casi bohemio, como si se hubiera vuelto de pronto medio hippie.

—Gabriel no me va a llamar —dice Paula.

—Hija. Bórralo, por favor, que nunca se sabe. A lo mejor le da por ahí, está desesperado por que vuelva con él. Y, si te llama y descuelgas, cuélgale en cuanto veas que es él.

Paula se encuentra tan cansada que elimina su número sin rechistar. De todas formas está segura de que Gabriel no intentará contactar con ella. Ellos nunca han hablado por teléfono. Y Paula tampoco sabría qué decirle.

Alizée le habla después de la reforma que está llevando a cabo en el piso de Madrazo.

Durante las siguientes semanas, el sol de agosto es infernal en el piso del músico de jazz, en Atocha. Paula echa las persianas durante el

día. La brisa cruza el piso alto de noche. Compra botes de helado de medio litro que se toma sentada en el suelo junto al balcón de su cuarto o en la pequeña terraza que da al salón.

Por las noches, todo queda en silencio.

Más allá de la estación de Atocha se ve el Palacio de Fomento con las esculturas de Gloria y los Pegasos. Al fondo, a la izquierda, asoman los árboles más altos de El Retiro.

La discográfica le ha pedido nuevas composiciones. Pero hace tiempo que no toca el piano. En una ocasión les envió una pieza a medio terminar que grabó un día en casa y ellos dijeron, no deja poso, Paula, solo cierta inquietud inútil, le falta alma.

Después de unos días, vislumbra de lejos, en la calle, a su madre. Alizée va con otro hombre, cogidos por la cintura, acaramelados, y no la ve.

Más tarde, al cabo de un par de semanas y tras la insistencia de Alizée para que se vean, Paula atiende el telefonillo en el piso de Atocha y es su madre. La mujer dice que se encuentra en el portal. Paula responde que bajará ella, que tiene que hacer unas compras. Ese día, la madre la acompaña al supermercado mientras intenta confundirla en varias ocasiones con ideas y frases incongruentes. Hasta llega a decirle a Paula que le preocupa su distorsión de la realidad. Entonces la hija dice:

—¡No voy a aguantar lo que estás intentando hacer! ¡Yo estoy cuerda!

La madre se detiene y la mira asqueada. Paula se marcha.

A la mañana siguiente, o quizá al cabo de dos mañanas, Alizée la llama por teléfono para decirle que quiere enseñarle una película. Lleva semanas con el asunto de la película. Dice que es importante que la vean juntas. También dice que quiere darle una planta para el piso de Atocha, un esqueje del helecho azul.

Paula retrasa la reunión una y otra vez.

Encuentra excusas y obligaciones.

Pero su madre es insistente y la cita llega, el día fatídico.

—Al fin nos encontramos —dice Alizée al abrir la puerta del piso de la calle Madrazo.

Han pasado semanas y Paula ha decidido escuchar lo que Alizée tenga que decir. Hace por mostrarse relajada. Piensa que si parece tranquila nada irá a peor.

Alizée le ordena que ponga la mesa.

—¿Dónde están los manteles? —Pregunta la hija contemplando el

piso que casi parece otra vivienda.

—En el mueble inglés que hace esquina.

Va a sacar el mantel de hilo.

—Llévate las servilletas.

Paula pone la mesa. Alizée se quita el delantal.

Mientras comen en silencio en el salón, Paula contempla de reojo la reforma. Alizée ha contratado a un reformista que ha levantado el suelo de madera e instalado en su lugar tarima flotante, ha pintado las paredes de azul turquesa. También ha sustituido las cristaleras.

—¿Qué vas a hacer con este piso? ¿Lo vas a poner en alquiler? —pregunta Paula en un intento de relajar la tensión. En realidad, sigue paralizada y bloqueada, no es capaz de tomar decisiones, ni siquiera de alejarse de su madre.

—Ya veré. Por cierto, quiero que te lleves esa planta de la terraza, es un esqueje que saqué del helecho azul que tenía en Majadahonda. No la olvides cuando te vayas.

También se ha deshecho del sofá y en su lugar ha colocado otro beige, de cuatro plazas, y lo ha inundado de cojines floreados.

Cuando terminan de comer, Alizée dice.

—Lleva los platos a la cocina. Yo voy poniendo la película.

La hija regresa y la madre la mira desde el sofá.

—Ven aquí, siéntate —dice la mujer con esa voz seca y fría.

Paula se coloca en una esquina del sofá. Alizée coge los mandos de la mesa baja.

—Es importante que prestes atención a esta película.

Posa su mano en la rodilla de Paula y repite—. Quiero que estés muy atenta.

—¿Por qué es tan importante que vea esa película?

—Ya lo sabrás cuando llegue el momento.

En la pantalla aparece el título seguido de nombres de actores escandinavos que Paula no conoce y seguramente su madre tampoco. Afuera, los rayos de sol se cuelan por la cristalera hasta el suelo del salón, como una alfombra de luz.

La historia cobra enseguida aspecto de *thriller*. La protagonista es una chica llena de piercings y tatuajes que ha pasado media vida encerrada en psiquiátricos. Su madre murió cuando ella era una niña y desde entonces la chica ha pasado la infancia en psiquiátricos y reformatorios bajo la tutela de un psiquiatra. En el psiquiátrico un par de doctores (uno de ellos el mismo psiquiatra que la tutelaba) abusaban de ella. Pero eso ya ha quedado atrás, ahora la chica tiene

más de veinte años y vive por su cuenta. Mientras tanto, en la misma ciudad, un periodista investiga una red de trata de mujeres y narcotráfico.

Paula contempla la pantalla. Hay distintos personajes que al principio no parecen relacionados entre sí, varias tramas de corrupción y un psicópata que dirige la red de trata de mujeres y que se carga a la gente sin pestañear. La historia no es de terror, pero la trama resulta lo suficientemente terrorífica.

Paula quiere marcharse, volver a su casa en Atocha, pero no se mueve.

—¿Has entendido lo que acaba de ocurrir? —Dice Alizée cuando a mitad del largometraje la protagonista descubre que el psicópata es su padre.

—No —repone Paula—. Me he liado un poco con la trama.

—¿No has visto quién es su padre?

—¿El asesino, el narcotraficante que la metió en el psiquiátrico cuando era una niña? ¿Él es su padre? —dice Paula y la mira inmóvil, sin entender todavía por qué se empeña su madre en que vean juntas esa película que Alizée ya ha visto.

La trama se vuelve más enrevesada. La protagonista punk, que ya ha descubierto quién era su padre y también que fue él quien la ingresó de pequeña en el psiquiátrico, encuentra dónde vive y se dirige hacia el caserón aislado en el monte. Llega sigilosa y entra en la vivienda. El hombre corpulento que vive con el padre la golpea, ella queda inconsciente y, al despertar, su padre se encuentra frente a ella y la chica le dice, hola papá, y el padre dice, he pensado mucho en ti en estos años, en cómo matarte. Después la cogen entre él y el otro hombre corpulento y la llevan afuera, junto a un hoyo que ha cavado el otro en el bosque mientras la chica estaba inconsciente.

—¿Estás viendo lo que le sucede a la hija? —dice Alizée entonces. Su expresión es sombría, oscura.

Paula la mira confusa.

—Sí.

—Ves lo que está haciendo su padre, ¿verdad? —Su voz suena grave, átona, sin una pizca de afección.

Paula asiente mientras en la pantalla el padre le dice al otro: Mátala. Y la chica punk comienza a decir, mintiendo: Lo estoy grabando todo, estamos *on line* a través de un dispositivo que tengo dentro de la bota, la policía está a punto de llegar y todo el mundo nos está escuchando en línea.

—¿Su padre la va a matar? —Murmura Paula.

Alizée la contempla, dice:

—Tiene que matarla, por meter las narices donde no la llaman.

Paula sigue aturdida, no entiende qué está sucediendo ahora entre su madre y ella, y vuelve a alzar la voz.

—Pero si el padre la mata, la gente lo sabrá.

—Se cree muy lista, se cree que lo sabe todo —responde Alizée asqueada, clavándole esa mirada vacía y mate.

Paula quiere decirle que se refería a que la gente sabría que era el padre quien la habría asesinado porque la chica lo estaba grabando todo en audio, en directo, por internet. Quiere decirle eso a Alizée porque cree que su madre no la ha entendido. Pero no logra articular palabra.

Alizée continúa observándola con esa fijeza. Paula no sabe qué está sucediendo en realidad ahora entre su madre y ella. Mientras tanto, en la pantalla, le pegan a la chica cuatro tiros y le echan un par de palas de tierra por encima.

—Mañana la enterramos —dice el padre—. Estoy cansado, vámonos.

En la siguiente escena, la protagonista despierta, se aparta la tierra del rostro y llega a duras penas, ensangrentada, al cobertizo del padre, allí coge como puede un hacha y se lo clava al hombre. Luego, con la pistola del padre, le pega un tiro al otro tipo corpulento y finalmente se cae al suelo medio muerta. Y entonces aparecen los créditos.

Paula sigue inmóvil en el sofá, sin dejar de contemplar la pantalla. Tiene las manos cogidas sobre el regazo y las aprieta.

Alizée apaga la televisión y se levanta. Paula también se levanta. La madre va a la cocina, mete los platos en el lavavajillas, Paula la ayuda con los vasos y los cubiertos. Se pregunta qué está haciendo allí pero no reacciona. Alizée enciende el lavavajillas. Paula dice que ya tiene que marcharse. La madre la contempla en silencio. Paula diciendo, me tengo que ir, hablando como con pena, o disculpándose, con miedo.

Y Alizée diciendo.

—Llévate la planta.

Paula cogiendo el tiesto y dándole un beso en la mejilla y murmurando adiós.

En el autobús, sentada junto a la puerta, la planta en el regazo, su corazón latiendo acelerado, intenta comprender qué acaba de suceder.

Llega a casa. Se sienta en una silla. Se queda inerte, mirando fijamente la pared. La planta en el regazo todavía. Al rato coge el teléfono y marca el número de su madre. Le tiembla la mano.

—Hola, mamá.

Hace mucho tiempo que no la llama mamá.

—Hola —dice Alizée.

Paula intenta encontrar en el tono de su madre algún atisbo de ternura, algo que le demuestre que no ocurre nada malo entre ellas. Pero no lo encuentra.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Continúa Paula—. Yo recogeré un poco la casa. Después iré a dar una vuelta.

Necesita escuchar una señal, una palabra de su madre que la haga sentir que todo está bien entre las dos.

Pero Alizée sigue callada.

—Quería darte las gracias por la planta —concluye Paula. Todavía espera escuchar en su madre un tono más amable, pero Alizée no abre la boca.

Luego, la hija se despide.

—Que tengas una buena noche.

Cuelgan los teléfonos.

Semanas después de la amenaza, Alizée marca su número y con voz áspera le pregunta si pasará la Navidad con ella.

—Las dos solas, en mi casa —dice.

Paula consigue articular las palabras; que no puede, que ya ha quedado en ir a casa de unos amigos. Le ha dicho lo primero que se le ha ocurrido.

Después de eso, no vuelven a hablar.

Una mañana, Paula entra en el departamento de Servicios Sociales de la Comunidad de Madrid, no tiene claro qué espera de esa institución, solo sabe que no es capaz de acudir a la policía, que teme que le suceda algo y quizá en ese lugar puedan ayudarla de algún modo, así que se arma de valor y sube las escaleras.

El primer día en el departamento, le atiende una chica joven muy amable y empática, a quien le cuenta lo que ha sucedido, la amenaza de Alizée, mientras se le caen las lágrimas. La joven amable y empática la deriva a la psicóloga del mismo centro para una primera reunión al cabo de una semana. Cuando Paula se acerca a la nueva cita, la otra mujer no la cree.

Después de eso, no vuelve a pedir ayuda.

A veces piensa, ojala pudiera hablar con alguien que se encuentre en una situación parecida a la mía, alguien que realmente pueda comprenderme.

Dentro de pocos años habrá testimonios y videos en las redes sociales; en YouTube y en otras plataformas. Testimonios que deberían emitir en la televisión pero que ninguna cadena quiere emitir ni grabar. Internet ha logrado eso, que la gente de la calle alce la voz, que se la oiga. Que salgan a la luz esas otras realidades. Que los medios dejen de ser todopoderosos.

Pero todavía no hay redes sociales. En el 2006 Instagram no existe, Facebook lleva solo dos años funcionando, YouTube apenas un año y solo emite videos musicales. Twitter tampoco existe todavía.

Mientras tanto, Paula continúa yendo al trabajo en la empresa de software pero cuando se queda a solas, tiembla todo el tiempo.

Evita llegar de noche a casa, pasar por el barrio de su madre. Y entonces, sucede. Es una noche de tormenta. La lluvia acaba de cesar. Está caminando por la calle, de vuelta a casa, todavía lejos del centro, viene de visitar a una conocida del trabajo para entregarle un portátil, y está andando de vuelta al metro. Es una pequeña y solitaria calle y no hay un alma alrededor. Tampoco hay coches, ni siquiera coches aparcados, ni mucha iluminación, pero entonces aparece un auto oscuro de la nada y acelera, las dos ruedas de la izquierda suben al bordillo, las de la derecha sobre la carretera aún. Derriba los cubos de basura. Paula se queda un instante petrificada y al momento salta hasta resguardarse en la boca de un portal. El auto desaparece.

Cierra los ojos, apoyada en la pared se escurre hasta el suelo, se queda allí temblando, solo puede pensar en Alizée. No ha visto nada, quién conducía, ni recuerda apenas cómo era el coche. Podría ser cualquiera, un desconocido. Podría ser su madre. Podría ser alguien contratado por Alizée.

Después, no ocurre nada más durante meses. Hasta el ocho de mayo.

Esa mañana, ha terminado unos recados en la zona norte de Madrid para su jefe. Entra en el metro, se sienta en el vagón, se frota los muslos y no deja de mirar alrededor durante todo el trayecto.

La inquietud le sobreviene en cualquier lugar, en cualquier momento. Tiene mucho calor pero sigue tiritando. Al salir del vagón en la estación de Sol para hacer transbordo hasta su trabajo, comienza a sentir la falta de aire. No puede respirar. Nota sus manos rígidas, los dedos agarrotados, sensación que se extiende deprisa por todo el

cuerpo. Quiere llegar al asiento que tiene enfrente, en el andén, sentarse, pero no puede moverse. Se esfuerza por alcanzar el banco metálico. Está sudando y sigue sin lograr apenas respirar. Su corazón late tan deprisa que la tambalea, pero el resto del cuerpo sigue agarrotándose. Una mujer de unos cincuenta años se está acercando a ella. Alguien llama al Samur. La mujer que se acercó permanece sentada a su lado y pierde los trenes que van y vienen para no dejarla sola, le hace preguntas con el fin de mantenerla despierta mientras llegan los sanitarios. Paula solo intenta mantener los ojos abiertos, no perder el conocimiento. Hay dos guardias de seguridad de pie frente a ellas. Todos esperan al Samur. Luego hay tres personas más que curiosean alrededor.

Los servicios médicos aparecen. Son dos hombres vestidos con trajes de enfermeros. Le toman la tensión, el pulso. Ciento ochenta, dice uno. Se ha sentado junto a Paula en el banco metálico, ella le mira y le parece un ángel, con las facciones tan armónicas, los ojos azules, la voz calmada. La ayuda a controlar la respiración. Cuentan del uno al diez varias veces conteniendo el aire en los pulmones durante varios segundos, luego expulsándolo juntos. Después, el otro sanitario trae una silla de ruedas.

Arriba espera la ambulancia, en la Puerta del Sol. Dentro de la UVI móvil a Paula le parece que se encuentra en una nave espacial, todo tan lejano, como si no fuera su vida. Los dos sanitarios le hacen preguntas que no logra responder. La ambulancia no se mueve. El otro pregunta a quién puede llamar para decirle que se encuentra allí.

Ella logra murmurar:

—A mi jefe. Llevo unos documentos que necesita.

Tiene la documentación de la empresa en el bolso, los papeles que acaba de recoger para su jefe. Eso es lo único en lo que piensa cuando vuelve a ser consciente de dónde se encuentra.

—¿No puedes avisar a algún familiar?—Dice el sanitario.

Ella niega con la cabeza.

Llaman a su oficina y descuelga Daniela, una compañera de administración, y después se pone el jefe. Paula está llorando. Otras veces le parece que no se encuentra realmente allí, solo su cuerpo latiendo todavía a ciento ochenta pulsaciones por minuto.

El enfermero dice.

—Es un ataque de pánico. Tranquila. Así son los ataques de pánico. No te vas a morir aunque te lo parezca, no corres peligro.

Ella no responde pero escucha las palabras, aunque no termina de

entenderlas.

Después, el mismo sanitario pregunta.

—¿Tienes problemas económicos? Los ataques de pánico suelen aparecer por motivos económicos. La gente pierde la estabilidad y se derrumba.

Paula niega con la cabeza.

—¿Algún episodio de violencia grave? ¿De violencia familiar?

No responde.

—De acuerdo. No te preocupes.

Le han dado una pastilla. El enfermero vuelve a coger su mano. Ella sigue tumbada en la camilla y vuelven a contar hasta diez sin respirar y luego expulsan largamente el aire, al unísono.

Al rato, Paula escucha al hombre decir.

—Tiene que verla un doctor, las pulsaciones no bajan.

El enfermero se dirige a Paula.

—¿Prefieres que te llevemos al hospital o esperamos aquí al médico?

Pero ella no puede comprender la pregunta.

Después, el enfermero le dice que el médico está desplazándose hasta la ambulancia.

Cuando llega la doctora, le pregunta si ha estado internada alguna vez en un centro de salud mental. Paula niega con la cabeza.

La doctora pregunta si le ha sucedido eso antes, en alguna otra ocasión. Paula niega de nuevo. La doctora pregunta a los sanitarios:

—¿Hace cuánto tiempo ha tomado el valium?

—Hace media hora.

—Ya debería haberle hecho efecto.

La doctora comienza a explicarle a Paula lo que le ha ocurrido. Lo explica todo de una manera completamente diferente a como lo ha vivido Paula, le habla de la adrenalina, de las sustancias químicas que genera el organismo cuando activa el modo de supervivencia, de que en estos momentos no corre ningún peligro real. La doctora habla despacio, tranquila, con firmeza, hasta que Paula comienza a notar los efectos del calmante.

La gente es muy amable intentando ayudarla. La mayoría del mundo es así, esencialmente bueno. Eso es algo que ella debe recordar, es importante.

Llega Daniela, su compañera de trabajo, y espera fuera de la ambulancia. Paula se incorpora en la camilla. La sensación de irrealidad va y viene como una náusea. Sale del vehículo y se abrazan.

No se conocen apenas pero en estos momentos son de pronto hermanas.

—Vamos a coger un taxi hasta tu casa, Paula —dice Daniela—. Lo que necesitas es comer y descansar.

Su voz la tranquiliza mínimamente. Daniela habla con tal naturalidad que Paula vuelve a llorar. La chica coge su mano en el taxi.

En casa, Daniela abre la nevera y saca unas patatas, huevos, tomates.

—¿Guardas las patatas en la nevera? —dice riendo—. ¿Quién guarda las patatas en la nevera?

Su risa alegre reconforta ligeramente a Paula.

Mira el horizonte sentada en una butaca de la terraza mientras Daniela prepara la comida y lleva los dos platos con patatas fritas y huevos a la terraza y los pone sobre la mesa.

—Luego voy a tener que volver al trabajo. ¿Estarás bien?

—No puedo quedarme sola.

—Llama a alguien, llama a tu familia.

—No.

—Pues llama a un amigo.

No tiene idea de a quién telefonear y ahora teme que si se queda sola vuelva a sucederle lo mismo, otra vez la adrenalina y todo aquello que ha sentido en el andén.

Entonces, un compañero de los tiempos en la escuela de música la telefonea. Quiere saber cómo está, hace tiempo que no sabe de ella. Paula le cuenta lo que le ha sucedido en el metro y le habla de la ambulancia. El hombre se desplaza hasta su casa. Se queda a dormir en el salón.

Al día siguiente vuelve a sucederle lo mismo, esta vez en el trabajo. Busca en la cartera la pastilla que le ha dejado la doctora por si acaso volvía a sentir aquellos síntomas. La pastilla es buena, es potente. Alguien la lleva a casa. Se queda dormida. Y un día después, le ocurre de nuevo.

El antiguo compañero de la escuela, la acompaña a un psiquiatra que le receta ansiolíticos, antidepresivos y antipsicóticos. Un cóctel potente que tarda tres semanas en hacerle efecto.

Esa misma noche coge algo de ropa y se muda a la casa de él en el campo.

Es una casa con tejado triangular y un pequeño jardín, al borde de una montaña, la última construcción del pueblo, en la Sierra, a

cincuenta kilómetros de Madrid.

Al principio, Paula solo piensa que se está volviendo loca y no para de llorar. Pasan las semanas y todavía teme quedarse sola y volver a sentir aquello. Iván le presenta a otra chica, a la sobrina de una amiga de él, que también vive allí cerca, en el campo también. La joven le cuenta a Paula que hace tiempo a ella le sucedió algo parecido, ese pánico también. Su historia es que, cuando tenía dieciocho años, sus padres se habían ido de viaje turístico y ya no habían vuelto. Los habían asesinado en la habitación de un hotel.

La chica le cuenta a Paula lo que sentía cuando le ocurría aquello, lo del pánico. Le cuenta lo que la ha ayudado después y le dice que se le pasará, que volverá a sentirse normal, a coger el metro, a reír, a pasar días tranquilos, que en algún momento dejará todas esas pastillas, incluso la que lleva siempre en el monedero para las emergencias. Paula tiene diez años más que esa chica y apoya la cabeza en su regazo, las dos sentadas en un muro de piedra, junto a la casa de la tía de la chica. Miran los caballos a lo lejos. El sol cálido de primavera lo cubre todo. Paula se aparta el pelo de la cara, sus lágrimas bajan hasta el regazo de la chica, que sonríe mientras contempla el horizonte y a los caballos. Su melena ondeando suave.

Por las noches, Paula se queda con Iván hasta que se duerme. También le acompaña a todas partes, a la compra, a arreglar el coche, a ver a sus amigos, a pasear. Todavía teme quedarse sola y volver a sentir aquello.

Al cabo de dos meses en ese lugar, se encuentra preparada para regresar a casa, al piso de Atocha.

A partir de entonces todo comienza a ir mejor. Empieza su recuperación.

A partir de entonces Alizée solo se hará presente una vez al año, o cada dos años, y nunca en persona, sino a través de cartas que le envía y que solo contienen otros sobres abiertos con notificaciones que le han llegado a Paula todavía al piso de la calle Madrazo; cartas de la Tesorería General de la Seguridad Social con su vida laboral, notificaciones de algún hospital sobre cualquier asunto médico, cosas así. En ellas, Alizée no escribe nada, no hay ningún texto suyo en el interior. Paula actualiza la dirección de su domicilio en todos los Organismos y lugares que se le ocurren y aun así continúa llegando alguna carta de vez en cuando al piso de Madrazo que la madre le reenvía.

Durante un tiempo, Paula sigue creyendo que su madre cumplirá

su amenaza. Así, pasan infinidad de días, más de mil, hasta que se da cuenta de que vivir con miedo no es vivir.

ADRENALINA

Hace unos años, después de terminar la sustitución en aquella empresa de desarrollo de software, perdiste un potencial empleo porque no eras capaz de viajar en metro. En cuanto subías a un vagón, tu cabeza se volvía incontrolable. Comenzabas a sentir los latidos en tu garganta, los dedos agarrotados, la falta de aire, el miedo, la adrenalina. Eras incapaz de acercarte a un andén. Temías el metro como si tuvieras ante ti una manada de leones enseñándote los dientes. A veces, ese miedo incontrolable empezaba con solo comenzar a bajar las escaleras hacia la taquilla. Tampoco podías hacer el trayecto en autobús. A los autobuses también los temías. Así que, durante un tiempo, ese pánico te impidió hacer vida normal. Nunca te había sucedido algo como eso, tú eras esa chica que se iba de viaje sola a cualquier país en el otro extremo del planeta y se adaptaba a lo que se encontrara. Eras esa chica, no ésta. ¿Qué había pasado? Te había pasado una apisonadora por encima. Te habías roto, literalmente, en pedazos tan pequeños que no se podían volver a juntar de ninguna manera. En todo caso, había que construir una nueva persona, una nueva tú.

Una vez, por esa época, conseguiste un empleo que consistía en llevar a una niña de tres años y medio del colegio a su casa. Ahí te armaste de valor, además necesitabas el dinero como fuera, tenías que hacerlo, no quedaba otra. Esta vez el camino hasta ese colegio era en autobús y solo duraba media hora. Así que te tomabas el Alprazolam al salir de casa junto con las demás pastillas que tomabas a diario, cuatro píldoras distintas. Y, aunque la mezcla con el Alprazolam te dejaba casi completamente anulada porque ya tomabas otro ansiolítico, todo parecía ir bien y el trabajo era más relajado que un empleo de oficina rodeada de gente. Y duraba solo tres horas, podías hacerlo, podías mantenerte tranquila tres horas y sobre todo no tenías que coger el metro. Aquello era en la zona de Arguelles. Un día no tomaste el Alprazolam, te sentías más fuerte, estabas bien. Recogiste a la niña y la madre te escribió un mensaje —hazme un favor, Paula, pasad por la biblioteca que hay en la calle Quintana y devolvéis el libro que lleva la niña en la mochila—.

Pensaste, perfecto, así podremos permanecer un rato en la biblioteca y hojear algunos libros infantiles.

El camino a pie hasta la biblioteca duraba unos veinte minutos desde su colegio, que se encontraba más cerca de Moncloa. A paso rápido duraba menos pero con una niña nunca se va deprisa.

Todo iba bien. Aunque la calle Princesa se hallaba abarrotada y había mucho ruido, muchos coches circulando deprisa a tu lado a la altura de Argüelles. De pronto todo era demasiado, veías peligros por todas partes. Llevabas de la mano a una niña tan pequeña, tan frágil, y percibías todos los peligros, la imposibilidad de que una personita tan pequeña pudiera salir adelante en un mundo como este. Comenzó a faltarte el aire. Sabías que el pánico ya había ocupado tu cuerpo. Apenas podías ya caminar. Ella te dijo. ¿Qué te pasa? Intentabas disimular con toda tu alma y eso te lo ponía más difícil pero por nada del mundo querías asustarla.

—Vamos a sentarnos en el escalón de ese portal un momento—, le dijiste. No soltabas su mano, intentabas sonreír, aunque probablemente tenías el rostro desencajado.

—Estoy cansada, es solo un momento—, decías sin dejar de coger su mano y apretarla para que no se soltara, para que no la pillara un coche, para que no le sucediera nada, mientras con la otra mano sacabas del bolso tu cartera, donde siempre llevabas un Alprazolam para las emergencias, y, girando la cabeza para que la niña no te viera, te llevaste una pastilla a la boca y la pusiste debajo de la lengua. Entonces llegaba tu mantra. —Ya está. Ahora estás a salvo. No pasa nada, Paula. Y la niña también está a salvo—.

Poco a poco notaste tu cuerpo relajándose, la mente aquietándose. La calma después del terremoto. Era de verdad un terremoto. Un infierno en el que no podías permanecer. La niña no le dio tanta importancia y tú hacías lo posible, lo imposible, por disimular, mientras ella seguía contándote cosas de su escuela y de su profesora y después os pusisteis en pie y continuasteis caminando hacia la biblioteca. Te querías morir pero había que seguir adelante.

Aquella amenaza de Alizée en su casa, es lo único a lo que durante años has llamado Lo Imposible. Lo único que te pareció Imposible de tu vida con ella. Todo lo demás lo habías naturalizado y aceptado como una parte más de vuestra relación, había dejado de resultarte anormal hacía muchos años. Solo la amenaza te parecía Inimaginable. Pero en realidad durante la escritura de este libro te has dado cuenta de que todo era Inimaginable. Todo igual de tremendo. Lo que, para ti, era algo Imposible que pudiera suceder entre tu madre y tú, solo fue en realidad un acto de tantos, la punta del iceberg. Ahora te das cuenta. No lo sabías antes. No lo entendías ni siquiera cuando empezaste a escribir este libro. Solo ahora

puedes vislumbrarlo. Este manuscrito habla en realidad de la ceguera.

Y, a pesar de todo, durante tu vida anterior a la amenaza, no es que fueras tan tímida ni tan introvertida siempre. Ni tu vida era todo el tiempo un drama. A veces salías por ahí, ibas a fiestas, te ponías guapa, te calzabas los tacones, te disociabas, lo pasabas bien, reías, bailabas, y nunca pensabas que te estuvieras disociando, tampoco fingías, simplemente vivías de esas dos maneras. Así, lograbas sobrevivir.

¿PARA QUÉ?

Relees el libro antes de publicarlo y te sorprende haber descrito a Alizée tan bien en las primeras páginas. Así veías a tu madre antes, tal y como la has descrito al principio. Esa era Alizée para ti, a tus ojos. Tenía una personalidad tan sólida, sin fisuras, era admirable. De niña tú la admirabas, pese a los problemas entre vosotras. Y también te imponía su cercanía a menudo, también te costaba sentirte a gusto a su lado. Había entre tu madre y tú una tensión que no comprendías y achacabas a vuestra diferencia de edad.

Por muy moderna y juvenil que fuera Alizée, ella tenía otros valores, otros ideales, otro carácter, venía de otra generación. Eso era lo que te decías cuando no la comprendías. Erais tan distintas. Como si no fueras hija suya. Pero también sentías esa seguridad que se siente cuando una cree que todo lo que le rodea, es tal y como lo percibe.

Durante el proceso de escritura, muchas veces has tenido pesadillas por las noches, sueños turbulentos y agotadores. Otras veces te despertabas todavía con la última frase que anotaste antes de dormir. A veces escribías en la cama, a veces no te dabas cuenta de cuándo te quedabas dormida sobre el ordenador, y la frase reaparecía por la mañana en cuanto abrías los ojos, como si en lugar de descansar, tu mente se hubiera detenido ahí, como en un bucle, en ese lugar donde te quedaste dormida, en ese instante, esperando una suerte de rescate.

Ha sido un camino arduo y tormentoso, y a menudo te ha llegado a resultar demasiado insano. ¿Para qué caminar por ese sendero ya pasado, para qué volver a ello día tras día, para qué revivirlo, para qué experimentar de nuevo ese dolor? A veces no tenía sentido escribir, era casi solo como una obligación que te habías autoimpuesto. Pero ahora que ha llegado a su fin, te alegra haberlo logrado. Aquí está todo lo que sucedió. Has conseguido explicarlo con la mayor claridad de la que eres capaz, has buceado hasta lo más profundo para sacarlo todo. ¿Por qué te adentraste en esta causa? ¿Qué querías conseguir? Tenías que hacerlo para poder seguir adelante. Hacerlo por ti y por los otros como tú.

El velo ha ido cayendo. La ceguera que aún quedaba se ha convertido en luz. Y desde luego se han desmoronado todos los castillos que habías construido sobre tu pasado.

No crees haber sido más benévola contigo que con las demás personas de esta historia, te has expuesto y juzgado igual que has hecho con los demás.

En realidad, crees que, si volvieras a ese momento, cuando comenzaste a escribir este libro, el instante en el que tecleaste la primera palabra, ahora te detendrías y no te embarcarías en este propósito. No pasarías todo este tiempo infinito volviendo una y otra vez a toda esa época. Pero quizá, de no haberlo hecho, no habrías conseguido terminar de entenderlo todo para poder dejarlo atrás.

Hasta ahora no te habías dado cuenta de que, tras la amenaza, sí habías continuado caminando, como pudiste, como supiste, de la manera en que fuiste capaz, parándote a menudo, pero concienzuda, intentando encontrar la superficie, la tierra, haciendo a veces como que no te pasaba nada, disociándote. Este libro ha sido parte del proceso de recuperación, pero solo una parte, lo demás lo has hecho fuera, muchas veces no haciendo nada, en otras ocasiones haciendo muy poco, encerrándote cuando lo necesitabas, trabajando, encontrando ese lugar al que llamar casa, y ese coche de segunda mano que te llevaría a ver nuevos paisajes, y cuidando esas piernas que te ayudan a caminar, y dejando que tu nueva familia, que no es tu familia de sangre, te cuide, y cuidándolos tú a ellos.

Y ahora, también, has decidido volver a la música.

EL SECRETO

Hace poco, te encontraste con la hija de una vecina de la buhardilla donde vivieron tus abuelos, y la invitaste a un café. La mujer ya es mayor y sigue viviendo en el barrio de La Latina desde su infancia. La habías conocido cuando paseabas por allí de adolescente con tu madre. Esta mujer te contó hace poco, después de muchos años sin haberla vuelto a ver, que tu abuela, la madre de Alizée, cuando ella (la vecina) era una cría, llegó una vez a su casa, a ver a su madre huyendo de su marido, de tu abuelo. Tu abuela llegó aterrorizada a esa casa. Tu abuelo, el padre de Alizée, maltrataba a tu abuela. En aquella ocasión había intentado estrangularla.

Alizée siempre te ocultó esos hechos, se los ocultó a todo el mundo. Alizée siempre defendió a su padre y arremetió contra su madre. Alizée se había puesto del lado de su padre.

Quizá fue de ese modo como todo comenzó. O quizá no, quizá Alizée nació ya así.

Ahora el relato ha llegado a su fin. Ahora lo relees y crees percibir en las páginas esa frialdad que en ocasiones continúa existiendo en ti.

Sea como sea, ahora la historia está escrita y ya no te pertenece. Si alguien la lee algún día, sacará sus propias conclusiones. Al fin y al cabo, como todas las historias, esta también es inevitablemente subjetiva.

Ahora, tu vida queda lejos de todo lo contado aquí. Ahora eres otra persona, más amable, más comprensiva, más vieja. La vida es una odisea y cada uno lleva su propio martirio a cuestas. Y cada uno se libra como puede de su pena. Y cada uno vuelve a levantarse y a alegrarse ante un día de sol o de lluvia.